

Teoría y práctica de la acción obrera/III

**DEBATE SOBRE LA
HUELGA
DE MASAS**
(Segunda parte)

Cuadernos
de Pasado y
Presente

PYP

63



Publicación periódica mensual
Director: **José Aricó**
Serie: Teoría y práctica de la acción obrera
Recopilación preparada por
Jorge Feldman y José Aricó

Karl Kautsky
Anton Pannekoek

Debate sobre la huelga de masas
Segunda parte

Traductores: **León Mames, Daniel Bassi**
Tapa: **Miguel De Lorenzi**

Primera edición: febrero de 1976
© Ediciones Pasado y Presente
Casilla de Correo 80, Córdoba

Distribuido por **Siglo XXI Argentina Editores S.A.**
Perú 952, Buenos Aires

Derechos reservados conforme a la ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Cuadernos de Pasado y Presente/63
Córdoba

Los movimientos huelguísticos que se produjeron en Europa a fines del siglo pasado y a principios de éste —Bélgica, Holanda, Austria, Italia, Suecia, Rusia, España, Francia— hacen su aparición en el Imperio alemán recién en 1904, y en forma aún muy incipiente. Pero a pesar de los límites sumamente estrechos del movimiento de masas, la cuestión de “la huelga general política” o “huelga de masas”, ocupa ese año una parte considerable de los debates sostenidos en la prensa socialdemócrata.

En el Congreso Sindical de Colonia de mayo de 1905 se plantea como punto central de las tratativas los efectos negativos que esa propaganda podía tener sobre el crecimiento de las organizaciones gremiales que, a juicio de los dirigentes, requería menos agitación y más tranquilidad (véase las actas en el apéndice del presente volumen). Los sindicalistas no habían intervenido en la discusión sobre el revisionismo y la cuestión de las huelgas los introduce en el debate partidario, inquietos por el desarrollo de los conflictos industriales que adquirirían un sentido político más definido a partir de los acontecimientos rusos. Simultáneamente tomaba forma el primer gran movimiento por la reforma del sistema electoral en Prusia que concentraba el interés de la militancia y de la dirección del partido. Lo que sobre todo temían los representantes sindicales era la posibilidad de que se propagaran y ampliaran las huelgas esta vez con fines directamente políticos. En el Congreso de Colonia pasaron a la ofensiva, emprendiéndola contra los “literatos” —Rosa Luxemburg y Karl Kautsky eran de los más destacados—, aunque el terreno a conquistar era el propio Comité Central del partido. Ese mismo año se lleva a cabo el Congreso de Jena (véase las actas en el apéndice). La revolución rusa había radicalizado las posiciones y aumentado la influencia de los sectores de izquierda. El congreso se expidió recomendando la huelga de masas como un arma defensiva de la clase obrera en el caso de que la burguesía atentara contra los derechos de sufragio y

de coalición. La tendencia "al gremialismo puro" que caracterizaba a los dirigentes sindicales fue duramente criticada.

Sin embargo, pocos meses después la dirección del partido estableció un acuerdo secreto con la Comisión General de los sindicatos por el cual les reconocía autonomía en todas las cuestiones sindicales incluida, claro está, la de la huelga de masas. El acuerdo se hizo público y fue uno de los puntos difíciles en el Congreso de Mannheim de setiembre de ese año (véase las actas en el apéndice).

El folleto de Rosa Luxemburg *Huelga de masas, partido y sindicatos* fue dado a conocer en esa ocasión. La reacción de los lectores no fue demasiado favorable. A pesar de que la solidaridad alemana con los rusos se expresaba concretamente en colectas y numerosas reuniones públicas que parecían mostrar un marcado interés por los acontecimientos que Luxemburg difundía, la militancia partidaria no coincidía con su interpretación. Si veían "en la revolución rusa algo propio" en el sentido "de la solidaridad internacional de clase con el proletariado ruso", no aceptaban considerarlos "como un capítulo de su propia historia social y política". El haber querido erigir a las huelgas de masas rusas como un modelo le fue criticado, entre otros por Kautsky, por haber desdibujado las diferencias estructurales, económicas y políticas de Rusia y Alemania. El brillante análisis crítico que hacía Luxemburg de la socialdemocracia alemana, de su visión de la historia y de sus concepciones organizativas fue silenciado o simplemente recibido con escepticismo. Parece interesante recordar que entre uno y otro congreso, los gobiernos de Dresden, Hamburgo y Lübeck reinstauraron el sufragio en tres categorías. Se trataba, típicamente, de un ataque a los derechos democráticos ya adquiridos que contemplaba la resolución de Jena para la aplicación de la huelga de masas. Sin embargo nada se hizo en ese sentido, y ni siquiera aquellos delegados que en congreso encarnaron el ala de izquierda coincidieron en la posibilidad y conveniencia de su puesta en práctica.

Hasta 1909 la huelga de masas desaparece de la propaganda socialdemócrata. Contribuyó a ello la derrota electoral sufrida en 1907 en la que perdió una buena parte de sus escaños en el Reichstag. Los partidos burgueses habían apelado eficazmente a los sentimientos nacionalistas del electorado, bajo el influjo de los recientes enfrentamientos con Francia sobre el dominio de Marruecos. La pérdida de posiciones en el terreno de las elecciones y el parlamentarismo, allí donde el partido creía

asegurada una sostenida expansión, obligó al repliegue, y los mayores esfuerzos fueron volcados hacia el interior de la organización, el fortalecimiento de las instancias centrales y de los aparatos partidarios.

Pero a fines de 1909 se quebró el frente gubernamental y la oposición de la socialdemocracia al régimen se amplió a los liberales y los progresistas. Había grandes esperanzas de que el poder ejecutivo planteara una reforma democrática del sistema electoral en Prusia, pero, por el contrario, el sistema propuesto disminuyó la representación obrera. Las expectativas insatisfechas generaron movimientos de protesta en las principales ciudades prusianas y también en aquellas de Alemania del norte donde imperaba el mismo sistema.

En enero se realizó un congreso provincial del partido en Prusia. La tendencia revisionista propugnó la táctica de colaboración con los liberales, pero los prusianos rechazaron la propuesta de una campaña parlamentaria y exigieron un "ataque pro sufragio". El comité ejecutivo no respondió al espíritu de los sectores movilizados y ni siquiera optó por una posición intermedia entre revisionistas y radicales como había venido haciendo hasta ese momento. Ya no había lugar para el "centrismo" y la cúpula se dejó llevar por la derecha.

En esta coyuntura se produjo una nueva edición del debate sobre la huelga de masas pero en condiciones distintas. "Era otra vez 1905, —sintetiza bien Nettl— pero el centro de la tormenta estaba ahora en Alemania."

Las manifestaciones socialistas, cada vez más multitudinarias, estallaron en Prusia, acompañadas por una serie de huelgas de los mineros y los obreros de la construcción. Ambos movimientos se imbricaron. "Era lo que Rosa Luxemburg había calificado de situación típicamente revalorizadora: interacción de movimientos económicos y políticos, talante suficientemente agresivo entre los obreros como para requerir movimientos de tropas en gran escala en las regiones mineras, y aquí y allá la exigencia de una acción definitiva. Parecía que después de todo no habían sido en vano las lecciones de 1905-1906 y se pedía la aplicación de la huelga de masas según había quedado incluida en el programa socialdemócrata en el Congreso de Jena de 1905."*

Rosa Luxemburg lanza de nuevo la polémica y no sin dificultades. Se había presentado la situación ideal para la puesta en práctica de su doctrina sobre la huelga de masas, pero si

* Peter Nettl, *Rosa Luxemburg*, México, Era, 1974, p. 341.

esperaba enfrentarse solamente con los sindicalistas, a quienes ya había combatido, se encontró con toda la dirección del partido en su contra. Karl Kautsky con quien le había unido hasta entonces una gran amistad, representó en las páginas de *Die Neue Zeit* las posiciones de la cúpula partidaria. Luxemburg atacaba la política de la socialdemocracia sin poner en cuestión ni las bases constitucionales ni la organización del partido, y aquella vieja amistad, ahora empañada, determinaba que a lo largo de la controversia muchas de las posiciones políticas aparecieran como diferencias personales de opinión. Sin embargo, a lo largo del debate aparecen los aspectos fundamentales de la táctica y la estrategia de la socialdemocracia alemana.

Los esfuerzos de Kautsky por justificar lo actuado por el partido acentuó su doctrinarismo. Dogmáticamente lo vemos apelar a hechos y textos históricos desvinculados de sus determinaciones prácticas. Todavía contaba con la consideración, nacional e internacional, de ser una autoridad del marxismo revolucionario, hasta el punto que su esquemática división entre estrategias del asalto directo y de desgaste, resultaba plenamente convincente para los marxistas de la época.

En su biografía de Rosa Luxemburg, Nettl dice "que es prácticamente seguro que Lenin, que en ese momento tenía otras preocupaciones, no tuvo plena conciencia del contexto político de la disputa". Es probable, en efecto que esta parte del debate sobre la huelga de masas no haya despertado su interés. Con todo, en una carta fechada el 7 de octubre de 1910 dirigida a J. I. Marjlevski, Lenin hace algunas apreciaciones bastante explícitas que lo colocan del lado de Kautsky: "Cuando Rosa Luxemburg discutía con Kautsky sobre si ha llegado para Alemania el momento de la estrategia del asalto directo, aquél le contestó con claridad y franqueza que consideraba que esa situación era inminente y estaba muy próxima, pero que todavía no se había dado."* Para Lenin, las diferencias entre una y otro residían exclusivamente en el "momento oportuno para la estrategia del asalto directo". Por otras referencias presentadas en la misma carta en relación con su eterna discusión con los mencheviques rusos, Lenin parece equiparar la estrategia del asalto directo con la insurreccional, lo cual si bien era cierto para las condiciones rusas, no resultaba tan claro en el caso de Alemania. También se refiere en el mismo texto al Congreso de Magdeburgo de setiembre de 1910.* (Ver en el Cuaderno 13, la

* Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, t. XXXIV, p. 458.

moción de Luxemburg y su fundamentación, pp. 124 y siguientes): "Cree usted que el desenlace del problema suscitado con motivo de la huelga de masas de Magdeburgo (la resolución aprobada por Rosa y el hecho de que ésta retirara la segunda parte) contribuirán a concertar la paz entre ella y Kautsky? ¿Y el Vorstand? [la dirección del partido] ¿O demorará un tiempo todavía?" A continuación menciona una carta que le había enviado a Luxemburg a Estocolmo, pero que, lamentablemente, nunca fue hallada. Recordemos que la parte de la propuesta retirada por Rosa a la que se refiere Lenin, insistía, justamente, en la necesidad de la propagandización de la huelga de masas.

Si esta parte de la polémica sobre la huelga de masas no llevó a Lenin a tomar actitudes más definidas, no sucedió lo mismo, con la que sostuvo Kautsky con Pannekoek en 1912, cuyos textos más representativos aparecen en el presente cuaderno. Como se sabe Lenin les dedicó un capítulo de *El estado y la revolución*, no tanto por las opiniones correctas de Pannekoek, sino porque el alemán plantea aquí sin ambages sus convicciones "oportunistas" sobre el proceso revolucionario, que si bien estaban presentes en obras anteriores, nunca habían sido tan claramente expuestas.

"En esta controversia —dice Lenin—, es Pannekoek quien representa al marxismo contra Kautsky, pues precisamente Marx nos enseñó que el proletariado no puede limitarse a conquistar el poder del estado en el sentido de que el viejo aparato estatal pase a nuevas manos, sino que debe destruir, romper dicho aparato y sustituirlo por otro nuevo."***

Para la crítica al oportunismo y al reformismo de la posición kautskiana remitimos al lector a la obra citada de Lenin.

Respecto del holandés Lenin señala que a pesar que "había planteado precisamente el problema de la revolución", su "exposición adolece de nebulosidad y no es lo bastante concreta (para no hablar aquí de otros defectos de su artículo, que no interesan al tema que tratamos". En los materiales preparatorios de *El estado y la revolución*, anotaciones marginales indican el lugar de "otros defectos". Donde Pannekoek escribió: "Cuando hablamos de acciones de masa y de su necesidad nos referimos a una intervención política extraparlamentaria de los trabajadores organizados, actuando directamente en el terreno político, en lugar de dejarlo librado al cuidado de sus delegados.", Le-

*** V. I. Lenin, *Obras*, t. XXV, p. 134.

nin anotó, "¡No es verdad!"* No rescatáramos esa acotación de Lenin de apuntes no destinados a la publicación, si en otros textos no volviera a cuestionar este sentido nuevo, extraparlamentario, que las acciones de masa tenían para Pannekoek en la época del imperialismo. En una carta del 31 de octubre de 1914 dirigida a A. A. Shliapnikov, refiriéndose a la bancarrota de la II internacional, afirma contundentemente: "La mataron los oportunistas (y no 'el parlamentarismo', como lo expresó el torpe Pannekoek)".** Efectivamente para Lenin, el oportunismo no residía en el uso de las instituciones parlamentarias, sino en la subordinación del partido obrero al estado capitalista y en la renuncia a hacer la revolución.

Es cierto que el holandés no plantea el problema del poder con la claridad de Lenin, y seguramente por eso no acentúa la importancia que tuvo el "oportunismo" en la traición de las direcciones socialdemocráticas. Pero sería una lectura demasiado simplista adjudicarle a Pannekoek un rechazo de principio al uso de las formas parlamentarias por el partido obrero. Al insistir que el lastre del parlamentarismo determinó el fracaso de la socialdemocracia, intentaba un cuestionamiento de conjunto del partido alemán, y una búsqueda de una nueva estrategia revolucionaria para los países capitalistas avanzados. La importancia que le asigna a la supremacía espiritual de las clases dominantes, la preocupación por el surgimiento de nuevas estructuras organizativas —que anticipan de alguna manera a los consejos obreros—, la relación entre formas parlamentarias y no parlamentarias de la acción de clase, las consecuencias que para el movimiento de masa se derivan de los nuevos rasgos de la sociedad imperialista, son preguntas que no encuentran respuesta definitiva en la obra de Lenin, aunque se deba partir de allí para responderlas. La voz demasiado potente del líder bolchevique y el ejemplo de la revolución rusa, tuvieron, junto a todas sus virtudes, el defecto, como todo discurso político triunfante, de condenar al silencio la búsqueda de los militantes y teóricos de la II internacional de la talla de Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek, cuyas reflexiones pueden hoy, medio siglo después, resultar estimulantes para la definición de una nueva estrategia revolucionaria.

JORGE FELDMAN

* Véase Lenin, *El marxismo y el estado*, Moscú, 1972, p. 74.

** Lenin, *Obras*, t. XXXV, p. 170.

I. LA NATURALEZA DE LA MASA

Ya es una verdad de perogrullo que las luchas políticas y económicas de nuestro tiempo se conviertan cada vez más en acciones de masas. El desarrollo técnico, y principalmente el crecimiento de los modernos medios de comunicación, vincula cada vez más estrechamente a masas humanas cada vez mayores en los aspectos literario, político y económico. Así como incrementa irrisistiblemente las proporciones de ejércitos y flotas, aumenta el número de afiliados al Partido Socialdemócrata y a los sindicatos, transforma asociaciones gremiales locales en nacionales e internacionales, asociaciones profesionales en ligas industriales, y las lleva finalmente hacia acciones unificadas de partido y sindicato. Pero por otra parte se multiplican los medios de poder de los gobiernos, los partidos burgueses se agrupan en bloques, crecen las diversas empresas industriales y comerciales, se agrupan en ligas empresarias, y son dominadas por algunos bancos gigantes.

De esta manera, las luchas políticas y económicas se convierten, cada vez más, en acciones de grandes masas.

Esto se ha descubierto hace muchísimo tiempo, y hoy goza del reconocimiento general. No trataremos aquí al respecto. Sólo menciono este fenómeno porque a menudo se lo mezcla con otro de naturaleza enteramente diferente, y cuyo constante crecimiento en modo alguno se reconoce en forma general en la sociedad moderna sino que por el contrario, se lo discute vivamente. Este otro fenómeno es el de la acción de calle política o económica espon-

* *Die Aktion der Masse*, en *Die Neue Zeit*, año XXX, vol. 1, 1911.

tánea de masas populares desorganizadas, que se reúnen ocasionalmente y luego vuelven a dispersarse.

Esta clase de acción de masas es algo totalmente diferente a la especie mencionada en primer término. Aunque se compruebe que las acciones políticas y económicas toman cada vez más el carácter de acciones de masas, no está demostrado que ese modo especial de acción de masa que se designa sumariamente como acción de calle, esté llamado a jugar también un papel siempre más importante. Algunos de nosotros lo discuten y otros lo afirman; pero la argumentación de los últimos se basa principalmente en una mezcla de las dos clases de acción de masas, de modo que se pretende que con la necesidad de una se habría demostrado ya, también, la necesidad de la otra.

Pero las cosas no son tan sencillas, y precisamente ahora, luego de los disturbios en Inglaterra, Francia y Austria, vale la pena desmenuzarlas un poco.

Por lo tanto, en lo que seguirá no trataremos acerca de la masa política o gremialmente organizada, sino de aquella masa que se reúne ocasionalmente, impulsada por circunstancias particulares, para luchar contra determinados factores que la oprimen. En ella pueden aparecer grupos organizados, que rara vez estarán ausentes del todo, pero no constituyen su componente principal.

Esto vale para la revolución francesa, para las de 1848, 1870 y, más recientemente, para la revolución rusa. Aún hoy tendría también vigencia en Alemania, si se produjesen acciones de la masa del pueblo en su totalidad. Durante el censo de 1907 se estableció que había casi 12.000.000 de obreros y empleados en la industria y el comercio (prescindimos aquí de la agricultura). Además había medio millón de trabajadores en servicios domésticos, 1.700.000 al servicio del estado y de las comunidades, y 3.400.000 sin oficio. Gran parte de estos elementos deben considerarse como parte del "pueblo", de la masa que en momentos de agitación se acumula en las calles, dándole su fisonomía. Pero además hay también muchos de los "independientes" que no pertenecen a los estratos que se apartan del pueblo en tales ocasiones: trabajadores domiciliarios, pequeños artesanos y comerciantes, etc. Sólo hemos tenido en cuenta a los trabajadores. Pero también hay que contar como perteneciente al pueblo a la gran masa de los que no son trabajadores, como las mujeres de la población de menores recursos, ocupadas en sus casas.

Aun haciendo abstracción de la población rural y de los niños, podemos estimar en alrededor de treinta millones a la capa

popular que podría intervenir en Alemania en caso de acciones de masas. De ellos, alrededor de una décima parte está sindicalmente organizada, incluyendo no sólo los sindicatos libres, sino también los cristianos, los de Hirsch-Duncker, y los independientes. Por lo tanto, una acción de las grandes masas sería, aún hoy, fundamentalmente un movimiento de elementos desorganizadas, y seguirá siéndolo por mucho tiempo, acaso tanto como dure el modo de producción capitalista. Incluso con una duplicación y triplicación del número de personas organizadas prevalecerían considerablemente en la masa, los sectores no organizados.

Aquí cabría ciertamente este interrogante: ¿Qué puede realizar esta masa desorganizada en cuanto tal? ¿Qué podemos esperar de ella?

Para la mayor parte de los observadores, la masa se les antoja un ser místico. Según su posición partidaria la consideran el demonio en persona los unos, y los otros como el verdadero dios que redimirá a la humanidad. Un profesor italiano, partidario de Lombroso, Scipio Sighele, investigó en un libro la "psicología de la muchedumbre y de los crímenes de masas",¹ hallando que el individuo, cuando se encuentra dentro de la masa, es proclive a los peores delitos y se deja arrastrar fácilmente hacia crímenes en los que, separado de la masa, no pensaría siquiera. Casi en la misma época de este libro apareció *Psychologie des foules* [La psicología de las masas],² (1895), de un tal Dr. [Gustave] Le Bon, que enfatizaba menos la criminalidad de las masas, pero que en cambio le extendía el peor de los certificados a su inteligencia: afirma que la masa carece de sensatez, y las pasiones, sugestiones y circunstancias fortuitas las exacerban, impulsándolas a los hechos más desatinados. Inclusive individuos inteligentísimos se tornan insensatos cuando se hallan en el seno de una masa.

Con ello, el erudito doctor creía acertarles principalmente a las masas proletarias, pero extiende su duro juicio a cualquier agrupación, incluso si la misma sólo comprende una docena de personas. Para él, parlamentos y jurados no salen mejor librados que la masa, de modo que habría que suponer que la inteligencia es cosa que se excluye en casi todas las actividades humanas, pues casi todas se desarrollan en sociedad de varias personas, y no en la soledad.

Pero frente a estos juicios despectivos acerca de la masa se alzan otros que la ponen, en igual proporción, por las nubes, especialmente de revolucionarios franceses y rusos. Son las experiencias de la gran revolución las que los llevan a su desbordamiento.

te idealización de la masa. Su última expresión es la *Historia de la Revolución Francesa*³ de Piotr Kropotkin —magistralmente escrita, por lo demás— cuyo leitmotiv lo constituye esta idealización. En contraposición al señor Le Bon, Kropotkin declara que la masa posee una inteligencia mucho más certera que los políticos individuales.

A cada paso nos encontramos en su libro con juicios como el que sigue:

“El pueblo *siempre* tiene una sensación correcta de la situación, aun cuando no pueda expresar correctamente dicho sentimiento y no pueda fundar sus temores mediante motivos ilustrados; e intuye *infinitamente mejor* que los políticos los complots que se urden en las Tullerías y en los palacios”.

Esto es exactamente lo contrario de lo descubierto por los señores Sighele y Le Bon. Pero hay una cosa en la cual coinciden todos los observadores de la masa: reconocen que posee una fuerza muchísimo más poderosa que la mera suma de las fuerzas de los individuos que la componen. O más exactamente, el individuo desarrolla en la masa fuerzas que exceden en mucho la medida de lo que sería capaz estando aislado. Actuando en el seno de la masa se torna más audaz y altruista, pero también más desconsiderado y excitable de lo que lo sería en el aislamiento.

Esta peculiaridad no es exclusiva del hombre. Este la comparte con otros animales sociales, como ya se ha observado desde mucho tiempo atrás. Así observa Espinas en su libro sobre las sociedades animales:

“El furor de las avispas crece con su número. Los efectos del número sobre los seres vivos son sumamente curiosos. Sabemos actualmente que el hombre solo no siente ni piensa como dentro de una muchedumbre, y un célebre crítico ha observado con frecuencia que en el teatro los espectadores, en virtud de la multitud solamente, se transforman en otros completamente distintos de cómo serían cada uno de ellos aisladamente... En toda asociación de seres sensibles no sólo el movimiento de cada uno se transmite a todos los demás, sino que también el movimiento ge-

neral se hace tanto más intenso cuanto mayor sea la multitud”. (*Die tierischen Gesellschaften*, pp. 345-347)⁴

A raíz de ello cita a Forel, quien observaba: “Dada la misma forma, el valor de cada hormiga aumenta en proporción directa con el número de sus compañeras o amigas, y disminuye igualmente en proporción directa cuanto más aislada se halle de sus compañeras. Cada habitante de un hormiguero muy poblado es mucho más valeroso que otro individuo, absolutamente igual por lo demás, perteneciente a otro de muy pequeña población. La misma obrera que se deja matar diez veces estando en medio de sus compañeras, se revelará como extraordinariamente temerosa y evitará el más leve peligro —e incluso huirá ante una hormiga mucho más débil— apenas se halle sola a veinte pasos de su hormiguero”.

Espinas extiende estas observaciones a todos los “seres sensibles”, pero sólo hay informaciones al respecto para los animales sociales, y como es natural sólo pueden referirse a ellos. Los animales de rapiña, que merodean aislados, están obligados ya por sus propias condiciones de vida a desplegar solos el máximo de fuerza tanto física como moral de la que sean capaces. Para esta clase de animales, un compañero que se sume no es un auxiliar, sino un competidor por el botín, a quien se mira con recelo y animadversión, salvo que pertenezca al sexo opuesto. Sólo en el caso de los animales sociales, quienes por sus condiciones de vida dependen de la ayuda y el apoyo mutuo, la masa puede producir un efecto de estímulo, incentivo y excitación.

Estos factores biológicos, que obran en la masa, se fortalecen merced a las circunstancias históricas particulares bajo las cuales aquélla entra en acción. La multitud de individuos que se apiñan habitualmente en las calles con objetivos diferentes, no es aún una masa en acción. Para que llegue a serlo es necesario que todos los individuos que en ella se reúnen estén animados por la misma voluntad. ¿De dónde proviene esa coincidencia en una masa desorganizada de personas que no se conocen mutuamente en absoluto, que no se han puesto de acuerdo para encontrarse, provenientes de los más diversos sectores? Esa coincidencia de voluntades o ese sofocamiento de cada voluntad individual y particular por parte de la voluntad de la masa les parece a quie-

nes desprecian a ésta como un signo particularmente notable de su bajo nivel.

Así dice el señor Le Bon: "La paralización de la personalidad consciente, el predominio de la personalidad inconsciente, la determinación de la acción por la sugestión y el contagio de sensaciones e ideas de igual naturaleza, la tendencia a expresar las sensaciones sugeridas inmediatamente en los hechos, tales son los rasgos distintivos característicos del individuo en la masa. Ya no es él mismo, sino un autómeta que no gobierna su voluntad.

"Así, el hombre desciende varios peldaños en la escala de la civilización, por el mero hecho de constituir parte de una masa organizada. * Aislado, acaso sea un individuo cultivado, pero en la masa es un bárbaro, alguien a quien gobiernan sus instintos." (p. 20).

La sugestión y el contagio deberían explicar la unidad de voluntad de la masa en acción. Pero cuando preguntamos de dónde provienen la sugestión y el contagio, quién es el que sugestiona y contagia, allí enmudece súbitamente nuestro profundo psicólogo de masas.

El contagio, dice Le Bon, es un fenómeno fácil de comprobar, pero *inexplicable*; se debe vincularlo a fenómenos hipnóticos que estudiaremos de inmediato.

De ese estudio sólo surge, sin embargo, que el contagio espiritual constituye un efecto de la sugestión. Esta última parecele a Le Bon la causa más importante del espíritu de la masa. Pero si queremos averiguar de dónde proviene la sugestión, se nos despacha brevemente diciendo que "es una consecuencia de emanaciones que se liberan (par suite des effluves, qui s'en dégagent) o que *proviene de alguna otra causa que desconocemos*".

En otras palabras, en este contexto contagio y sugestión no son otra cosa que expresiones pretendidamente eruditas, tras de las cuales no se alberga ni el menor conocimiento. La sugestión de

* Le Bon no entiende por una masa organizada lo que se entiende habitualmente (una masa cuya cohesión se mantiene por los lazos de una organización), sino una masa dominada por el mismo espíritu, en contraposición a una multitud de individuos que, animados por los más diversos intereses y motivos, se encuentran casualmente en un mismo lugar.

masas o la voluntad uniforme de la masa sólo son dos nombres diferentes para una misma cosa. El señor Le Bon declara que esa voluntad uniforme proviene de la sugestión uniforme que puede provenir de emanaciones magnéticas o de otras causas. La insensatez de esta explicación sólo se oculta al creer el lector que tras la palabra sugestión se albergaría alguna erudición especial.

De hecho no hay nada más absurdo que esta clase de concepción de la sugestión de masas. Toda sugestión experimentalmente comprobada se basa en la influencia personal de un individuo sobre otro. ¿De dónde podría provenir semejante influencia en la masa? ¿De un orador? Pero incluso si un orador habla desde una tribuna, al aire libre sólo lo comprenderán quienes estén más próximamente situados a él. Sin embargo, también hallamos una voluntad uniforme de masas en acción en circunstancias en las que resultaba totalmente imposible que un orador hablase a la masa. En tal caso, ¿cómo puede un individuo haber hipnotizado a todos los presentes? ¿O acaso hubo muchos que hipnotizaron simultáneamente a los presentes en el mismo sentido? Pero, ¿de dónde provenía entonces la coincidencia de los muchos hipnotizadores? La apelación a la sugestión nada explica.

Y sin embargo no es difícil hallar la explicación si se enfoca el problema no desde el punto de vista de la medicina, sino de la historia, pasando revista a todas las ocasiones en las que las masas actuaron con voluntad uniforme. La voluntad uniforme de la masa surge de las condiciones bajo las cuales únicamente una masa no organizada puede convertirse en una masa actuante. O, dicho de otro modo, cuando no existen las condiciones que despiertan la voluntad uniforme de la masa, ésta no entra en acción.

Si consideramos las ocasiones en las que se produjeron acciones de masas no organizadas, hallamos siempre que las precedieron una serie de poderosos acontecimientos que conmovieron profundamente a todos, hasta que se produjo luego algún suceso que llevó la agitación hasta el punto de ebullición. Esta clase de sucesos son, por ejemplo, el estallido de una guerra, con los continuos padecimientos físicos y morales que ésta acarrea. Si entonces llega la noticia de la pérdida de una batalla decisiva, de que el enemigo marcha hacia la capital, acaso amenazándola con el incendio y el saqueo, entonces ya nadie lo soporta en su casa, todos afluyen excitados para reunirse, desahogar sus corazones y convenir medios para la defensa.

Hemos visto anteriormente que, por razones biológicas, una multitud de seres sociales se excita más fácilmente que los individuos aislados. Pero ahora descubrimos que sólo se produce la formación de una masa desorganizada en una sociedad civilizada cuando los individuos aislados, en sus casas, ya se hallan máximamente excitados. Integrar conjuntamente la masa robustece la excitación, pero no es su causa primera.

Todas las personas que confluyen se hallan aproximadamente organizadas de igual manera, tanto en el aspecto intelectual como en el emocional. Si además provienen de clases iguales o vecinas, si tienen el mismo grado de instrucción, los mismos medios de información, los mismos amigos y enemigos, también resulta evidente que entre ellos se establece una coincidencia de voluntades, principalmente en el sentido negativo. Habitualmente es un gran dolor lo que los reúne, luego de haber sido terriblemente oprimidos durante mucho tiempo. Todos ellos sufrieron bajo las mismas instituciones o personas, se sienten momentáneamente lesionados o amenazados por el mismo adversario. Nada más fácil entonces que su ira se vuelva sin más trámite, contra los instrumentos y los medios de poder de ese adversario, cualquiera sea la situación histórica que pueda ofrecerse como blanco de su cólera: la monarquía, los aristócratas o la Bastilla.

Por lo tanto, la uniformidad de la voluntad de la masa, al igual que su gran excitación, se explica simplemente a partir de las condiciones históricas bajo las cuales se producen las acciones de las masas no-organizadas. En el fondo, esta coincidencia de voluntades no se basa en ninguna mística o inexplicable sugestión, sino en la ley según la cual iguales causas provocan siempre iguales efectos, que el mismo suceso debe causar la misma impresión a todas las personas normales que viven bajo las mismas condiciones, que debe despertar en todas ellas los mismos pensamientos, sentimientos y deseos.

Por cierto que aunque todas las personas normales se hallan, en lo esencial, igualmente organizadas en lo físico y en lo espiritual, su coincidencia no es total. Inclusive las formaciones materiales, ya sean cristales o las hojas más simples revelan diferencias individuales. Ningún ejemplar es totalmente igual a otro. Ello vale más aún para ser tan complejo como el humano. Así, también en la voluntad de los diversos individuos pueden formarse diferencias de grado e incluso de sentido. Pero cuanto más numeroso sea el conjunto, así lo demuestra la estadística, tanto más se impone el término medio, tanto más debe determinar

también el promedio de las voluntades sobre cualquiera individual. En tal medida podría hablarse ciertamente de una sugestión, pero no de una que someta a la masa, sino, por el contrario de una que ella ejerce. Cuanto más claramente ve cada individuo que a todos los que lo rodean los anima una misma voluntad, tanto más influye esa masividad de la voluntad uniforme sobre él, tanto más pierde su independencia, tanto más lo arrastra la masa, no sólo física sino también moralmente, aun cuando aislado y reflexionando con calma arribara a deseos y acciones completamente diferentes.

Pese a que la masa se compone de individuos, a que su acción es el producto de la acción de individuos, cada una se funde en ella por completo de manera que desaparece toda consideración individual, incluso toda consideración del individuo aislado para consigo mismo.

Nace así una voluntad única, que se lanza sin vacilaciones ni retaceos hacia su objetivo, alcanzando una potencia que supera en mucho la que podría resultar de la suma de los individuos que la forman. De ahí las poderosas acciones de masa donde se hallan dadas las condiciones históricas que funden un conjunto in-conexo de individuos en un cuerpo homogéneo con una voluntad y un objetivo.

2. LAS REALIZACIONES DE LA MASA

Una vez que hemos fijado las características de la masa que a pesar de no estar organizada obra uniformemente, no resulta difícil ponerse de acuerdo acerca de qué es lo que puede realizar.

“La masa sólo puede destruir”, declara Le Bon, y cree haberla condenado con ello definitivamente. Pero Kropotkin, el mistificador de la masa, no agrega mucho más en sus análisis de las acciones de masa producidas hasta el presente. Su ideal de masa es aquella que actuaba en la revolución francesa. Resumió su acción en las siguientes palabras: “Por diversos motivos, la idea del pueblo se manifestó principalmente sólo mediante *negaciones*: “Vamos, destruyamos los registros donde figuren las cargas feudales! ¡Abajo los diezmos! ¡Abajo Madame Veto (la reina)! ¡Colgad a los aristócratas de los faroles!” Pero ¿a quién entregarle la tierra que queda vacante? ¿Quién asumirá la herencia

de los aristócratas guillotinos? ¿A quién se ha de confiarle el poder estatal que cayó de manos de Monsieur Veto, pero que en las de la burguesía se convirtió en un poder muy distinto, pero más terrible que bajo *l'ancien régime*?

Esta falta de claridad de ideas por parte del pueblo acerca de lo que podía esperar de la revolución, fijó su impronta a todo el movimiento... Pero si los ideales del pueblo eran confusos respecto de la construcción, eran en cambio muy claros y definidos en sus negaciones respecto a determinados puntos (I, pp. 12, 13). Kropotkin se diferencia de Le Bon en que atribuye la incapacidad de la masa de crear "positivamente" a su falta de claridad teórica. De haber estado mejor informada, hubiese podido obrar positivamente.

¿Es esto así?

En primer lugar cabe señalar que la ignorancia y la falta de claridad de la masa no es casual. Obsérvese que hablamos de la masa organizada. Las acciones de las masas organizadas tienen, por su parte, leyes particulares, que no tratamos aquí. Cuando la masa del pueblo no está organizada, ello no se debe a que no requiera organización sino a que no ha descubierto el valor de la organización o que —y esto ocurrirá con mayor frecuencia aún— la presión política y económica le impide organizarse. Tanto en un caso como en el otro, la masa del pueblo vive en condiciones que dificultan su esclarecimiento e ilustración en grado extraordinario. Cuando estas masas entren en acción, serán necesariamente ignorantes y carentes de claridad.

Pero incluso si se diera el caso curioso de que fuese imposible hacerle comprender claramente la situación social, y que al mismo tiempo fuese imposible organizarla, la acción de la masa se limitaría a la mera destrucción (naturalmente que destrucción no en el sentido físico, sino tomada en el sentido social, como destrucción de instituciones).

En el capítulo anterior hemos visto que la voluntad única de una masa en movimiento no es ningún misterio. Pero lo sería si pudiera manifestarse positivamente. En una masa popular apremiada por una presión insostenible o por grandes peligros, puede surgir fácilmente y sin mucha reflexión la uniformidad del deseo de eliminar a aquellas personas o instituciones que constituyen, para la masa, los vehículos más visibles de esa presión o de esos peligros.

En cambio no es tan sencillo sustituir tal persona o institu-

ción por otra nueva. Sobre todo cuando se trata de una institución deben tenerse en cuenta tantos detalles, se requieren tantas consideraciones, que la masa, si quisiera crear, tendría que transformarse de masa actuante en una asamblea deliberativa y resolutive. Pero esto es imposible, aunque sea sólo por razones físicas. Ya en una asamblea de mil personas, con un presidente, secretarios, un reglamento establecido, resulta casi impracticable una deliberación objetiva y profunda. Ningún parlamento del mundo cuenta con tantos miembros. ¿Cómo habría de poder deliberar y resolver, entonces, una masa desorganizada, lo suficientemente numerosa como para poder eliminar a soberanos reinantes e instituciones estatales que acaso comprenda centenares de miles de personas! Siquiera la menor tentativa de lograr una creación positiva de una masa tal debería fracasar aun siendo teóricamente esclarecida y estando totalmente de acuerdo, cosa que debe descartarse en la práctica.

Pero hay más aún. El "trabajo positivo" requiere no sólo un pequeño cuerpo colegiado cerrado de carácter deliberante, sino que también exige tiempo. No es posible dictar una ley nueva o estructurar una nueva organización en el término de algunas horas y sin ninguna preparación.

Pero tiempo es precisamente aquello de lo que carece la masa. Vive al día, y nadie trabaja para ella. No puede estar permanentemente reunida. Tampoco posee una conexión duradera pues no está organizada. Después de unas pocas horas debe disolverse, ya que las personas que la forman necesitan alimentos, reposo y trabajo para mantener su vida. Y todo ello no lo encuentran mientras se hallen reunidos. Para ello cada cual debe dirigirse a su hogar o al sucedáneo de éste. Pero de esa manera la masa deja de existir, y las ocupaciones, acciones y condiciones de vida individuales recuperan sus derechos reales. Situaciones por completo imprevisibles deciden cuándo y con qué fines volverán a encontrarse esos individuos, en cuanto masa, para la acción conjunta.

En consecuencia, en cada caso particular la masa tiene un lapso de pocas horas para llevar a cabo su acción, que por tanto sólo puede ser destructiva.

Pero esto en modo alguno significa condenar toda acción de masas. Y en especial hay que señalar que aquellos que repudian las acciones de masa no pueden esgrimir en su contra que sus efectos sólo pueden ser destructivos, pues precisamente son ellos, por regla general, los que veneran a una institución creada y

mantenida con los mayores costos cuya única finalidad es destruir, y que no puede hacer ninguna otra cosa que destruir: *el ejército*.

Quienes desprecian a la masa ven en el ejército la más augusta institución del estado. Los monarcas son, en primer término, conductores del ejército. Por ello, los patriotas bienintencionados deberían cuidarse de afirmar que una multitud de hombres sólo capaz de destruir debe, por ese solo hecho, ser condenada.

Acaso se responda que el ejército aporta algo positivo por el hecho de defender la patria. Pero incluso haciendo abstracción de que hay que entender por el interés de la patria solamente el de sus explotadores, es posible replicar que también la masa busca crear hechos positivos del mismo carácter: la masa defiende los derechos del pueblo. Pero ello en nada cambia las cosas, y de eso se trata ahora, de que tanto el ejército como la masa sólo pueden alcanzar sus fines mediante la destrucción. Y en el ejército, por añadidura, la destrucción es exclusivamente el asesinato, el incendio y la devastación física. En cambio la acción de la masa popular a menudo alcanza su objetivo —la eliminación de personas o instituciones aborrecidas— con la mera presión moral.

No puede decirse en forma definitiva que tales acciones sirvan al progreso social o lo obstaculicen, si son útiles o nocivas. Lo mismo sucede con las acciones bélicas. Seguramente muchas guerras inhibieron el desarrollo social, pero también las hubo que lo estimularon; por ejemplo, las guerras de la República Francesa, anteriormente las guerras de los holandeses contra los españoles, algunas guerras contra los turcos (y no la actual campaña filibustera de los italianos), etcétera.

De la misma manera sería un despropósito dictaminar que las acciones de masa son siempre nocivas porque sólo pueden destruir. Pero tampoco se debe suponer, como lo hacen los adoradores de la masa, que ella, para decirlo con palabras de Kropotkin, "siempre tiene un sentimiento correcto de la situación" y que siempre destruye sólo lo que merece destruirse en interés de la evolución social.

Desde que existe la civilización, la masa del pueblo se halla tan explotada y urgida que siempre tuvo razones para indignarse y alzarse contra personas e instituciones a quienes debía odiar y cuya eliminación debía desear. Pero esto por sí mismo no provoca ninguna acción de masa. En el curso habitual de los he-

chos históricos, individuos y sectores aislados del pueblo enfrentan desanimados y sin mayores esperanzas a las clases dominantes y sus medios de poder. Pero una acción de masa se produce cuando determinados acontecimientos excitan y movilizan al pueblo ya sea porque la masa es presa del valor que da la desesperación o porque se ha extendido la duda sobre la verdadera fuerza de sus opresores. No surge de ninguna percepción particularmente aguda de la masa, que ni siquiera existe aún como tal y que no puede desplegar sus fuerzas mientras los acontecimientos no hayan arrancado a numerosos individuos de su aislamiento.

Todos los sistemas de gobierno, feudales o capitalistas, conservadores o liberales, estuvieron ligados hasta el presente a la miseria y las privaciones de la masa popular. Bajo cualquiera de ellas, esa miseria puede agudizarse por causa de guerras, malas cosechas o crisis, que conducen a estallidos de rebeldía y acciones masivas contra el sistema gubernamental. Si éste es retrógrado las movilizaciones tendrán un sentido progresista. Si el gobierno es progresista, pueden desarrollar tendencias reaccionarias.

Sería adoptar una teleología mística suponer que la masa entra en acción siempre y dondequiera ello sea necesario en interés del desarrollo social, y que su intervención sirve siempre a esa finalidad. Puesto que las masas se hallan siempre oprimidas siempre tienen motivos para volverse contra los eventuales gobernantes, sean quienes fueren éstos y cualquiera sea el sentido en que gobiernen, y puesto que el hecho de su alzamiento depende de condiciones que nada tienen que ver con el carácter progresista o retrógrado del gobernante, las acciones de la masa pueden ser reaccionarias y hasta insensatas, así como bajo determinadas circunstancias pueden convertirse en motores de los más poderosos progresos sociales.

Quienes adoran a la masa sólo ven durante la revolución francesa los fenómenos de esta última especie. Sin embargo, en ese período se manifestaron asimismo fenómenos que atestiguan lo contrario. Nueve años antes de la toma de la Bastilla se produjo en Londres un violento estallido de furia popular, que hizo que la capital estuviese durante varios días en posesión de la masa. Este alzamiento, conocido como los disturbios de Gordon, surgió, al igual que el levantamiento de los parisinos, de la intolerable situación del pueblo. Pero se dirigió sólo contra los católicos a quienes desde 1778 se trataba con crueldad levemente menor que hasta ese entonces. Pero también esta meta se perdió en

el curso del alzamiento que finalmente se convirtió en una mera orgía de saqueo y embriaguez que el ejército finalizó de un modo sangriento. No tan insensato, pero sumamente reaccionario reveló ser el tremendo alzamiento popular que estalló en España en 1808.⁵ Estuvo dirigido contra los franceses, quienes acababan de poner fin a un mísero régimen de sacerdotes, nobles y cortesanos que arruinaba el país, y que comenzaban a realizar útiles reformas. Ese alzamiento alejó a los reformadores y volvió a ceder el lugar a la vieja ralea reaccionaria. Si se desean ejemplos de movimientos masivos reaccionarios de nuestros días recordemos los pogroms rusos, los linchamientos norteamericanos de negros y japoneses, etcétera.

Vemos que la acción de la masa no siempre sirve al progreso. Lo que destruye no siempre son los más graves obstáculos al desarrollo. También a menudo ha ayudado a encaramarse allí donde triunfara, tanto a elementos reaccionarios como a revolucionarios.

De esta manera nos encontramos con otra desventaja de la acción de la masa. Por cierto que, dadas las circunstancias, logra triunfar, pero jamás consigue recoger ella misma los frutos de la victoria, precisamente porque sólo logra destruir. Así como el ejército puede obtener triunfos, pero debe dejar la fijación de las ganancias bélicas a los tratados de paz realizados por los diplomáticos y estadistas que contemplan cómodamente los sangrientos combates, hasta el presente, también la masa ha estado siempre condenada a sacar las castañas del fuego para otros. Eso se vincula con la circunstancia de que la masa pueda luchar, pero no puede como masa elaborar leyes ni administrar el estado. Siempre debe dejar esa tarea a cargo de pequeños grupos que se dedican permanentemente a esas actividades: personas que, en su condición de explotadores, tienen el tiempo libre necesario para ello, o bien representantes o funcionarios pagados expresamente para ello. Por eso, la acción histórica de la masa no depende solamente de su triunfo y del grado en que lo logre, de las personas o instituciones que queden relegadas o eliminadas en virtud de su acción, sino también de la índole de aquellos cuya dominación prepara el triunfo de la masa.

Este resultado determina asimismo la influencia retroactiva de la acción de la masa sobre sí misma o, mejor dicho, sobre los individuos que la componen una vez concluida la acción y, con ella, su existencia como masa. Si quienes ascienden son elementos revolucionarios que se abocan a suprimir situaciones opri-

mentes, a satisfacer urgentes exigencias de la masa, a impulsar el progreso de la sociedad, despertando las expectativas más optimistas, crean con todo ello una nueva situación en la que el entusiasmo domina a todos aquellos que participaron en la acción.

Más aún, cada integrante de la masa del pueblo comprende entonces con claridad —haya participado o no en la acción— los tremendos efectos de su intervención. Se acrecienta al máximo la conciencia que el pueblo tiene de sí mismo, y de la dimensión de su propia fuerza, crece su interés por la política y adquiere una fácil excitabilidad que lo lleva a repetir la acción en respuesta a los peligrosos atascamientos que amenacen las reformas. La masa del pueblo se acerca entonces a esa imagen ideal derivada de las experiencias de la gran revolución.

Si en cambio la acción de la masa fracasa por su falta de cohesión o la imprudencia de sus objetivos; si su triunfo no allana el camino a elementos revolucionarios, sino reaccionarios; si la acción consolida la situación imperante en vez de modificarla, entonces la sensación de impotencia y la vacilación hacen presa de los individuos del pueblo; el desánimo, la desesperanza, la apatía hacen que durante un lapso prolongado ni los estimulantes más poderosos influyan sobre ellos.

En consecuencia, los efectos y las formas de manifestarse de la acción de la masa pueden ser de la más variada especie. Es difícil evaluarlas de antemano, pues las condiciones de las que dependen son muy complejas. Casi siempre sus efectos superan todas las expectativas, o bien son decepcionantes.

Ya hemos señalado que no es una percepción particularmente aguda de la masa lo que provoca su acción, sino la concurrencia de determinadas condiciones especiales. No es posible crear artificialmente dichas condiciones, y no siempre se producen cuando sería oportuna una acción de la masa. Muchas de estas acciones se produjeron cuando era mayor el daño que causaban que la utilidad que podían prestar, y otras veces no se produjeron cuando más necesarias hubiesen sido.

Como hemos visto, Kropotkin afirmó —y ya otros lo hicieron antes que él— que durante la revolución francesa el pueblo juzgó siempre correctamente su situación. Pero unas pocas páginas antes de formular esta afirmación, él mismo debe comunicar que desde el 17 de julio de 1791 hasta la primavera de 1792 la masa permaneció inmóvil, dejando en libertad a la reacción o, mejor dicho, a la burguesía, hasta el punto que Danton, Marat y muchos otros desesperaban ya de la revolución. Kropot-

kin lo explica afirmando que el pueblo estaba maniatado por sus líderes. Pero tampoco más tarde éstos quisieron saber nada de la acción de la masa. Si desde 1791 hasta 1792 no se produjeron grandes acciones de masas, ello se debió en gran parte a que los factores que las habían provocado en 1789 habían sido temporariamente eliminados: el hambre y la amenaza de la contrarrevolución armada. Las cosechas de 1789 y 1790 habían sido abundantes, y nada ponía en peligro a la Asamblea Nacional. Las tareas de la asamblea legislativa parecían promisorias para el pueblo. Lo que volvió a poner en movimiento a la masa en 1792 no fueron sus "líderes" sino la guerra que se había declarado en abril de 1792.

Por otra parte, cuando el 9 de Termidor (27 de julio) Robespierre fue derrocado por la contrarrevolución burguesa, la masa volvió a fracasar. A partir de ese momento comenzó el ocaso del régimen pequeñoburgués-democrático.

Y tal como ocurrió entonces siguió ocurriendo con frecuencia, como últimamente durante la revolución rusa. En el momento decisivo en que la revolución era acechada por el peligro de la contrarrevolución, el llamado a las masas formulado por los revolucionarios para que declarasen la huelga (diciembre de 1905) no tuvo eco suficiente precisamente en el centro del movimiento, en Petersburgo. Una acción de las masas desorganizadas es un suceso elemental que puede pronosticarse con algunas probabilidades cuando se han descubierto sus condiciones de surgimiento dentro de un período dado, pero que no puede provocarse a voluntad ni tampoco puede esperarse con plena certeza para un momento fijado de antemano. Los partidos opositores pueden disponerse en tiempos de gran agitación de las masas populares a explotar una eventual acción de la masa. Pero nueve veces de cada diez naufragarán tristemente si estructuran su política sobre la esperanza de una acción semejante en un momento determinado o si se comprometen públicamente a provocarlo.

La imprevisibilidad de las acciones de las masas no organizadas a menudo ha resultado fatal para movimientos y partidos opositores, y especialmente revolucionarios. Y sin embargo precisamente en ello se basa el poderío de tales acciones y la posibilidad de su triunfo, pues los medios de poder físico de la masa son escasos por regla general, y en modo alguno se hallan a la altura de los del gobierno. La masa logra el triunfo allí donde la homogeneidad y el vigor de la *voluntad* se revela como su-

perior, allí donde se topa con la inseguridad, el aturdimiento y el miedo. La masa provoca esas condiciones en un gobierno ya moralmente debilitado mediante la sorpresa y la potencia de su intervención, igualmente inesperada para amigos y enemigos.

Cuando el gobierno no resulta sorprendido por la acción de la masa —y éste será el caso en casi todas las acciones de masa que no sean espontáneas, sino preparadas— o peor aún, cuando el mismo provoque una acción de esa naturaleza, sus instrumentos de poder alcanzarán, por regla general, para abatir la lucha de las masas. Es un antiguo recurso de los gobiernos que se sienten amenazados por un creciente movimiento del pueblo provocar su alzamiento mediante medidas de represión violenta, para luego ahogarlo en sangre. Siguiendo esta receta se provocó en 1848 la batalla de junio. También Bismarck tenía la intención de lanzar a la socialdemocracia alemana a luchas callejeras, cuando fracasaron todos los demás recursos para detener su ascenso. Pero no es tan fácil inducir a acciones masivas desorganizadas al proletariado alemán como al de otras naciones. En parte es por eso que el ascenso de nuestro partido no se ha visto interrumpido por ningún período prolongado en virtud de ninguna derrota decisiva, tal como les ocurrió una y otra vez a los movimientos socialistas de otros grandes países.

Sin embargo sería un error deducir de aquí que todo partido opositor deba repudiar por principio, bajo todas las circunstancias, cualquier acción de la masa desorganizada. Aunque su movilización muy a menudo sea inoportuna, y que otras veces no se produzca cuando sería necesaria, tanto su realización como su omisión no dependen en absoluto de nuestra aprobación. Cuando se dan sus condiciones se produce ineludiblemente, sin tener en cuenta si los gobiernos o los revolucionarios decretan que deba suprimirse toda acción de masas. No es posible dirigir discrecionalmente los sucesos elementales. Nada más cómico, por ejemplo, que la discusión sobre el camino por el que nosotros, los socialistas, hemos de conquistar el poder político, si por el voto universal, por el parlamento o mediante acciones de masas. ¡Como si dependiese de nuestras preferencias! Del mismo modo podríamos debatir si mañana ha de caer granizo, o no.

En cambio, otro problema digno de discusión es si las condiciones de las cuales surgieron temporariamente las acciones de masa en el pasado aún subsisten y si prometen seguir subsistiendo; si, por el contrario, van en camino de su desaparición o si han cesado de existir por completo. En suma, la cuestión no es

si *queremos* la acción de la "calle"; la cuestión es si podemos *esperar* que vuelva a desempeñar un papel histórico.

Este problema no puede resolverse con un par de palabras. Nos ocuparemos de él en un artículo final.

3. LAS TRANSFORMACIONES HISTÓRICAS DE LA ACCIÓN DE MASAS

Nuestros puntos de vista acerca de la naturaleza y las realizaciones de la masa los hemos extraído de la historia. Esa es la única manera de estudiarla.

Pero nuestra sociedad se halla en un constante y rápido cambio. Lo que valía ayer, hoy ya puede ser erróneo. Y si la experiencia histórica nos ofrece el único medio para investigar los factores sociales y políticos, nosotros, antes de aplicar en la práctica los resultados de tales experiencias, debemos investigar si no se han modificado las relaciones de la experiencia histórica. Esto vale también para el tema que aquí nos ocupa, el de la acción espontánea de las masas desorganizadas.

Hay dos factores que se modificaron considerablemente durante los últimos cuarenta años y que dificultan en sumo grado las acciones de masas: uno es el de las transformaciones de los dispositivos militares, y otro el de la concesión de derechos populares. Los dispositivos bélicos modernos en Europa datan de las guerras de 1866 y 1870.⁶ Pero precisamente entonces la masa del pueblo conquistó derechos permanentes en la mayor parte de los países. En 1867 se concedió el derecho del voto universal e igualitario en la Liga Alemana del Norte, y poco después en el Imperio Alemán. Al mismo tiempo llegó el derecho de coalición y la libertad de asociación y reunión. Hacia 1867 alcanzó predominio en Austria un régimen liberal. Por la misma época una gran parte de los trabajadores ingleses obtuvo el derecho del voto, en 1870 se derrocó el imperio en Francia, se proclamó la república, y se estableció en Italia el estado unitario.

Con todo ello se crearon nuevas condiciones que eran totalmente desconocidas cuando las acciones de masa desorganizadas y espontáneas que acabamos de considerar, ejercieron sus grandes influencias históricas. ¿Son posibles hoy, y tienen perspectivas, esta clase de acciones?

Ese es el problema.

Ya en su muy frecuentemente citada introducción a *Las luchas de clases en Francia* de Marx, Engels señaló las transformaciones

de los dispositivos militares: el poder destructivo de las armas de fuego ha crecido enormemente y el empleo de armas para la lucha se ha convertido, más que nunca, en un monopolio del ejército. El trazado de las ciudades modernas con sus calles anchas y rectas, imposibilita la lucha de barricadas, y los ferrocarriles posibilitan un rapidísimo agrupamiento de grandes masas de tropas.

Pero con todo ello, Engels sólo quería demostrar la imposibilidad de un levantamiento armado y no de cualquier acción de masas, ya que el alzamiento armado es sólo una de sus formas, aunque la más decisiva y eficaz. También el efecto moral de las acciones masivas pacíficas, de las simples manifestaciones disminuye considerablemente si el gobierno está siempre seguro de poder dispersar por la fuerza de las armas las manifestaciones que se le tornen incómodas.

Este desarrollo del aparato militar restringe seguramente el papel histórico de las acciones de masas, pero no lo suprime por completo. Y para Engels, toda restricción era transitoria.

De allí concluía: "La época de los golpes de mano imprevistos, de las revoluciones llevadas a cabo por pequeñas *minorías* conscientes al frente de masas inconscientes, ha pasado". Muy diferente es la cuestión cuando la gran mayoría se halla en el bando de la revolución. La misma evolución ocurrida desde 1866 y 1870, que convirtió al ejército en irresistiblemente superior a la barricada también lo transformó internamente, imponiendo el sistema prusiano del servicio militar obligatorio en casi toda Europa y abreviando su duración. El soldado se acerca más al pueblo y cada vez es más difícil utilizarlo contra éste. Cuanto más henchido esté el pueblo de ideas revolucionarias, menos podrá emplearse a los hijos del pueblo, vestidos de uniforme, con fines policiales.

Por otra parte desaparece la ventaja de un rápido transporte de tropas por parte del ferrocarril allí donde la acción de masas no se limita a localidades aisladas del país, sino que ocurre por doquier.

En suma, Engels pensaba que la revolución volvía a ser posible, y que, más aún, se haría irresistible y superaría a los poderes imperantes en la medida en que la gran masa de la población en todo el país tuviese ideas revolucionarias. Hasta entonces debía mantenerse el crecimiento del movimiento, evitando toda prueba de fuerzas decisiva; tal era la conclusión que extraía de sus concepciones.

Esa concepción no declara como carente de perspectivas a cualquier acción de masas, sino solamente la lucha de barricadas por un tiempo previsible. Inmediatamente antes de morir Engels surgió una nueva forma de acción de masas mucho más enérgica que todas las demás, salvo la lucha de barricadas, y que bajo condiciones favorables ya ha logrado éxitos enormes: la huelga de masas.

El desarrollo del militarismo no elimina, pues, las condiciones para las acciones de masas, sino solamente para una de sus formas exclusivamente, eso sí, la más poderosa de todas.

Algunos consideran que el cese de las acciones desorganizadas de las masas se debe más a la adquisición de los derechos populares que al militarismo. La organización de grandes masas de la población en asociaciones políticas y gremiales realiza rápidos progresos. Cada vez es mayor la parte del pueblo que se halla unida en organizaciones permanentes, y con ello se restringe el terreno de los estallidos espontáneos de la masa popular desorganizada.

Esto es correcto. La acción de las masas organizadas difiere por completo de la de las masas desorganizadas. Prevista y dirigida planificadamente, establece de antemano sus objetivos y los medios para su logro. No elimina por completo lo inesperado, pero lo limita a un mínimo. De esa manera introduce una mayor permanencia en las luchas de las clases inferiores, evita derrotas aniquiladoras, aunque desde luego ya no puede registrar triunfos tan brillantes como la acción espontánea de la gran masa popular desorganizada. Pero logra explotar plenamente todos sus triunfos, pues en contraposición a la masa no organizada, la que sí lo está tiene sus órganos, representantes y funcionarios, que obran permanentemente y retienen el triunfo, mientras que la masa no organizada debe dejar siempre en manos ajenas el aprovechamiento de sus victorias.

El crecimiento de las organizaciones proletarias modifica, por consiguiente, el carácter de las luchas políticas y económicas de la masa en sumo grado. Pero no cabe esperar que pueda lograr la supresión total de las condiciones de las acciones de masas desorganizadas y espontáneas.

Ya hemos visto al comienzo de nuestra exposición que el número de los organizados, a pesar del rápido crecimiento de las organizaciones, sigue siendo una pequeña fracción de la masa total del pueblo, y que inclusive luego de duplicar y triplicar su extensión sólo constituirían una minoría.

Ni siquiera puede pensarse en organizar la masa total de la población en un lapso previsible; probablemente ni siquiera se llegue a ello dentro del modo de producción capitalista, pues el capital busca siempre oponer nuevos ejércitos de trabajadores desorganizados a los organizados, inaugurar siempre renovados campos de reclutamiento de obreros no organizados. La población rural aún los suministra en cantidad, y además se recurre en proporción cada vez mayor a obreros extranjeros. Por otra parte crece la presión ejercida sobre distintas categorías obreras, como por ejemplo sobre la creciente cifra de los trabajadores de empresas estatales, que dificultan al extremo su organización.

Por cierto que los organismos políticos y gremiales del proletariado aún distan mucho de haber llegado al límite de su crecimiento. En realidad no existe tal límite. Capas obreras cuya organización parecía imposible aún ayer, pueden lograr hoy, mediante algún movimiento inesperado, una sensación de fuerza tal que los capacite para convertirse en una organización poderosa y duradera. Pero en general puede decirse que las dificultades para conquistar nuevos territorios para la organización de la masa popular crecen tanto más cuanto mayor sea el número de territorios ya conquistados. Tanto mayor es la resistencia del capital y del estado capitalista, a quienes amedrenta el crecimiento del enemigo y quienes emplean recursos cada vez más poderosos de terrorismo o de corrupción para inhibir sus progresos. Pero tanto menor es también la energía y combatividad en los terrenos que quedan aún por conquistar. Está claro que son las capas más vigorosas y combativas de los trabajadores quienes se organizan en primer término. Cuanto mayor tiempo permanece inaccesible un estrato a la organización, tanto más débil y desanimado estará, y esta debilidad y desánimo no son causas, sino asimismo efectos de la falta de organización. Pues cuanto más se fortalece el capital, tanto más profundamente degrada a todos aquellos elementos proletarios que no logran organizarse.

Por otra parte cabe observar que la influencia de una organización proletaria no se limita a sus miembros. Precisamente en relación con las acciones masivas ejerce una influencia que trasciende en mucho ese círculo. El efecto puede ser de doble naturaleza. Puede ocurrir que los organizados no se preocupen en absoluto por los no organizados o, más aún, que levanten un impenetrable muro divisorio entre unos y otros. De esa manera

quitan a los elementos no organizados los últimos restos de fuerza y conciencia que poseían. Las acciones espontáneas de estos últimos elementos se reducen entonces a aislados e impotentes estallidos de desesperación. Así ocurrió durante un tiempo en Inglaterra.

De otro modo proceden los elementos organizados con ideas socialistas, donde representan los intereses de clase de todo el proletariado, y no sólo sus limitados intereses profesionales. En esos casos, los organizados tratan de elevar a los desorganizados, a capacitarlos para nuclearse y a sumarse a sus acciones. También este método se opone a los estallidos masivos espontáneos, pero no porque las masas desorganizadas sean incapaces de toda acción, sino porque cada acción, aunque participen en ella elementos no organizados, parte de la decisión y cuenta con la dirección de los organizados, y está embebida del espíritu de su disciplina, que es el mejor método para acercarse a la organización a los elementos dispersos.

Sin embargo, por grande que sea el porcentaje de elementos organizados y por poderosa que sea su influencia sobre la población, ello no imposibilitará las acciones masivas espontáneas en las que la organización como tal no tiene importancia, por muchos elementos organizados que participen en ellas.

En lo principal, la organización intervendrá en los casos previstos. Cuanto más vasta sea y mayor número de afiliados abarque en todo el país, tanto más lento será su mecanismo, con mayor dificultad entrará en acción si acontecimientos súbitos e inesperados provocan una intensa agitación en la población y urgen acciones inmediatas. En semejantes situaciones reaparecen las condiciones para las acciones masivas espontáneas, que en determinadas circunstancias pueden barrer con todo un sistema de gobierno. El terreno favorable para ello lo brinda una guerra, que declara permanente lo inesperado e incalculable. Sin embargo, también una huelga gigantesca que paralice toda la vida social, puede provocar enormes sorpresas de la noche a la mañana. En tales casos las autoridades no hacen sino echar leña al fuego si disuelven las organizaciones proletarias que les parecen peligrosas y encarcelan a sus dirigentes. Antes aún alcanzará la acción de masas el carácter de una acción espontánea y desorganizada, que se transforma fácilmente en revolucionaria.

Por lo tanto, el crecimiento de las organizaciones proletarias no elimina en forma definitiva la posibilidad, siquiera hipotética, de acciones masivas espontáneas en gran escala, sino que

solamente la restringe considerablemente en tiempos normales. Y otro tanto vale para el derecho del sufragio universal. También éste obra contra las acciones masivas espontáneas, ya que da a las masas la oportunidad de proceder, de una manera legal y reglamentada, con la mayor eficacia y sin peligro para sí ni para otros contra todas aquellas instituciones y personas políticas por las que se siente oprimida.

Esta afirmación también contiene gran parte de verdad. Sin embargo, ese factor, al igual que la organización, sólo será una restricción para las acciones masivas espontáneas, pero sin suprimirlas. Y el derecho electoral mucho menos aún que la organización puede tornar superfluas las acciones espontáneas en situaciones repentinas e inesperadas. Si una organización gigantesca, dadas las circunstancias, no puede disponer de una consigna preparada, en forma inmediata para cualquier acontecimiento del día o inclusive de la hora, hay que excluir de antemano la posibilidad de que el derecho electoral exprese cualquier agitación de las masas en el año. Los períodos electorales son prolongados, la disolución de los cuerpos representativos en el interin está en manos de los gobiernos, y éstos se cuidarán de utilizar sin necesidad las épocas de mayor efervescencia popular para convocar a los votantes. En los lapsos que median entre las elecciones, el derecho del voto universal no suprime en modo alguno el impulso hacia las acciones de masas.

Pero el derecho del voto, tal como existe en los países modernos, no concede a la masa total de la población ni siquiera durante las elecciones la oportunidad de poner su voto en el platillo de la balanza. Las mujeres, que por regla general desempeñan un papel sumamente enérgico en las acciones masivas espontáneas, aún se hallan excluidas del derecho a votar en todas partes, con excepciones aisladas. Sin embargo, también una gran parte de los hombres carece de él. En Inglaterra, el derecho a votar todavía es limitado y el radicalismo burgués, a pesar de sus bonitas palabras, no piensa en ampliarlo. Los sectores más pobres de la población están excluidos del derecho del voto. En toda Gran Bretaña sólo lo poseía, en 1906, el 16,64 % de la población, mientras que en Alemania lo tenía el 22 %. Si Inglaterra poseyera el mismo sistema electoral que rige las elecciones parlamentarias en Alemania, contaría con 9.600.000 votantes en lugar de 7.300.000, es decir, con 2.300.000 votantes más. Ese es el número de hombres excluidos de las

elecciones, quienes en las acciones masivas en la calle seguramente no se cuentan entre los últimos en participar.

Sin embargo, tampoco en las elecciones para el parlamento alemán puede participar cualquier hombre que intervendría en una acción de masas. El derecho del voto no es sólo sumamente desigual en beneficio del proletariado industrial y en virtud de la creciente diversidad del número de votantes de las circunscripciones electorales, sino que también excluye del derecho electoral a gran parte de la población masculina. Mientras que en Inglaterra, por ejemplo, la edad para votar comienza luego de cumplidos los 20 años, la constitución alemana la estipula en los 24 años.

En 1900, la estadística nacional alemana contaba 2.026.096 hombres entre los 21 y los 25 años. Desde entonces su número ha crecido considerablemente. Es principalmente el proletariado industrial el que resulta perjudicado por su exclusión del derecho electoral. En el censo de 1907, de cada 10.000 trabajadores del sexo masculino había 887 en la agricultura y 1.314 en la industria entre los 21 y los 25 años. En cambio, en la agricultura había 7089 trabajadores sobre 10.000 mayores de 25 años, mientras que en la industria dicha cifra era de sólo 6.774.

Más grave aún se torna la relación si comparamos no la industria y la agricultura, sino a los trabajadores independientes con los asalariados. De cada 10.000 trabajadores independientes del sexo masculino (en la agricultura, la industria y el comercio), 159 tenían entre 21 y 25 años, mientras que de 10.000 trabajadores asalariados del sexo masculino tenían dicha edad 1.501, es decir una relación casi diez veces mayor. Las cifras absolutas son más drásticas aún. De los trabajadores independientes del sexo masculino, había 70.555 entre los 21 y los 25 años. De los trabajadores asalariados del sexo masculino eran 1.712.981, vale decir casi 24 veces más.

Además de estos estratos de la población excluidos del derecho electoral deben considerarse también los extranjeros que no participan en el acto eleccionario, mientras que no puede excluirse de acciones de masas en la calle. Su número es particularmente elevado en el país más democrático de Europa, en Suiza, donde ya en 1912 constituían casi el 12 por ciento de la población, y el 15 por ciento en 1910. Donde mayor es su número es en las grandes ciudades. En Zurich ascendían en 1909 a casi un *tercio* de la población. Y su número crece rápidamente. En 1888 aún no llegaban allí a una cuarta parte de la población

(22 %). Y entre ellos predomina el elemento masculino. Si en 1909 los extranjeros en general constituían el 32,67 % de la población, los del sexo masculino constituían el 34,58 % de la población, del mismo sexo. Más de una tercera parte de los hombres de Zurich se hallan excluidos del derecho electoral, casi exclusivamente trabajadores industriales asalariados. Mayor aún que en Zurich es el número de extranjeros en Basilea (38 % en 1910) y en Ginebra (41 % en 1910). Bajo tales circunstancias se comprende por qué, en las elecciones, la población trabajadora de Suiza no se hace sentir ni se manifiesta tan poderosamente como en sus acciones masivas en la calle, como por ejemplo en los desfiles del 1º de mayo.

Sin embargo, aun si se lograra obtener una ley electoral que concediese el derecho del voto a todos los habitantes adultos del país, sin distinción de sexo ni de origen, ello no bastaría aún para que el proletariado pueda desplegar todo su poderío.

La fuerza del proletariado reside en su gran número, en su masa. Unido despliega al máximo la conciencia de sí mismo. Aislado, el proletario se siente más débil, es más fácil influir sobre él. Pero a la urna electoral se acerca como individuo. En ese acto es mucho más fácil intimidarlo o sobornarlo que durante una acción de masas, si la pertenencia a una organización poderosa le confiere sensación de fuerza y asidero moral. El voto secreto atenúa en algo este inconveniente, pero no lo suprime del todo, como lo demuestran las experiencias de Norteamérica, de Inglaterra y de Francia. También en Alemania tenemos nuestra historia en materia de terrorismo electoral. Si bien en las elecciones parlamentarias la corrupción electoral no desempeña aún un papel tan importante como en otros países más democráticos, ello sólo se debe a la impotencia del Parlamento. Pero por todas partes crecen los esfuerzos de las clases poseedoras por inhibir, por todos los medios de intimidación, extorsión, mentira y corrupción, la corriente de las masas hacia la socialdemocracia, sometiendo sólo a los más débiles, ingenuos o timoratos. Ello no imposibilita las victorias electorales de la socialdemocracia: por el contrario, las torna cada vez más gloriosas e impresionantes, ya que la magnitud y significación del triunfo no se mide según el botín que conquista el vencedor, sino según el poderío del enemigo a quien ha debido superar.

Pero cuanto más crecen los esfuerzos de nuestros adversarios por falsificar los resultados electorales mediante la argucia y la

violencia, tanto menos expresan el número de votos y los mandatos que obtiene la socialdemocracia el poderío del que dispone el proletariado, y mayor importancia adquieren para ponerlo de manifiesto las acciones espontáneas de masas.

Los proletarios que se dejan usar como rompehuelgas o que votan contra la socialdemocracia no lo hacen porque estén satisfechos, porque les vaya bien ni porque quieran mantener las condiciones imperantes, sino porque son demasiado débiles, porque no creen en sí mismos ni en su clase, porque creen que por el momento llegarán más lejos agachándose, y porque no comprenden la significación de las acciones del partido y el sindicato. Precisamente esos elementos, que aún no han sido esclarecidos, a quienes una organización aún no les ha brindado sostén, son, por regla general, los más oprimidos y maltratados. Si llegan a encontrarse en una acción de masas que les confiera la sensación de poderío y que esté directamente dirigida contra alguna institución o persona que los oprima, no sólo intervendrán fácilmente, sino que serán los más inclinados al éxtasis.

Por eso, en momentos de gran agitación nacional, las acciones masivas espontáneas son capaces, en grado mucho más elevado que una campaña electoral, de unir toda la masa del pueblo trabajador, organizado y desorganizado, electores y no electores, socialdemócratas y adláteres de partidos burgueses, en una sola falange, grande y poderosa.

Por supuesto que ello sólo puede ocurrir si dichas manifestaciones abarcan todo el país. Hasta ahora, ello prácticamente nunca se dio. Las grandes acciones de masas que produjeron consecuencias históricas entre 1789 y 1871 siempre estuvieron limitadas a lugares determinados, por regla general a la capital.

En los grandes estados modernos, la acción electoral, en casos de existir el voto universal, es la primera acción simultánea de todo el pueblo en todo el país. Por mucho que haya numerosos proletarios excluidos aún de esta acción, antes nunca se dio el caso de una masa tan grande que se haya puesto en movimiento por algún acto de otra índole, en forma simultánea. Sin tener en consideración los derechos que la ley concede a los votantes y que asignan a su acción mayor o menor significación política, este solo hecho ha bastado para convertir durante las últimas décadas a la lucha electoral en la acción de masas más poderosa del proletariado, y seguirá siéndolo, salvo esos raros momentos en que las masas de todo el pueblo y en todo el país se

agitan hasta llegar al punto de ebullición en virtud de algún suceso, siempre que una campaña electoral no pueda prevenir la explosión obrando como válvula de seguridad. Además de las comunicaciones modernas es precisamente el voto universal el que crea las condiciones de esta clase de amplias acciones de masas, despertando el interés político incluso en los rincones más apartados del país y fomentando la fusión de grandes masas en un dilatado organismo partidario, que abarque todo el país, en el cual se hayan superado tanto las separaciones particularistas como gremiales y que posea máxima influencia sobre la masa total de los votantes.

Ello posibilita acciones masivas espontáneas de unas proporciones y una pujanza inauditas hasta la fecha.

Por lo tanto, el derecho del voto universal no elimina las posibilidades ni el impulso hacia las acciones masivas. Al igual que las organizaciones de las masas, sólo puede reducir el terreno para algunas acciones de esta índole, disminuir el número de ocasiones que llevan a ellas, pero no puede eliminarlas por completo.

Sólo podría producirse una eliminación total de las acciones masivas espontáneas con la condición de que el derecho del voto universal y la organización proletaria lograsen eliminar la causa fundamental que impulsa, en el modo de producción capitalista, a esta clase de acciones de masas: la tendencia al empobrecimiento de las masas, que obra ininterrumpidamente, de modo que sólo se requieren grandes ocasiones estimulantes para que, en violentas movilizaciones, traten de sacudirse la presión que pesa sobre ellas. El modo de producción capitalista engendra necesariamente en la clase de los capitalistas el impulso a oprimir cada vez más a la masa del pueblo, a pauperizarla, como reza la palabra que se ha acuñado para ello. Necesariamente se origina la acción contraria del proletariado: la lucha contra la miseria. En ello se basa la inevitabilidad de la lucha de clases, que se hace tanto más encarnizada cuanto mayor es su duración, cuanto más combativos se tornan los adversarios en la lucha y en virtud de ella, y cuanto mayores se hacen las diferencias en su posición social, cuanto más se elevan los capitalistas sobre el proletariado por la creciente explotación.

No siempre crece realmente su miseria en este proceso, pero sí lo hace siempre su irritación, su necesidad de liberarse de la presión que experimenta en forma cada vez más dolorosa.

Sin embargo, el modo de producción capitalista también engendra determinadas situaciones en las que la miseria de la masa popular se agudiza. Esas son situaciones en las cuales convergen todas las condiciones para las grandes acciones de masas, y bastante a menudo éstas estallan insospechadamente, de la noche a la mañana. Esta clase de situaciones críticas se crean por la extensión de la desocupación, la presión impositiva, la carestía y la guerra.

Si durante las décadas posteriores a 1871 las acciones espontáneas de masas no desempeñaron un papel histórico de la misma magnitud que durante la centuria precedente, ello no se debió exclusivamente a que en aquel entonces se concedieron a las masas populares de toda Europa occidental derechos políticos y las posibilidades de la organización. Sobre todo dependió de las peculiares condiciones económicas que se produjeron a partir de entonces y que durante un tiempo pudieron despertar la creencia de que estarían completamente superadas las tendencias pauperizantes del modo de producción capitalista y las causas particulares de la agitación de las masas: la carestía, la crisis y la guerra.

Poco después de 1871 se inició la competencia rusa y ultramarina en materia de comestibles, que hizo descender los precios. Esto aún resultó paralizado durante las décadas de 1870 y 1880 a causa de la terrible crisis imperante por aquel entonces, que también provocó disturbios en diversos países: tumultos en Viena en 1884, las luchas por Trafalgar Square en Londres en 1887, etc. Con el comienzo de la última década del siglo pasado comenzó entonces una era de prosperidad, sólo interrumpida por crisis de breve duración, que produjo un aumento de los salarios, al descender los precios de los alimentos o simplemente dejando de aumentar. Y de esa manera Europa quedó, durante cuarenta años, totalmente al amparo de los horrores y devastaciones de una guerra.

Todos sabemos ahora que esta era no había sido el comienzo de una transformación duradera del capitalismo hacia formas menos opresivas, sino sólo un breve interludio, provocado por la concurrencia de diversas circunstancias, y que desde hace algunos años ha vuelto a ceder su lugar a todos los horrores del sombrío drama de la explotación capitalista.

La causa principal de la aparente atenuación desde 1871 la había constituido la extensión de la red ferroviaria en los Estados

Unidos, con lo cual un inmenso territorio de suelo virgen quedaba abierto al mundo del capitalismo, territorio en el cual no tenía aún prácticamente vigencia la propiedad privada del suelo. Esta atenuación del capitalismo no podía, empero, durar eternamente bajo la dominación de éste. Actualmente, casi todo el suelo es propiedad privada en los Estados Unidos, y con ello ha recuperado su plenitud de derechos la tendencia pauperizante del capitalismo.

Desde hace una media docena de años, los precios de los alimentos se hallan en constante aumento, y ese aumento amenaza con ser permanente.

El efecto acrecentador de los precios de la propiedad privada de la tierra en Norteamérica se intensifica aún más por las consecuencias de su agotamiento por cultivo intensivo en Rusia y Norteamérica, por la multiplicación de las asociaciones de productores y comerciantes, quizás también por el revolucionamiento de la producción del oro. Los progresos técnicos y el descubrimiento de nuevos yacimientos auríferos hicieron descender los costos de producción, y por ende el valor, del oro, posiblemente con mayor rapidez que el valor de los alimentos, puesto que la productividad de la agricultura sólo asciende lentamente como consecuencia de los obstáculos acarreados por la propiedad privada del suelo, la conservación de las explotaciones en pequeña escala, técnicamente atrasadas, y el éxodo de trabajadores rurales. Si a ello se agregan aún las crecientes tasas protectoras así como los aumentos impositivos de los últimos años, entonces habremos reunido en forma aproximada las causas de la carestía. Todas ellas son de naturaleza permanente. Las clases dominantes no renunciarán voluntariamente a las tasas agrícolas ni a los aumentos impositivos, ya que son la consecuencia necesaria de la fiebre imperialista colonial y armamentista que se ha adueñado del capitalismo.

Durante los últimos cuarenta años éste se ha convertido en amo de todo el mundo; numerosas industrias nacen fuera de Europa, vuelven a crecer las crisis y se torna cada vez más intenso el impulso de los diversos países industriales por asegurarse mercados, territorios de influencia y proveedores de materias primas; por una parte nace la moderna política aduanera, y por la otra el imperialismo, la carrera armamentista naval, el crecimiento de la presión impositiva, un ininterrumpido peligro de guerra que el despertar de Oriente acrecienta más aún.

Esto no hace más que intensificar las contradicciones y luchas de clases, con ello vuelven a surgir también las condiciones para enormes acciones masivas espontáneas. Es una particular ironía de la historia el que este nuevo período de acciones masivas en Europa occidental lo inaugurase este año Inglaterra, el país al cual, por su organización proletaria y sus derechos democráticos, se le creía más a salvo que cualquier otro de esta clase de acciones, y que en este sentido elogiaban como modelo todos los admiradores de una evolución pacífica.

La guerra y la carestía habían sido las dos grandes palancas de las acciones masivas en la revolución francesa. La carestía y el peligro de guerra, quizá pronto la propia guerra de una manera más devastadora aún que hace cien años, han vuelto a convertirse en el signo de nuestra época. De esa manera, las acciones masivas espontáneas prometen volver a desempeñar un gran papel histórico. Si ello se produce, el desarrollo político y social perderá considerablemente su estabilidad, volverá a proceder por saltos, a tomarse impredecible; podrá traernos enormes y sorpresivos triunfos, pero también, al menos temporariamente, dolorosas derrotas.

Pero por muy poderosas que podamos imaginarnos las acciones masivas que pueden surgir de esta situación, ya no tendrán el carácter que tenían anteriormente. Los cuarenta años de derechos políticos populares y de organización proletaria no pueden haber pasado sin dejar huellas. El número de elementos organizados y esclarecidos de la masa se ha vuelto demasiado grande como para no hacerse sentir incluso en los estallidos espontáneos, por muy súbita que sea la aparición de éstos, por muy poderosa que sea la irritación de la cual provienen, y por mucho que en ellos se halle excluída toda dirección planificada.

Parece descartarse que esta clase de estallidos vuelvan a asumir jamás, en los países con una socialdemocracia fuerte y con sindicatos poderosos, un carácter insensato o reaccionario, como por ejemplo los disturbios de Gordon en la Inglaterra de 1780 o el alzamiento español de 1808. Inclusive en Rusia, el proletariado de ideas socialistas impidió ya en 1905 los pogroms en todas aquellas partes donde dominaba. Sólo resultaron posibles allí donde la revolución había sido derrotada.

Pero no sólo en la fijación del objetivo, sino también en la conformación de los métodos de acción debe hacerse valer enérgicamente la influencia de los elementos organizados y superiores

sobre las masas desorganizadas, impulsadas solamente por sus instintos y necesidades, haciéndolas abstenerse de acciones sin objetivo y de comienzo sin perspectivas, advirtiéndolas frente a trampas tendidas y arteras provocaciones, y haciéndolas interrumpir su acción a tiempo, cuando amenaza el fracaso.

Podemos esperar entonces que los fracasos que tan a menudo les están deparados a las acciones masivas espontáneas, no asuman ya formas tan aniquiladoras como ocurría anteriormente en la mayoría de los casos.

Si a pesar de ello sobreviene la derrota, entonces los obreros a quienes su vida en la organización los ha educado para la reflexión, la disciplina y la confianza a su causa, sabrán sobrellevar con mayor entereza el fracaso, en retirada ordenada, sin pánico ni desesperación, para volver a reunirse y comunicarse a breve plazo. También esto debe influir sobre la masa desorganizada y aumentar su sostén moral.

Pero si la acción masiva triunfa, si se manifiesta con una potencia tan avasalladora, con un furor tan grande de las masas, con una amplitud tan descomunal y tan sorpresivamente frente a una situación desfavorable de nuestros adversarios, que sus efectos sean irresistibles, entonces la masa puede aprovechar ahora el triunfo de una manera totalmente diferente al pasado. Ya hemos señalado que los triunfos de la masa organizada, en contraposición a los de la no organizada, no son efímeros o logrados para otros, que tiene sus órganos, sus diputados y funcionarios, quienes, mediante convenios, leyes, etc., fijan el triunfo para ella. Pero los intereses de la masa organizada y de la no organizada son los mismos. Los órganos de la socialdemocracia y de los sindicatos animados por un espíritu socialista y no de corporación profesional, obran en favor de todos. Allí donde esas organizaciones se han arraigado, han pasado los tiempos en los que el proletariado, mediante sus triunfos en las acciones masivas espontáneas, sacaba las castañas del fuego sólo a unas pocas fracciones de sus adversarios, temporariamente situados en la oposición. En lo sucesivo, el propio proletariado podrá disfrutarlos.

La acción conjunta de masas organizadas y no organizadas en grandes acciones súbitas puede asumir formas inauditas, desconocidas hasta el presente. Los últimos disturbios en Inglaterra ya han revelado fenómenos sumamente curiosos. Pero nada puede decirse de antemano a ese respecto.

En la medida en que vuelvan a adquirir un papel histórico las

acciones masivas espontáneas, cuanto más amplio sea dicho papel, tanto más ingresaría en nuestra vida política un elemento totalmente incalculable, que acarrearía para nosotros las mayores sorpresas, de índole tanto regocijante como penosa. La evolución volvería a asumir un carácter de catástrofe, tal como el que tuvo en Europa entre 1789 y 1871.

En nada modificaría los hechos el que ello nos resulte cómodo o no.

Esta teoría nada tiene que ver con lo que ha dado en llamarse la teoría del derrumbe de Marx. Éste formuló una teoría de esa índole. Más aún, incluso suponía que en un país como Inglaterra el proletariado podría llegar al poder político sin una catástrofe.

Ni Marx ni sus discípulos formularon teoría especial alguna acerca de las formas dentro de las que se movería la lucha proletaria de clases en sus diversas fases. Si vemos que en el período próximo la situación política y social está grávida de catástrofes, ello surge de nuestra concepción de esta situación particular y no de una teoría general.

Pero, ¿surge de la peculiaridad de la situación la necesidad de una táctica particular y nueva? Algunos de nuestros amigos así lo afirman. Tienen la intención de revisar nuestras tácticas.

Al respecto podría hablarse con mayor entendimiento si presentasen proposiciones concretas. Ello no ha ocurrido hasta la fecha.

Ante todo habría que saber si lo que exige son nuevos *fundamentos* tácticos, o nuevas *medidas tácticas*. Por cierto que situaciones particulares requieren medidas particulares. Pero no es posible fijarlas de antemano: deben desprenderse de la situación en cada caso. Si ello vale ya en general, vale más aún en el caso de acontecimientos que, como las acciones espontáneas de la masa, son totalmente incalculables, de las cuales nada determinado puede predecirse, en las cuales es totalmente incierto no sólo el modo y el momento en que se producen, sino también su propia realización.

Frente a esta clase de sucesos nada puede hacerse, salvo procurar que no nos tomen totalmente inadvirtidos. Estaremos tanto más a su altura y tendremos mayores probabilidades de obrar con la mayor practicidad en cada momento cuanto más poderosa y capaz de entrar en acción sea nuestra organización y cuanto más clara sea nuestra comprensión, cuanto mejor entendamos el estado y la sociedad, cuanto más exactamente informados estemos acerca de las intenciones y recursos de poder de nuestros adversarios,

así como sobre el estado anímico y los recursos de poder del proletariado.

Perfeccionamiento de la organización, obtención de todas las posiciones de poder que, por nuestras propias fuerzas, estemos en condiciones de conquistar y mantener, estudio del estado y de la sociedad y esclarecimiento de las masas; aún no podemos fijarnos, en forma consciente y planificada, otras tareas, ni a nosotros ni a nuestras organizaciones. Podemos reflexionar acerca de lo incalculable, pero no tomar decisiones tácticas de antemano.

Las tareas tácticas que sí podemos y debemos plantearnos hoy significan cualquier cosa menos una nueva táctica, sino una prosecución y fortalecimiento de la que, desde hace más de cuatro décadas, ha llevado a nuestro partido de triunfo en triunfo.

Anton Pannekoek

Acciones de masas y revolución *

El desarrollo político y social de los últimos años ha llevado cada vez más a un primer plano el problema de las acciones de masas. A partir de las enseñanzas de la revolución rusa, aquellas fueron reconocidas teóricamente por el partido en 1905 como método en la lucha de clases; durante la campaña por el derecho al voto en Prusia en 1908 y 1910, irrumpen por primera vez en forma imponente y desde entonces, salvo temporales recesos por las necesidades de la campaña electoral, son objeto de intensos debates y polémicas. Este desarrollo no es casual. Por un lado es la consecuencia de la fuerza creciente del proletariado y por otro el resultado necesario de las nuevas formas del capitalismo que nosotros denominamos imperialismo.

Las causas del imperialismo y de las fuerzas que lo impulsan no necesitan preocuparnos en este lugar; simplemente describimos su presencia y sus efectos: la política de dominación del mundo, la carrera armamentista —en especial la construcción de flotas de guerra—, las conquistas coloniales, la creciente presión de los impuestos, el peligro de guerra, el creciente espíritu de violencia y la prepotencia de clase de la burguesía, la reacción interna, el freno a las reformas sociales, la organización de los empresarios, las trabas a la lucha sindical, la carestía. Todo esto lleva a la clase trabajadora a nuevas posiciones de combate. Antes se podía entregar, de vez en cuando, al menos, a la ilusión de progresar lenta pero constantemente en lo sindical a través del mejoramiento de las condiciones de trabajo y en lo político por medio de reformas sociales y la ampliación de sus derechos políticos. Ahora debe poner en tensión todas sus fuerzas para no ser despojada de los

* *Massenaktion und Revolution*, en *Die Neue Zeit*, año XXX, vol. 2, 1912.

niveles de vida y los derechos ya conquistados. *Su ofensiva se ha transformado ante todo en defensiva.* De tal manera la lucha de clases se torna más aguda y generalizada; en lugar de la esperanza en lograr una situación mejor, la fuerza impulsora de la lucha es, cada vez más, la amarga necesidad de defenderse ante el deterioro de sus condiciones de vida. El imperialismo amenaza a las masas populares con nuevos peligros y catástrofes —tanto a la pequeña burguesía como a los trabajadores— y los empuja a la resistencia; los impuestos, la carestía, el peligro de guerra, vuelven imprescindible una defensa encarnizada. Pero estas calamidades sólo en parte tienen su origen en resoluciones parlamentarias y por tanto sólo parcialmente pueden ser combatidas en el parlamento. Las masas mismas deben hacer acto de presencia, hacerse valer en forma directa y ejercer presión sobre la clase dominante. Y a ese deber se agrega el poder resultante de la fuerza creciente del proletariado; entre la impotencia del parlamento y de nuestra fracción en él para combatir estos peligros, surge una contradicción cada vez más profunda con la creciente conciencia de poder de la clase trabajadora. De ahí que sean las acciones de masas una consecuencia natural del desarrollo imperialista del capitalismo moderno y se transformen cada vez más en formas necesarias de lucha contra el mismo.

El imperialismo y las acciones de masas son hechos nuevos que sólo paulatinamente han de ser elaborados teóricamente y comprendidos en su significación y su esencia. Esto se hará posible sólo a través de la polémica partidaria que en los últimos años se ha estado ocupando intensamente de ellos. Estos hechos traen un cambio en el pensar y el sentir, *una nueva orientación de los espíritus*, que va más allá de la contraposición —surgida ante todo de la táctica de lucha parlamentaria— entre radicalismo y revisionismo. Estas polémicas separan momentáneamente o para siempre a aquellos que hasta ahora han estado unidos en la lucha y no eran conscientes de que existiera alguna divergencia. Estas polémicas aparecen entonces como lamentables y penosos malentendidos, por lo que las discusiones asumen una especial dureza. Tanto más necesario resulta, para aclarar las diferencias, referirse a los fundamentos de las tácticas de lucha del proletariado. Posteriormente polemizaremos con dos artículos de Kautsky del año anterior.

I. EL PODER DE LA BURGUESÍA Y EL PODER DEL PROLETARIADO

El poder estatal es el órgano de la sociedad que ejerce potestad sobre el derecho y la ley. El poder político, el control del poder estatal, debe ser en consecuencia el objetivo de toda clase revolucionaria. La conquista del poder político es la condición previa para el socialismo. La burguesía posee actualmente el poder del estado y lo utiliza para dar forma y estabilidad al derecho y la ley al servicio de sus intereses capitalistas. Ella, sin embargo, se va transformando en una minoría que además, y en grado creciente, pierde su significación e importancia en relación al proceso de producción. La clase trabajadora, en cuyas manos reside la más importante función económica, conforma una mayoría siempre creciente dentro de la población; en esto descansa la certeza de que ha de ser capaz de conquistar el poder político. Pero se trata de observar más de cerca las condiciones y métodos de su revolución política. ¿Por qué la clase trabajadora a pesar de superar a la burguesía en cantidad e importancia económica, no ha podido aún conquistar el poder? ¿Cómo es posible que casi siempre en la historia de la civilización, una minoría explotadora haya podido dominar a la gran masa del pueblo explotado? Esto es así porque influyen muchos otros factores de poder.

El primero de estos factores de poder es la *superioridad espiritual* de la minoría dominante. Como clase que vive de la plusvalía y que tiene el control de la producción en sus manos, ella dispone de la formación espiritual, de todas las ciencias; con una perspicacia que abarca a toda la sociedad ella sabe —aunque se encuentre gravemente amenazada por las masas en rebelión— cómo encontrar nuevas formas de salvarse. A veces, mediante su autoconciencia y una gran perseverancia y otras, mediante la traición, consiguen embautcar a las masas ingenuas. La historia de cada rebelión de esclavos en la antigüedad, de cada guerra campesina en el medioevo, nos ofrece ejemplos de esto. El poder del espíritu es la más poderosa fuerza de este mundo. En la sociedad burguesa, donde una cierta formación espiritual es patrimonio común de todas las clases, en lugar del monopolio de la educación por la clase dominante, se da el dominio espiritual sobre la masa del pueblo. A través de la escuela, la iglesia, la prensa burguesa, amplias capas del proletariado son envenenadas con concepciones burguesas. La dependencia espiritual de la

burguesía es una de las causas principales de la debilidad del proletariado.

El segundo factor de poder de la clase dominante y el más importante reside en su rigurosa y firme organización. Un pequeño número bien organizado es siempre más fuerte que una masa numerosa y desorganizada. *Esa organización de la clase dominante es el poder del estado.* Ella aparece como la totalidad de los empleados estatales que, distribuidos por todas partes como autoridad entre la masa del pueblo, son dirigidos desde la sede central del gobierno en un sentido determinado. La voluntad unitaria que emana de la cúpula, conforma la fuerza interior y la esencia de esta organización. De allí se deriva una poderosa supremacía moral que se manifiesta en la autoconciencia de sus actos frente a la masa desarticulada, en la que cada individuo quiere algo distinto. Ella configura al mismo tiempo un gigantesco pulpo que con sus finos tentáculos manejados desde el cerebro central, penetra en cada rincón del país; es un organismo compacto ante el cual los demás individuos, sean ellos tan numerosos como se quiera, son sólo débiles partículas. Todo individuo con obediencia que no se adapte es automáticamente aferrado y aplastado por este artístico mecanismo; y la conciencia de esta situación mantiene a la masa a respetuosa distancia.

Si surge entonces un gesto de rebelión entre las masas y desaparece el respeto por las altas autoridades, si se unifican las partículas en la creencia de que van a terminar fácilmente con un par de molestos empleados estatales, ya tiene el estado para tal eventualidad medios de represión más poderosos: la policía y el ejército. También ellos son minorías, pequeños grupos, pero provistos de armas mortíferas y fundidos —por medio de una rigurosa disciplina militar— en cuerpos estables e inatacables que accionan como máquinas automáticas en manos de quienes las comandan. Contra su poder, la masa está indefensa, aun si ésta intenta armarse.

Una clase que surge puede conquistar y retener el poder del estado en razón de su importancia económica y su poderío; así lo hizo la burguesía como dirigente de la producción capitalista y poseedora del dinero. Sin embargo, a medida que su función económica se hace superflua y se degrada a la condición de clase parasitaria, en igual proporción desaparece ese factor de su poder. Entonces pierde también su prestigio y su superioridad espiritual, y, finalmente, sólo le queda, como base de su dominación,

el control del poder del estado con todos sus instrumentos represivos. Si el proletariado quiere conquistar el poder, debe derrotar al poder del estado, la fortaleza en la cual la clase dominante se ha atrincherado. La lucha del proletariado no es simplemente una lucha contra la burguesía *por* el poder del estado como objetivo, sino una lucha *contra* el poder estatal. El problema de la revolución social se puede sintetizar diciendo que se trata de hacer crecer el poder del proletariado a tal punto que éste supere al poder del estado. *Y el contenido de esa revolución es la destrucción y liquidación de los instrumentos de poder del estado usando los instrumentos de poder del proletariado.*

El poder del proletariado consiste primero, en un factor independiente de nuestro accionar al que ya antes se hizo alusión: su número y su significación económica, ambos en constante crecimiento a causa del desarrollo económico y que hacen de la clase trabajadora, en grado cada vez mayor, la clase social determinante. Junto a este factor se encuentran otros dos grandes factores de poder cuyo crecimiento es la finalidad de todo el movimiento obrero: *conocimiento y organización.* El conocimiento es, en su forma primera y más simple, conciencia de clase que, poco a poco, crece hacia la clara comprensión de la esencia de la lucha política y de la lucha de clases en general, y de la naturaleza del desarrollo capitalista. A través de su conciencia de clase, el trabajador se libera de la dependencia espiritual de la burguesía; mediante el conocimiento político y social se quiebra la supremacía espiritual de la clase dominante.

La organización es la fusión de los individuos, antes dispersos, en una unidad. En la dispersión, la voluntad de cada uno tiene una dirección independiente de la de todos los demás, mientras que la organización significa unidad, la misma dirección para las voluntades individuales. Mientras las fuerzas de los átomos individuales estén dirigidas en todas direcciones, se habrán de anular mutuamente y el efecto del conjunto será igual a cero; si todas esas fuerzas, en cambio, son dirigidas en la misma dirección, la masa en su conjunto presionará tras esa fuerza, tras esa voluntad conjunta. La argamasa que mantiene unidos a esos individuos y los obliga a caminar juntos es la disciplina, ella hace que cada uno determine su actuar, no por sus ideas, inclinaciones o intereses particulares, sino por la voluntad y el interés de la totalidad. La costumbre de subordinar la actividad individual a un todo en la organización de las grandes fábricas, crea en el pro-

letariado moderno las condiciones previas para tales organizaciones. La práctica de la lucha de clases las va construyendo, las hace cada vez más amplias y su estabilidad interna y disciplina se vuelven cada vez más firmes. La organización es el arma más poderosa del proletariado. El enorme poder que posee la minoría dominante por su firme organización, sólo podrá ser derrotado con la fuerza aún mayor de la organización de la mayoría. El constante crecimiento de esos factores: significación económica, conocimiento y organización, hace crecer el poder del proletariado por encima del de la clase dominante. * Recién entonces están dadas las condiciones previas para la revolución social. Aquí se pone finalmente en claro en qué sentido, la vieja idea de una rápida conquista del poder político por una minoría fue una ilusión. Esa posibilidad no debe ser descartada apriorísticamente ya que podría, mediante un poderoso empujón, provocar un formidable salto en el desarrollo social. Pero la esencia de la revolución es por cierto, algo muy distinto, la revolución es la conclusión de un proceso de profunda transformación que cambia totalmente el carácter y la esencia de las masas populares explotadas. De un montón de individuos dispersos que eran antes, que obedecían sólo a sus intereses particulares, se transforman en un sólido ejército de combatientes lúcidos que se dejan guiar por intereses comunes. Antes impotentes, obedientes, una masa inerte frente al poder consciente y organizado de la burguesía que la moviliza para sus propios fines, se transforma en una humanidad organizada, capaz de determinar la propia suerte con voluntad consciente y enfrentarse porfiadamente a los viejos dominadores. De la pasividad pasa a la acción, deviene un organismo con vida, con una unidad y una articulación autogeneradas con conciencia y órganos propios. La destrucción del dominio del capital tiene como condición fundamental que la masa del pueblo esté firmemente organizada y plena de espíritu socialista; si esta condición ha sido llenada en medida suficiente, el dominio del capital será entonces imposible. Ese surgir de las masas, su organización y su toma de conciencia, conforman ya lo esencial, la médula del socialismo. El dominio del estado capitalista, que

* Dejamos de lado el mostrar cómo esos factores crecen sin interrupción por medio de las luchas parlamentarias y sindicales y nos remitimos a nuestro trabajo: "Die taktischen Differenzen in der Arbeiterbewegung". [Las diferencias tácticas en el movimiento obrero], donde hemos tratado el tema ampliamente.

intenta con su violencia estatal frenar el libre desarrollo del nuevo organismo viviente, se transforma cada vez más en una envoltura muerta, como la cáscara que rodea al pájaro dispuesto a nacer y como ésta, necesariamente será destruido. Es probable que esta destrucción, la conquista del poder, signifique un enorme esfuerzo de trabajo y de lucha: pero lo esencial, lo decisivo, su condición previa y fundamento es el crecimiento del organismo proletario, la formación del poder de la clase trabajadora, necesario para el triunfo.

2. LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO

La ilusión de que la conquista del poder es posible a través del parlamento se apoya básicamente en la idea de que el parlamento elegido por el pueblo es el órgano legislativo principal. Si el *parlamentarismo y la democracia* dominaran, si el parlamento controlara la totalidad del poder del estado y la mayoría popular controlara al parlamento, sería la lucha electoral el camino directo para la conquista del poder político —es decir la conquista paulatina de las mayorías populares mediante la práctica parlamentaria, el esclarecimiento de las conciencias y la puja electoral. Pero tales condiciones faltan, no se encuentran en ningún lado y menos en Alemania. Tienen que ser creadas por las luchas constitucionales y sobre todo por medio de la conquista del derecho al voto democrático. En su aspecto formal la conquista del poder político tiene dos momentos: primero, la creación de las bases constitucionales, la conquista para las masas de los derechos políticos fundamentales y, segundo, la utilización correcta de esos derechos: ganar a las masas populares para el socialismo. Donde la democracia ya está dada, el segundo momento es el más importante; en cambio, donde las grandes masas ya han sido ganadas para el socialismo pero faltan los derechos, como es el caso aquí en Alemania, el peso de gravedad de la lucha por el poder se centra no en la lucha *por medio* de los derechos existentes, sino en la lucha *por la conquista* de los derechos políticos.

Naturalmente, estas relaciones no están dadas aquí por casualidad; la falta de bases constitucionales para un poder popular en un país con un movimiento obrero altamente desarrollado es la forma necesaria para la dominación del capital. Indica claramente que el poder efectivo se encuentra en manos de la clase propietaria.

Mientras ese poder se encuentre inquebrantado, la burguesía no nos va a ofrecer los medios formales para desalojarla pacíficamente. Ella debe ser golpeada, *su poder debe ser quebrado*. La constitución expresa la relación de poder entre las clases; pero tal poder debe ser puesto a prueba en la lucha. Un cambio en el trazado de los límites de los derechos constitucionales dentro de los cuales se mueven las clases es sólo posible cuando los medios de poder de las clases en lucha se confrontan y se miden. Lo que desde el punto de vista formal se presenta como una lucha por los más importantes derechos políticos es, en realidad un choque frontal de todo el poder de ambas clases, una lucha con sus más poderosas armas, en la cual buscan debilitarse y finalmente aniquilarse mutuamente. La lucha puede acarrear alternativamente victorias y derrotas, concesiones y períodos de reacción. El final llegará solamente cuando uno de los adversarios en lucha se encuentre totalmente vencido, cuando sus instrumentos de poder estén destruidos y el poder político se encuentre en manos del vencedor.

Hasta el momento ninguna de las clases ha empleado en los combates sus armas más poderosas. La clase dominante no ha podido nunca, para su disgusto, emplear su arma más poderosa en la lucha parlamentaria, el poder militar, y tiene que observar impotente, sin poderlo evitar, cómo el proletariado acrecienta su poder constantemente. En ello reside el significado histórico del método de lucha parlamentario durante la época en la cual el proletariado, aún débil, se encontraba en la fase de su primer crecimiento. Pero tampoco el proletariado ha utilizado todavía sus más poderosos instrumentos de lucha. Sólo entraron en acción su número y su comprensión política, pero ni su importancia en el proceso productivo ni el poder enorme de su organización —que fue utilizado sólo en la lucha sindical, no en la lucha política contra el estado— tuvieron intervención en la lucha. Hasta el momento, las luchas ocurridas han sido sólo escaramuzas de grupos de avanzada, la fuerza principal de ambas partes quedó en reserva. En las próximas batallas por el poder usarán ambas clases sus armas más afiladas, sus medios más poderosos: *sin que éstas se midan en combate es imposible un desplazamiento decisivo de las relaciones de poder*. La clase dominante intentará, con sangrienta violencia, destrozar al movimiento obrero. El proletariado recurrirá a las acciones de masas, desde las formas más simples de las asambleas hasta las manifestaciones callejeras y llegará así a la forma más poderosa: *la huelga general*.

Esas acciones de masas suponen un fuerte crecimiento en la fuerza del proletariado. Son posibles a un alto nivel de desarrollo pues plantean exigencias a las cualidades espirituales y morales, al saber y la disciplina de los trabajadores, que sólo pueden ser el fruto de largas luchas políticas y sindicales. Si se han de realizar acciones de masas con éxito, los trabajadores deben disponer de tanta comprensión política y social que ellos mismos sean capaces de poder reconocer y juzgar las condiciones previas, los efectos, los peligros de tales luchas; la conveniencia de iniciación o de su interrupción. Cuando la clase dominante utiliza sin contemplaciones sus medios de represión, prohíbe las publicaciones y las reuniones, detiene a los líderes combatientes, impide la comunicación regular entre los trabajadores, los intimida con estados de sitio, los desanima con noticias falsas, entonces, la continuación de la lucha y la posibilidad del éxito dependen exclusivamente de la claridad de visión del proletariado, de su confianza en sí mismo, de su solidaridad y entusiasmo por la gran causa común. El poder del estado burgués con su violencia autoritaria y la fuerza de las virtudes revolucionarias de las masas rebeldes de trabajadores se miden entonces mutuamente para comprobar cuál de los dos se revela el más fuerte.

Nosotros debemos estar preparados a que el estado no retroceda ante estas medidas de fuerza. Sea en la ofensiva o en la defensiva, el proletariado quiere siempre cuando recurre a esas armas ejercer presión sobre el estado, influirlo, ejercer sobre él una presión moral, doblegarlo bajo su voluntad. La posibilidad de que esto ocurra se basa en el hecho de que el poder del estado depende en grado sumo del ininterrumpido funcionamiento de la vida económica. Si el funcionamiento regular del proceso de producción se altera a causa de huelgas masivas, imprevistamente se le plantean al estado problemas extraordinarios a resolver. El estado debe restablecer "el orden", pero, ¿cómo? Puede quizás impedir que la masa haga manifestaciones, pero no la puede obligar a volver al trabajo; puede cuanto más intentar desmoralizarla. Si las autoridades frente a las nuevas tareas pierden la cabeza, presionadas por el miedo y la angustia de la clase poseedora que les exige proceder enérgicamente o bien conceder si les falta esa voluntad unitaria, es señal de que la fuerza interior del estado, su autoconfianza, su autoridad, la fuente misma de su poder ha sido afectada. La situación se empeora si se suman huelgas del transporte que interrumpen las comunicaciones de las autoridades locales con el po-

der central y por tanto desarticulan los eslabones de toda la organización, despedazan los tentáculos del pulpo que se contraen impotentes, como ocurrió durante las huelgas de octubre en la revolución rusa.

A veces el gobierno utilizará la violencia y su eficacia dependerá entonces de la decisión del proletariado. Otras veces tratará de apaciguar a las masas con concesiones y promesas, en tal caso la lucha de las masas habrá llevado a un triunfo total o parcial. Por supuesto, la historia no termina allí. Una vez conquistado un derecho importante puede iniciarse un período de tranquilidad durante el cual la reciente conquista será utilizada hasta el límite máximo de sus posibilidades. Pero, tarde o temprano, la lucha tiene que estallar nuevamente; el gobierno no puede conceder tranquilamente derechos que otorguen a las masas posiciones de poder decisivas y si lo hace intentará luego recuperarlos, de otro modo las masas no se detendrán hasta tener en sus manos la llave del poder estatal. La lucha, por lo tanto, se desencadena siempre de nuevo y contrapuestas las fuerzas de una y otra organización el poder estatal debe someterse reiteradamente a la acción disociante de las acciones de masas. La lucha se detiene recién cuando la organización del estado ha sido totalmente destruida. *La organización de la mayoría habrá demostrado entonces su superioridad destruyendo la organización de la minoría dominante.*

Este objetivo, sin embargo, podrá ser alcanzado sólo si las luchas de las masas influyen profundamente y transforman al proletariado mismo. En la misma forma que las luchas políticas y sindicales libradas hasta el momento, aquellas acrecientan la fuerza del proletariado en una forma mucho más amplia, poderosa y profunda. Cuando aparecen acciones de masas que estremecen profundamente la vida social en su conjunto, todos los espíritus son sacudidos; el paso veloz de los acontecimientos es seguido con atención y expectativa aún por aquellos que se contentan sólo con poner una boleta electoral cada cinco años. Y los que participan, obligados a concentrar todos sus sentidos con la máxima intensidad en la situación política que determina su conducta, agudizan en tales épocas de crisis política su visión política en pocos días más de lo que pudieron avanzar en años. La práctica de estas luchas a través de las experiencias de triunfo y derrota genera los instrumentos necesarios para satisfacer sus propias exigencias. Con el desarrollo de las luchas crece la madurez del

proletariado que sale de ellas capacitado para los próximos y más difíciles combates.

Esto es válido no sólo para la comprensión política sino también para la organización. Sin embargo hay quienes afirman lo contrario. Existe en muchos el temor de que en estas peligrosas luchas, el más importante instrumento del proletariado, su organización, pueda ser destruido. Sobre todo en este razonamiento se basa el rechazo a la huelga general por parte de aquellos cuya actividad se centra en la conducción de las grandes organizaciones proletarias. Temen que en un choque entre la organización proletaria y la organización del estado, la primera, por ser la más débil, habrá de salir necesariamente perdedora. El estado tiene el poder de disolver las organizaciones de los trabajadores que tuvieran la insolencia de iniciar la lucha contra el mismo. Puede destituir su actividad, intervenir sus fondos, encarcelar a sus dirigentes y no se detendrá, seguramente, por consideraciones jurídicas o morales. Pero tales actos de violencia no lo ayudarán demasiado. El estado puede destrozarse con ellos la forma externa de las organizaciones obreras, pero no puede afectar la esencia misma de éstas. La organización del proletariado, que nosotros calificamos como su más importante instrumento de poder, no debe ser confundida con la forma de las organizaciones y asociaciones actuales, que son la expresión de aquella dentro de los marcos, aún firmes, del orden burgués. *La esencia de esa organización es algo espiritual, es la transformación del carácter de los proletarios.* Puede ser que la clase dominante, aplicando sin escrúpulos la violencia de sus leyes y su policía, consiga destruir aparentemente a la organización: no por eso los trabajadores volverán de pronto a transformarse en los individuos atomizados de antes, que sólo eran movidos por un estado de ánimo transitorio o por sus intereses particulares. Permanecerán en ellos, más vivos que nunca, el mismo espíritu, la misma disciplina, la misma coherencia, la misma solidaridad, la misma costumbre de una acción organizada, y ese espíritu ha de ser capaz de crearse nuevas formas de actividad. Puede que un acto de violencia semejante golpee duramente pero la fuerza *esencial* del proletariado sería afectada tan poco como las leyes antisocialistas afectaron al socialismo, aunque impidieran las formas regulares de asociación y agitación.

A la inversa, la organización se fortalece al grado máximo a través de las luchas de masas. Cientos de miles de trabajadores que se mantienen hoy día alejados de nosotros por indiferencia,

por temor o por falta de fe en nuestra causa, serán sacudidos y se incorporarán a las luchas. Mientras que en el lento transcurrir de la historia de las luchas cotidianas las diferencias ideológicas juegan un papel importante y dividen a los trabajadores, en épocas revolucionarias, cuando la lucha se agudiza al máximo y exige rápidas decisiones, se abre camino irresistiblemente el sentimiento de clase; si no ocurre de inmediato, tanto más seguro surgirá posteriormente. Y al mismo tiempo crecerá la solidez interna de la organización y la disciplina puesta a prueba por las exigencias de tan duras luchas adquirirá la firmeza del acero pues ella debe fortificarse. En el transcurso de estas luchas, la fuerza del proletariado, aún insuficiente, crecerá lo necesario para ejercer su dominio en la sociedad. Sin embargo, ¿la clase dominante no estará en condiciones, utilizando sus medios de combate más poderosos, la violencia más sangrienta, de someter a los trabajadores en semejantes luchas de masas a una segura derrota? Las manifestaciones por el derecho del voto en la primavera de 1910, han demostrado que la clase no retrocede ante la utilización de tal violencia. Por el contrario se ha visto que la espada del policía es impotente contra una masa popular decidida. La violencia puede caer duramente sobre alguna persona en particular, pero el objetivo de esa violencia, atemorizar a la masa para hacerla desistir de su proyecto —realizar la manifestación— no es alcanzado frente a la decisión, el entusiasmo, la disciplina de esa masa de cientos de miles de personas. Muy distinto es ciertamente, cuando se lanza a los militares contra la masa del pueblo; bajo los disparos de destacamentos fuertemente armados, una masa popular no puede realizar su demostración. Sin embargo, ésto en nada ayuda a la clase dominante. El ejército está constituido por los hijos del pueblo y, en medida creciente, por jóvenes proletarios que ya traen de sus propios hogares algo de conciencia de clase. Esto no significa que hayan de fracasar de inmediato como arma en manos, de la burguesía —la férrea disciplina ha de desplazar automáticamente toda otra consideración. Sin embargo, lo que ya para los antiguos ejércitos mercenarios era válido—, que no se dejaban utilizar a la larga contra el pueblo, es mucho más efectivo para los modernos ejércitos de reclutas. La más férrea disciplina no resiste durante mucho tiempo una utilización semejante. Nada deteriora con más seguridad la disciplina como la pretensión, llevada un par de veces a la práctica, de disparar contra el pueblo, contra sus propios hermanos de clase cuando éstos sólo desean reunirse y desfilar pacíficamente. Justamente para mantener incólume la

disciplina del ejército en el caso de una revolución, el gobierno de la oligarquía terrateniente de Alemania ha evitado en lo posible utilizar a los militares en caso de huelgas. Esto es inteligente pero tampoco es una solución. Los reaccionarios que siempre están azuzando para una “solución militar” del problema obrero, no imaginan que de tal manera no hacen otra cosa que acelerar su propia destrucción. Si el gobierno se ve obligado a utilizar a los militares contra acciones de masas del proletariado, esa arma pierde progresivamente su fuerza de cohesión. Es como una espada reluciente que impone respeto y puede producir heridas pero tan pronto como es utilizada, comienza a hacerse inútil. Y si la clase dominante pierde ese arma, pierde su último y más poderoso instrumento de fuerza y queda indefensa.

La revolución social es el proceso de disolución paulatina de todos los medios de poder de la clase dominante, especialmente del estado; el proceso de continuo crecimiento del poder del proletariado hasta su máxima plenitud. Al comienzo de tal período, el proletariado debe haber alcanzado un alto grado de comprensión y conciencia de clase, poder espiritual y sólida organización para estar capacitado en los difíciles combates que le esperan, pero, con todo esto es aún insuficiente. El prestigio del estado y de la clase dominante están quebrados ante las masas que los reconocen como sus enemigos, pero el poder material se mantiene incólume. Al fin del proceso revolucionario, nada queda de ese poder. El pueblo trabajador en su totalidad está allí presente como masa altamente organizada decidiendo su suerte con clara conciencia y capacitado para gobernar puede pasar a continuación a tomar en sus manos la organización de la producción.

3. LA ACCIÓN DE MASAS

En la *Neue Zeit* del 13 al 27 de octubre, el camarada Kautsky investiga en una serie de artículos “La acción de masa”, las formas, condiciones y efectos de las acciones de grandes masas populares. Si bien esos artículos han aparecido porque en los últimos años se habla cada vez más en el partido de las acciones de masas, es necesario acotar desde un comienzo que el planteamiento mismo de la cuestión no corresponde al problema real que se da en la práctica. Kautsky subraya que, naturalmente, él no

entiende bajo el concepto de acción de masas el hecho de que las acciones de la clase obrera organizada se hagan automáticamente más masivas a través del crecimiento de sus organizaciones, sino la aparición de grandes masas populares desorganizadas, a veces reuniéndose y luego separándose: "Aunque se compruebe que las acciones políticas y económicas toman cada vez más el carácter de acciones de masas, no está demostrado que ese modo especial de acción de masa que se designa sumariamente como acción de calle, esté llamado a jugar también un papel siempre más importante". Para Kautsky existen entonces dos formas de acción, que son en extremo diferentes. Por un lado las formas de lucha laboral hasta ahora conocidas en la cual un pequeño grupo del pueblo, los trabajadores organizados, que significan cuanto más un décimo del total de la masa desposeída, lleva adelante su lucha política y sindical. Por otro lado, la acción de la gran masa desorganizada, la de la "calle", que por algún motivo se rebela e interviene en el acontecer histórico. Para Kautsky se trata del hecho de si la primera forma será también en el futuro la única forma de movilización del proletariado, o también la segunda forma, la acción de la masa, ha de jugar igualmente un papel de importancia.

Pero cuando en las discusiones partidarias de los últimos años se enfatizó la necesidad, la inevitabilidad o lo adecuado de las acciones de masas, nunca se trató de una tal contraposición. La alternativa no es afirmar que nuestras luchas han de ser masivas o que la masa desorganizada habrá de aparecer en la escena política, sino otra cosa: *una determinada y nueva forma de la actividad de los trabajadores organizados*. El desarrollo del capitalismo moderno ha impuesto al proletariado con conciencia de clase esas nuevas formas de acción. Amenazado por el imperialismo con los mayores peligros, luchando por más poder dentro del estado, por más derechos, está obligado a hacer valer su voluntad contra las poderosas fuerzas del capitalismo en la forma más enérgica —más enérgica que los más encendidos discursos que puedan pronunciar en el parlamento sus representantes—. El proletariado debe reafirmarse a sí mismo, intervenir en la lucha política, tratando de influir al gobierno y a la burguesía con la presión de sus masas. Si nosotros hablamos de acciones de masas y su necesidad, nos referimos a la actividad política extraparlamentaria de la clase trabajadora organizada por medio de lo cual ella misma actúa sobre la política interviniendo en for-

ma inmediata y no a través de representantes. Estas acciones no son lo mismo que la "acción de calle"; si bien las manifestaciones callejeras también son una de sus expresiones, su más poderosa forma es la huelga general realizada sin nadie en la calle. Las luchas sindicales, en las cuales las masas actúan desde un comienzo, no bien producen un efecto político de importancia se transforman por sí mismas en acciones políticas de masa. En el aspecto práctico de las acciones de masas se trata entonces de una ampliación del campo de actividad de las organizaciones proletarias.

Estas acciones de masas se diferencian en lo esencial de los movimientos populares de otras épocas históricas, que Kautsky investiga como acciones de masas. Allí se reunían las masas un instante galvanizadas por una misma fuerza social en una sola voluntad; luego la masa se desintegraba nuevamente en individuos aislados. En nuestro caso, en cambio, se trata de masas que ya antes estaban organizadas, su acción ha sido pensada y preparada con antelación y luego de concluída, la organización permanece. En las viejas acciones de masas, el objetivo sólo podía ser el derrocamiento de un régimen odiado, más tarde se trataría de la conquista momentánea del poder mediante un único acto revolucionario; pero como luego de alcanzar el primer objetivo la masa se desarticulaba nuevamente, el poder volvía a recaer en un pequeño grupo y cuando el pueblo intentaba afianzar su dominio por medio del derecho a votar, no era posible evitar un nuevo dominio de clase. En nuestro caso se trata también, por cierto, de la conquista del poder, pero nosotros sabemos que esto sólo es posible por medio de una masa popular socialista y altamente organizada. Por eso el objetivo *inmediato* de nuestras acciones es siempre una determinada reforma o concesión, un retroceso del poder del enemigo, pero también un paso adelante en la construcción del propio poder. Antiguamente el poder popular no podía ser construído continuamente y con seguridad; sólo podía surgir por un instante en erupciones violentas y repentinas para desalojar un poder intolerable, pero luego se diluía y una nueva dominación se extendía sobre la masa indefensa del pueblo. Nuestro objetivo, la eliminación de todo dominio de clase, es solamente posible a través de la construcción lenta e imperturbable de un poder popular permanente hasta el punto que éste pueda, con su propia fuerza, aplastar simplemente al poder estatal de la burguesía hasta disolverlo por completo. Antes, los levantamientos populares debían conquistar sus objetivos por entero o fracasaban

si su fuerza no alcanzaba para ello. Nuestras acciones de masa no pueden fracasar; aún cuando el objetivo propuesto no fuera alcanzado, ellas no habrían sido en vano y aún derrotas temporarias contribuirán a la gestación de los próximos triunfos. Las antiguas acciones de masas abarcaban sólo una pequeña parte de la población total: el levantamiento y aglutinamiento de una parte del pueblo de la ciudad capital bastaba a menudo para derrocar un gobierno y de todos modos no era posible reunir mayor cantidad. Hoy día nuestras acciones de masas abarcan también en un primer momento a una minoría pero a medida que arrastran a círculos cada vez más amplios de la población antes indiferente y la incorporan a las filas de nuestro ejército, crece como producto del conjunto de las acciones de masas la acción de las grandes masas populares explotadas que hacen imposible la continuación de la dominación de clase.

Al poner de relieve en forma tan tajante la contraposición entre lo que en la práctica del partido y lo que en Kautsky se entiende como acción de masas, no queremos de ningún modo, hacer superflua su investigación. Pues no está descartado que aún en el futuro puedan estallar súbitos y poderosos levantamientos masivos desorganizados de millones de personas contra un gobierno. Kautsky demuestra detalladamente y con toda razón que el parlamentarismo y los movimientos sindicales, en lugar de hacer superfluas las acciones de masas directas, crean justamente las condiciones fundamentales para su realización. Carestía y guerra, que en el pasado impulsaban tan a menudo a las masas a levantamientos revolucionarios, aparecen hoy nuevamente como posibles a corto plazo. Por eso, es para nosotros tan importante estudiar la naturaleza, las causas y los efectos de tales acciones de masas espontáneas, en base al material de los hechos históricos.

Sin embargo, la forma en que Kautsky realiza esa investigación debe producirnos serias dudas. Ya las deducciones nos dejan entrever las fallas subyacentes en su razonamiento. ¿Cuál es en realidad la deducción que se ofrece al lector del segundo artículo, en el cual es investigada la entrada de las masas en la historia? La masa actúa a veces revolucionariamente, pero ella actúa también en forma reaccionaria; destruye a veces progresivamente y otras perjudicando; a veces se fracasa totalmente cuando se cuenta con su actuación.

Los efectos y formas de aparición de la acción de masas pueden

ser entonces de muy diversos tipos. Es difícil estimarlas con anticipación pues las condiciones de las cuales dependen son de naturaleza altamente complicada. O actúan sorpresivamente superando toda expectativa o bien decepcionan.

Dicho en pocas palabras, nada se puede decir sobre el tema, no se puede contar con nada preciso, todo es casual e inseguro. Las consecuencias son: ninguna consecuencia; el resultado es: ningún resultado; a pesar de las muchas y valiosas observaciones particulares la investigación ha quedado sin resultados. ¿Cuál es la causa de esto? La causa no la podemos describir mejor que con las palabras que, hace siete años, usamos en una crítica de la concepción histórica teleológica. (*Neue Zeit*, XXIII, 2, p. 423, "Marxismus und Teleologie" [Marxismo y teleología]):

"Si se toma a la masa en forma de todo general, al pueblo entero, se encuentra que con la anulación mutua de puntos de vista y voluntades contrapuestas, no queda aparentemente nada más que una masa sin voluntad, caprichosa, descontrolada, sin carácter, pasiva, que oscila entre impulsos contradictorios, violentos arrebatos y pesada indiferencia, conocida imagen que los escritores liberales utilizan con preferencia cuando se refieren al pueblo. Realmente, a los investigadores burgueses les debe parecer que entre la infinita variedad de individuos, la abstracción del individuo es al mismo tiempo, abstracción de todo aquello que hace de un hombre un ser volitivo y vivo, de tal manera que sólo queda la masa como algo indefinido. Pues entre la más pequeña unidad, el individuo, y lo más general, la masa inerte dentro de la cual todas las diferencias están superadas, no conocen ningún eslabón intermedio: ellos no conocen la clase. Por el contrario, la fuerza de la concepción socialista de la historia es que introduce orden y sistema en la infinita variedad de las personalidades por medio de la división de la sociedad en clases. En cada clase se encuentran juntos individuos que tienen aproximadamente los mismos intereses, la misma voluntad, las mismas opiniones, que están contrapuestos a los de otras clases. Si diferenciamos específicamente en los movimientos de masas históricos a las clases, surgirá de pronto, de aquella imagen confusa y horrorosa, una imagen clara de la lucha entre las clases. Compárese sólo las exposiciones que hizo Marx de las revoluciones de 1848, con las de los autores burgueses. La clase es lo genérico en la sociedad que ha conservado al mismo tiempo sus contenidos particulares. Cuando se pone de relieve lo particular para llegar a lo general

—humano por excelencia— no queda al final nada preciso. Una ciencia de la sociedad puede tener contenido sólo si se ocupa de las clases en las que lo casual de los individuos particulares es superado y, al mismo tiempo, ha quedado en su forma pura, abstracta, lo esencial del ser humano, un determinado querer y sentir distinto en cada una de las clases”.

Entre los discípulos de Marx ninguno ha demostrado más tajantemente el significado de esa teoría marxista como instrumento para el investigador de la historia que, justamente, Kautsky en sus escritos históricos. La brillante claridad que él aporta en todo momento deriva esencialmente de que penetra en el interior de las clases, de su situación, de sus intereses y concepciones y explica sus actos a partir de ello. Pero en este caso ha dejado de lado el instrumento marxista y por eso no llega a resultado alguno. En su exposición histórica no se habla en ningún lugar sobre el carácter de las masas. En polémica con Le Bon y Kropotkin enfoca sólo el momento psicológico, no-esencial; lo esencial, sin embargo, el momento económico del cual surgen precisamente las diferencias en la forma y objetivos de los movimientos de masas, queda sin ser considerado. La acción del lumpenproletariado, que sólo puede saquear y destruir sin un objetivo propio, la acción de los pequeño-burgueses que subieron a las barricadas en París, la acción de los modernos asalariados que, a través de una huelga general, obligan a reformas políticas, las acciones de los campesinos en países económicamente atrasados —como en 1808 en España o en el Tirol—,¹ todos estos movimientos son diferentes y pueden ser comprendidos en la particularidad de sus métodos y efectos considerando su situación de clase y los sentimientos de clase que se dan en ellos. Si los arrojamos a todos juntos sin distinción bajo la calificación de “acción de masa”, sólo puede resultar de ello un guiso que produce precisamente lo contrario a la claridad. La descripción de la guerra de guerrillas española como una acción de masas reaccionaria que, a diferencia de los franceses, entregó el timón nuevamente al “desecho reaccionario” de “curas, terratenientes y cortesanos”, puede que resulte muy simpático en los días de lucha contra el bloque azul-negro,² pero no corresponde a los métodos históricos que emplea Kautsky en otros trabajos. Cuando él alude al combate de junio como un ejemplo disuasivo para la utilidad y edificación de la actual generación de una acción de masas provocada por el gobierno y ahogada en sangre, le falta señalar el hecho esencial:

que estuvieron frente a frente dos masas, una proletaria y otra burguesa. Así, todo acontecimiento histórico tiene que caer bajo una luz distorsionante si se intenta subsumirlo bajo el concepto general y vacío de acción de masa, sin considerar su carácter esencial y específico.

Esta falla también está presente en el tercer artículo de Kautsky, en el que se considera “la transformación histórica de las acciones de masas”. Aquí, donde se tratan las condiciones y efectos de movimientos masivos proletarios, nos ofrece Kautsky una cantidad de valiosas e importantes descripciones: Pero, a pesar de ello, el fundamento general de sus exposiciones nos obliga a criticarlo. Kautsky visualiza que las acciones de masas contemporáneas habrán de tener otro carácter que las antiguas; pero él busca la razón de las diferencias, ante todo en la organización y en el esclarecimiento. Pero por más poderosas que puedan ser imaginadas las acciones de masas que pudieran surgir de esa situación, no podrán tener nunca más el carácter que antes tenían. Los cuarenta años de derechos políticos populares y organización proletaria no pueden haber transcurrido sin dejar huellas. El número de individuos conscientes y organizados en la masa se ha hecho demasiado grande para que no se haga notar aún en explosiones espontáneas, aunque éstas surjan en forma imprevista, aunque la agitación sea enorme, aunque en ellas falte por completo una dirección planificada.

Aquí es dejada de lado la principal diferencia entre las acciones de masas antiguas y las actuales y futuras: *la composición de clase completamente distinta* de las masas modernas. También las masas desorganizadas de hoy día deben actuar en forma totalmente distinta a las de antes, pues unas eran burguesas mientras las otras son proletarias. Los movimientos de masa históricos eran acciones de masas burguesas; participaban en ellos artesanos, campesinos y trabajadores de pequeños talleres, con sentimientos pequeño-burgueses. Como esas clases eran individualistas a causa de la naturaleza de su economía, tenían que dispersarse de inmediato en individuos aislados no bien la acción hubiera pasado. Hoy día, las grandes masas capaces de acción están compuestas por proletarios, por trabajadores al servicio del gran capital, que poseen un carácter de clase fundamentalmente distinto y son, en su pensar, su sentir y su ser, completamente distintos de la vieja pequeña burguesía.

No es que ante esta diferencia en el carácter fundamental, la

contraposición entre una masa organizada y una desorganizada resulte sin significado, pues estudio y experiencia significan mucho en miembros de la clase obrera con igual capacidad, pero pasa a segundo plano. Ha sido señalado repetidamente que no todos los sectores de la clase obrera pueden ser organizados en la misma medida. Precisamente, los trabajadores en las fábricas capitalistas más desarrolladas y concentradas, en los complejos de la industria pesada, en las empresas ferroviarias, en parte también en las minas, ofrecen más dificultades para la organización sindical que la gran industria menos concentrada. La causa es evidente: el poder del capital —o del estado como empresario— aparece ante los trabajadores como tan monstruosamente grande y aplastante que cualquier resistencia, aún por medio de la organización, parece no tener perspectiva. Esas masas son, en su más profunda esencia tan proletarias como ninguna otra: el trabajo al servicio del capital ha interiorizado en ellos una disciplina intuitiva. Las luchas han mostrado hasta ahora los signos de erupciones espontáneas pero en ellos mostraron una extraordinaria disciplina y solidaridad y una inmovible firmeza en la lucha, de ello dan fe y son hermosos ejemplos los levantamientos en América en los últimos años de las masas que sirven a los trusts capitalistas. Por cierto, les faltó la experiencia, la comprensión, la persistencia, que pueden ser adquiridas recién luego de una larga práctica de lucha. Pero en ellas nada queda del viejo individualismo de la pequeña burguesía desorganizada. Su situación de clase hace que comprendan rápidamente las enseñanzas de la organización de la lucha de clases socialista y aprendan a aplicarlas. Cuando se los califica de no organizables o difíciles de organizar es sólo en relación a la forma de organización social actual, no a la disciplina de lucha y espíritu de organización, no a la capacidad de participar en las acciones de masas proletarias. No bien el poder del capital, a causa de algún acontecimiento pierde su carácter de aplastante e intocable, se integrarán a la lucha y no está descartado que jugarán un papel mayor en las acciones de masas, formarán batallones más valiosos aún que los de las masas actualmente organizadas.

Así se ensamblará la acción de las masas desorganizadas con la acción de las masas organizadas que analizábamos. Las acciones de masas, decididas por los trabajadores organizados, arrastran consigo círculos cada vez más grandes del proletariado y crecen así para realizar acciones de la clase proletaria en su conjunto.

La contraposición entre organizados y no-organizados que aparece hoy tan grande, desaparece —no porque éstos últimos se hagan admitir en los núcleos de las organizaciones existentes, pues no es del todo seguro que ellas se mantendrán sin modificaciones en la forma que hoy tienen—, sino en el sentido de que en estas formas de lucha todos han de poder ejercitar por igual su disciplina, su solidaridad, su conciencia socialista y su entrega a los intereses de la clase. La tarea de la socialdemocracia —en la forma de las organizaciones partidarias actuales o en cualquier otro organismo en el que tome cuerpo— es la de ser la expresión espiritual de aquello que vive en la masa, conducir su acción y darle forma unitaria.

La imagen que se obtiene de las explicaciones de Kautsky es muy distinta. Enlazando con el resultado de sus investigaciones históricas —que nada preciso se puede decir de una acción de masa—, él ve también en las futuras acciones de masas violentas erupciones que, completamente imprevisibles, irrumpirán sobre nosotros como catástrofes naturales, por ejemplo, como un terremoto. Hasta ese momento, el movimiento obrero habrá de continuar simplemente con su práctica actual: elecciones, huelgas, trabajo parlamentario, esclarecimiento. Todo continúa del viejo modo, ampliándose paulatinamente, sin cambiar nada esencial en este mundo hasta que, de pronto, despertado por una motivación externa crece un poderoso levantamiento de masas y quizás echa por tierra al régimen dominante. Exactamente de acuerdo con el viejo modelo de las revoluciones burguesas, con la sola diferencia de que ahora la organización del partido está lista para tomar el poder en sus manos, fijar los frutos del triunfo y, en lugar de las castañas, sacar a las masas del fuego para, como nueva capa dominante, consumirla preparando con ellas un banquete para todos. Es la misma teoría que hace dos años, durante el debate sobre la huelga de masas, fue sostenida por Kautsky —la teoría de la huelga de masas como un acto revolucionario único, hecho para derrocar la dominación capitalista de un solo golpe— que aparece aquí en nueva forma. *Es la teoría de la espera inactiva*; inactiva no en el sentido de que no se continúe con las formas ordinarias del trabajo parlamentario y sindical, sino en el sentido de que deja pasivamente que las grandes acciones de masas se aproximen como fenómenos naturales, en lugar de realizarlas activamente e impulsarlas cada vez en el momento justo.

Es la teoría que corresponde y que permite comprender la práctica de la dirección del partido, a menudo criticada, de man-

tenerse inactiva en los grandes momentos en los que era necesaria la acción del proletariado, y que en los periodos de lucha electoral la impulsa a acabar lo más pronto posible con las manifestaciones callejeras para que impere nuevamente el orden. En contraposición con nuestra concepción de la *actividad revolucionaria* del proletariado, el cual, en un período de acciones de masas en crecimiento, construye su poder desgastando cada vez más el poder del estado de clases, tenemos esa teoría del *radicalismo pasivo* que no espera ninguna transformación proveniente de la actividad consciente del proletariado. Kautsky coincide con el revisionismo en que nuestra actividad consciente se agota en la lucha sindical y parlamentaria. Por eso no es extraño que su práctica, demasiado a menudo —como hace poco en el acuerdo sobre el balotage— se aproxime a la táctica revisionista. Se diferencia del revisionismo en que éste espera la transición al socialismo por las mismas actividades impulsadas para el logro de las reformas, mientras Kautsky no comparte esas expectativas, sino que prevé explosiones con carácter de catástrofes que irrumpen imprevistamente como venidas de otro mundo sin intervención de nuestra voluntad y que liquidarán al capitalismo. Es “la vieja y probada táctica” en su reverso negativo erigida en sistema.

Es la teoría de la catástrofe, conocida por nosotros hasta ahora sólo como un malentendido burgués, elevada a la categoría de enseñanza del partido. Para finalizar, dice Kautsky:

“Si vemos que en el período próximo la situación política y social está grávida de catástrofes, ello surge de nuestra concepción de esta situación particular y no de una teoría general. Pero, ¿surge de la peculiaridad de la situación la necesidad de una táctica particular y nueva? Algunos de nuestros amigos así lo afirman. Tienen la intención de revisar nuestras tácticas. Al respecto podría hablarse con mayor detenimiento si presentasen proposiciones concretas. Ello no ha ocurrido hasta la fecha. Ante todo habría que saber si lo que se exige son nuevos *fundamentos* tácticos o nuevas *medidas* tácticas.”

A esto es fácil responder que nosotros no necesitamos hacer propuestas. La táctica que nosotros consideramos como correcta ya es la táctica del partido. Ella se ha impuesto prácticamente en las manifestaciones de masas sin que fuera necesario para ello propuestas concretas. Teóricamente el partido las ha aceptado en

las Resoluciones de Jena, donde se habla de la huelga de masas como medio para la conquista de nuevos derechos políticos. Esto no quiere decir que nosotros estemos contentos con la práctica de los últimos años, pero no se puede sugerir como nueva táctica que la dirección del partido deba considerar como tarea suya frenar en lo posible las acciones de masa del proletariado o prohibir las discusiones sobre la táctica. Si nosotros, a menudo, hablamos de una nueva táctica, lo hacemos no en el sentido de proponer nuevos principios o medidas —que se actúe cada vez como lo exija la situación es para nosotros, por supuesto, condición previa— sino para aportar una comprensión teórica clara sobre *aquello que realmente ocurre*. La táctica del proletariado se transforma, o mejor, se amplía en la medida en que incluye nuevos y más poderosos medios de lucha. Nuestra tarea como partido es despertar en las masas una clara conciencia de este hecho, de sus causas y también de sus consecuencias. Nosotros debemos aclarar exhaustivamente que la situación que deriva del aumento de las luchas de masas no es casual, de la cual no se puede decir nada, sino que es una situación persistente y normal para el último período del capitalismo. Nosotros debemos señalar que las acciones de masa realizadas hasta el momento son el comienzo de un período de la lucha de clases revolucionaria, en el cual el proletariado, en lugar de esperar pasivamente que catástrofes exteriores estremezcan al mundo, él mismo, en constante ataque y avanzando por medio de su trabajo sacrificado, debe ir construyendo su poder y su libertad.

4. LA LUCHA CONTRA LA GUERRA

Esta es la “nueva táctica” que, con toda razón, podría ser llamada la continuación natural de la vieja táctica en su lado positivo.

Describíamos más arriba la lucha constitucional como una lucha en la cual las armas de ambas clases se medían para debilitarse mutuamente. Pero es claro que el objetivo, los derechos políticos fundamentales, son sólo la forma externa, la ocasión, mientras que el contenido esencial de la lucha consiste en que las clases van a la batalla con sus armas para buscar el aniquilamiento de las del enemigo. Por eso la misma lucha puede encenderse también por otros motivos; no es seguro que sólo por el derecho del voto en Prusia o en el Reichstag surtirán esas grandes luchas por

el poder, aunque, por supuesto, la destrucción del poder de la burguesía por sí misma traería consigo una constitución democrática. El desarrollo imperialista crea siempre nuevos motivos para violentos levantamientos de las clases explotadas contra el dominio del capital en los cuales todo su poderío salta hecho pedazos. El más importante de estos motivos es *el peligro de guerra*.

A menudo se encuentra el concepto de que en tal caso no se debe hablar simplemente de un peligro. Las guerras han sido siempre fuerzas productoras de grandes transformaciones en el mundo, que han preparado el camino a las revoluciones. Mientras las masas populares tolerarían largo tiempo y pacientemente la dominación del capital, sin energía para levantarse en su contra por considerar intocable a ese dominio, la guerra, sobre todo cuando transcurre desfavorablemente, los incita a la acción, debilita la autoridad del régimen dominante, desenmascara sus debilidades y se desmorona fácilmente bajo el ataque de las masas. Esto es correcto sin lugar a dudas, y ahí reside la razón por la cual la existencia de una clase trabajadora con sentido revolucionario en los últimos decenios conforma la fuerza más poderosa para el mantenimiento de la paz. La indiferencia y la no participación de las masas, los dos pilares más sólidos para el dominio del capital, desaparecen en las épocas de guerra; el apasionamiento creciente de un proletariado en el cual están firmemente enraizadas las enseñanzas del socialismo, no se ha de volcar en agitación nacionalista, como masas no esclarecidas, sino en decisión revolucionaria que se ha de volver en la primera oportunidad contra el gobierno. Eso lo sabe también el gran capital y por eso se ha de cuidar de conjurar con ligereza una guerra europea que revolucionaria que se ha de volver en la primera oportunidad contra el gobierno. Eso lo sabe también el gran capital y por eso se ha de cuidar de conjurar con ligereza una guerra europea que ha de significar simultáneamente una revolución europea. De esto no se deduce en absoluto que nosotros debamos desear en silencio que venga una guerra. Aun sin guerra el proletariado ha de estar en condiciones, por el conocimiento constante de sus acciones, de arrojar por la borda la dominación del capital.

Solamente quien desespera que el proletariado sea capaz de acciones autónomas puede considerar que una guerra ha de crear las condiciones previas necesarias para una revolución. El asunto es justamente al revés. Nosotros no debemos contar con demasiada seguridad que la conciencia del peligro revolucionario en los gobernantes ha de alejar de nosotros la amenaza de una guerra.

Las ansias imperialistas por el botín y las peleas que de ello se derivan pueden conducirlos a una guerra que ellos no han querido directamente. Y cuando el movimiento revolucionario en un país se ha vuelto tan peligroso que amenaza muy de cerca el dominio capitalista, entonces no tiene éste nada peor que temer de una guerra y tratará con facilidad de apartar de sí aquel peligro desencadenándola. Pero para la clase trabajadora una guerra significa el peor de los males. En nuestro moderno mundo capitalista una guerra es una terrible catástrofe que en una medida mucho mayor que en guerras anteriores habrá de aniquilar el bienestar y la vida de masas innumerables. Es la clase trabajadora la que ha de probar todos los sufrimientos de esta catástrofe y de ahí se desprende que habrá de poner todos sus esfuerzos en impedir la guerra. La pregunta que debe ocupar sus pensamientos no es ¿qué pasará después de la guerra?, sino ¿de qué modo podremos impedir que estalle la guerra? Aquí reside una de las cuestiones tácticas más importantes para la socialdemocracia internacional, que ha ocupado ya a varios congresos y donde ha recibido algunas respuestas. Kautsky se ocupa del tema en su artículo de mayo del año pasado: "Krieg und Frieden" [La guerra y la paz] (*Neue Zeit*, XXIX, 2, 1911, p. 97).

Él se plantea allí la pregunta de si los trabajadores, a través de una huelga general ("una huelga de toda la masa de los trabajadores") podría impedir o asfixiar en germen a una guerra y responde: bajo ciertas condiciones esto es ciertamente posible. Donde un gobierno frívolo y estúpido prepara las condiciones para una guerra y donde no amenaza ninguna invasión enemiga —como por ejemplo en la guerra española contra Marruecos—, allí puede una huelga general contra el gobierno forzar la paz, (lástima que el proletariado español fue demasiado débil para eso). Ahora bien, resulta claro que ese caso corresponde solamente a relaciones capitalistas muy subdesarrolladas, donde no es toda la masa de la burguesía la que está interesada en la aventura de la guerra, sino un pequeño grupo, y donde por tanto hay un partido burgués presto a tomar el lugar del gobierno derrocado y por otra parte el proletariado es débil y no significa un peligro. Donde el proletariado es suficientemente fuerte para realizar una huelga general de tal magnitud faltan por lo general esas condiciones. Kautsky no considera sin embargo estas relaciones de clases, sino que plantea otra contradicción:

“La cosa es muy distinta donde una población con razón o sin razón se siente amenazada por su vecino, cuando ella ve en él y no en su propio gobierno la causa de la guerra y cuando el vecino no es tan inofensivo como, por ejemplo, en Marruecos —quien no podría jamás hacer la guerra a España— sino que se trata de alguien que realmente amenaza con penetrar en el territorio. Nada teme más un pueblo que a una invasión extranjera. Los horrores de una guerra en la actualidad son terribles para cada una de las partes en litigio, aún para el vencedor. Pero para el más débil, a cuyos territorios es llevada la guerra, se tornan el doble o el triple de penosos. El pensamiento que tortura hoy día a franceses e ingleses en la misma medida, es el temor de una invasión del superpoderoso vecino alemán. Se ha llegado tan lejos que la población no ve la causa de la guerra en el propio gobierno sino en la maldad del vecino. ¡Y qué gobierno no ha de intentar hacer creer a las masas de la población estos puntos de vista con ayuda de la prensa, sus parlamentarios y sus diplomáticos! Bajo tales condiciones se llega al estado de guerra, entonces se enciende en la población entera, unánimemente, la ardiente necesidad de asegurar la frontera ante el malvado enemigo, de protegerse contra su invasión. Todos, en un primer momento, se transforman en patriotas, aun aquellos con sentimientos internacionalistas, y si algunos aisladamente tienen la valentía sobrehumana de oponerse a esto y querer impedir que los militares corran hacia la frontera y sean aprovisionados abundantemente con material de guerra, en tal caso el gobierno no necesitará mover un solo dedo para hacerlo inofensivo. La multitud enfurecida lo despedazaría con sus propias manos.”

Si nosotros no hubiéramos conocido, a través de la observación de la acción de masa, una prueba muy distinta de la que aporta ese tipo de apreciación histórica, apenas se podría creer que esas frases provienen de la pluma de Karl Kautsky. La más poderosa realidad de la vida social, el hecho fundamental de la conciencia socialista, la existencia de clases con sus intereses y concepciones específicos y contrapuestos han desaparecido completamente para él. Entre proletarios, capitalistas, pequeñoburgueses no hay diferencias. Todos en conjunto se han transformado en la “población entera” que “unánimemente” está unida contra el maligno enemigo. Y no solamente la instintiva intuición de clase se ha disuelto en la nada sino también las en-

ñanzas del socialismo, transmitidas durante decenios. Los socialdemócratas —aquí sugeridos con la tímida expresión “aquellos con sentimientos internacionalistas”— se han transformado todos, salvo algunas excepciones, en patriotas. Todo lo que ellos sabían hasta ahora sobre los intereses del capital como causa de las guerras, ha sido olvidado. La prensa socialdemócrata, que aclara a más de un millón de lectores sobre las fuerzas impulsoras de la guerra, parece haber desaparecido completamente o haber perdido su influencia como por arte de magia. Los trabajadores socialdemócratas que, en las grandes ciudades forman la mayoría de la población, se han transformado en una “multitud” que asesina enfurecida a todo aquel que osa oponerse a la guerra. Así como es superfluo demostrar que toda esa explicación nada tiene que ver con la realidad, es de primordial importancia el investigar cómo es posible que se dé, cuáles son los fundamentos de los que surge esa explicación.

Esta tiene su origen en una concepción de la guerra que refleja antiguas condiciones y efectos de la guerra, pero que no concuerdan con las condiciones que se dan en la actualidad. Desde la última gran guerra europea, la estructura de la sociedad ha cambiado completamente. Durante la guerra franco-alemana, Alemania era, tanto como Francia, un país agrario con sólo algunas áreas industriales distribuidas en sus territorios. Pequeños campesinos y pequeña burguesía dominaban el carácter de la población. Los efectos de la guerra, tal cual perviven en el recuerdo de las gentes, vuelven a aparecer en cada descripción y son también determinantes en las explicaciones de Kautsky; se trata de *sus efectos sobre la economía agraria y sobre la pequeña burguesía*. Para esas clases, el horror de la guerra consiste —fuera del peligro de vida para los que hacen servicio militar obligatorio—, ante todo, en la invasión enemiga que pisotea sus tierras de cultivo, destruye viviendas, les impone los más pesados impuestos y contribuciones y de esa manera destruye su bienestar logrado con tanto sacrificio. Las regiones donde la guerra tiene lugar son arrasadas de la peor manera; donde no llega la guerra se sufre menos. La vida económica transcurre allí en sus cauces acostumbrados; las mujeres, los jóvenes y los ancianos pueden, en caso de necesidad, hacer los trabajos de la tierra y sólo la pérdida o la mutilación de los que han ido a la guerra puede golpear duramente a las familias aisladas.

Así fue en 1790. Hoy la cosa es muy distinta para los grandes estados, sobre todo Alemania. El capitalismo, altamente desarro-

lado, ha hecho de la vida económica un organismo entrelazado y altamente sofisticado en el cual cada parte depende estrechamente del todo. Pasó la época en la que el pueblo y la ciudad eran casi autosuficientes. Campesinos y pequeñoburgueses han sido atraídos al ámbito de la producción de mercancías capitalista. Cada interrupción de ese sensible mecanismo de producción arrastra consigo a toda la masa de la población. De este modo, los efectos de la guerra, sus efectos para el proletariado y para todos los que son dependientes del capitalismo, se han hecho de naturaleza muy distinta que los tradicionales. Sus horrores no consisten más en algunas tierras devastadas y pueblos quemados, sino en la detención de la vida económica entera. Una guerra europea, sea una guerra territorial que llama a campos de batalla a varios millones de jóvenes, o una guerra marítima que impide el comercio y con ello, el abastecimiento de materias primas y alimentos para la industria, significa una crisis económica de enorme impacto, una catástrofe que llega hasta los más apartados rincones del país, que ciega las fuentes de vida de los más amplios sectores del pueblo. Nuestro organismo altamente desarrollado se paraliza, mientras monstruosas cantidades de hombres armados con las más modernas y perfectas armas de guerra se lanzan como máquinas a destruirse unos a otros. En esta crisis son destinados valores de capital frente a los cuales el valor de las casas quemadas y los sembradíos pisoteados son bagatelas y superan quizás los costos de guerra directos. El horror de una guerra semejante no está limitado y apenas concentrado en las zonas donde tienen lugar las batallas, sino que se extiende por todo el país. Aun cuando el enemigo se mantenga fuera, la catástrofe en el propio país no es menos grande. Para un país capitalista moderno, la gran desgracia *no consiste en la invasión de un enemigo sino en la guerra misma*, ella es la que empuja a la clase obrera, que es la que más debe sufrir por la crisis, a realizar acciones en su contra. El objetivo de esa acción, capaz de conmover a las masas al máximo, no es *tener a distancia al enemigo*, como en los viejos tiempos agrarios, sino *impedir la guerra*.

Ese objetivo ha sido siempre para la clase obrera el decisivo. En los congresos internacionales la cuestión no era nunca si se debía tratar de impedir la guerra o bien se debía correr a las fronteras como buenos patriotas, sino cuál sería la mejor manera de impedir la guerra. En el análisis de las acciones específicas para realizarlo domina demasiado a menudo un concepto mecánico, como si se las pudiera decidir a priori, ponerlas a funcionar

y que todo transcurriera como sobre rieles. La socialdemocracia, en lugar de aparecer aquí como expresión consciente del apasionamiento de las masas proletarias acuciadas por los más profundos intereses de clase, aparece como una "sexta potencia" que, cual una gigantesca sociedad secreta, en el instante en que los cañones comienzan a disparar, aparece en escena y trata de hacer fracasar las operaciones militares de las otras grandes potencias por medio de sus maniobras inteligentemente pensadas. Esta concepción mecánica está en la base de la idea, anteriormente sostenida por los anarquistas y hace poco nuevamente levantada en Copenhague por los franceses e ingleses,⁴ de que, por medio de una huelga de los trabajadores del transporte y de las fábricas de municiones, se podría jugar a los gobiernos belicistas una mala pasada. Con plena razón se opone Kautsky a esa idea y subraya que sólo una acción de la clase entera puede ejercer presión sobre un gobierno.

Pero también en sus propias reflexiones se transparenta esa concepción mecánica en la medida en que él trata de descubrir bajo qué condiciones puede alcanzar sus objetivos una huelga general para impedir la guerra. El proletariado, entonces, tiene que decidir: o bien la cosa es favorable a nosotros, realizamos la huelga general y le arruinamos el plan al gobierno, o bien la situación para una acción de ese tipo es desfavorable, entonces no tenemos que hacer nada, haremos lo que los berlineses en 1848 que arruinaron con astucia los planes violentistas de la reacción dejando entrar a las tropas en la ciudad sin oponer resistencia y dejándose desarmar. Entonces no pongamos ningún obstáculo al gobierno y dejémonos enviar voluntariamente a las fronteras. Puede ser entonces que los hechos se desarrollen así en alguna teoría o en la cabeza de los dirigentes que creen que su sabiduría está llamada a preservar al proletariado de cometer tonterías. Pero, en la realidad de la lucha de clases, donde se impone la voluntad apasionada de las masas no se presenta tal alternativa. En un país altamente capitalista, donde la masa proletaria siente su fuerza como la gran fuerza popular, *tiene* que actuar cuando vea que la peor de las catástrofes está por caer sobre su cabeza. *Ella debe hacer el intento de impedir* la guerra por todos los medios. Si piensa que puede evitar la decisión con astucias, tal actitud sería una entrega sin lucha y la peor de las derrotas; y recién cuando sea derrotada y abatida en el intento podrá reconocer su debilidad.

Por supuesto, no se trata de si esto es recomendable o bueno. El objeto de estas reflexiones no es cómo los trabajadores *podrían* actuar sino cómo ellos *deben* actuar. Las decisiones o resoluciones

de presidentes, cuerpos burocráticos o aún de las mismas organizaciones no son las decisivas sino los profundos efectos que los acontecimientos tienen sobre las masas. Si nosotros hablamos arriba *de deber* no significa que en nuestra opinión, no pueda ocurrir otra cosa, sino que ello ha de imponerse con la fuerza de una necesidad natural. En tiempos ordinarios existe siempre en las concepciones partidarias un tanto de tradición "que oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos".⁵ Épocas de guerra son como épocas de revoluciones, tiempos de la más grande tensión espiritual, se rompe la incuria cotidiana y pierden su fuerza los pensamientos rutinarios ante los intereses de clase que, con claridad de fuerza elemental, entran a la conciencia de las masas violentamente sacudidas. Junto a estas nuevas concepciones y objetivos surgidos espontáneamente de los enormes efectos de las grandes transformaciones palidecen los programas partidarios tradicionales y los partidos y grupos salen del crisol de esos períodos críticos totalmente transformados. Un ejemplo instructivo de esto lo ofrecen los efectos de la guerra de 1866 sobre la burguesía europea. Ella reconoció allí que el bello programa progresista no correspondía a sus más profundos intereses de clase. Una parte de los electores abandonó a los parlamentarios liberales y una parte de los parlamentarios abandonaron el programa y se declararon por el nacionalismo y por la reacción gubernamental.

Esto no quiere decir que las decisiones del partido sean algo que no deba tenerse en cuenta. Ellas comprometen ciertamente el futuro y expresan con qué grado de claridad el partido es capaz de preverlo. Pero cuanto mejor pronostique el partido el inevitable proceso de desarrollo y sus propias tareas en él, tanto más exitosas y compactas serán las acciones del proletariado. La tarea del partido consiste en dar forma unitaria a la acción de las masas proletarias haciendo clara conciencia en ellas de lo que motiva a esas masas con pasión, reconociendo con justeza lo que ellas necesitan en cada instante, colocándose a la vanguardia y dando así a la acción un poderoso impulso. Si no llegara a estar a la altura de esta tarea, no llegaría, por cierto, a impedir explosiones de las masas que lo sobrepasarán, pero, a través del conflicto entre disciplina de partido y energía de lucha proletaria, a causa de la falta de unidad entre conducción y masa, las acciones se habrían de hacer confusas, desordenadas, atomizadas y disminuirían extraordinariamente su fuerza y efecto. Decisiones del partido, programas y resoluciones no determinan el desarrollo histórico, sino que son determinados por nuestra comprensión del

inevitable desarrollo histórico. Esta verdad debe ser planteada siempre a aquellos que creen que el partido puede hacer o impedir un movimiento revolucionario; me refiero a los adversarios burgueses que denuncian con gran escándalo a la socialdemocracia como si ésta tuviera los planes para impedir una guerra, al mismo tiempo que una orden de movilización lista y guardada en un cajón secreto. Pero aquí no debe pasarse por alto que el partido, con sus decisiones, como es natural, conforma, al mismo tiempo, una parte viviente, activa del desarrollo histórico. Él no puede ser otra cosa que el núcleo combativo de toda acción proletaria y por eso se gana, con razón, todo el odio con el que los defensores del capitalismo persiguen a cada movimiento revolucionario.

Desde distintas procedencias —por sus propios portavoces como defensa contra ataques nacionalistas, por camaradas extranjeros como reproche— ha sido puesto a menudo de relieve como especialmente importante el hecho de que los trabajadores alemanes han renunciado hasta ahora a decidirse en la aplicación de ciertas medidas para evitar la guerra. Se puede citar en contra de esta afirmación la Resolución de Stuttgart,⁶ que deja abierta la aplicación de cualquier medida que sirva al objetivo. Pero de todos modos sería incorrecto dar a esto demasiada importancia, poner sobre ello demasiado peso. Más que de las decisiones del partido, depende esto del espíritu que llena a las masas. Hasta el momento, sin embargo, la posición retraída al respecto correspondió al prudente espíritu de las masas que sentían instintivamente que ellas no estaban preparadas para una lucha contra el poder entero del estado militar más fuerte. Pero con el constante crecimiento del poder proletario tiene que darse en un momento dado un cambio cuyos síntomas ya se han podido observar en repetidas ocasiones. Una clase trabajadora que ha pasado por cuarenta años de un intensivo esclarecimiento socialista, no se ha de dejar arrastrar a los campos de batalla con un sentimiento de total impotencia. El proletariado alemán, que es el primero en el mundo en cuanto a su fuerza de organización, no puede estar ni tranquilo ni inactivo frente a las maquinaciones del capital internacional, ni confiarse en pretendidas tendencias pacifistas del mundo burgués. No podrá hacer otra cosa que intervenir no bien surja el peligro de guerra y contraponer a los medios de poder del gobierno su propio poder.

Qué formas habrán de adoptar esas acciones depende esencialmente de la magnitud del peligro y de las acciones del enemigo, de la clase gobernante. Ellas se basan, en su forma más simple,

en el hecho de que el capital ha de contener sus deseos de lanzarse a una guerra por temor al proletariado. Si el proletariado es impotente, indiferente, inmóvil, entonces, la burguesía estima que por ese lado el peligro no es muy grande y se animará más fácilmente a una guerra. Las acciones de protesta del proletariado tienen, por eso, en su primer forma, el carácter de un llamado de atención para que la clase dominante se haga consciente del peligro y se sienta convocada a la prudencia. Contra la propaganda de guerra de los círculos capitalistas interesados se debe ejercer, mediante manifestaciones internacionales, una presión intimidatoria contra los gobiernos. Sin embargo, cuanto más amenazante se torne el peligro de guerra, con tanto más énfasis se debe sacudir a los más amplios sectores populares, tanto más enérgicas y duras se deben organizar las manifestaciones, sobre todo cuando se intente desde la parte adversaria reprimirlas por la violencia. Pues se trata en ese caso de una cuestión vital para el proletariado que habrá de recurrir finalmente al medio más fuerte, por ejemplo, la huelga general. Así se desarrolla la lucha entre la voluntad de la burguesía de hacer la guerra y la voluntad de paz del proletariado, formando parte de una gran lucha de clases en la que es válido todo lo que se dijo antes sobre las condiciones y efectos de las acciones de masas para conquistar el derecho al voto. Las acciones contra la guerra harán conscientes a los más amplios sectores, los movilizarán y los arrastrarán a la lucha, debilitarán el poder del capital y aumentarán el poder del proletariado. Impedir la guerra, que, en la concepción mecánica aparecía como un plan inteligentemente elucubrado con anterioridad, en el momento crucial, sólo podrá ser el resultado final de una lucha de clases que crezca de una acción a otra hasta su más alto nivel de intensidad para que de ella emerja el poder estatal sensiblemente debilitado y el poder del proletariado acrecentado hasta su máxima expresión.

Kautsky plantea la contradicción: sólo cuando nosotros dominamos desaparece el peligro de guerra. Mientras el capitalismo ejerza su dominio, no será posible evitar una guerra. En esa tajante contraposición de dos formaciones sociales que, sin transición y al mismo tiempo, por un vuelco imprevisto, se transforman la una en la otra, no ve Kautsky *el proceso de la revolución*, en el cual el proletariado, por su activa intervención, construye paulatinamente su poder y el dominio del capital se desmorona pedazo a pedazo. Por eso, frente a su contraposición, el concepto inter-

medio de la "praxis transformadora": justamente la lucha *por* la guerra, el intento inevitable del proletariado de impedir la guerra, se transforma en un episodio en el proceso de la revolución, en una parte esencial de la lucha proletaria por la conquista del poder.

I. EL MÉTODO

I. Introducción

Los últimos meses han traído demasiada actividad polémica en el interior del partido. A pesar de ello, la disputa con el amigo Pannekoek no me resulta inoportuna. Promete, más que las demás polémicas de los últimos tiempos, hacer un aporte para la imparcial clarificación de diferencias.

El punto de partida de la crítica de Pannekoek es la serie de artículos que publiqué el último otoño sobre "La acción de masa" en la *Neue Zeit* (XXX, 1, Nros. 2, 3, 4)** motivados por los desórdenes que tuvieron lugar poco antes en Inglaterra, Francia y Austria, luego de gigantescas huelgas (en Inglaterra en agosto), así como de manifestaciones contra la carestía (en Francia y Austria durante setiembre). En estos desórdenes tomaron parte sobre todo masas no organizadas. Esto me llevó a investigar si, junto a las luchas de los trabajadores organizados, "ese modo especial de acción de masa que se designa sumariamente como acción de calle" habría de jugar nuevamente un papel en un futuro próximo, y de qué tipo sería.

Llegué a la conclusión de que, dada la constante agudización de las contradicciones de clases, la carestía y el peligro de guerra, una temporaria actividad conjunta del proletariado organizado con masas no organizadas, desempeñarían un importante papel grandes acciones, repentinas y espontáneas. Teniendo en cuenta lo imprevisible que son las masas desorganizadas, introducirían un elemento catastrófico en el desarrollo político, semejante al que crearon en Europa desde 1789 hasta 1871. De esa particularidad de

* *Die neue Taktik*, en *Die Neue Zeit*, año XXX, vol. 2, 1912.

** Véase en el presente volumen pp. 13-45.

la situación no se deduce sin embargo la necesidad de una nueva táctica para nuestro partido.

Pannekoek es de opinión contraria. Él quiere demostrar que es necesaria una nueva táctica. A tal fin, discute el *método* de mi artículo y lo rechaza. Paralelamente desarrolla los conceptos de *organización, acción de masas, poder del estado*, para fundamentar la nueva táctica que considera necesaria.

Por cierto que Pannekoek no describe la táctica que preconiza con la deseable claridad. Quedan algunas zonas oscuras, algunos malentendidos son posibles. De cualquier modo, basta lo expuesto por Pannekoek para mostrar que la diferencia entre sus amigos y yo no surge, como algunos de ellos opinan, de un viraje de mi parte, sino de las exigencias completamente nuevas que ellos plantean.

Pero Pannekoek descubre también que yo me he vuelto infiel a mi marxismo: en el *método* que utilizo en mis investigaciones sobre la acción de masas.

2. Clase y masa

Primero nos ocuparemos de ese método, que despierta en Pannekoek las más serias dudas. Que el método es decididamente malo, se le aclara definitivamente por un solo hecho: yo no llego a resultado alguno. Mis "resultados son ningún resultado". "La investigación ha quedado sin resultados."

En efecto, una enorme carencia. ¿Pero a raíz de qué se cree Pannekoek con derecho a decir que yo no llego a ningún resultado?

¿He dicho yo mismo algo semejante? De ninguna manera. Los resultados de mis investigaciones los he formulado con extremada precisión en el sentido de que aquella masa no organizada de la que me ocupo, es de naturaleza altamente caprichosa (imprevisible). A esto le llama Pannekoek ningún resultado.

En su opinión, entonces, una investigación no llega a un resultado preciso cuando ella nos conduce a una idea sobre el objeto estudiado, sino solamente cuando ella nos lleva a una concepción determinada, consistente. La investigación de un desierto de arena conduce por tanto a un resultado si llega a la conclusión de que allí estamos frente a un piso de firme granito. ¡Si se llega a la conclusión de que nos encontramos ante fugaz arena,

sobre la que no se puede construir ningún edificio, este resultado es, entonces, "ningún resultado", y demuestra de por sí que el investigador del desierto de arena no ha utilizado el método correcto!

Luego que Pannekoek ha demostrado con tal claridad que mi método tiene que ser falso, muestra en qué consiste el error:

"Kautsky ha dejado su instrumental marxista en casa y por eso no llega a ningún resultado. En ningún lugar de su exposición histórica se habla del específico carácter de clase de las masas."

Las acciones de lumpenproletarios, asalariados, pequeñoburgueses, campesinos, son fundamentalmente distintas y sólo pueden ser comprendidas considerando su específica situación de clase. ¿Cree realmente el camarada Pannekoek que yo he olvidado el abc del marxismo, una concepción a cuyo reconocimiento he dedicado lo mejor de mi vida? ¿No se ha sentido motivado Pannekoek, aunque fuera sólo un instante, a pensar por qué yo esta vez no hablé extensamente de la "situación específica de las masas"?

De ningún modo he olvidado investigar en qué clases se reclutaban esas multitudes que investigaba en mis artículos, aquellas que se reúnen en acciones callejeras no organizadas, espontáneas. Y aquí se habla exclusivamente de esas, cosa que ruego al lector tenga bien en cuenta en lo sucesivo. En una parte de mi artículo, investigo qué elementos intervienen actualmente en Alemania en esas acciones. Llego a la conclusión de que, sin contar a los niños ni a la población campesina, participarían cerca de 30 millones, de los cuales un décimo serían trabajadores organizados. El resto estaría formado por trabajadores no organizados, en gran parte influenciados por las ideas del campesinado, de la pequeña burguesía, del lumpenproletariado, y finalmente, por no pocos miembros de los dos últimos sectores.

Aún ahora, luego del reproche de Pannekoek, no me resulta del todo claro por qué, en una masa tan heterogénea, tendría que descubrir un carácter de clase unitario. El "instrumental marxista" para esa tarea no lo he "dejado en casa", sino que nunca lo he tenido. El camarada Pannekoek piensa evidentemente, que la esencia del marxismo consiste, en todas partes donde se hable de masas, en entender bajo este concepto una clase determinada.

Hoy en día se trataría del proletariado asalariado industrial con conciencia de clase.

Si yo hubiera hecho esto, habría llegado por supuesto a otros resultados, entonces la masa no hubiera sido imprevisible para mí, sino muy *definida* en sus tendencias y decisiones. Todo hubiera coincidido a las mil maravillas, sólo hubiera faltado una insignificancia: la concordancia con la realidad. La masa real no organizada, la que se encuentra en los desórdenes callejeros espontáneos, hubiera resultado para aquel esquema como una patada en el estómago.

3. *El instinto de la masa*

Pannekoek encuentra que hoy las masas son *proletarias* mientras antiguamente fueron *burguesas*. Por eso yo no debería utilizar, para caracterizar la acción de la masa, aquellos ejemplos de la revolución francesa en la cual ésta era “burguesa”.

A eso debo contestar en primer término que es igualmente falso llamar a la “masa” actual proletaria, como llamar burguesa a aquella de la revolución francesa. Por cierto, entre las masas de las acciones de calle en la época de la gran revolución, estaban menos representados los proletarios asalariados que hoy en día, pero el lumpenproletariado estaba fuertemente representado y los artesanos mismos, en su gran mayoría trabajadores por cuenta propia, se encontraban en situación muy semejante a la del proletariado asalariado. La composición de clase de la masa fue en aquella época tan variada como ahora, por cierto que con la diferencia de que el proletariado asalariado de la gran industria que hoy es predominante, faltaba casi totalmente. La cosa no es tan simple como se lo imagina Pannekoek: antes masa burguesa, hoy proletaria.

Pero las transformaciones de las clases tienen su efecto sobre el carácter y la acción de masa; y el hecho de que ésta en la actualidad sea, en algunos aspectos, distinta que la de épocas pasadas, lo he subrayado yo mismo en el capítulo sobre “Las transformaciones históricas de la acción de masas”.

Si a pesar de esto utilicé las experiencias de la revolución francesa, fue justamente porque esas experiencias son utilizadas siempre por los incondicionales admiradores de las masas como demostración de su infalibilidad. Y aún hoy el instinto de la masa,

sin distinción de si es “proletario” o “burgués”, es considerado por camaradas que están muy cerca de Pannekoek como la más correcta brújula de todo movimiento revolucionario.

Un solo número del *Bremer Bürgerzeitung*, el del 12 de abril de este año, contiene dos artículos en los cuales se afirma la infalibilidad del instinto de las masas. En uno de ellos “Der revolutionäre Instinkt der Massen”. [El instinto revolucionario de las masas], se dice:

“Las masas proletarias son un pueblo endurecido bajo todas las inclemencias y se dejan embaucar por las apariencias mucho menos que el sutil teórico.”

Es un modo de pensar muy cómodo el de rechazar los resultados de la investigación teórica contra los cuales no se es capaz de aportar ningún argumento. Sólo que yo debo señalar que “el instinto de las masas proletarias” no siempre va en la dirección del radicalismo. Por ejemplo, en los EEUU, son justamente los camaradas revisionistas los que se remiten al instinto de las masas para enfrentar a los teóricos y cohonestar su aversión contra los proletarios de color. Y el separatismo checo, ¿en qué se puede apoyar si no es en el “instinto de las masas proletarias”?

En el mismo número de la hoja de Bremen, no solamente se ensalza el instinto de las masas en general, con referencia expresa a la revolución francesa y aún a la guerra campesina, por tanto también al instinto de las masas burguesas, como diría Pannekoek.

En el artículo “Ein Gedenktag” [Un aniversario], se recuerdan “las concepciones de Lassalle sobre el significado de las masas en la historia” y se cita aprobándolas con entusiasmo las siguientes frases de la carta de Lassalle sobre el fatalismo de Franz von Sickingen: ¹

“En efecto, aunque le cueste a la razón reconocerlo, pareciera como si existiera una contradicción insoluble entre la idea que conforma la fuerza y autoridad de una revolución y su astucia e inteligencia. La mayoría de las revoluciones que han fracasado —tendrá que concederle todo conocedor de la historia— han fracasado por esa astucia o por lo menos, han fracasado todas las que apostaron a esa astucia. La gran revolución francesa de 1792,

que triunfó sobre las circunstancias más difíciles, triunfó solamente en cuanto supo dejar de lado a la razón. Aquí reside el secreto de la fuerza de los partidos extremos en las revoluciones, porque el instinto de las masas en las revoluciones, por lo general es más correcto que el entendimiento de los instruidos. "Y lo que la razón de los entendidos no ve, lo practica, etc." ["en su inocencia un ánimo infantil", dice como es sabido, el proverbio a continuación, Red. del *Bremer Bürgerzeitung*]. Justamente la falta de cultura que es propia de las masas, protege a estas del gusto por las gestiones diplomáticas, las protege del escollo de los procedimientos de la astucia intelectual."

El *Bremer Bürgerzeitung* subraya especialmente que en "las revoluciones" el instinto de las masas por lo general es más correcto que la inteligencia de los instruidos. Lassalle había tomado este punto de vista como una tradición de la *democracia burguesa* proveniente de la revolución francesa. Este punto de vista es sostenido hoy en día por camaradas del partido. Yo ahora investigo si ese punto de vista responde a las luchas reales, si realmente el instinto de las masas, siempre y en todo momento, es más correcto que el entendimiento de los instruidos, y llego a la conclusión de que esto no es así. Pannekoek, por su parte, no es capaz de debilitar con una sola palabra los hechos que yo aporto para demostrarlo. De tal manera que no le queda otra salida que creer que soy yo quien pone en pie de igualdad a las masas de la revolución del siglo dieciocho y las del siglo veinte, y descubrir que los hechos del pasado nada demuestran para el presente. Las masas en épocas anteriores serían burguesas y en las actuales proletarias. Me parecería bien que eligiera como interlocutor al *Bremer Bürgerzeitung* y le dé una buena lavada de cabeza por su falta de instrumental marxista. Pero conmigo se equivoca.

Sobre este tema se me ha de permitir señalar que las expresiones de Lassalle en su contexto no son tan extrañas como aparecen sacadas de allí y publicadas en el periódico de Bremen. Que sean una ventaja en épocas revolucionarias la falta de cultura, que la revolución de 1792 "triunfó solamente en cuanto supo dejar de lado a la razón", que las revoluciones fracasan por exceso de razón e inteligencia, esto parece ser una defensa de la ignorancia y del sinsentido, que de ninguna manera merece el entusiasmo que se le brinda en Bremen.

Sin embargo en su contexto esas expresiones tienen otro sentido. Lassalle explica que la fuerza de la revolución consiste en su entusiasmo, "en la confianza inmediata de la Idea en su propia fuerza e infinitud". Pero ese entusiasmo se basa en no considerar las dificultades para la realización de la Idea, y sin embargo ella tiene que poder dominar esas dificultades.

En tales condiciones parece ser un triunfo de la inteligencia totalizadora y realista de los dirigentes revolucionarios, el contar con los medios finitos existentes, mantener ocultos a los demás (y a menudo aún a sí mismos) los verdaderos y últimos objetivos del movimiento, y utilizando astutamente ese engaño intencional de la clase dominante, obtener la posibilidad de organizar las nuevas fuerzas. Así, finalmente apoyados en un sector de la realidad tan inteligentemente lograda, vencer luego a la realidad misma. Contra ese tipo de inteligencia se vuelve Lassalle y coloca más alto el instinto de las masas cuya falta de cultura las salvó de ese escollo.

Por cierto, nada hay que objetar contra esto. Esa diplomacia que busca engañar al adversario acerca de las propias intenciones, es siempre perjudicial para un partido cuya fuerza se basa en el entusiasmo de las masas. Tal diplomacia no desarma al adversario, que no se deja engañar, solamente confunde y desanima a las propias filas.

Pero Lassalle se ha expresado muy poco felizmente en las frases que el *Bremer Bürgerzeitung* publica adhiriéndose a ellas, cuando hace aparecer esa particular forma de inteligencia de los dirigentes de la revolución que tratan de engañar a sus adversarios como productos de la inteligencia y la cultura y ve en la falta de cultura el mejor seguro contra esa política de los "dirigentes de la revolución". ¡Como si la "astucia campesina" fuera un privilegio de los instruidos y faltara totalmente a los incultos! Precisamente es una profunda comprensión de las situaciones y contradicciones políticas y sociales lo que con mayor seguridad podrá evitar esas "astucias" que Lassalle ataca en aquella cita. Sólo formas especiales de educación, ideologías que no descubren la realidad sino que ocultan las contradicciones reales, pueden necesitar una corrección del instinto de las masas.

Finalmente no es correcto que "la mayoría de las revoluciones que han fracasado... han fracasado por esa astucia".

En las revoluciones deciden las correlaciones reales de fuerza entre las clases. Cuando en la revolución, dirigentes aislados se dedican a las "astucias" y esa forma de diplomacia gana influen-

cia sobre el curso de la revolución, es esto un síntoma, no una causa de la debilidad de las masas revolucionarias. Por otra parte, no se puede decir que el radicalismo de las masas triunfantes en 1792 fue el resultado del instinto de masas incultas. El periodismo era en la época un poder, que influía poderosamente en las masas. Sin embargo, se cometería una gran injusticia contra los periodistas radicales de la época como Marat, etc., si se les quisiera atribuir una "falta de cultura". Las frases de Lassalle, entonces, no contienen para nosotros ningún argumento para hacer capitular el conocimiento teórico ante el instinto de las masas. Estamos ahora, como siempre lo hemos estado, sobre el basamento del *Manifiesto Comunista* que declara que los comunistas —hoy se los llamaría marxistas—: "... tienen teóricamente sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones y de los resultados generales del movimiento proletario."

Y justamente porque ellos contraponen al instinto del resto de la masa del proletariado esa clara visión teórica, demuestran ser "prácticamente el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás".

Seguro: respeto por las masas proletarias ya que sólo ellas pueden guiarnos hacia el triunfo. Y actualmente ella es intelectual y moralmente superior a cualquier otra masa. ¡Pero debemos respetar sus puntos de vista sólo allí donde están imbuidas de conciencia de clase, donde piensan autónomamente y sopesan cuidadosamente los distintos argumentos; pero ningún respeto ante los ciegos instintos!

4. Huelga de masas y guerra

No sé si Pannekoek admira el instinto de las masas del mismo modo que los de Bremen. De todas maneras parece que él no solamente asimila totalmente la actual masa popular al proletariado, sino que también ve a la masa proletaria ya imbuida de conciencia de clase.

Sólo así se concibe su concepción de impedir una guerra por medio de la huelga de masas.

En mi artículo de mayo del año pasado había señalado sobre el particular que era imposible determinar previamente cómo serían nuestras acciones en caso de una guerra. Tan apresurado sería

declarar que una huelga de masas para impedir la guerra habría de ser imposible, como que habría de ser inevitable. Todo depende de las condiciones bajo las cuales se entra en guerra y de la actitud de la población. Si ella siente esa guerra como producto de una política equivocada de su gobierno, la considero inútil y evitable si el gobierno es sustituido por otro. Si la población cree que su país no ha de ser puesto en peligro por una huelga de masas, entonces ésta tiene una posibilidad de éxito. Por el contrario, no tiene ninguna perspectiva cuando la masa de la población ve el origen de la guerra no en la política de su gobierno, sino en las necesidades del país enemigo, se siente amenazada y presionada, finalmente una huelga de masas aparece ante sus ojos como un peligro que no ha de conducir al mantenimiento de la paz, sino sólo a facilitar una invasión enemiga. En tal caso es de esperarse que la masa de la población sea poseída de una salvaje fiebre belicista y cada intento de oponer al esfuerzo armamentista una huelga de masas será asfixiado en sus orígenes.

Pannekoek se muestra espantado por estas reflexiones. ¡Cómo puede un marxista llegar a semejante concepción!, exclama. El nunca hubiera creído que yo sería capaz de escribir tal cosa, si no fuera que mis argumentos sobre la acción de masa han mostrado en forma lamentable que yo he arrojado por la borda todo instrumental marxista. El marxismo no sabe nada de la "población" y sus estados de ánimo. El marxismo ve aquí a la burguesía y más allá al proletariado. Al comienzo de una guerra se trata de una "lucha entre la voluntad de guerra de la burguesía y la voluntad de paz del proletariado". En esa lucha, este último no tiene posibilidad de elección.

En un país predominantemente capitalista, donde la masa proletaria siente su fuerza como la gran fuerza del pueblo, cuando ella ve irrumpir sobre su cabeza la peor de las catástrofes, sencillamente deberá actuar.

La huelga de masas es, entonces, en caso de guerra, un imperativo categórico para las masas. Tan simples son las cosas para cualquier marxista, según las concepciones de Pannekoek, en caso de desatarse una guerra, que resulta la cosa más superflua del mundo ponerse a reflexionar en qué situaciones el proletariado deseoso de paz puede intervenir. El deberá a todo trance hacer lo mismo, sean cuales fueren las causas y condiciones de la guerra.

Nota bene. No se trata aquí de la cuestión de que la socialde-

mocracia está permanentemente obligada a hacer todo lo que esté en su poder para impedir una guerra. Para nosotros, en la época del imperialismo esto está fuera de la discusión. De lo que aquí se trata y contra lo que se pronuncia Pannekoek, es mi afirmación de que la aplicación de *un determinado medio para evitar la guerra, la huelga de masas*, no está indicado a todo trance, de que su aplicación depende en alto grado del estado de ánimo de las masas que bajo condiciones distintas, podrá llegar a ser muy diferente. Si esa masa se viera poseída de una fiebre chovinista, una huelga sería irrealizable.

Un marxista, según Pannekoek, debe entender por masa popular, siempre y exclusivamente al proletariado; y éste sostiene indefectiblemente, en su totalidad, la más decidida voluntad de paz y ha de decidirse siempre por la huelga de masas. Que en el Reino Alemán los votos socialdemócratas sean sólo un tercio del total de votos emitidos, que abarquen dos séptimos de quienes tienen derecho al voto; que por tanto, en caso de guerra, junto a éstos existan otros sectores populares a ser tenidos en cuenta en caso de un movimiento de masas, Pannekoek lo tiene tan poco en cuenta como la reflexión de si no se podrían dar situaciones en las cuales, de aquel tercio de la población que vota a los socialistas, en caso de una guerra, una parte importante de ella pudiera ser poseída de entusiasmo patriótico. Estos son problemas que según Pannekoek, no debieran existir para un marxista. Quedan todos solucionados con el simple reconocimiento de que existe una contraposición entre burguesía y proletariado, que los trabajadores asalariados siempre luchan contra el capital.

5. Guerra e invasión

Yo había señalado que en el caso específico de que una huelga de masas facilitara una invasión por parte del enemigo, ella suscitara la condena aun de sectores proletarios.

A esto replica Pannekoek que se trata de un concepto anticuado, sacado de las experiencias de guerras anteriores, donde el grueso de la población estaba constituido por el campesinado y la pequeña burguesía. Para ellos la invasión enemiga fue, allí donde los alcanzó, una terrible plaga. Donde el enemigo no alcanzaba a penetrar se sufría menos. Es por eso que hoy el objetivo de la

acción de las masas no debe ser mantener alejada una invasión, sino evitar la guerra.

Lo correcto aquí es que una invasión enemiga en primer lugar afecta a la población campesina, que actualmente representa una fracción más pequeña de la población y que para la población urbana la devastación de la guerra tomará ante todo y en general la forma de una crisis económica.

De esto se sigue que en el presente el mayor interés en el mantenimiento de la paz de la población campesina, también es compartido por la población urbana. Pero de ninguna manera se deduce que para la masa de la población la protección de una invasión enemiga se ha transformado en un asunto indiferente. Pannekoek parece olvidar que para una guerra son necesarios dos estados, no uno solo. Si de dos que se arman para la guerra uno es interferido en su movilización por movimientos internos, esto no significa de ningún modo que la guerra ha de ser impedida. Por el contrario podría alentar un ataque del enemigo.

Pero la invasión misma no es una cosa tan insignificante como le parece a Pannekoek. Por el contrario, ella se ha de hacer tanto más destructiva cuanto más grandes sean los ejércitos y más poderosos los medios destructivos, cuanto más amplios son los campos de batalla, cuanto más pobladas las ciudades que hacen las veces de fortalezas. Pero supongamos que el temor a los horrores de una invasión sea un prejuicio pequeñoburgués anticuado; en tal caso Pannekoek no puede negar que es el que domina aún sobre el modo de pensar de las masas. Estas extraen sus concepciones acerca de la guerra y sus devastaciones, naturalmente no de las especulaciones de Pannekoek sobre las guerras venideras, sino de las experiencias de las guerras pasadas y sólo éstas pueden determinar su pensamiento y su conducta en relación a la próxima guerra. Pannekoek puede decir cuanto le venga en gana pero en las masas populares de Francia e Inglaterra está ampliamente difundido el temor a una invasión alemana que es causante, quizá más que las tendencias imperialistas de la burguesía, de que allí se ofrezca tan poca resistencia a la carrera armamentista, a pesar de que, al mismo tiempo, la idea de un desarme internacional reciba cada vez mayor aprobación.

Si Pannekoek piensa que la masa popular querrá impedir la movilización, aún cuando su propio estado sea el agredido y no el agresor, debo recordarle que en la socialdemocracia misma no ha de encontrar muchos camaradas que compartan sus puntos de vista.

En el Congreso del partido en Essen, en 1907 por ejemplo, Bebel declaró: "Si nosotros alguna vez tenemos que defender la patria, la defenderemos porque es nuestra patria, por ser la tierra sobre la cual vivimos... Y es por eso que nosotros estamos obligados, llegado el caso, a defender a la patria si viene una agresión." (Actas, p. 255.)

En el mismo sentido se ha pronunciado Guesde en Francia. Yo desarrollé entonces en una serie de artículos sobre "Patriotismus, Krieg und Sozialdemokratie" [Patriotismo, guerra y socialdemocracia] en el *Neue Zeit*, el mismo punto de vista que ahora y escribí entre otras cosas:

"Una invasión de ejércitos enemigos significa una miseria tan descomunal para el país entero, que de por sí convoca a la totalidad de la población a la defensa y ninguna clase puede eludir esa poderosa tendencia." (*Neue Zeit*, XXIII, 2, p. 369.)

Es evidente entonces que yo ya había abandonado en aquella época mi instrumental marxista, para ser víctima de anticuados prejuicios pequeñoburgueses.

Si las cosas fueran realmente tan simples como le parecen a Pannekoek, de un lado la absoluta voluntad de paz del proletariado, del otro, la absoluta voluntad de guerra de la burguesía, tendríamos que contar con seguridad y bajo cualquier circunstancia con que la masa se levantaría contra la guerra movida por una necesidad natural, de tal modo que cualquier reflexión subsiguiente sobre el particular significaría el abandono de toda la concepción sobre las modernas contradicciones de clases. En tal caso se podría esperar que las últimas guerras nos dieran pruebas de ese infalible instinto de las masas.

Esas guerras se desarrollaron bajo condiciones especialmente propicias para que las masas expresaran su voluntad de paz. En ningún lugar estaba el propio país amenazado por una invasión enemiga al ser frenada la movilización, y sin embargo, en ninguna parte vimos a las masas inmunes contra el veneno chovinista. En todas partes, en cuanto se desató la guerra, los antibelicistas quedaron en desesperante minoría y de ningún modo estaban en condiciones de realizar una acción de masas enérgica contra la guerra. Así ocurrió en Inglaterra al desatarse la guerra de los Bóers,² así ocurrió en Italia al comienzo de la invasión a Turquía.³ Se

nos remite a Rusia como la tierra prometida de las huelgas de masas. Pero allí no se hizo el menor intento de protestar, aunque más no fuera tímidamente, contra la guerra con Japón. Las huelgas de masas llegaron sin embargo, y en la forma más violenta, no como un medio para impedir la guerra, sino como un resultado de la guerra.

"El intento *inevitable* del proletariado de impedir la guerra", como dice Pannekoek, se ha caracterizado hasta el momento por su inevitable ausencia.

Esto, seguramente, no tiene por qué ser válido para toda la eternidad. Crecemos día a día y mañana serán posibles para nosotros, cosas que ayer eran imposibles. Y las situaciones de las que surgen las guerras son de la más variada forma y pueden causar los más variados efectos.

No considero muy probable que algún día llegemos, por medio de una huelga de masas, a impedir una guerra en algún lugar donde el gobierno se sienta suficientemente respaldado por el estado de ánimo general del pueblo, pero no necesitamos declararlo como completamente imposible.

6. *Marxismo simplificado*

Contra lo que me pronuncio definitivamente es contra esa concepción que trata de deducir nuestras actitudes individuales de una vez por todas y esquemáticamente, en base a meras especulaciones acerca de la contradicción de clase entre trabajo asalariado y capital, independientemente de todo estudio de las correlaciones de fuerzas en cada caso, de las situaciones y estados de ánimo de las diversas clases de la población, y que considera este método como marxista porque se basaría en la teoría marxista. Esta concepción olvida que una teoría es una abstracción, una imagen simplificada y no completa de la vida. Justamente gracias a esa simplificación, la teoría permite aportar orden y sentido en el caos de las apariencias y orientarse en ese laberinto. Pero ella es el hilo de Ariadna a través del laberinto, nunca el laberinto mismo, no se hace nunca idéntica a la realidad, exige por el contrario una constante observación de lo real.

No es esta la primera vez que me toca entrar en conflicto con este tipo de marxismo simplificado. Para hacerle frente escribí entre otras cosas, ya en 1889, mi disertación sobre las contradic-

ciones de clase en la época de la revolución francesa.⁴ En el prólogo a la segunda edición (1908) anotaba:

“... un marxismo vulgar, que alcanzara a popularizar lo que Marx y Engels descubrieron, fracasará cuando quiera abandonar los caminos transitados.”

Y continuaba:

“Contrarrestar a ese marxismo vulgar que hacía estragos en 1889, que creía tener la llave de toda la sabiduría por considerar al desarrollo social como producto de las luchas de clases y que la sociedad socialista surgirá de la lucha de clases entre burguesía y proletariado; contrarrestar ese peligro de degradar al marxismo a una mera fórmula era la tarea que junto a otras se propuso este trabajo. Quería mostrar la plenitud de conocimiento que era posible extraer de la aplicación del principio de la lucha de clases en la historia, *pero también la cantidad de problemas que surgen de ella*. Quería al mismo tiempo no sólo contrarrestar el empobrecimiento de la teoría sino también de la práctica de la lucha de clases, al señalar que la política socialista no debe conformarse con verificar la contradicción de clase entre capital y trabajo en general, que debe investigar a fondo el organismo social en todos sus detalles, ya que bajo esa gran contradicción se ocultan otras de menor significado aunque innumerables, y que no deben ser desatendidas, y cuya comprensión y utilización facilita enormemente y puede hacer más fecunda la táctica proletaria.” (pp. 4,5).

Y en la introducción escribí entonces:

“Uno se siente bastante inclinado a suponer, cuando el desarrollo histórico es deducido de las contradicciones de clases, que en la sociedad existen solamente dos sectores, dos clases que se combaten una a otra, dos masas homogéneas, firmes, la masa revolucionaria y la reaccionaria, que sólo existe ‘un aquí y un allá’. Si realmente fuera así, escribir la historia (y también desarrollar la política práctica) sería una cuestión muy fácil. Pero las cosas no son tan simples. La sociedad es y se transforma cada vez más en un complicado organismo con las más diversas clases e inte-

reses que, según como se conformen los hechos, se pueden agrupar en los más diversos partidos.” (p. 9).

Aquellos camaradas a los que en aquella oportunidad consideraba como “marxistas vulgares” porque simplificaban demasiado al marxismo —Max Schippel, Hans Müller, Paul Ernst y otros—⁵ comenzaron justamente en 1889 la lucha contra la dirección del partido y sus “periodistas oficiosos”, se lanzaron contra Bebel y Liebknecht, Singer y Auer, Engels y yo, a quienes reprocharon el abandono del carácter revolucionario y proletario del partido y su transformación en partido reformista pequeñoburgués posibilista. Finalmente las consignas de 1890 sobre las elecciones de desempate se transformaron en puntos de acusación así como la participación de los diputados obreros en un parlamento antiobrero, el fracaso de las fiestas del 1º de mayo, y el rechazo de la huelga de los militares en caso de guerra que el holandés Domela Nieuwenhuis exigía en el Congreso Internacional de Bruselas de 1891.⁶

Desde entonces han transcurrido más de dos decenios. La generación actual no conoce las luchas que nosotros sostuvimos en aquellos tiempos. El marxismo simplificado es sin embargo tan inmediato, tan evidente, tan popular, que siempre vuelve a surgir cuando la situación le es favorable y los instintos de las masas las vuelven receptivas a él.

Las irritaciones de la lucha contra la ley antisocialista que decaía, provocaron el ascenso, entre 1889 y 1893 de un marxismo vulgar y radical. La era de prosperidad a partir de 1895 allana el camino para la revisión de ese marxismo vulgar. La agudización de las contradicciones de clases desde 1907 despierta nuevamente instintos de masas a los cuales se adecúa mejor el marxismo en su forma más ruda, absoluta y simple.

Pero podemos al menos estar seguros de que esta vez ningún nuevo revisionismo seguirá al super-marxismo. La era de los crecientes conflictos de clases no está hecha para eso.

II. LA ORGANIZACIÓN

1. Organización y carácter

Pannekoek logra éxitos brillantes si se trata de explicar razonamientos marxistas en la forma más simple y clara. Por el contrario, en cuanto se trata de apreciar fenómenos concretos, su elucubra-

ción especulativa de pensamientos simples entra a menudo en contradicción con la realidad. Así explica con gran belleza cómo se desarrolla la revolución social y llega a la conclusión de que: "La organización es el arma más poderosa del proletariado. El enorme poder que posee la minoría dominante por su firme organización, sólo podrá ser derrotado con la fuerza aún mayor de la organización de la mayoría. El constante crecimiento de esos factores: significación económica, conocimiento y organización, hace crecer el poder del proletariado por encima de la clase dominante. Recién entonces están dadas las condiciones previas para la revolución social."

Esto está muy bien dicho. Pero según Pannekoek uno está muy mal aconsejado si considera como nuestra tarea más importante, junto a la difusión del conocimiento, conservar, desarrollar y perfeccionar la real y concreta organización del proletariado. ¡De ningún modo! Pannekoek muestra muy poco interés por las organizaciones reales. Él confía en la idea de que en las próximas luchas éstas han de ser destruidas. La organización proletaria, opina él, ha de seguir creciendo a pesar de todo. Dice: "Existe en muchos el temor de que en estas peligrosas luchas el más importante instrumento del proletariado, su organización, pueda ser destruido. Sobre todo en este razonamiento se basa el rechazo a la huelga general por parte de aquellos cuya actividad se centra en la conducción de las grandes organizaciones proletarias."

Pannekoek opina entonces que si las organizaciones obreras comienzan su lucha, el estado seguramente no ha de retroceder ante el arresto de los dirigentes y la confiscación de los fondos. "Pero tales actos de violencia no lo ayudarán demasiado. El estado puede destrozarse con ellos la forma externa de las organizaciones obreras, pero no puede afectar la esencia misma de éstas. La organización del proletariado, que nosotros calificamos como su más importante instrumento de poder, no debe ser confundida con la forma de las organizaciones y asociaciones actuales, que son la expresión de aquella dentro de los marcos, aún firmes, del orden burgués. *La esencia de esa organización es algo espiritual, es la transformación del carácter de los proletarios.*"

Pannekoek mismo subraya esa frase, tan notable le parece a él su comprobación de que la organización en realidad no es del todo una organización sino algo muy distinto: la mentalidad de los proletarios.

Luego de haber ejecutado esa obra de arte de alquimia social, le resulta fácil señalar que las luchas de masas llevan a la destruc-

ción de la organización, sacuden a la masa de los trabajadores y perfeccionan su carácter, de tal manera que mágicamente la destrucción de las organizaciones constituye el medio para hacer crecer "la solidez interna de la organización" y que "la fuerza del proletariado... crecerá tanto como sea necesario para ejercer su dominio en la sociedad":

"Al final del proceso revolucionario", luego que las organizaciones del proletariado han sido totalmente disueltas, "el pueblo trabajador en su totalidad está allí como masa altamente organizada... y puede pasar a continuación a tomar en sus manos la organización de la producción". No se le ocurre a Pannekoek señalar —y apenas si lo podría hacer— que en lugar "de la forma de las organizaciones y asociaciones actuales" en la continuación de la lucha, surgirían otras más adecuadas a las nuevas condiciones. Es posible que suceda algo semejante, pero si llegara a darse, sería una situación en la que los prácticos le llevarían la delantera a los teóricos. De esto, Pannekoek no dice una sola palabra. Como la real organización del proletariado estorba a sus deducciones teóricas, él la disuelve en el aire. Pues no es otra cosa lo que hace cuando declara que la esencia de la organización es la transformación de la mentalidad de los proletarios. Pero esa transformación es el *resultado* y no la esencia de la organización.

2. Los instrumentos de fuerza de las organizaciones

Uno de los efectos principales de la organización sobre el carácter de los trabajadores consiste en la confianza que siente cada individuo en el apoyo de la totalidad. Este apoyo tiene una fuerte expresión en los medios financieros que aportan las asociaciones y que son acumulados para los casos de necesidad y de lucha. Hubo una época en que los sindicalistas revolucionarios creyeron que los medios financieros podrían ser sustituidos por el carácter, pero también ellos comenzaron a reconocer el error de esa suposición. Naturalmente los medios financieros no pueden, a la inversa, sustituir al carácter; así como en la guerra la constitución espiritual y corporal de los hombres es más importante que su equipo material, lo mismo ocurre con la lucha de clases. Por medio del mejor fusil no se transforma un cobarde en un soldado útil y de muchachos sin carácter no se hacen luchadores de clase por medio de cajas sindicales repletas. Pero por otro lado el he-

roísmo más grande y la fuerza son derrotados si se enfrentan desarmados a un adversario bien armado y dispuesto al combate. Y el más abnegado luchador de clase tiene que abandonar la huelga si no hay medios para mantenerlo a él y a los suyos con vida. Este aspecto de la organización, que por supuesto nada tiene de idéntico con el carácter, no es siquiera rozado por Pannekoek. La esencia de la organización es para él la disciplina, la solidaridad. Y estas no se pierden con la destrucción de la organización: "Permanecerán en ellos más vivo que nunca el mismo espíritu, la misma disciplina, la misma coherencia, la misma solidaridad, la misma costumbre de una acción organizada [luego de la disolución de las organizaciones existentes. Kautsky.] Puede que un acto de violencia semejante golpee duramente, pero la fuerza *esencial* del proletariado sería afectada, tan poco como las leyes antisocialistas afectaron al socialismo, aunque impidieron las formas regulares de asociación y agitación."

¿Pero en qué consiste la disciplina, "la costumbre de una acción organizada"? En la subordinación bajo una dirección común, sin la cual la "acción organizada" de una gran masa es completamente imposible. La esencia de una organización democrática consiste en que esa dirección sea elegida por la masa misma y que los objetivos y los medios de lucha sean también determinados colectivamente si no lo pueden ser siempre en sus detalles, al menos en sus rasgos fundamentales. Pero esto sólo es posible "bajo la forma actual de las organizaciones y asociaciones" que surgen "en el marco de un orden burgués aún firme".

Si esas formas se destruyen, las masas no se pueden reunir en forma regular para solucionar de acuerdo con reglas fijas los asuntos comunes; en tal caso la organización democrática se hace imposible. Ocurrirá entonces, como en las acciones espontáneas de masas, que será producto de la pura casualidad quien se erija en dirigente o, de lo contrario, como fue el caso bajo las leyes antisocialistas, los dirigentes que hasta el momento habían sido reconocidos por las masas como tales, siguieron manteniendo sus funciones de acuerdo con la costumbre. O bien, y esto ocurrió también para asuntos locales bajo la ley antisocialista, una pequeña minoría se organiza secretamente y dirige a la gran masa desorganizada.

A un proletariado con capacidad de lucha le quedará, bajo tales condiciones, un poder apreciable. Pero un crecimiento y más aún el perfeccionamiento de la organización del proletariado sin las

condiciones existentes en un estado de libertad, es algo que nadie ha descubierto.

Cuando la organización del proletariado sucumbe a un golpe de fuerza —por la importancia que adquiere para él y por la intensidad de su desarrollo— el proletariado se aferrará tanto más empecinadamente a sus "costumbres" y tradiciones. Por el contrario, el proletariado se alejaría de su organización y sus "costumbres" lleno de desconfianza, si ellas le acarrearán a él solamente derrotas que lo debilitaran. Pannekoek ve sólo *un* motivo para la decadencia, por él esperada, de las organizaciones proletarias: los golpes de mano del adversario. Pero es posible otro motivo: una táctica incorrecta que en forma irresponsable, subestimando las fuerzas del adversario y sobrestimando el propio poder de la organización, fije tareas ante las cuales tiene que fracasar miserablemente. Si la organización, se deja enredar sin necesidad en luchas que, calculando correctamente la correlación de fuerzas, serían evitables; si ella plantea a sus miembros las máximas exigencias de abnegación sin éxito alguno; si dilapida totalmente sus fuerzas de manera que al final debe capitular incondicionalmente, entonces la ruina de la organización no habrá de producir un aumento del deseo de lucha de los proletarios, una firme adhesión a sus dirigentes y a la disciplina voluntaria, sino desaliento, indiferencia, aún desconfianza por largo tiempo contra toda "actividad organizada". A esto se adapta la frase de Pannekoek: ... "es sobre todo en este razonamiento que se basa el rechazo a la huelga general por parte de aquellos cuya actividad se centra en la conducción de las grandes organizaciones proletarias actuales".

Nosotros veremos que precisamente el tipo de acción que propone Pannekoek, necesariamente hará surgir el peligro de semejante fracaso de las organizaciones. Eso lo presiente y por eso él mismo, el materialista, se debe consolar con consideraciones espiritualistas de que sólo el cuerpo de la organización es mortal mientras que su alma, la esencia de la organización es inmortal.

Pero nosotros sabemos que un hombre sin cuerpo no es ningún hombre y una organización sin órganos no es ninguna organización.

3. El riesgo para las organizaciones por causa de sus adversarios

Ciertamente, la agudización de las contradicciones de clases y de las luchas de clases trae consigo el peligro de que los adversarios traten de destruir a las organizaciones proletarias.

Pero nosotros no debemos enfrentar este hecho con la idea de que mientras pueda ser salvada su alma inmortal sería indiferente la desaparición de una organización. Por el contrario, debemos afrontar esta situación de tal modo de poder enraizar profundamente en el proletariado la idea de que sus organizaciones, sobre todo en las formas existentes de partido y sindicato, son imprescindibles para su lucha y para imponerse; que debe fortalecerlas con el máximo fervor y protegerlas celosamente, pero que debe también, si se llega a las grandes luchas, aferrarse a esas organizaciones con tenacidad y fuerza; que el derecho de reunión y asociación es su prerrogativa más importante y para conservarlo debe empeñar cuanto tiene: sus bienes y su vida.

Pannekoek cuenta con que la organización proletaria ha de ser destruida, que para ella han de ser suspendidos el derecho y la ley, como la obvia consecuencia de la agudización de las contradicciones de clase. Esto no me parece tan obvio. También aquí debemos cuidarnos de considerar tendencias como resultados inamovibles. La tendencia, el esfuerzo reaccionario por destruir las organizaciones del proletariado, crece seguramente en la misma medida en que esas organizaciones se tornan más fuertes y peligrosas para el orden constituido. Pero en la misma medida crece también la capacidad de resistencia de las organizaciones y su imprescindibilidad aumenta aún más. Cortar al proletariado toda posibilidad de organización es hoy en un país capitalista desarrollado prácticamente imposible, y las clases dominantes mismas muestran la inclinación a organizar a aquellos proletarios que les son fieles a fin de aumentar su propia fuerza, lo que es imposible si suprimen toda posibilidad de organización proletaria. La destrucción de la organización proletaria no puede ser más que pasajera, de ningún modo duradera, aun cuando se tome la palabra organización en su sentido real y no en el que le asigna Pannekoek.

Pero también una destrucción pasajera de una organización proletaria significa un grave deterioro en la lucha de clases del proletariado, y la clase trabajadora debe emplear la máxima prudencia pero también toda su energía para impedir semejante destrucción. Cuál habrá de ser finalmente el resultado de la lucha entre las tendencias encontradas, no se puede predecir. La teoría puede solamente prever la agudización de las luchas de clases, no sus resultados en cada caso. Esto depende de situaciones que nadie puede siquiera sospechar de imponderables, que nadie está en condiciones de sopesar, y también de la astucia y decisión tanto

de un bando como del otro. Dependerá de la energía con que libremos cada lucha en la que estemos implicados, de la habilidad con la cual sepamos evitar el ser llevado a pruebas de fuerza por el adversario o por los impacientes en nuestras filas, para las cuales aún no estamos preparados. Pannekoek y sus amigos pueden fruncir las narices ante el planteo de la necesidad de esta astucia y equipararla al tipo de astucia que Lassalle rechaza en su carta de Sickingen— pero pueden despreciarla en su práctica. La habilidad que nosotros recomendamos es aquella que nos recomendara Federico Engels en su última publicación, en su testamento político.

III. LA ACCIÓN DE MASAS

1. ¿Qué significa la nueva táctica?

La simplificación de Pannekoek del método de Marx y la espiritualización de la organización son sólo la introducción a la cuestión central que a él le ocupa:

“Una determinada *forma nueva* de la actividad de los trabajadores organizados. El desarrollo del capitalismo moderno ha impuesto al proletariado con conciencia de clase esas *nuevas formas de acción*.”

Plantear nuevas formas de acción es ciertamente una cuestión muy importante. Pero quien descubre o propone tales cosas está obligado ante todo a hablar claro. Lástima que justamente aquí Pannekoek abandona su claridad habitual. Por eso no sé con seguridad si he conseguido interpretarlo correctamente.

Ante todo debemos preguntarnos: ¿de dónde proviene la necesidad de una nueva forma de acción? ¿Dónde se hallan las nuevas condiciones que la hacen surgir? No se nos da ninguna respuesta clara. Pannekoek, para explicar la frase que hemos citado dice solamente lo siguiente:

“Amenazado por el imperialismo con los mayores peligros, luchando por más poder dentro del estado, por más derechos, [el proletariado] se ve obligado a hacer valer su voluntad contra las poderosas fuerzas del capitalismo en la forma más enérgica —más enérgica que los más encendidos discursos que pueden pronunciar sus representantes en el parlamento. El proletariado debe pre-

sentarse por sí mismo, intervenir en la lucha política tratando de influir sobre el gobierno y la burguesía con la presión de sus masas. Si nosotros hablamos sobre acciones de masas y su necesidad nos referimos a la actividad política extraparlamentaria de la clase trabajadora organizada por medio de la cual ella misma actúa sobre la política interviniendo en forma inmediata y no a través de representantes."

No es del todo comprensible por qué este razonamiento fundamenta la necesidad de una nueva táctica. ¿El proletariado no está desde siempre "obligado a hacer valer su voluntad contra las poderosas fuerzas del capitalismo"? ¿Y por qué debe para tal fin recurrir hoy más que antes a los medios extraparlamentarios? ¿Nuestros representantes en el parlamento, son más débiles que antes?

Por cierto que en estos argumentos no se encuentra una fundamentación convincente de la necesidad de una nueva táctica por la existencia de nuevas condiciones.

Pero menos clara aún es la descripción de la nueva táctica misma. Yo he invitado expresamente a los propugnadores de esa táctica a explicar qué entendían por ella. Antes de discutir sobre la misma "debía saberse si se exigen nuevos fundamentos de la táctica o nuevas medidas".

¿Qué responde Pannekoek?

"A esto es fácil responder que nosotros no necesitamos hacer propuestas. La táctica que nosotros consideramos como correcta ya es la táctica del partido. Ella se ha impuesto prácticamente en propuestas concretas. Teóricamente el partido las ha aceptado en las manifestaciones de masas sin que fueran necesarias para ello las Resoluciones de Jena, donde se habla de la huelga de masas como medio para la conquista de nuevos derechos políticos."

Y así Pannekoek llega a la siguiente conclusión:

"Si nosotros, a menudo hablamos de una nueva táctica, lo hacemos no en el sentido de proponer nuevos principios... sino para aportar una comprensión teórica clara sobre aquello que realmente ocurre."

En el capítulo anterior habíamos visto que Pannekoek declara a la organización el instrumento de poder más importante del proletariado, luego sin embargo, descubre que la esencia de la organización de ninguna manera está en la organización. Ahora declara: se ha hecho necesaria una nueva táctica, debemos discutir y llegar a un entendimiento sobre esto y he aquí que esa táctica ha sido fijada hace seis años por un congreso del partido casi por unanimidad y es seguida por ese partido sin objeción de nadie, de tal modo que Pannekoek considera del todo superfluo discutirla con más detenimiento. Cuando se pregunta a Pannekoek cuál sería esa táctica especial que él mismo defiende contra la dirección del partido, contra mí, contra muchos otros camaradas, en lugar de dar una respuesta se remite a la Resolución de Jena que fue aprobada por 287 contra 14 votos. Casi todos los revisionistas le dieron su aprobación: Bernstein, David, Peus, Südekum. ¿Han reconocido ya todos ellos "teóricamente" la táctica de Pannekoek, y en forma tan clara que éste pueda ahorrarse toda explicación detallada de esta táctica?

Mientras tanto, si bien Pannekoek es muy ahorrativo con los argumentos positivos sobre la nueva táctica, se muestra más generoso con su negación, con su crítica a mi táctica. Y ésta no la puede realizar sin dejar escapar ocasionalmente algunas insinuaciones sobre sus propias concepciones tácticas.

En mi exposición sobre la acción de masa yo había llegado a la conclusión siguiente: "Construcción de la *organización*, conquista de todas las *posiciones de poder* que podamos lograr y retener con nuestras propias fuerzas, *estudio* del estado y de la sociedad y *esclarecimiento* de las masas: nuestra organización no puede hoy por hoy proponerse, consciente y planificadamente, otras tareas."

Se podría creer que Pannekoek está plenamente de acuerdo con estas concepciones. Por su parte él dice expresamente: "A través del constante crecimiento de su significado económico, el conocimiento y la organización, el poder del proletariado crece por encima del poder de la clase dominante".

Pero ahora las actividades de la organización, del esclarecimiento de las masas y la lucha por posiciones de poder le parecen algo totalmente insignificante. Pannekoek reproduce mis conceptos con las siguientes palabras: "Hasta ese momento [hasta la catástrofe final cuya teoría encontró Pannekoek en mis escritos-K.] el movimiento obrero habrá de continuar simplemente con la práctica actual: elecciones, huelgas, trabajo parlamentario, esclarecimiento.

Todo continúa del viejo modo ampliándose paulatinamente *sin cambiar nada esencial en este mundo.*"

Mis concepciones le parecen a Pannekoek puro revisionismo.

"Kautsky coincide con el revisionismo en que nuestra actividad consciente se agota en la lucha sindical y parlamentaria. Por eso no es extraño que su práctica, demasiado a menudo —como hace poco sobre el balotage— se aproxime a la táctica revisionista."

Sobre esta afirmación no tengo por qué preocuparme demasiado. ¡Lo que Pannekoek llama aquí revisionismo es la práctica del partido hasta el momento! ¡Primero considera que la Resolución de Jena, aprobada por nueve décimos de los revisionistas, es suficiente fundamentación para su propia táctica, y luego condena la táctica del partido como una táctica revisionista! ¡Una confusión total! Pero ya se acerca la aclaración.

Pannekoek continúa: "[Kautsky] Se diferencia del revisionismo en que éste espera la transición al socialismo por las mismas actividades impulsadas para el logro de reformas, mientras Kautsky no comparte estas expectativas, sino que prevé explosiones con carácter de catástrofes que irrumpen repentinamente como venidas de otro mundo, sin intervención de nuestra voluntad y que liquidarán al capitalismo. Es la "vieja y probada táctica" en su aspecto negativo erigida en sistema. Es la teoría de la catástrofe, conocida por nosotros hasta ahora sólo como un malentendido burgués, elevada a la categoría de enseñanza del partido."

Felizmente contamos con el camarada Pannekoek para aclarar tanto mis "malentendidos burgueses" como el "revisionismo" al que se ha entregado la socialdemocracia entera desde hace casi medio siglo bajo la aprobación de Marx y Engels.

2. Radicalismo pasivo

Es en realidad innecesario explayarse sobre mi "teoría de la catástrofe". Discutí sobre esto a fondo hace ya dos años con la camarada Luxemburg. El mismo Pannekoek lo dice: "Es la misma teoría que hace dos años fue sostenida por Kautsky durante el debate sobre la huelga de masas —la teoría de la huelga de masas

como un acto revolucionario único, hecho para derrocar la dominación capitalista de un solo golpe— que aparece aquí en nueva forma. *Es la teoría de la espera inactiva*... la teoría del radicalismo pasivo."

No tengo ni tiempo ni ganas de prolongar aún más el debate con Pannekoek, de todos modos ya bastante extenso, repitiendo argumentos que se pueden leer en la citada discusión.

Aquí sólo puedo decir que nunca he afirmado que la huelga de masas pudiera ser un acontecimiento destinado a derrocar de un solo golpe el dominio capitalista, ni que nosotros debamos esperar inactivos hasta que, "como venida de otro mundo", irrumpa una huelga de masas.

Yo he afirmado que donde hay organizaciones proletarias reales, no aquellas que sólo existen en las ideas de Pannekoek, una huelga de masas se transforma en una prueba de fuerza que, por lo general, termina o bien con un triunfo definido o con una definida derrota, mientras se agotan las fuerzas de ambos bandos de tal modo que no se puede esperar en corto tiempo una repetición de la lucha. Un período de huelgas masivas crónicas es posible en estados atrasados como Rusia y aún allí sólo bajo determinadas condiciones.

En segundo lugar había afirmado que una huelga de masas en Europa tiene perspectivas de éxito si confluyen una serie de condiciones que pueden ser utilizadas por nosotros, pero no creadas arbitrariamente. Donde surja un movimiento de masas producido por esas condiciones, tenemos que fomentarlo con la mayor energía y utilizarlo para fortalecer al proletariado, lo que tanto más pronto hemos de poder hacer cuanto más fuertes sean nuestras organizaciones, cuanto mejor preparados estén sus miembros. Para el logro de tales acciones de masas es decisiva una agitación de las masas proletarias capaz de derribar cualquier barrera. Una agitación semejante puede surgir sólo de grandes acontecimientos históricos. Yo seguía aquí la misma línea de pensamientos que expresaba en el editorial del 31 de mayo del *Leipziger Volkszeitung* [Diario del pueblo de Leipzig], al citar las palabras de Lassalle: "Las masas serán llevadas a hacerse torrente y movimiento no sólo práctica sino espiritualmente por obra de la alta temperatura de acontecimientos reales."

No tengo ningún motivo para defender aquí estos pensamientos. Pannekoek no hace el menor esfuerzo para debilitarlos. Es más cómodo destruirlos reproduciéndolos en la forma más absurda.

Yo quisiera solamente señalar, para evitar malentendidos, que

en mi polémica con la camarada Luxemburg trataba el tema de la *huelga de masas compulsiva* [Massenzwangstreik] y en mi artículo "La acción de masa" hablaba de los *desórdenes callejeros*. Afirmaba que éstos, bajo determinadas condiciones, podían producir catástrofes, pero que eran imprevisibles y no podían ser realizadas a placer.

Yo no trataba allí de meras *manifestaciones callejeras*. Éstas no son de ningún modo un factor imprevisible y pueden muy bien ser preparadas y llevadas a cabo por organizaciones políticas y sindicales sin participación alguna de masas no organizadas. Pero la organización de manifestaciones de calle significa nada menos que una "nueva táctica". Los ingleses practican esta forma desde los días del cartismo y aún en América son comunes desde hace tiempo. En Austria son, desde 1890, una forma efectiva de manifestación.

Yo, en principio, nunca me opuse a la organización de manifestaciones callejeras. Naturalmente, se puede en una u otra oportunidad no estar de acuerdo sobre el momento en que una manifestación es más apropiada. Pero no es esto lo que discutimos, aquí sólo reflexionamos sobre cuestiones fundamentales.

Probablemente en interés de una mayor claridad Pannekoek mezcla manifestaciones en las calles con desórdenes callejeros y huelgas de masas en la olla común de las acciones de masas y hace extensivo lo que digo sobre desórdenes callejeros también a las manifestaciones en la calle. Mi teoría sería la teoría de la práctica de la dirección del partido que tendría como objetivo terminar lo más pronto posible con las manifestaciones callejeras. En realidad ya en 1885 tomé parte en Inglaterra en la táctica de las manifestaciones callejeras, que tan nuevas le parecen a Pannekoek; táctica que en aquella época ya era bastante vieja y desde entonces no he faltado a ninguna de estas manifestaciones en cualquier país en el que me encontraba, seguramente ese es el mejor signo de que también las apoyaba teóricamente. Pannekoek no tiene ningún derecho a atribuirme una teoría y una práctica de las manifestaciones callejeras que no es la mía. Lo repito una vez más: mi teoría del "radicalismo pasivo", es decir, de esperar la oportunidad adecuada y el estado de ánimo de las masas, dos cosas que no pueden ser calculadas con anticipación ni producidas por decisión de una organización, se refería sólo a los desórdenes callejeros y a las huelgas de masas que quieren forzar una decisión política —por tanto no se refieren a manifestaciones en las calles ni a manifestaciones huelguísticas.

Estas pueden ser muy bien producidas ocasionalmente por decisión del partido o del sindicato sin tener en cuenta el estado de ánimo de las masas no organizadas, pero no suponen sin embargo ninguna táctica nueva mientras se mantengan como meras manifestaciones. Actuar por medio de manifestaciones siempre fue parte de la táctica de nuestro partido. La técnica de la manifestación cambia con la modificación de las fuerzas, las condiciones de legalidad y otras circunstancias. En los fundamentos de la táctica no se introduce por tal causa ningún cambio.

3. La actividad revolucionaria

En la actitud frente a las manifestaciones no existe ninguna contraposición fundamental entre Pannekoek y yo. ¿Dónde reside entonces la contraposición? No es fácil descubrirla. Pero a pesar de su reserva para exponer la propia táctica, Pannekoek no puede menos que contraponer a mi táctica "negativa", al menos una sugerencia de su táctica positiva. Enfrentado con mi "teoría del radicalismo pasivo", él habla de "la enseñanza de la actividad revolucionaria del proletariado que en un período de acciones de masas en crecimiento, construye su poder desgastando cada vez más el poder del estado de clases".

Él se opone a mi "teoría de la espera inactiva —inactiva no en el sentido de que no se continúa con las formas ordinarias del trabajo parlamentario y sindical, sino en el sentido de que deja que las grandes acciones de masas se aproximen como fenómenos naturales; *en lugar de realizarlas activamente e impulsarlas cada vez en el momento justo.*"

Las acciones de masas que han tenido lugar hasta ahora, son sólo el comienzo de un período de lucha de clases revolucionarias, en el cual el proletariado mismo, en lugar de esperar pasivamente que catástrofes externas estremezcan al mundo, en constantes ataques y avanzando por medio de un trabajo sacrificado, debe ir construyendo su poder y su libertad. Esta es la "nueva táctica" que, con toda razón, podría ser llamada la continuación de la vieja táctica en su costado positivo.

Más adelante Pannekoek habla en su capítulo sobre la "lucha contra la guerra", de una "lucha de clases que de una acción a otra crece hasta su máxima intensidad, de la cual emergerá el poder del estado sensiblemente debilitado y el poder del prole-

tariado acrecentado al máximo". Y finalmente Pannekoek se refiere al "proceso de la revolución en el cual la intervención activa del proletariado construye paulatinamente el propio poder y el predominio del capital se desmorona poco a poco".

Todo esto es sumamente oscuro y misterioso, recuerda más al oráculo de Delfos y a los libros sibilinos que a una fundamentación de una nueva táctica.

Pero tiene algo de consistencia si se piensa que esa táctica es puesta en contraposición a la desarrollada por mí, que exige la construcción de las organizaciones, el ganar toda posición de poder que podamos conquistar y retener con nuestras propias fuerzas, la utilización de cada acontecimiento que excite a las masas a manifestar y la utilización de huelgas de masas compulsivas, pero esto en casos raros y extremos, solamente cuando y donde las masas ya no puedan ser contenidas.

Pannekoek exige que la dirección del partido organice una serie de huelgas de masas que habrían de sucederse rápidamente, sin tener en cuenta las derrotas que puedan ocasionar, sin tener en cuenta que las organizaciones pueden ser destruidas. El calcula que la lucha de por sí va a exasperar a los trabajadores, arrastrará a nuevos contingentes pletóricos de creciente pasión revolucionaria, tanto o más a causa de las derrotas que de los triunfos. Así crecen los contingentes de luchadores a través de la lucha misma y crece su organización —en el sentido de Pannekoek—, de una acción a la otra se intensifica la lucha de clases hacia el *proceso de la revolución*.

"Esta es, si he comprendido bien, la opinión de esta mano eminente."

Si yo hubiera malentendido a Pannekoek, él mismo es responsable de ello, pues tendría que expresarse con mayor claridad. Pero toda su crítica a la táctica defendida por mí sólo se hace comprensible si entendemos la suya tal cual la he escrito más arriba.

En tal caso su táctica se reduce a la exigencia de que la dirección del partido tiene que "organizar" la *revolución*, pero por cierto no directamente, como intentaron hacerlo los conspiradores de los viejos tiempos de las barricadas, sino indirectamente, organizando acciones de masas, no sólo donde prometan un determinado efecto positivo, sino también donde lleven a derrotas y al colapso de las organizaciones, con la intención de provocar la exasperación máxima de las masas. Se da por supuesto que tal

exasperación será contra las clases dominantes y no, por ejemplo, contra los propugnadores de esta táctica.

Si no es esta la táctica de Pannekoek, que él mismo diga con mayor claridad qué es lo que entiende por su "enseñanza de la actividad revolucionaria del proletariado en un período de crecientes acciones de masas". Pero si he comprendido su opinión correctamente, en tal caso es superfluo criticarla. Esta enseñanza no va a hacer escuela entre nosotros.

IV. LA CONQUISTA DEL PODER DEL ESTADO

1. *La destrucción del estado*

Sea lo que fuere lo que Pannekoek entiende por la constante alza de las acciones de masas, supone evidentemente que éstas han de sustituir y superar a los modos de actividad hasta ahora utilizados como el esclarecimiento, la organización, la actividad política y sindical:

"Tal como lo hicieron las luchas políticas y sindicales hasta la fecha, las luchas de masas acrecientan la fuerza del proletariado, sólo que en forma mucho más amplia, poderosa y sólida."

¿Cuál es sin embargo el objetivo de esa acción? Aunque Pannekoek considere los resultados de las acciones de masas altamente valiosas para la educación proletaria y su organización, —según él la concibe— las acciones no arrastrarán nunca a las masas si no son otra cosa que ejercicios de alta moral proletaria. A la acción hay que atribuirle un objetivo alcanzable. Acorde con nuestra política hasta ahora, también Pannekoek señala como objetivo máximo de la acción proletaria *la conquista del poder del estado*.

Pero también aquí sabe encontrarle un pelo a la leche. Él afirma: "La lucha del proletariado no es simplemente una lucha por el poder del estado como objetivo, sino una lucha contra el poder del estado."

Esto pareciera ser a primera vista sólo una sutileza talmúdica. Pero a continuación dice: "El contenido de la revolución es la destrucción y disolución de los instrumentos de fuerza del estado por medio de los instrumentos de fuerza del proletariado."

Y más adelante: "La lucha cesa recién cuando el resultado final, *la destrucción total de la organización estatal* es un hecho. La

organización de la mayoría ha demostrado su superioridad por medio de la destrucción de la minoría dominante.”

Hasta ahora la diferencia entre los socialdemócratas y los anarquistas consistía en que los primeros querían conquistar el poder del estado y estos últimos destruirlo. Pannekoek quiere ambas cosas. También aquí, desgraciadamente, sin explicaciones más detalladas. Así como se extiende para demostrar la necesidad de su nueva táctica, así de breve y oscuro se torna —semejante a un nuevo Heráclito— ahí donde es necesario exponer la esencia y los objetivos de la nueva táctica.

Él nos traspasa la tarea de rompernos la cabeza para saber qué habrá querido decir realmente. Esto es tanto más difícil pues en ningún lugar explicita Pannekoek qué es lo que entiende por poder del estado.

En otra parte dice: “El poder del estado es la organización de la clase dominante. Ella aparece como la totalidad de los empleados estatales que, distribuidos por todas partes como autoridad entre la masa del pueblo, son dirigidos desde la sede central del gobierno en un sentido determinado. La voluntad unitaria que emana de la cúpula, conforma la fuerza interior y la esencia de esta organización.”

¿Qué es lo que quiere destruir Pannekoek en la organización así caracterizada? ¿El centralismo? Aún una república federada es un estado y tiene un poder estatal. ¿Debemos propugnar la disolución del estado en comunas autónomas?

En el año 1850 el Comité de la Liga de los Comunistas (es decir, en esencia Marx y Engels) hace la siguiente declaración acerca de la revolución que ellos esperaban: “Los demócratas van a trabajar o bien directamente por la república federativa o al menos, si no pueden evitar la república única e indivisible, tratarán de paralizar el gobierno central por medio de la mayor autonomía e independencia de las comunas y provincias. Los trabajadores ante estos planes deben actuar no solamente por una república única e indivisible. [Se contaba entonces también con ello en Alemania-Austria.— K.] sino aún dentro de ella, deberán propugnar en la forma más decidida la centralización del poder en manos del estado. (*Enthüllungen über den Kommunistenprozess in Köln* [Revelaciones sobre el proceso a los comunistas de Colonia], 1885, p. 81.)”

Si Pannekoek es de la misma opinión, ¿qué quiere decir él entonces con la “total destrucción de la organización del estado”?

¿Querrá suprimir quizás la función estatal de los empleados de estado? Pero si nosotros en el partido y los sindicatos, no podemos prescindir de empleados, mucho menos entonces será posible hacerlo en la administración del estado. Nuestro programa tampoco exige la supresión de los empleados estatales, sino que la administración sea elegida por el pueblo.

Esa exigencia se puede sólo referir a la elección de los empleados superiores. No se puede estar llamando a elecciones para el nombramiento de cada escribiente.

Seguramente debemos aspirar a otro tipo de utilización de los empleados del estado que la que impera actualmente. Pero su número y significación social apenas si los podremos disminuir, al menos en el marco de la actual sociedad. Nuestra reflexión no versa sobre cómo se ha de constituir el aparato administrativo del “estado futuro”, sino sobre si nuestra lucha política ha de disolver el poder del estado *antes de haberlo conquistado*.

¿Qué ministerio con sus empleados podrá ser disuelto? ¿El de educación? Seguramente que no. Nosotros reclamamos aún más escuelas y maestros que los que tiene el estado actual y no queremos transformar las escuelas en privadas. Queremos sólo cambiar la dependencia en que la escuela se encuentra de la iglesia y de las actuales clases dominantes —pero esto no ha de ocurrir por medio de la destrucción del poder del estado sino haciendo que la legislación y el gobierno se pongan al servicio del proletariado.

¿Tal vez el ministerio de justicia? Nosotros debemos aspirar a que se termine con la actual justicia de clase, pero no a que deje de existir la justicia. No van a ser suprimidos procesos civiles porque el proletariado gane en fuerza, porque tampoco cesarán los delitos comunes en tanto exista el capitalismo y sus consecuencias se hagan sentir.

¡Entonces el ministerio de finanzas! Pero no, no podemos suprimir los impuestos. Por el contrario. Cuanto más fuerte sea el proletariado mayores serán las exigencias de reformas sociales que requieren de dinero, esto es, de impuestos. Nuestro objetivo no es la supresión de los impuestos, sino otra distribución de sus cargas, la más amplia aplicación de impuestos a los ricos. Este se transformará en uno de los medios más eficaces de expropiar a los expropiadores. Por lo tanto tampoco debemos prescindir de los recaudadores de impuestos. ¿Y el ministerio del interior, la policía? No, tampoco en este caso es nuestro deseo disolverlos, sino transformar su función. Seguro, no queremos más ni la poli-

cía política ni la de moral pública. Pero tanto más necesitaremos de policía sanitaria, policía internacional, para la persecución de la adulteración de comestibles, para la vigilancia de las fábricas, para que haga cumplir las leyes de seguridad en el trabajo; policía contra los ricos en lugar de contra los pobres.

Queda el ministerio de guerra. ¿Pues no exigimos las milicias? ¿Cómo han de ser posibles ellas sin empleados que se preocupen del equipamiento, sin comandancia, sin instructores para la tropa y oficiales?

No, ninguno de los actuales ministerios podrá ser suprimido por medio de la lucha política contra el gobierno. Si hay algunas funciones del actual gobierno que quisiéramos suprimir, existen muchas otras que quisiéramos agregar a las existentes. Repito, para prevenir malentendidos: aquí no se trata de la formación del estado del futuro, sino de la transformación del estado actual a través de nuestra oposición.

2. Poder del estado y huelga de masas

Si Pannekoek piensa que la lucha de clases del proletariado en su progreso ha de llevar a la destrucción del poder del estado, no ha podido llegar a esa afirmación a través de la investigación de la situación concreta y del estado real, sino, aquí también, por medio de simples especulaciones abstractas. Reduce toda la futura actividad política del proletariado a huelgas de masas, un período de huelgas de masas crónicas. Una huelga de masas sólo puede triunfar si paraliza la organización estatal, si desorganiza los instrumentos de fuerza del poder estatal, a esto se sigue, evidentemente, la lógica conclusión de que el período de huelgas de masas crónicas sólo puede finalizar con la total destrucción del poder del estado. Pannekoek parte de la suposición de que en las luchas que se avecinan, en un primer momento, el poder del estado destrozará las organizaciones proletarias. ¡Luego el proletariado exasperado, destruye con sus acciones de masas la organización estatal y de ese modo, por la destrucción de toda la organización, tanto de un bando como del otro, se ha de construir la organización socialista! Pannekoek olvida que también en el futuro las huelgas de masas sólo serán episodios de la lucha de clases proletaria y nunca todo su contenido. Por cierto una huelga de masas solamente puede triunfar a través de la paralización de los instrumentos de fuerza del estado, pero esa paralización no puede sino ser un

fenómeno transitorio, así como la huelga de masas misma. Su misión no puede ser la de *destruir* el poder del estado, sino la de obligar a un gobierno a ceder en una determinada cuestión o a la sustitución de un gobierno enemigo del proletariado por otro más complaciente con él.

3. Gobierno y parlamento

La esperanza de Pannekoek de que la lucha de clases proletaria destruya el poder del estado sería falsa aún cuando nosotros acordáramos con él y consideremos simplemente como sinónimos los medios de fuerza del gobierno y el poder del estado.

Pero los medios de fuerza de un gobierno no son el gobierno mismo, así como las manos no son la cabeza.

Ya Montesquieu sabía que las funciones del estado son de tres tipos y corresponden a tres poderes distintos: el *legislativo*, el *administrativo* o *gobernante* (ejecutivo) y el *judicial*. Del equilibrio de esos tres poderes en el estado depende, según él, la libertad.

En realidad semejante equilibrio no se encuentra en ninguna parte. En todas partes domina uno de los tres poderes sobre los otros dos. En la mayoría de los estados, el gobierno. En los Estados Unidos los jueces. En Inglaterra el cuerpo legislativo.

Las relaciones de esos tres poderes entre sí y su poder en el estado, dependen de los intereses y la fuerza de las clases en particular. No cualquiera de estos poderes es accesible a cada clase en la misma medida. Cada clase busca de fortalecer aquel de los poderes a través del cual cree mejor cubiertos sus intereses, aquel que le resulta más accesible o que a sus adversarios les resulta más difícil acceder.

Mientras la burguesía reconoció en los cuerpos legislativos aquel poder que era para ella el más accesible, pretendió siempre aumentar su participación en el poder estatal en detrimento tanto del gobierno como de los tribunales. Hoy teme la intromisión del proletariado en la legislatura, entonces apoya la prepotencia del gobierno, cuando éste no es demasiado insolente y necio, o bien donde el gobierno es débil como en los Estados Unidos, apoya a los tribunales.

El proletariado tienen razones para oponerse a esto; él debe aspirar a que los cuerpos legislativos dominen sobre gobiernos y

tribunales, pero sólo aquellos que facilitan el acceso a sus representantes mientras lucha por eliminar aquellos cuerpos legislativos de los que está excluido (Cámaras Altas, Cámaras de Señores, Senados). Esa es la tarea del proletariado y no la destrucción del poder del estado. Puede que a veces surjan dificultades para su realización que sólo podrán ser superadas por acciones de masas, ocasión en la cual un gobierno enemigo del proletariado podrá ser puesto en jaque mate. Pero jamás puede esto llevar a una *destrucción* del poder estatal, sino a un *desplazamiento* de las relaciones de poder *dentro del poder estatal*.

4. La decadencia del parlamentarismo

Esta, por supuesto, no es la opinión de Pannekoek, que cuenta con la creciente *impotencia del parlamento*. Aquí nos topamos con la segunda raíz de sus concepciones: que la conquista del poder del estado sea equivalente a su destrucción. La primera raíz la encontramos en la opinión de que en lugar de los métodos de lucha usados por nosotros hasta el momento, entraríamos en el futuro en una era de huelgas de masas crónicas.

Como la idea de la creciente impotencia de los parlamentos, del deterioro del parlamentarismo juega hoy un papel importante en las discusiones del partido habremos de considerarlo aquí exhaustivamente.

Los fenómenos en los que se apoya esa idea son conocidos y nada es más fácil que comprobarlos. El trabajo legislativo de los parlamentos es cada vez más lamentable, su significación ante el poder ejecutivo cada vez menor. Esto no lo puede negar nadie. Algunos camaradas deducen de ello que nosotros tenemos que ocuparnos cada vez menos de los parlamentos y desplazar el centro de gravedad a las acciones extraparlamentarias de las masas. El parlamentarismo se torna cada vez más indiferente para la lucha de liberación del proletariado. Nada puede ser más equivocado que esta deducción.

¿De dónde proviene la así llamada decadencia del parlamentarismo? El fracaso creciente de los parlamentos en su tarea legislativa no se debe a que su mecanismo se vuelva incapaz de realizar grandes esfuerzos legislativos, sino a que los partidos burgueses, que hoy día conforman sus mayorías, han perdido todo interés en tales esfuerzos.

Hace tiempo que ellos han dejado tras de sí su empuje revolucionario y han acomodado el estado de acuerdo con sus necesidades. Por cierto que la mayoría burguesa se desintegra en diversos grupos con diversos y encontrados intereses.

Pero ninguno tiene grandes objetivos políticos de vastas perspectivas. La contraposición de intereses puede tener un significado solamente allí donde se trate de *impedir* una gran renovación que pueda beneficiar a una de las camarillas dominantes. Pero las contraposiciones dentro de las clases dominantes no constituyen en ningún momento un impulso enérgico de avance en *favor* de grandes innovaciones. Una fuerza impulsora semejante está constituida actualmente, tanto en el Parlamento como en la sociedad, solamente por el proletariado. Esta situación se refleja en los parlamentos pues el parlamentarismo no es más que la imagen de los correspondientes intereses y las relaciones de poder en la moderna sociedad. No es su mecanismo lo que falla sino la mayoría burguesa la que pone cada vez más trabas a su funcionamiento. Se cambia la mayoría y el mecanismo se pone nuevamente en movimiento.

Pero es también la mayoría burguesa la que hace que los gobiernos ganen en fuerza y significado frente a los parlamentos. Pese a todos los impedimentos que se oponen a la entrada de los representantes proletarios en ningún lugar pueden ser mantenidos alejados de él y en todos penetran irresistiblemente. Los gobiernos están por el contrario en todas partes en manos de las clases dominantes. A veces, en algún gobierno son permitidos "ministros socialistas", pero no como luchadores por la causa del proletariado, sino como asalariados de la burguesía que pueden ser despedidos en cualquier momento si no responden a las expectativas de sus mandantes.

Para el proletariado es hoy más difícil acceder a los gobiernos por sus propias fuerzas que a los parlamentos. Por eso la burguesía, por regla general, no tiene ningún interés en fortalecer el poder del parlamento frente al Ejecutivo.

Por cierto se llegan a contraposiciones entre partidos burgueses y el gobierno, pues ningún gobierno puede satisfacer los intereses de todos los elementos propietarios, a veces bastante contradictorios, o disponer de puestos bien pagados para los ambiciosos de todos los partidos. Pero ninguna contradicción entre un gobierno y un partido parlamentario burgués llega a hacerse tan violenta como para que el partido se embarque en una enérgica lucha por el fortalecimiento del parlamento.

¿Quiere decir todo esto que de ahora en adelante los proletarios se deben apartar del parlamento para buscar en las acciones de masas sus objetivos?

5. Acciones directas

Al parecer, esto es lo que Pannekoek supone. El se refiere a los males del capitalismo moderno: "Los impuestos, la carestía, el peligro de guerra, vuelven imprescindible una defensa encarnizada. Pero estas calamidades sólo en parte tienen su origen en resoluciones parlamentarias y por tanto sólo parcialmente pueden ser combatidas en el parlamento. Las masas mismas deben hacer acto de presencia, hacerse valer en forma directa y ejercer presión sobre la clase dominante. Y a ese *deber* se agrega el *poder* producto de la fuerza creciente del proletariado; entre la impotencia del parlamento y de nuestra fracción en él, para combatir estos peligros, surge una contradicción cada vez más profunda con la creciente conciencia de poder de la clase trabajadora. De ahí que sean las acciones de masas una consecuencia natural del desarrollo imperialista del capitalismo moderno y se transformen cada vez más en formas necesarias de lucha contra el mismo."

Esto parece una defensa de la acción directa, ya que el parlamento y nuestra fracción parlamentaria se muestran impotentes. "Actividad política extraparlamentaria", como le llama Pannekoek en otro lugar, es decir, llama la atención que sea exigida esa acción directa señalando que sólo una parte de los males del capitalismo moderno tienen su origen en decisiones del parlamento y pueden ser curados en él. La "acción directa" tiene en cambio la finalidad de reemplazar o chantajear decisiones parlamentarias. Males del capitalismo que no pueden ser suprimidos con acciones políticas, son en parte aquellos que tampoco pueden ser suprimidos mediante alguna "presión a las clases dominantes", como por ejemplo las malas cosechas, los progresos técnicos en la producción del oro, etc. Otros pueden ser suprimidos por acciones no-políticas como por ejemplo los bajos salarios. Luchas salariales directas con los empresarios no han sido sin embargo llamadas, hasta ahora, "acciones directas"; no conforman de ningún modo algún tipo de táctica nueva, específica de la época del imperialismo.

Así pues, solo resta como causal de la nueva táctica, la creciente

contradicción entre "la fuerza en aumento del proletariado" y la "impotencia del parlamento y de nuestra fracción parlamentaria" para combatir los males del capitalismo. Pero en realidad, las mayorías actuales en los parlamentos no son *impotentes*, sino que *no desean* atacar a esos males. *Dispuestos* a ello están solo nuestras fracciones en el parlamento.

Por supuesto, Pannekoek comprueba que son impotentes. Y él supone evidentemente que deben continuar siendo impotentes.

Aquí estamos frente a una grosera contradicción; la clase trabajadora se hace cada vez más poderosa y su fracción en el parlamento cada vez más impotente. El final ha de ser la sustitución de la lucha parlamentaria por la lucha de masas que es la única que promete resultados palpables. Pannekoek tampoco se expresa sobre esto con claridad, pero parece ser su concepción, pues él habla "del *significado histórico* del método de lucha parlamentario durante la época en la cual el proletariado, aún débil, se encontraba en la fase de su primer ascenso." Se puede deducir de esto que Pannekoek opina que ese método no se adapta a un proletariado fuerte que hoy sólo tiene un "significado histórico".

Sin duda existe entre la impotencia (¿quizás impotencia creciente?) de la fracción socialista en el parlamento y una creciente fuerza del proletariado una enorme contradicción —pero por suerte no existe en la realidad—. La fuerza del proletariado en el parlamento y fuera de él están en estrecho efecto recíproco, ellas pueden avanzar en dirección contraria cuanto más temporariamente, pero nunca permanentemente. Una de las partes refuerza a la otra.

Pannekoek supone que las acciones de masas del proletariado ejercen una presión cada vez más fuerte sobre las clases dominantes y de tal modo compensan con creces la creciente impotencia de las fracciones en el parlamento. ¿Cómo puede ocurrir esto si se trata de fenómenos que son determinados por decisiones parlamentarias? Produciendo resoluciones parlamentarias. La acción de masas, como ser la huelga de masas, ejerce tal presión sobre la mayoría burguesa en el parlamento que se ve obligada a tomar una decisión en interés del proletariado. Así tenemos que imaginarnos, según Pannekoek, la creciente fuerza del proletariado a través de las acciones de masas.

Pero, ¿qué papel juega en esto la fracción socialista en el parlamento? ¿La del espectador impotente? Aquello que la mayoría burguesa ha aceptado por la presión de la huelga de masas, es algo por lo cual la fracción socialista ha luchado enérgicamente. El triunfo de la acción de masas es también su triunfo. Las masas no pueden acrecentar su fuerza política sin que se acreciente al mismo tiempo la fuerza de sus representantes en el parlamento.

Sólo se puede hablar de impotencia de la fracción socialista en el parlamento allí donde la acción de masas del proletariado es aún impotente. Es un sinsentido imaginarse las acciones de masas en irresistible avance y la fracción parlamentaria en una impotencia total. Pero si las acciones de masas está en condiciones de fortalecer a la fracción socialista en el parlamento, también ocurre lo mismo a la inversa. Miremos a Inglaterra, donde la influencia ejercida sobre el parlamento por las acciones de masas está siendo actualmente desarrollada y donde podemos estudiar la esencia de las acciones de masas modernas, mucho mejor que en la Rusia del período revolucionario con sus condiciones tan distintas de las de Europa occidental, su carencia de cualquier organización proletaria de masas, de la menor libertad de coalición, de reunión, de prensa, etcétera.

Contemplemos por ejemplo la última huelga de las minas de carbón en Inglaterra. Por medio del movimiento de masas los mineros del carbón obligaron a la mayoría liberal en el parlamento y a su gobierno, a ir a su encuentro mediante un acto legislativo. Si esto, observándolo más de cerca, se demostró en alto grado insuficiente, la culpa de ello reside ante todo en las condiciones insatisfactorias del partido obrero. Si la fracción obrera en la cámara baja fuese más numerosa, más disciplinada y firme frente a los liberales, los trabajadores habrían logrado más.

Por tanto no decidió sólo la fuerza de las acciones de masas sobre la resolución del parlamento, sino también la fuerza de la fracción socialista. Los mineros del carbón hubieran tenido más éxito si los trabajadores ingleses se hubieran preocupado más por su propia representación en el parlamento.

Por otra parte, su representación hasta el momento, tan imperfecta como ella es, ya ha repercutido positivamente en la fuerza de las masas proletarias. Estas no son un sector tan homogéneo como lo parece suponer Pannekoek. Están formadas por trabajadores de distintos oficios con condiciones de trabajo y de vida muy

diversas y con intereses muy distintos. La organización sindical tiene en principio la tendencia de llevar a un primer plano esas diferencias y no permitir que se hagan concientes los intereses comunes. La organización de un partido obrero especial, cuya expresión más visible se encuentra en la fracción socialista en el parlamento, actúa por el contrario en dirección opuesta: él desarrolla en las masas la conciencia de sus intereses de clase comunes, tanto más cuanto más animadamente participe en los trabajos parlamentarios en forma independiente y cuanto más interesan a la población estos trabajos. Trabajos teóricos sobre la conciencia de clase son leídos sólo por una pequeña minoría. Las enseñanzas prácticas de la actividad parlamentaria influyen en la totalidad de la población. Allí mismo donde la fuerza impotente de la fracción socialista pudiera ser tan mínima que fuera incapaz de modificar en lo más mínimo el carácter de la legislación y la administración del estado, puede tener un gran efecto práctico haciendo conciente en amplias capas del proletariado la comunidad de sus intereses haciendo posible un real movimiento de masas. Sin fracción parlamentaria no existe ninguna acción de masas común a todas las capas proletarias en países con organización sindical desarrollada.

El particularismo sindical fue hasta ahora una de las más grandes debilidades del movimiento obrero inglés que comienza a ser superado. Los sindicatos han iniciado su unificación en grandes asociaciones por industrias, como en Alemania, por otro lado se reúnen en acciones comunes trabajadores organizados y no organizados, especializados y no especializados. Todo esto a partir de que existe un partido obrero típico. A pesar de sus faltas y errores, debió ser saludado con alegría, no como una creación perfecta, sino como el único medio de unificar a las masas proletarias, quienes habrán de aprender, actuando mancomunadamente, a influir a su fracción y darle la forma adecuada; ciertamente un dificultoso y largo proceso a la manera inglesa, un aprendizaje que ha de costar muy caro. Pero los métodos de cada país se han desarrollado históricamente y no pueden ser modificados a capricho. Nosotros progresaremos más tratando de comprenderlos que frunciendo la nariz ante ellos.

Sea como fuere, entre las acciones del proletariado fuera y dentro del parlamento existe una íntima correlación, una estimula la otra, una crece con la otra; es un absurdo afirmar que en un campo crece la impotencia, y en el otro la fuerza.

6. Cretinismo parlamentario y de otro tipo

Se podría hablar de la creciente impotencia de la fracción socialista en el parlamento sólo si se aislara completamente, si perdiera toda relación con el movimiento total del proletariado, si volcara su interés sólo a la actividad parlamentaria, es decir si cayera en esa parcialidad que Marx describe como cretinismo parlamentario. El parlamentarismo *aislado* de fracciones socialistas está condenado a una creciente impotencia frente al creciente desgano, de las mayorías burguesas y sus gobiernos de hacer aunque más no fuere las concesiones más imprescindibles al proletariado.

Lo mismo es válido hoy para juzgar cualquier aislamiento de una parte del movimiento proletario del conjunto. Frente a las asociaciones de empresarios que crecen, ni los sindicatos de las más importantes ramas industriales pueden competir con acciones aisladas.

Por otro lado las cooperativas, para defenderse de sus enemigos necesitan del apoyo del partido y del sindicato.

Y se abren siempre nuevas tareas al proletariado con conciencia de clase, que necesitan de la confluencia de sus diversos factores; recordemos, por ejemplo, al movimiento juvenil.

Las fuerzas del adversario crecen; crece su riqueza con el aumento de la explotación. Se unifica cada vez más estrechamente con la creciente centralización del capital. Frente a esto es necesario unificar cada vez más las fuerzas del proletariado en organizaciones y acciones de masas. Una de las más importantes formas de esa unificación es la vinculación de la acción parlamentaria y sindical, como nos muestra Inglaterra en los últimos tiempos, en algunos casos prácticos de gran importancia.

En todo esto nosotros no esperamos una creciente falta de significado ni de los sindicatos ni de las fracciones socialistas en los parlamentos, sino más bien un poderoso crecimiento de sus tareas y de sus luchas y por consiguiente también de su significación. No es posible prever los resultados particulares de estas luchas, su resultado en conjunto ha de ser el aumento de la fuerza de la clase trabajadora, pero junto con este aumento, también el de los sindicatos y de las fracciones socialistas en los parlamentos.

Y el objetivo de nuestra lucha política sigue siendo el mismo: la conquista del poder del estado por la obtención de una mayoría en el parlamento y el ascenso del parlamento al dominio del

gobierno. De ninguna manera perseguimos la destrucción del poder del estado.

¿De qué modo querría entonces Pannekoek introducir la forma de producción socialista, sino por medio de medidas legislativas sobre política tributaria, protección de los trabajadores, política de vivienda, estatización y paso a la comuna de ramas industriales, restitución de la propiedad comunitaria sobre el suelo, ante todo de los terrenos urbanos para la construcción, de las minas, de los grandes complejos agropecuarios, de las tierras de arriendo?

¿Por qué medios quiere Pannekoek regular estas relaciones, si no es por medio de un poder estatal proletario? ¿Y de dónde ha de provenir éste si por la acción de las masas ha de ser destruido todo poder del estado? Tanto la concepción de que la más perfecta organización del proletariado es la ausencia de organización; como la de que la acción de las masas bajo la forma de huelgas políticas de masas ha de ser el estado permanente y normal del movimiento obrero en el futuro, y que la dirección del partido tiene la obligación, siempre y en todas partes, de organizar tales acciones, son tan igualmente insostenibles como la concepción de que la lucha por el poder del estado significa una lucha por la destrucción del poder del estado.

Si este es el contenido de la nueva táctica que representa Pannekoek —y sus escasas alusiones nos dan la razón para suponerlo— entonces nosotros debemos rechazarla decididamente.

Yo me mantengo en la concepción con cuya formulación concluí, hace un año, mi serie de artículos sobre la acción de masa:

“Construcción de la organización, ganar todas las posiciones de poder que podamos conquistar y mantener con nuestras propias fuerzas, estudio del estado y la sociedad y esclarecimiento de las masas: nosotros y nuestras organizaciones no podemos plantearnos, hoy por hoy, otras tareas en forma consciente y planificada.”

Huelgas de masas políticas y desórdenes callejeros pueden generar, sólo en épocas excepcionalmente agitadas, una fuerza significativa para apoyar algunas de nuestras exigencias. Cuanto mayores sean las contradicciones de clases, cuanto más exasperadas estén las masas, tanto más a menudo podremos esperar esas

explosiones. Pero éstas sólo pueden ser relativamente previsibles y no deben ser consideradas como método permanente y normal de la lucha de clases proletarias.

Llevar a todo el movimiento obrero a acciones de masas de ese tipo no significa otra cosa que, en lugar de viejas parcialidades, para las cuales Marx acuñó la palabra de cretinismo parlamentario, colocar una nueva, que si queremos mantenernos en la imagen, podríamos calificar como cretinismo de las acciones de masas.

APÉNDICE DOCUMENTAL

Discursos y resoluciones de los congresos de la II Internacional, de los congresos partidarios de la socialdemocracia alemana y de las organizaciones sindicales.

Resoluciones de la mayoría y de la minoría

Resolución de la mayoría (Legien):

El Congreso, adhiriéndose a las resoluciones de los congresos internacionales de París y de Zürich, reitera la resolución sobre la huelga general adoptada en el Congreso Internacional de Londres de 1896 que dice así: El Congreso considera a las huelgas y los boicots como medios necesarios para el logro de los objetivos que la clase trabajadora se ha propuesto; sin embargo, no considera que estén dadas las condiciones para una huelga general internacional. La exigencia inmediata es la organización sindical de las masas de trabajadores, puesto que el problema de la extensión de la huelga a industrias o países enteros depende de las dimensiones de la organización.

Resolución de la minoría (Briand):

Considerando, que la huelga general aparece como la forma de acción más adecuada a las condiciones de lucha que la sociedad capitalista impone a la clase trabajadora, el congreso plantea al proletariado como obligación urgente, no descuidar ningún medio para su emancipación cuya aplicación sea posible y al mismo tiempo llama a los trabajadores del mundo entero a organizarse para la huelga general, sea que esa organización lo tome en sus manos como un medio simple, una palanca para ejercer sobre la sociedad capitalista aquella presión que es imprescindible para lo-

* Congreso Socialista Internacional de París, del 23 al 27 de setiembre de 1900, Berlín, 1900, p. 32.

grar las reformas políticas y económicas necesarias, sea que las circunstancias se den tan favorables que la huelga general puede ser puesta al servicio de la revolución social.

Congreso Socialista Internacional de Amsterdam del 14 al 20 de agosto de 1904 *

Resolución sobre la cuestión de la huelga general.

La comisión ha aceptado la siguiente *Resolución de los holandeses*:

Considerando que las condiciones necesarias para el éxito de una huelga de masas son una fuerte organización y la disciplina voluntaria de la clase trabajadora, este congreso considera irrealizable la *huelga general absoluta*, en el sentido del abandono de toda actividad, porque la misma hace imposible toda existencia, la del proletariado incluida. Considerando además que aunque la emancipación de la clase trabajadora no puede ser el resultado de tal esfuerzo repentino, es posible, sin embargo, que una huelga que se extiende a ramas de la industria económicamente importantes o a un gran número de fábricas, *resulte ser un medio extremo para lograr cambios sociales significativos o defenderse de golpes reaccionarios contra los derechos de los trabajadores*, el congreso advierte a los trabajadores no dejarse arrastrar por la propaganda realizada por los anarquistas en favor de la huelga general, realizada con la intención de apartarlos de las importantes luchas cotidianas a librar por medio de la acción sindical, política y cooperativista, y llama a los trabajadores a fortalecer su unidad y posición de fuerza en la lucha de clases por medio del desarrollo de su organización, pues si alguna vez ha de revelarse la huelga general con objetivo político y como necesaria y útil, su éxito ha de depender de aquella unidad y fuerza.

La informante de la comisión es la ponente, Sra. *Henriette Roland-Holst* (Holanda): La comisión ha adoptado esta Resolución

* Congreso Socialista Internacional de Amsterdam, del 14 al 20 de Agosto de 1904, Berlín 1904, p. 24 y ss.

por 27 votos contra 4. Este resultado satisfactorio muestra que en la concepción del proletariado internacional comienza a operarse un vuelco en la apreciación de la huelga general, o mejor dicho de la huelga política de masas. El proletariado es completamente consciente de la dificultad que significa la realización de una huelga política de masas, pero él también sabe que fuerzas dormitan en su seno. Entre la quimera de la huelga general anarquista y la idea de la huelga política de masas, como ella ha sido aplicada repetidas veces por los partidos socialistas, existe una enorme diferencia. La resolución tiene que expresar claramente la insalvable contraposición entre la huelga general y la huelga de masas. La huelga general anarquista ha sido desechada por la comisión, pues es absolutamente irrealizable. Una interrupción tan completa de la actividad laboral como se la imaginan los anarquistas es imposible. Por otra parte la resolución no define límites precisos sobre la amplitud permisible para las huelgas de masas. Su extensión y duración dependen de las circunstancias históricas. En segundo lugar, fue necesario barrer con la concepción anarquista de interpretar la huelga general como si fuera ya la revolución social, como si fuera la liberación definitiva del proletariado. De acuerdo con nuestra concepción histórica, la conquista del poder político y la socialización de los medios de producción no son obra de un esfuerzo único del proletariado. Condición previa es una revolución de los espíritus, una transformación del pensar y el sentir del proletariado, un cambio de sus condiciones de vida y la preparación por medio de un lento y constante trabajo diario, a través de la organización política, sindical y cooperativista de los trabajadores. La resolución evita pronunciarse sobre la así llamada huelga general por objetivos económicos. Decidir sobre su permisibilidad es algo que concierne a las organizaciones sindicales. La huelga política de masas no tiene objetivos económicos, sino que se dirige contra el estado capitalista, para rechazar un deterioro de los derechos políticos de los trabajadores u obtener para ellos nuevos derechos. ¿Es entonces posible una tal huelga política de masas? La resolución dice: bajo ciertas condiciones, sí. Pero las condiciones previas son: fuerte organización, fuerte disciplina voluntaria y la necesaria preparación previa de la acción. Si estas condiciones han sido llenadas, es algo que decide cada país. Pero si la lucha de clases se agudiza, es posible que la huelga de masas sea el único medio de lucha política del proletariado. El principal adversario

de la resolución en la comisión fue Georges Briand (partidario de Jaurès), que ha calificado a la resolución de ambigua, poco clara y tímida. Ciertamente, la resolución es prudente, pero la prudencia es aconsejable. Si nosotros abrimos la puerta a la huelga de masas, tenemos que poner como guardianes a su entrada a la prudencia, la astucia, la organización y la disciplina. El ejemplo de los belgas ha mostrado que también se puede interrumpir una huelga política en completa disciplina. La informante se refiere a la opinión de un socialrevolucionario ruso en la comisión, que para el caso del despojo de los derechos políticos, no aceptaba considerar a la huelga de masas como el único medio de lucha política, y deseaba que se hiciera referencia también al terror político. Sin embargo tiene que interrumpir pues ha terminado su tiempo de exposición.

Discusión sobre la huelga general

Dr. R. Friedeberg, Berlín: La huelga general es una cuestión de táctica. Por eso nosotros debemos indagar, para determinar su valor, en qué medida este medio táctico está subordinado a la propia voluntad del proletariado, en qué medida se desprende de la esencia del estado clasista como una necesidad natural, en qué medida contribuye a alcanzar la meta final y es adecuado para hacer crecer y reforzar a nuestra organización. Si nosotros examinamos bajo ese punto de vista la táctica adoptada hasta el momento —que en lo fundamental desemboca en la conquista del poder a través del parlamentarismo— vemos en primer lugar que nosotros aquí luchamos en un campo de batalla creado por las clases dominantes, que ellas en cualquier momento nos pueden quitar. El valor fundamental del parlamentarismo reside en la educación de las masas, que puede realizarse también de otras formas. De cualquier modo, el reclamo del poder político es para nosotros sólo un medio para el logro de la meta final, que es económica. Pero ante todo, el parlamentarismo relaciona necesariamente al proletariado con las leyes del estado clasista. Y aún las leyes favorables a los trabajadores no pueden tener jamás ningún significado si detrás de ellas no se encuentra el poder económico y psicológico del proletariado. En tanto al proletariado le faltaba su propia organización económica, el parlamentarismo era bastante útil y en Alemania se podían lograr algunos

éxitos ante las contradicciones existentes entre la corona, el feudalismo y el capital mueble, pero que, en cuanto se aglutinaron las clases dominantes, habrían de hacerse cada vez más exiguos. El parlamentarismo se revela con el tiempo como un factor de freno para el movimiento obrero. El movimiento sindical puede mejorar mucho más la situación del trabajador, que cualquier tipo de acción legislativa que alguna vez se hiciera. Puesto que aquél se basa precisamente en la imprescindibilidad económica del trabajador como instrumento de producción. En el parlamentarismo se depende constantemente de la voluntad ajena, en la huelga cada cual debe estar con toda su personalidad tras las resoluciones tomadas. Desgraciadamente el movimiento sindical más fuerte, el de Inglaterra, no estuvo a la altura de sus tareas. Allí será valiosa la idea de la huelga general en cuanto expresión del poder económico y psicológico de la clase trabajadora. No impedirá la actividad de la organización; por el contrario, impulsará justamente a organizarse. Ella exige la elevación de la personalidad de cada uno, que cada uno se empape de conciencia de clase. De todos modos, yo y mis amigos no podemos votar por la resolución holandesa, pues tiende a profundizar la contraposición entre socialistas y anarquistas, en lugar de borrarla y disminuirla como debiera ser la tarea de un congreso internacional. (*Ha pasado el tiempo de exposición. El expositor debe abandonar el estrado. Aplausos individuales entre la delegación francesa. Se renuncia a la traducción al inglés ya que la delegación inglesa no está presente a causa de una reunión de sección.*)

Allemane, en nombre de su Partido Obrero Socialista Revolucionario francés, expresa su alegría de que la idea de la huelga general encuentre en Alemania cada vez más simpatía. (*Risas de la delegación alemana.*) La huelga general es un arma que no puede ser falsificada ni envenenada, que exige resolución y disciplina. ¿Qué importa una derrota? Ella puede ser el punto de partida para triunfos mayores. Si a través de la idea de la huelga general, las organizaciones se reafirman y están embebidas de espíritu resuelto, si es superada la desconfianza contra los dirigentes, entonces la clase trabajadora librará la lucha por su liberación en la más hermosa armonía y con toda su fuerza. (*Aplausos entre los allemanistas.*)

Willert, París (guesdista), expresa el convencimiento de que la socialdemocracia no tiene ningún derecho a despreciar un medio tan revolucionario y prometedor de éxito para la destrucción del estado clasista, como lo es la huelga general. Nosotros nunca hemos puesto a la huelga general en primer plano; no es sino uno de los medios, nada más; pero es un instrumento que puede resultar de enorme importancia en una revolución. Nosotros no la consideramos tampoco como un medio maravilloso para acceder al socialismo. Nadie pone en duda la utilidad de las huelgas parciales, ¿por qué se ha de dudar entonces de las huelgas generales? Por otra parte, el problema atañe fundamentalmente a los sindicatos, pues sólo en el campo económico podrá el proletariado librar su lucha de liberación exitosamente.

Meslier (diputado jauresista), declara que él votará por la resolución de la comisión. Los trabajadores franceses ven a menudo en el parlamentarismo sólo un medio para ayudar a que prosperen instigadores e intrigantes. Esa falsa valoración del parlamentarismo se combatirá de la mejor manera: haciendo que los diputados también defiendan la nueva idea de la huelga general.

Robert Schmidt, Berlín: Me veo precisado, en mi calidad de co-delegado con Friedeberg, a replicarle algunas cosas. Es una opinión totalmente equivocada, que en Alemania encuentre resonancia, la concepción que él ha defendido aquí (*¡Muy cierto! entre los alemanes.*) Yo encuentro muy extraño que un delegado del país donde el socialismo ha alcanzado la representación parlamentaria más fuerte y segura de sí, afirme que la lucha parlamentaria es inútil y superflua. Esto significaría declarar inútil cuarenta años de trabajo y lucha de la socialdemocracia alemana. El Partido Socialdemócrata Alemán jamás se ha de adherir a tal concepción. Si Friedeberg espera esto del partido de los 3 millones de votos y 81 diputados, el más grande y fuerte partido de Alemania, no hace más que evidenciar la confusión de sus concepciones políticas. Sobre todo su concepción altamente parcial e individualista está saturada de confusiones anarquistas. (*¡Muy cierto!, entre los alemanes.*) Con seguridad, el parlamentarismo no es el único medio. El partido alemán ha utilizado desde siempre todos los medios de lucha po-

lítica y económica. Si este partido se considera exento de la sobreestimación parcial de un modo de lucha, lo es especialmente de la sobrevaloración de la huelga general. Si ahora ésta es propagandizada por los miembros de la delegación alemana, esa subestimación del parlamentarismo en la vida política de Alemania es sólo una pompa de jabón que pronto ha de estallar. Los sindicatos alemanes, cuando actuaron por el mejoramiento de la situación de los trabajadores, y lo lograron, fortalecieron de esta manera a los trabajadores, simultáneamente, para la lucha de clases. Nosotros estamos en el camino correcto cuando aspiramos a mejorar la situación material de la clase trabajadora y su liberación de la esclavitud del salario, tanto por medio de la lucha parlamentaria como de la organización sindical. Friedeberg dice que la huelga general puede sacudir la dominación de clase. Pero ésta también es capaz de golpear al proletariado y reafirmar al estado clasista. Este es el reverso del problema que, por primera vez hace un par de semanas, ha sido puesto en discusión por un pequeño grupo en Alemania. Y aún en ese pequeño grupo, un gran número de sus miembros se ha pronunciado contra las concepciones de Friedeberg. Los grandes sindicatos alemanes con sus 900.000 afiliados, que ocupan por sí mismos un lugar importante en el movimiento obrero, consideran la cuestión de la huelga general como algo absolutamente fuera de discusión. La lucha del proletariado por el poder político y económico no se ha de decidir a través de la huelga general, sino por medio del trabajo permanente en todos los sectores de la vida política y económica. (*Aplausos calurosos en la delegación alemana.*)

Ustinov (socialistas revolucionarios rusos): Mi partido comparte la concepción de los franceses sobre la huelga general y ha de votar contra la resolución holandesa, que es demasiado ilusoria y utopista, pues considera de antemano como perjudicial toda insurrección armada del pueblo. Nosotros somos de la opinión, con Karl Marx, de que el momento y la circunstancia pueden exigir que el arma de la crítica sea apoyada por la crítica de las armas.

Vliegen, Holanda: La huelga general se nos recomienda como una nueva arma. Aquí tenemos nosotros que preguntar: ¿es ella realmente un arma? ¡No lo es! (*Animada aprobación entre los*

alemanes. Pfannkuch grita: ¡Un cuchillo sin filo!) Es extraño que quienes apoyan la huelga general hablen tan despectivamente de la actividad parlamentaria. La supuestamente nueva idea tiene su origen en la edad del pavo de nuestro movimiento, en su época, hace unos veinte años, cuando aún disputábamos sobre la participación en el parlamento. (*¡Muy bien!*) Las objeciones contra el parlamentarismo fueron rechazadas en aquella ocasión. El proletariado debe asumir la acción política con todas sus fuerzas a fin de hacer su recuento y sentirse como poder. Nadie dijo que hemos de introducir la sociedad socialista a través de una elección. No está en nuestras manos decir por anticipado qué ocurrirá de este o aquel modo. ¿La idea de la huelga general tendrá quizá su origen en la fuerte organización lograda en Alemania, Inglaterra o Dinamarca? No; proviene de Francia y Holanda, donde el movimiento sindical es muy débil y también de Rusia, donde está prohibido en absoluto. (*¡Muy bien!*). Es falso hablar despectivamente de la lucha cotidiana y contraponerla a los grandes objetivos. Ambos constituyen una unidad y no pueden ser separados. El expositor aclara que él ya se opuso en el Congreso holandés a la resolución que tenemos ante nosotros, pues ella, aunque en forma muy cifrada y prudente, recomienda la huelga general bajo determinadas condiciones. Se le ha objetado: debemos estudiar este método. Todos queremos estudiarlo, pero recién cuando hayamos estudiado el instrumento lo podremos adoptar. Las experiencias hasta el momento hablan bastante en contra de la huelga general. Ella no es *un* instrumento, ni siquiera *el* instrumentto del proletariado. La idea de la huelga general puede introducir en el proletariado el pensamiento de que el duro trabajo cotidiano, que tantos sacrificios cuesta, sería superfluo; bastaría con dar un gran golpe. Nosotros deberíamos ante todo clarificar las cabezas y no introducir aún más malentendidos. (*Animados aplausos entre los delegados alemanes.*)

Briand, (jauresista): Él y sus amigos estarían en el terreno del trabajo práctico y por eso serían partidarios de la organización de la huelga general. El proletariado debe ser armado con todos los instrumentos de lucha. Acerca del concepto de huelga general existen ideas poco claras y los congresos internacionales anteriores no han hecho más que aumentar la confusión. La huelga general es sólo una cuestión de táctica. No es lo único

sino solamente uno de los medios para alcanzar el objetivo. Si el congreso, en el problema de la táctica, se ubica en el terreno de la lucha de clases, debe aceptar el arma de la huelga general, que posee el más decidido carácter proletario. No se trata de organizar a todos los trabajadores y entonces dar el gran golpe, sino de la realización de una huelga más o menos extendida que paralice aquellas ramas de la industria especialmente importantes para la vida económica. No se debería caricaturizar la idea de manera tan absurda. La huelga general es un medio de intimidación y de presión para obtener reformas de la sociedad capitalista. Además, es el medio más extremo de resistencia contra la privación de derechos a la clase trabajadora. Se habla de que en Alemania está en peligro el derecho al voto. ¿A qué armas habrá de recurrir entonces el proletariado? Le queda sólo la huelga general. Si los socialistas se cierran a esa idea, los anarquistas habrán de ganar en influencia dentro del movimiento obrero. La resolución francesa sobre la huelga general es muy prudente y tímida y convoca sólo al estudio metódico del problema de la huelga general. Si esta resolución fuese rechazada, el grupo que la presentó se abstendrá de votar. (*Animados aplausos entre los jauresistas.*)

Beer, Viena (trabajador metalúrgico): Ante todo es necesario determinar qué se imaginan en realidad los partidarios de la huelga general bajo tal concepto. Una huelga general en la que todos los trabajadores cesen en su trabajo es impensable. Entra en consideración sólo el cese del trabajo en amplios sectores laborales. Justamente en los países en donde más se propagandiza la huelga general, es donde menos se hace por la educación moral del proletariado. Justamente en los países con un peligroso déficit de cualquier tipo de organización, que debería ser en este momento la condición previa de una huelga general, se predica en favor de una huelga general inmediata y nada se hace sin embargo para el fortalecimiento de la organización. Sí señores; sin duda alguna, esos propagandistas de la huelga general son en la práctica los más decididos enemigos del movimiento sindical (*¡Oigan! ¡Oigan!*) Ellos son los que siempre señalan que el movimiento obrero ni siquiera colabora con la emancipación del trabajador. Ellos son los que están por las cuotas, y contra el crecimiento de nuestras organizaciones de lucha. Yo digo en relación a esto: protestemos en la forma más enérgica contra la propaganda por la huelga general y esclarezcamos al proletariado sobre sus

peligros. Ciertamente, alguna vez puede llegar el momento histórico en el cual el proletariado, para rechazar atentados reaccionarios o para forzar reformas necesarias, ha de necesitar de la huelga general. Pero este medio extremo y final no puede negar el trabajo cotidiano, la incansable agitación, la lucha en el parlamento y en el sindicato. (*Ovación, especialmente entre los alemanes y austriacos.*)

Van Kol propone conceder ahora la palabra final a la informante, de lo contrario no podrá ser tratada la importante cuestión de la emigración. Él propone continuar con la lista de oradores antes que continuar con el tema de la huelga general. *Sembat* (Francia) propone la limitación del tiempo de exposición a cinco minutos. La proposición del presidente es *aceptada* por gran mayoría.

En sus palabras finales *Henriette Roland-Holst* subraya que las ventajas de la resolución holandesa residen en la exigencia de organización y disciplina y en el rechazo más enérgico y decidido del anarquismo. Ante lo expuesto por *Friedeberg* y *Vliegen*, la oradora niega la contraposición entre trabajo práctico cotidiano y la huelga general como medio último y extremo. Al representante de los socialistas revolucionarios rusos le opondrá la adhesión a la legalidad de la socialdemocracia internacional; nuestro partido, según las conocidas palabras de *Engels*, se sonroja por esto. Nuestra resolución dice: la cuesta, la huelga general, es difícil, pero es quizá el único camino que lleva a la cima de la montaña. (*Animados aplausos.*)

Son propuestas tres resoluciones para su votación: primero la de los allemanistas, segundo la de los guesdistas y finalmente la de la comisión.

La resolución de los allemanistas dice:

Considerando, que de la investigación imparcial de los hechos económicos y políticos que el proletariado de los distintos países

ha conocido en el curso de los últimos diez años bajo las diversas formas de explotación capitalista;

Considerando, que las diversas nacionalidades en sus organizaciones socialistas, han sido llevadas a reconocer en el arma de la huelga general el medio más efectivo para lograr el triunfo de las exigencias de los trabajadores, así como asegurar sus derechos políticos;

Considerando, que esos ejemplos muestran cuánto y cuán rápidamente se inclinan los trabajadores en épocas de agudas crisis a la huelga general como uno de los más efectivos y poderosos medios de que ellos disponen:

El Partido Obrero Socialista Revolucionario invita al Congreso Internacional de Amsterdam, a convocar a todas las naciones al estudio de las formas racionales y metódicas para organizar la huelga general internacional, que ciertamente no es el único medio para la revolución social, pero sí un arma de liberación; por lo tanto, ningún socialista consciente tiene el derecho de desprestigiar o empequeñecer a la huelga general.

Por la misma votan los jauresistas, los socialistas revolucionarios rusos, Suiza y Japón; contra la misma votan los guesdistas y los socialdemócratas rusos y todas las demás naciones. Por tanto, la misma es rechazada.

La resolución de los guesdistas dice:

Considerando, que el cese del trabajo colectivo o la huelga es la única arma que la legalidad capitalista, en el marco del sistema de salarios, ha dejado a disposición del proletariado para la defensa de su nivel de vida o su dignidad;

Considerando, que si ante los ojos del más engeguado, se subrayan las contradicciones de los intereses de clase que caracterizan al régimen capitalista, la huelga, que despierta en los trabajadores el instinto de clase, es el medio más adecuado para conducirlos a una conciencia de clase, y los puede y debe transformar en socialistas;

el Partido Socialista Internacional recuerda a todos sus miembros que es su obligación exigir de sus respectivos sindicatos declararse solidarios con sus camaradas en huelga y contribuir con todas sus fuerzas al triunfo de sus exigencias de clase.

Considerando, por otra parte, que una interrupción del trabajo más o menos extendida o aún general, puede tener como consecuencia una explosión revolucionaria, cuando contribuyen a ello las organizaciones de los trabajadores y las circunstancias, mientras que allí donde los proletarios no disponen de ningún medio para la acción o donde se amenaza con quitárselos, puede imponerse a los trabajadores un cese total de actividades, para ganar o conservar los medios para la acción política;

el Partido Socialista Internacional se declara dispuesto en tales casos a cumplir con su deber, sin asumir la responsabilidad por eventuales conflictos que escapen a su influencia;

pero declara con más energía que nunca, que la socialización de los medios de producción depende de la conquista del poder político por parte del proletariado organizado;

que todos los trabajadores conscientes tienen que ingresar al socialismo revolucionario, único capaz de quitar a la clase capitalista sus posiciones de poder políticas y económicas y afianzar el bienestar y la libertad de todos.

A favor de la misma votan los guesdistas, los socialistas revolucionarios rusos, Suiza y Japón; contra la misma, todas las demás organizaciones, de tal modo que también ésta es rechazada.

La resolución de la comisión es aceptada a continuación por 36 votos contra 4. Votan en contra Suiza y Japón; Francia, así como los socialistas revolucionarios rusos, se abstienen de votar. El resultado de la votación es saludado con aplausos.

Congreso Sindical de Colonia, 1905 Resolución sobre la huelga política de masas *

El quinto Congreso Sindical Alemán considera como una indeclinable obligación de los sindicatos, impulsar con sus mejores esfuerzos el perfeccionamiento de todas las leyes sobre las cuales se

* Actas de las deliberaciones del 5º Congreso de los Sindicatos Alemanes, que tuvo lugar en Colonia sobre el Rhin, del 22 al 27 de mayo de 1905, Berlín, 1905, p. 215.

basa su existencia y sin las cuales no estarían en condiciones de cumplir con sus tareas, y combatir con toda decisión todos los intentos de recortar los derechos populares actualmente vigentes. También la táctica para luchas de este tipo que fueren necesarias, ha de orientarse, como cualquiera otra táctica, de acuerdo con las condiciones dadas en cada oportunidad.

En consecuencia, el congreso considera desechable todo intento de fijar una determinada táctica a través de la huelga política de masas; el mismo recomienda a los trabajadores organizados rechazar enérgicamente tales intentos.

La huelga general, como la sustentan los anarquistas y gente sin la menor experiencia en el terreno de la lucha económica, está fuera de discusión; el congreso advierte a los trabajadores de no dejarse apartar, a causa de la adopción y difusión de tales ideas, del trabajo cotidiano y del fortalecimiento de la organización de los trabajadores.

Th. Bömelburg

Exposición de Theodor Bömelburg, Presidente de la Asociación de Trabajadores de la Construcción, sobre el tema "La posición de los sindicatos acerca de la huelga general" *

Los congresos internacionales realizados desde 1889 en adelante se han ocupado todos, sin excepción, del tema incluido en el orden del día. En Alemania, sin embargo, este problema no ha sido casi debatido hasta hace muy poco tiempo, quizás porque se opinaba que la huelga general, tal como es propagandizada ante todo en Francia, Bélgica y Holanda, estaría para nosotros fuera de discusión. Pero desde el año pasado se produjo en Alemania un cambio. El problema de la huelga general, de la huelga política de masas, etc., no solamente es discutido con animación en la prensa y en reuniones públicas, sino que también el último congreso del Partido Socialdemócrata dedicó al debate de este problema algunas horas. Sin embargo, el congreso del partido no accedió al deseo del ponente, de colocar el tema

* Igual que la nota anterior.

en el orden del día del próximo congreso del partido, sino que dejó esto en manos de la dirección del partido, que por cierto no se ha de ocupar del tema en los próximos años; pero no está descartado que un congreso del partido, tarde o temprano, se ocupe del problema y es por eso que en esta oportunidad debemos nosotros fijar posiciones para no correr el riesgo de tener que aceptar más tarde resoluciones que sean adoptadas unilateralmente en otro lugar.

El punto del orden del día, debería en realidad llamarse: posición de los sindicatos sobre la huelga de masas. Hay varios tipos de huelgas generales: la huelga general anarquista, la del camarada Friedeberg, las diversas concepciones sobre la huelga general en el extranjero tal como se han expresado en los congresos internacionales. En los últimos tiempos se ha creado la denominación de huelga política de masas, que sería algo distinto que la huelga general anarquista y finalmente se habla mucho en este momento nuevamente de las grandes huelgas de solidaridad. Quisiera referirme a estas últimas con algunas palabras. La huelga de los tejedores de Crimitschau, de los mineros de la región del Ruhr y de los cintureros (Gürtler) en Berlín, que no terminaron con un éxito inmediato de los trabajadores, fueron la ocasión para desarrollar esa idea. No quiero dejar de aclarar aquí, que los sindicatos alemanes tienen todos los motivos para oponerse al abuso que se hace en la prensa, y también, parcialmente, en las concentraciones públicas, de calificar como gran derrota a una huelga cuando no termina con un éxito inmediato. (*Anímaditos, ¡muy bien!*) Les recuerdo las luchas de 1890 y 1891. En aquella ocasión se habló también de grandes derrotas de los sindicatos; en Colonia se profetizaba a continuación que los sindicatos no eran lo suficientemente fuertes como para librar la lucha contra el capitalismo. ¿Y qué hemos visto desde esa época?, un poderoso desarrollo de los sindicatos y, en lugar de derrotas, éxitos tras éxitos. La experiencia nos ha mostrado suficientemente a menudo que, una huelga que no termina con un éxito inmediato, se transformó en muy poco tiempo, de una derrota en un triunfo. A menudo, en el lapso de un año, son concedidas las exigencias de los trabajadores pues los empresarios no quieren pasar una segunda vez por semejante enfrentamiento. Para el observador superficial podría parecer que la huelga de mineros significó una derrota, pero si ella tuvo por consecuencia solamente el que los mineros hayan tomado conciencia de que, sin una fuerte y bien

fundada organización, también desde el punto de vista de las finanzas, no han de estar en condiciones de luchar contra los empresarios—, esto sólo es ya un gran éxito. (*¡Muy bien!*) Lo que se entiende por huelga de solidaridad, lo dice ya el nombre. Si resulta que un grupo profesional que esté en lucha no puede triunfar, entonces deben entrar en huelga todos los trabajadores de un lugar a fin de paralizar completamente la producción y, de tal modo, ejercer una fuerte presión moral y material sobre los empresarios, las autoridades estatales, municipales y todos los sectores del público. Si se sigue esta idea, entonces la huelga de mineros debió haberse extendido a toda Alemania, Austria, Bélgica e Inglaterra. Para esa huelga de solidaridad se recurre al ejemplo de una huelga que tuvo lugar en España hace algunos años. Ciertamente, allí ocurrió que al estar los mineros en huelga y no definirse la situación en el término de ocho días, entraron en huelga todos los trabajadores del lugar, triunfando en pocos días. Estos casos pueden darse; entre nosotros mismos hemos ya experimentado que aún trabajadores no-organizados han visto de esa manera concedidas sus exigencias en poco tiempo. Pero esto depende por completo de cómo se han agudizado las contradicciones de clase. Entre nosotros una lucha semejante se alargaría extraordinariamente, y aún sería muy problemático que los trabajadores alcanzaran un triunfo. Les recuerdo la huelga general de los trabajadores del vidrio. Los trabajadores del vidrio no tenían tan mala organización en aquella oportunidad, pero la asociación sufre aún hoy los efectos de aquella huelga, que recién dentro de unos diez años podrá superar. Precisamente los sopladores de botellas, que entonces estaban ejemplarmente organizados, no tienen actualmente la importancia que tenían antes para la organización de los trabajadores del vidrio. En Gerresheim hay sólo muy pocos sopladores organizados, mientras que antes todos pertenecían a la organización. Quienes propagandizan semejantes ideas nada saben de la vida sindical práctica o son afectos a ideas anarquistas. No considero necesario ocuparnos demasiado de la huelga general anarquista; me he de referir a ella sin embargo para completar la exposición. Los anarquistas quieren solucionar el problema social en un abrir y cerrar de ojos, se declaran contra toda centralización de fuerzas. Ellos dicen: un pequeño grupo de trabajadores esclarecidos está en condiciones de poner en movimiento una gran masa de gente. Este pensamiento lo encuentran ustedes en casi todos los escritos anarquistas. En el folleto

de Arnold Roller se describe cómo se imaginan los anarquistas el proceso de la huelga general. Primero entran en huelga los trabajadores del transporte, después, los mineros; la huelga de mineros obliga a abandonar el trabajo a todos aquellos transportistas que antes no se habían plegado, luego vienen los panaderos y otros trabajadores del sector alimenticio y entonces se comienza a hacer sentir la huelga general y finalmente ella coloca también a las clases dominantes por primera vez ante el terrible espectro del hambre. (*Risas.*) Si, así como es fácil dejar de producir, así de difícil es dejar de consumir. (*Risas.*) Pero aún allí encuentran los anarquistas una salida, pues afirman: nosotros hacemos por una vez como las clases dominantes, que consumen sin producir; los negocios de panadería y carnicerías son saqueados. Los anarquistas tampoco temen a los militares ni a la administración pública, y dicen: se levantan los rieles del ferrocarril, se destruyen las líneas telegráficas, se demuelen las fábricas, etc. Ellos piensan que de tal manera los militares se han de diluir en pequeños grupos, se volverán impotentes; y el proletariado habrá triunfado (*Risas*), la cuestión social ha sido solucionada. (*Nuevamente grandes risas.*) Es éste un absurdo tan exuberante, en lo que hemos descrito se evidencia tanta ignorancia, que sobre esto no hay en absoluto nada que discutir. Si la solución del problema social fuera tan fácil como se lo imaginan los anarquistas, sería lamentable que no hubiésemos arribado ya hace mucho tiempo a dicha solución. Yo considero la propaganda de estas ideas como muy peligrosa para al movimiento obrero. Cuando se convence a las personas de que es tan fácil dar solución al problema social, se los aparta del camino que debemos transitar, para alcanzar paulatinamente los objetivos del movimiento obrero. Los congresos de trabajadores precedentes se ocuparon de este problema en forma repetida y adoptaron la siguiente resolución:

“El congreso considera las huelgas y los boicots como medios necesarios para el logro de las tareas que la clase trabajadora se ha propuesto, sin embargo no considera dadas las condiciones para una huelga general internacional. La exigencia inmediata es la organización sindical de las masas trabajadoras, puesto que la cuestión de la extensión de la huelga a industrias o países enteros depende de las dimensiones de la organización.” Ahora bien, el último Congreso Internacional de Amsterdam ha adoptado una resolución que difiere de la anterior. El Congreso decidió:

“Considerando que las condiciones necesarias para el éxito de una huelga de masas es una fuerte organización y la disciplina voluntaria de la clase trabajadora, este congreso considera irrealizable la *huelga general absoluta*, en el sentido del abandono de toda actividad, porque la misma hace imposible toda existencia, la del proletariado incluida. Considerando además, que aunque la emancipación de la clase trabajadora no puede ser el resultado de tal esfuerzo repentino, es posible, sin embargo, que una huelga que se extiende a ramas de la industria económicamente importantes o a un gran número de fábricas *resulte ser un medio extremo para lograr cambios sociales significativos o defenderse de golpes reaccionarios contra los derechos de los trabajadores*, el congreso advierte a los trabajadores de no dejarse arrastrar por la propaganda realizada por los anarquistas en favor de la huelga general, realizada con la intención de hacerlos apartar de las importantes luchas cotidianas a librar por medio de la acción sindical, política y cooperativista, y llama a los trabajadores a fortalecer su unidad y posición de fuerza en la lucha de clases por medio del desarrollo de su organización, pues si alguna vez ha de revelarse como necesaria y útil la huelga con objetivo político, su éxito ha de depender de aquella unidad y fuerza.”

El Congreso de Amsterdam también rechaza entonces, a la huelga general anarquista, pero hace una concesión a la huelga política de masas. Yo lamento profundamente esa posición del congreso. Nosotros observamos en la actualidad que, precisamente en los círculos anarquistas, se piensa que tal posición no es más que una concesión a la idea de la huelga general anarquista. Desde el último congreso internacional hemos tenido en Alemania un animado debate sobre la huelga política de masas; cundió el entusiasmo cuando en Italia irrumpió en forma repentina la huelga general; se estaba especialmente entusiasmado porque los trabajadores italianos hubieran conseguido el triunfo en tan poco tiempo. A esto se agregó el temor creciente de que en Alemania se quitara al proletariado importantes derechos políticos; como a través de las manifestaciones de protesta habituales no se estaría en condiciones de rechazar los intentos reaccionarios de recortar los derechos populares, se dijo que había que tratar de adquirir medios más fuertes para hacer frente a la reacción en caso nece-

sario. No se quiere utilizar en forma general y para todos los casos, a la huelga política de masas, sino algunas veces, con el fin de ampliar los derechos del pueblo y, ante todo, como medio de rechazar los intentos de deteriorar los derechos del pueblo. Nosotros podríamos hacer la prueba en los próximos días. En Hamburgo los reaccionarios trabajan activamente para reducir el derecho al voto. No voy a pretender decir cuáles serían las consecuencias si quisiéramos hacer allí la prueba, pero yo creo que si nosotros ahora quisiéramos utilizar en Hamburgo a la huelga política de masas como medio de defensa, el proyecto del Senado sería aprobado por mayoría aún más aplastante. (*¡Muy cierto! Crítos: ¡Y más rápido aún!*) Naturalmente, también más rápido, pues la burguesía tendría especial interés en eliminar el asunto lo más rápido posible. Ahora se han alzado voces que dicen querer algo distinto con la huelga general. Ustedes se acuerdan seguramente de la famosa idea del camarada Wisenthal (*Risas*). Las autoridades policiales trataron de impedir la colocación de piquetes de huelga y Wisenthal dijo que contra tal injusticia se debía declarar la huelga política de masas. (*Grandes risas.*) Naturalmente, yo nunca tomé esto en serio. No es necesario eludir un debate sobre la cuestión de la huelga política de masas para la ampliación o conservación de los derechos del pueblo, pero yo lo estimaría como un error decisivo si se la quisiera fijar a priori como nuevo método de lucha contra la reacción. La táctica en la lucha contra la patronal y la reacción no se puede determinar a placer con antelación, sino que ha de orientarse de acuerdo con las circunstancias. (*¡Muy bien!*) Yo he expresado en mi resolución, que los sindicatos tienen la obligación de combatir decididamente todo intento de reacción de recordar los derechos del pueblo, pero qué medios han de ser utilizados en esa lucha, esto lo podemos dejar tranquilamente para que el futuro lo decida. Sería un error si nosotros quisiéramos fijar cualquier tipo de principios para las luchas del futuro, pues primero no se puede decidir la táctica con antelación y segundo la huelga política de masas es un medio para cuya aplicación es necesario ser extremadamente cauteloso. Los propugnadores dicen que para ellos sólo se trata de manifestaciones, es decir de paros laborales que habrán de durar algunos días. Si se determina con antelación que la manifestación ha de durar tres días, nuestros adversarios se podrán preparar bonitamente para ello (*Risas.*) ¿O creen ustedes quizás que el país ha de sufrir algún deterioro a causa de tales manifestacio-

nes? No, por medio de tales manifestaciones no es posible oponerse a la reacción. Si se quiere manifestar realmente en serio, hay que tratar de poner al país ante una verdadera calamidad pública. Esto es fácil decirlo pero difícil de realizar. Los ferroviarios entre nosotros no van tan fácilmente a la huelga, es dudoso que a los mineros les guste entrar en huelga solos. Para la industria textil, la huelga de Crimitschau nos ha demostrado que aunque se quisiera mantener la huelga por un par de meses, las reservas alcanzarían pues hay suficientes trajes en depósito. ¿O creen ustedes que sería una calamidad pública si en la industria del metal o en la construcción se detuviera la actividad por varias semanas? Aún durante la lucha de los mineros hemos hecho la experiencia de que las existencias en depósito eran suficientemente grandes como para mantener la empresa cuatro semanas en actividad total y de acuerdo con las últimas disposiciones se quieren aumentar las existencias en depósito para que la empresa se mantenga de 5 a 6 semanas en actividad. Si queremos producir una calamidad pública, tendríamos que realizar una huelga de muy larga duración y esta huelga debería ser general. ¿Creen ustedes que nosotros, aun cuando los sindicatos se fortalecieran todavía más, estaríamos en condiciones de parar la totalidad de la producción? ¡No! Los sindicatos cristianos y de Hirsch-Dunker quizá se pondrían a agitar por principio contra esta huelga. Si ellos llegaran a hacer esto aun en el caso de que se tratara del mantenimiento del derecho de asociación, no lo puedo afirmar, pero no creo que de ese sector tengamos aliados para la lucha. Y, por otra parte, existirán los indiferentes aún por mucho tiempo, por lo que no es posible pensar en el paro total de la producción. Además, no se puede decir a quienes luchan: ¡Ustedes tienen que pasar hambre! Hay que disponer de los medios para librar tales combates; (*¡Muy bien!*) y por el momento no existen esos medios. Si nosotros alguna vez llegamos a disponer de tan poderosos medios como para poder librar esas grandes luchas políticas por largo tiempo, entonces nos agotaríamos completamente durante esas luchas y luego sí, los empresarios tendrían todas las posibilidades en sus manos para arreglar cuentas completamente con uno u otro gremio. (*¡Muy bien!*) La organización se debilitaría. Aún mucho peor sería si tuviéramos que retirar a los trabajadores de la lucha sin alcanzar éxito alguno. En tal caso se necesitarían largos años para restaurar las anteriores condiciones y la confianza en la causa. (*¡Muy bien!*) A pesar de ello, no te-

nemos hoy ningún motivo para decir que tales medios no han de ser utilizados; en tales asuntos se decide en cada caso.

Es un error decir que los trabajadores italianos han logrado una brillante victoria con su huelga general; ellos consiguieron una declaración, una anodina declaración ministerial de que los militares no habrían de disparar más sobre los huelguistas. Yo no sé si esto ha ocurrido otra vez; si no, ya lo veremos quizás en poco tiempo. (*¡Muy cierto!*) Pero algo diferente fueron las consecuencias de la huelga general. En las nuevas elecciones el grupo reaccionario en el parlamento ha ganado sensiblemente y es a consecuencia del fortalecimiento del grupo reaccionario que más tarde se les quitó a los ferroviarios el derecho de huelga. Turatti lo ha descrito en forma maravillosa en nuestra prensa alemana. En Suecia tuvimos también una huelga general hace algunos años. Escuchen ustedes lo que escribe Branting sobre esto: "Desde el gran movimiento popular de la primavera de 1902, que culminó con la huelga de masas de tres días por el derecho universal al voto, los partidos del país no sólo reconocen lo insostenible de las actuales condiciones respecto al derecho al voto, sino también la *necesidad* de una solución a través de la implantación del derecho universal al voto." Sí, éste no es un éxito muy grande y el hecho de que ellos, si bien debaten la cuestión de si han de declarar nuevamente una huelga de masas, realizan en los sindicatos con anterioridad una encuesta sobre el asunto. Y la huelga general holandesa, probablemente no permite alentar la inclinación a utilizar en el futuro próximo semejante método. En Bélgica, los trabajadores pudieron triunfar en su oportunidad solamente porque tenían a los liberales de su parte, pero cuando la segunda vez en que aplicaron la huelga general, los liberales se pusieron en su contra, los trabajadores tuvieron que experimentar graves derrotas. Después de todo esto debemos decirnos que se puede discutir la huelga política de masas, pero se debe reflexionar seriamente si se puede aplicar. Nosotros debemos preocuparnos dentro del movimiento sindical alemán, para que la discusión desaparezca y para que en adelante la solución quede librada a las oportunidades que se ofrecen en el instante correspondiente. (*¡Muy bien!*) Todos nosotros sabemos cuántas fatigas ha costado el que los sindicatos hayan alcanzado semejante nivel. No es el trabajo de un año, tampoco el trabajo de un decenio. Ha costado enormes sacrificios alcanzar el actual nivel superior de poder. Pero para construir nuestra organización ne-

cesitamos tranquilidad en el movimiento obrero. Nuestros literatos se sientan simplemente y escriben y escriben. (*¡Muy bien!*) Eduard Bernstein, por ejemplo no sabe ya cuánto debe desplazar a la derecha y al cabo de un tiempo se pone a debatir la huelga política de masas. Los literatos que hagan lo que gusten, pero con ello no hacen ningún servicio al movimiento obrero. (*¡Muy bien!*) Aquellos que hoy hablan tan ligeramente sobre la huelga política de masas, en la mayoría de los casos no tienen idea del movimiento obrero en la práctica. (*¡Muy bien!*) ¿De dónde saca Friedeberg las experiencias prácticas en el movimiento obrero? ¿Sabe él cuántas fatigas ha costado construir la organización, qué medios son necesarios para llevar a la organización al nivel al que nosotros debemos tenerla? Pero un fortalecimiento y crecimiento de las organizaciones es la mejor arma contra la reacción. Cuanto más fuertes se hacen las organizaciones sindicales, tanto más educamos nosotros a los trabajadores con la conciencia de clase, tanto más afilamos nuestras armas contra la reacción. Nadie aspira más que yo, creo, a que el derecho al voto sea ampliado para los trabajadores, pero si la reacción tuviera alguna vez la intención de deteriorar la legislación electoral, entonces nosotros consultaríamos en forma exhaustiva qué es lo que deseamos hacer y aplicaremos aquellos medios que consideramos más correctos y adecuados. (*¡Muy cierto!*) Y si a pesar de todo, la reacción nos quita el derecho al voto, ¿creen ustedes que nosotros estaríamos al fin de nuestros latines? No, aún nos quedarían otros recursos. Y aún si la reacción nos quitase el derecho de asociación, tampoco habríamos llegado al fin de nuestros latines. (*¡Muy cierto!*) Hoy está arraigada en la clase trabajadora la idea de que se cometen injusticias contra ella. Los trabajadores conocen sus derechos humanos y ninguna reacción será capaz de arrancar ese pensamiento del seno del pueblo. Si se nos quisiera pisotear de tal modo, encontraríamos entonces otros medios para librar con éxito la lucha contra la reacción. (*¡Muy bien!*) Si cuidamos que las organizaciones obreras se vuelvan más y más fuertes, de tal modo que los trabajadores sean educados como luchadores de clase conscientes, podremos entonces mirar hacia el futuro con ánimo sereno. En tal caso, cuando sea necesario luchar se nos encontrará en nuestros puestos de combate y la clase obrera —esto nadie podrá impedirlo— triunfará y alcanzará los objetivos que se ha propuesto. (*Animados aplausos.*)

**Congreso del Partido Socialdemócrata
alemán en Jena, 1905 ***

Resolución *Bebel* sobre: "*La huelga política de masas y la socialdemocracia*"

I. Teniendo en cuenta los esfuerzos de las clases y poderes dominantes por privar a la clase trabajadora de una legítima influencia sobre los negocios públicos en la comunidad o, en la medida en que ella, a través de sus representantes en los cuerpos parlamentarios, hubiera conseguido tal influencia, de quitársela y así mantener a la clase trabajadora en lo político y económico sin derechos e impotente, este congreso del partido considera necesario afirmar que es imperiosa obligación de la clase trabajadora en su conjunto oponerse, con todos los medios a su alcance, a todo ataque a sus derechos humanos y ciudadanos y exigir permanentemente la completa igualdad de derechos.

En particular, la experiencia nos enseña que los partidos dominantes hasta sectores mismos de la izquierda burguesa, son adversarios del derecho al voto igual, directo y secreto, que ellos sólo toleran ese derecho pero buscan suprimirlo o empeorarlo no bien creen que su dominación puede ser puesta en peligro por aquél. De ahí su resistencia a la extensión del derecho al voto universal, igual, directo y secreto a algunos estados en particular (Prusia) y aún el deterioro de leyes electorales retrógradas existentes, por temor a una aunque fuere pequeña influencia de la clase trabajadora en los cuerpos de representación parlamentaria.

Ejemplos de esto son los recortes al derecho al voto, realizados por la burguesía ansiosa de dominio y desmesuradamente cobarde, y una estúpida pequeña burguesía en Sajonia y la así llamada República de Hamburgo y Lübeck, y el deterioro del derecho al voto en las comunas de distintos estados alemanes (Sajonia, Sajonia-Meiningen) y de ciudades (Kiel, Dresde, Chemnitz, etc.), por los representantes parlamentarios de los diversos partidos burgueses.

* Actas de las deliberaciones del Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania en Jena, del 17 al 23 de septiembre de 1905, Berlín 1905, pp. 142 y 299 ss.

Considerando, empero, que especialmente el voto universal, igual, directo y secreto, es la condición previa para un desarrollo político normal de la comunidad, como lo es la libertad de asociación para el mejoramiento económico de la clase trabajadora, considerando además que la clase trabajadora por su número siempre creciente, su inteligencia y su trabajo por la vida económica y social del pueblo entero, así como por los sacrificios materiales y físicos que debe asumir para la defensa militar del país, constituye el factor fundamental en la sociedad moderna, debe ella exigir no sólo el mantenimiento, sino también la ampliación del derecho al voto universal, igual, directo y secreto para todos los cuerpos representativos en el sentido del programa socialdemócrata y la seguridad del pleno derecho a asociarse.

De acuerdo con esto, el congreso del partido declara que, especialmente en el caso de un atentado contra el derecho al voto universal igual, directo y secreto o al derecho de asociación, es obligación de la clase obrera en su totalidad utilizar decididamente cualquier medio que resulte adecuado para defenderse.

El congreso del partido considera como un medio de lucha efectivo para rechazar semejante crimen político contra la clase trabajadora en una situación dada o para conquistar un derecho fundamental para su liberación,

"la utilización amplia de la interrupción masiva de la actividad laboral".

Sin embargo, para que la aplicación de este medio de lucha sea posible y a la vez efectivo, es inevitablemente necesaria la mayor ampliación de la organización política y sindical de la clase trabajadora y la enseñanza y esclarecimiento constantes de las masas a través de la prensa obrera y la agitación oral y escrita.

Esta agitación debe explicar la importancia y la necesidad de los derechos políticos de la clase trabajadora, especialmente el derecho al voto universal, igual, directo y secreto, y el pleno derecho de asociación, haciendo referencia al carácter de clase del estado y de la sociedad y al abuso cotidiano que cometen las clases y poderes dominantes contra la clase trabajadora por la posesión exclusiva del poder político.

Todo camarada del partido está obligado, si existe para su oficina una organización sindical o si puede ser formada, a ingresar en

una de éstas y apoyar los objetivos y fines de la organización. Pero todo miembro con conciencia de clase en un sindicato, tiene también la obligación de incorporarse a la organización política de su clase —la socialdemocracia— y contribuir a hacer conocer la prensa socialdemócrata.

II. El congreso del partido encomienda a la presidencia del partido, editar un folleto en el que se fundamenten las exigencias formuladas en la resolución precedente. Se habrá de organizar la distribución masiva de este folleto entre la clase trabajadora alemana.

Extracto del informe de Bebel sobre la huelga política de masas

[...] Aquí, entonces, ha sido hecha la propuesta de la huelga política de masas. Nos dicen: la huelga política de masas se hace pero no se habla de ello. Es una necedad pretender eliminar tal discusión haciendo como que no se oye. Es la política del avestruz. (*¡Muy cierto!*) Si esta cuestión es planteada en todas partes, lo mismo da que lo sea en forma correcta o equivocada, todo hombre atento, pero especialmente todo dirigente de un partido que merezca ese nombre, debe preguntarse si no ha llegado la hora de que el partido discuta la propuesta de una vez por todas. (*Animada aprobación.*) Cuando están en juego grandes masas no se puede dejar de conversar ante las masas sobre las medidas en que ellas han de desempeñar un papel. Si las masas han de pronunciarse con entusiasmo por una determinada actitud, ellas exigen también conocer los efectos y los objetivos al aplicarse esas medidas. Ese es su derecho. (*Animada aprobación.*) Por otra parte las masas esclarecidas no siguen ciegamente órdenes dadas. Ahora bien, el Congreso Sindical de Colonia ha creído eliminar la huelga de masas adoptando la Resolución Bömelburg. Se rechazó la huelga general como la quieren los anarquistas y los anarco-socialistas y se declara que no queremos a continuación ninguna discusión. ¿Qué se ha obtenido con ello? Justamente lo contrario. Luego de la adopción de la Resolución Bömelburg, que adolece en la forma y en el fondo de gran oscuridad, la discusión recién comenzó a darse en serio. Cuán gran-

de es la oscuridad, lo demuestra el hecho de que von Elm reprocha no haber entendido bien a la Resolución; von Elm, con quien yo he tenido diferencias de opiniones a menudo y con quien he cruzado aceros varias veces, pero en quien yo veo a un calificado representante para juzgar sobre las deliberaciones del congreso sindical y sobre el significado de la resolución sobre la huelga general. En efecto, hay que estudiar la resolución con la lupa para descubrir que no se ha llegado tan lejos como a prohibir la discusión sobre la huelga general. Pero de la lectura de la resolución y también de su fundamentación se puede sin embargo extraer la conclusión de que debe cesar toda discusión acerca de la huelga general. Sin embargo, como la resolución puede ser interpretada de otro modo, y como nosotros en esta cuestión tenemos todos los motivos para ir conjuntamente con los sindicatos, debemos abocarnos al estudio de este asunto con toda objetividad. Hay otra parte en el artículo de von Elm con la que coincido plenamente. Allí se dice que, en lugar de adoptar una resolución tan poco clara y contradictoria, hubiera sido mejor hacer una enérgica resolución en la que taxativamente se aclare a los que detentan el poder: si ustedes se atreven a tocar algo del derecho al voto universal, entonces nosotros, los trabajadores organizados sindicalmente aplicaremos toda nuestra fuerza económica para impedir semejante crimen. (*¡Muy bien!*) Esta posición de von Elm la considero como muy correcta. En el artículo se dice a continuación: más que el partido político son los sindicatos los más interesados en el derecho al voto universal. (*¡Muy bien!*) Pues con el derecho al voto están amenazados al mismo tiempo el derecho de asociación y de reunión, y el derecho de coalición. (*¡Muy bien!*) Von Elm dice además, los dirigentes no se inmutarían en absoluto con la aprobación de leyes de excepción, pues entonces volverían a la táctica de 1878. (*¡Muy bien!*) Esto es totalmente correcto. En aquella época las organizaciones secretas surgían como hongos después de la lluvia. Nosotros jugábamos con la policía al gato y al ratón. (*Risas.*) Era un gozo, una diversión para un sinnúmero de camaradas. (*Animada aprobación y risas.*) Cuando estamos entre nosotros, nuestras charlas más hermosas son aquellas en que nos contamos las experiencias de aquel tiempo y cómo le tomábamos el pelo a la policía, (*risas*) cómo jugábamos con ella. Y cuando alguna vez ocurría que algunos camaradas tenían que emigrar a las cárceles —bueno, todos nosotros hemos estado adentro alguna vez, y a veces ocurre que quizá no

se lo toma del todo en serio a aquél que no ha estado al menos una vez en la cárcel. (*Grandes risas.*) Sería un partido miserable aquél que dejara de defender los derechos humanos o ciudadanos intimidado por el fiscal de estado o por la legislación penal. (*Aplausos animados.*) Justamente, en los acontecimientos de Rusia comprobamos cómo miles de camaradas, hombres y mujeres, entregan sus vidas, todo, en las trincheras de lucha. ¿Y no habríamos de tener nosotros el valor de ir algunos meses a la cárcel o resistir cosas peores por defender los derechos que poseemos? (*Animados aplausos.*) Así pues, la Resolución de Colonia sólo ha provocado oscuridad y confusión y la disputa se ha hecho desde entonces interminable. En la exposición que hizo en aquella oportunidad el camarada Bömelburg, es interesante la fundamentación de por qué se ha puesto el tema en el orden del día. El dijo que fue hecho para eliminar el peligro de que los sindicatos hubieran de aceptar más tarde resoluciones adoptadas unilateralmente en otro lugar. Ese "otro lugar" es el congreso del partido. Por tanto se nos quiso imitar (contrecarieren) e influenciar nuestras decisiones.

Ahora bien, no hay duda alguna que si hay una cuestión que interesa en la misma medida al partido y a los sindicatos, esa cuestión es la huelga política de masas. Pues los sindicalistas no son solamente sindicalistas, sino también ciudadanos, y como ciudadanos tienen el más grande interés en las condiciones políticas del estado y no sólo en la situación económica de la sociedad. ¿Qué es entonces el estado? Quien se quiera informar a fondo sobre esto le recomiendo el escrito de Engels sobre el origen de la familia, de la propiedad privada y del estado, y aquel que no lo entienda a la primera lectura que lo lea dos o tres veces. Entonces se enterará de qué es el estado, de por qué el estado recién se hace necesario cuando, en lugar de la sociedad familiar y tribal basada en el comunismo, se instala la propiedad privada. No bien se inicia este desarrollo, surgen las contradicciones de clase; ahora los propietarios se transforman en los enemigos de los no-propietarios y viceversa. La clase poseedora se transforma en el poder dominante que oprime a las masas y funda el estado, para, a través del poder del estado, proteger y fomentar sus intereses contra los intereses de los no-propietarios. En la medida en que luego se desarrollan las formas de producción, y de acuerdo al modo como es distribuido el producto, se transforma también necesariamente el estado. Así vemos nosotros a los estados

antiguos basados en la esclavitud, desplazados por los estados feudales basados en la servidumbre. En el estado feudal surge la burguesía de las ciudades, cuyos intereses nuevamente entran en la más grande contradicción con el orden de cosas feudal. De esa contradicción, los principados absolutistas extraen su poderío como terceros al margen y surge el estado absolutista. Surge entonces la burguesía moderna, que entra en lucha tanto contra el orden de cosas feudal como absolutista y finalmente funda el estado constitucional, acorde con sus intereses, a través de las grandes revoluciones que estremecieron a Europa. Es cómico que se nos reproche que queremos la revolución, cuando es sabido que, hasta ahora, todas las revoluciones las hizo la burguesía. La burguesía concede, es verdad, una serie de derechos a los trabajadores, pero el derecho decisivo, el derecho al voto, se lo niega tanto como es posible. Por eso, de acuerdo con la misma lógica seguida por todas las clases oprimidas en el transcurso de la historia, cual es la de tomar el poder del estado para luego transformar estado y sociedad de acuerdo con su posición de clase, también el proletariado, como última clase oprimida, ha de conquistar el poder político para, con ayuda de ese poder, crear en el terreno social las instituciones que hagan indestructible su poder. Finalmente ha llegado la última hora del estado, pues en la nueva sociedad no existen más contradicciones de clases y el estado ha perdido su derecho a la existencia como un poder gobernante y dominante. Pero hasta que las cosas lleguen a ese punto —no sé cuándo, puede tardar mucho— nosotros debemos, cueste lo que cueste, tratar de conquistar el poder del estado. Camaradas, iría contra toda lógica, sería una comedia del tipo más inaudito, que una clase tan poderosa como lo es física y espiritualmente la moderna clase trabajadora, se dejara prohibir lo que todas las clases oprimidas antes que ella han reclamado como natural. (*Animada aprobación.*) Esto tenemos que lograrlo también nosotros, ¿cómo?, depende de la situación política que no la creamos nosotros, sino nuestros adversarios. Nosotros podemos solamente decir al adversario: cuidense; ustedes en el siglo veinte debían haber aprendido finalmente de la historia, hacia dónde conduce el creer que se puede gobernar contra la voluntad de la gran mayoría de la nación. Esto no es posible. Ahora bien, se ha planteado que se debería recurrir como último medio a la huelga general que preconizan los anarquistas. El anarquismo es un vástago consecuente del liberalismo y del

individualismo burgués. (*¡Muy bien!*) Esto se puede observar en su más clásica expresión en la obra de Stirner *El Único y su propiedad*, que apareció en 1845 y que contiene no sólo el anarquismo sino también el anarco-socialismo. (*¡Risas!*) De ahí que en el anarquismo se den esas concepciones ideológicas como las que produce el liberalismo. Ese anarquismo dice: nosotros nada tenemos que ver con el estado; yo soy yo mismo y todo lo demás no me interesa para nada. El estado es un monstruo, es el poder concentrado que me oprime, me roba la libertad individual, yo no me ocupo de él; desarrollen sus individualidades como proletarios y ya verán cuán lejos llegan. Pero de eso se trata precisamente, de que las valiosas cualidades individuales, los innumerables y preciosos gérmenes de plenitud humana que existen en esas incontables cabezas no pueden desarrollarse en el orden social existente, que es pura casualidad si alguna vez se desarrollan en un individuo crecido en la necesidad y la miseria. La sociedad actual se basa en la mutilación de la individualidad de la gran masa, y precisamente la tarea del estado es ocuparse de la opresión de la individualidad de la masa. Ahora bien, ese estado, dice Friedeberg, debemos dejarlo en paz, no tenemos que ocuparnos de él. (*Friedeberg: ¡Yo no he dicho eso!*) Esto se lo voy a demostrar cuando ajuste cuentas con Ud. en Berlín. Allí tiene él la más grande libertad de palabra y yo espero que allí lo destrozaremos en pedacitos como nunca antes lo fue. (*Grandes risas.*) Así que la huelga general ha de ser la panacea; con ella se derriba a toda la sociedad burguesa ¿de qué manera podría ser derrocado el estado?, no hay que romperse la cabeza sobre esto. Cuando se hace la huelga general, el estado flota en el aire... ¡como si éste lo habría de permitir, flotar en el aire! (*Risas y aprobación.*) La huelga general impide la guerra, desarma a los militares, conquista en un santiamén la jornada de ocho horas de trabajo; huelga general por aquí y huelga general por allá. Con todo eso uno se marea, como si le hicieran girar una rueda de molino en la cabeza. (*¡Muy cierto!*) No es que esa fuera la intención, pero es la consecuencia lógica. Pues a los partidarios de esta idea de la todopoderosa huelga general se les quita poco a poco tan completamente toda fe en los medios de poder político y en la necesidad de la lucha política, que ellos naturalmente habrán de renunciar a ingresar en la organización política. (*¡Muy bien!*)

El problema de la huelga general nos ha ocupado ya una larga serie de congresos internacionales. La primera vez en 1889 en París.

Allí Tressaud-Marseille opinaba que la manifestación del 1º de Mayo no tendría consecuencias y había que apoyarla con una huelga general; el Congreso debía aprobar la huelga general como el comienzo de la revolución social. Pero su moción en ese sentido fue rechazada en la votación por una gran mayoría. En el Congreso Internacional de Bruselas propuso en esa ocasión Domela Nieuwenhuis, que los socialistas de todas las naciones, debían contestar a una posible declaración de guerra con un llamado al pueblo a un cese general del trabajo. También esa moción fue rechazada. El Congreso Internacional de Zúrich en 1893, encargó a una comisión la discusión de la huelga general o mundial. Esa comisión propuso la siguiente resolución que, sin embargo, no llegó a debatirse:

“Considerando, que las huelgas sólo pueden realizarse con éxito bajo ciertas condiciones y para determinados objetivos que no pueden ser determinados con anterioridad; considerando, que una huelga mundial es irrealizable tan sólo si se tiene en cuenta el desarrollo económico tan desigual, pero en el momento en que fuera realizable ya no sería más necesaria; considerando además que aun una huelga general que se limitara a un sólo país, si fuera pacífica no tendría perspectivas pues el hambre afectaría en primer lugar a los huelguistas y los obligaría a capitular y una huelga violenta sería destrozada sin piedad por las clases dominantes; el Congreso declara que bajo las condiciones político-sociales actuales, en el mejor de los casos podría realizarse con éxito una huelga general en ramas de la industria; además, que las huelgas de masas, en ciertos casos, pueden ser un arma altamente efectiva, no sólo en lo económico sino también en la lucha política, un arma sin embargo, cuya eficaz utilización supone una eficiente organización sindical y política de la clase trabajadora. El Congreso recomienda por lo tanto a los partidos socialistas de todos los países estimular esas organizaciones con toda energía y en cuanto a la cuestión de la huelga mundial pasar al siguiente punto del temario.”

Yo mismo quedé sorprendido por el contenido de esta Resolución al estudiar las actas del congreso, pues esta resolución es muy interesante en la medida en que si bien rechaza la huelga mundial,

considera sin embargo digna de discusión a la huelga política de masas bajo la condición de que las organizaciones se hubieren desarrollado suficientemente. Yo encuentro que esta parte de la resolución es más clara que la Resolución de Amsterdam. (*¡Muy bien!*)

También en 1896 se trató en Londres, en el Congreso Internacional, la cuestión de la huelga general. En la resolución sobre la política económica de la clase trabajadora —el informante fue Molkenbuhr— dice: “El congreso considera la huelga y el boicot como un medio necesario para lograr los fines de los sindicatos, sin embargo, no ve la posibilidad de realizar una huelga general internacional. La necesidad inmediata es la organización sindical de las masas trabajadoras, pues la cuestión de la extensión de la huelga a industrias o países enteros depende de la amplitud de la organización.”

El Congreso Internacional de París de 1900 tenía a la huelga general como último punto del temario. El informante Legien declaró: “Hemos repetido la Resolución de Londres, que no es precisamente de forma acabada, para documentar que no hemos modificado nuestras concepciones sobre la huelga general [...]. Mientras no existan fuertes organizaciones, la huelga general queda para nosotros fuera de discusión. Una huelga general de masas *no-organizadas* sería para la burguesía un placer; en un par de días la habrían desbaratado, eventualmente con la violencia de las armas y con esto quedaría aniquilado el trabajo por decenas de años.” El congreso finalmente adoptó por 27 contra 7 votos la resolución de la comisión mayoritaria, que repite la Resolución de Londres.

Ustedes ven que la cuestión no ha sido negada en su tratamiento. Finalmente tenemos nosotros la Resolución del Congreso de Amsterdam. La misma dice:

“Considerando, que las *condiciones necesarias* para el éxito de una huelga de masas es una fuerte organización y la *disciplina voluntaria* de la clase trabajadora, este congreso considera *irrealizable la huelga general absoluta*, en el sentido del abandono de toda actividad, porque la misma hace imposible toda existencia, la del proletariado incluida. Considerando además que aunque la emancipación de la clase trabajadora no puede ser el resultado de un tal esfuerzo repentino, es posible, sin embargo, que una huelga que se extiende a ramas de la industria económicamente importantes o a un gran número de fábricas, resulte ser un medio extremo para lograr cambios sociales signi-

ficativos o defenderse de golpes reaccionarios contra los derechos de los trabajadores, el congreso advierte a los trabajadores de no dejarse arrastrar por la propaganda realizada por los anarquistas en favor de la huelga general, realizada con la intención de hacerlos apartar de las importantes luchas cotidianas a librar por medio de la acción sindical, política y cooperativista, y llama a los trabajadores a fortalecer su unidad y posición de fuerza en la lucha de clases, por medio del desarrollo de sus organizaciones, pues si alguna vez ha de revelarse como necesaria y útil la huelga con objetivo político, su éxito ha de depender de aquella unidad y fuerza.”

Entre los argumentos aportados por Robert Schmidt como representante de los sindicatos en Amsterdam y los de Legien en París, en 1900, existe una notable diferencia. Legien decía: si ustedes, italianos y franceses, quieren la huelga general, preocupense por tener una organización adecuada, recién entonces entraremos a discutir sobre el tema. Robert Schmidt, por el contrario, declaraba en Amsterdam: los grandes sindicatos alemanes consideran la huelga general como algo fuera de discusión. Pero en esa oportunidad Schmidt no se refiere por cierto a la huelga de masas. Es también interesante la argumentación de Briand en Amsterdam que considera necesaria la huelga de masas para rechazar el deterioro del derecho al voto en Alemania. La resolución fue adoptada en Amsterdam finalmente por 36 votos contra 4. También el congreso del partido en Bremen trató la cuestión. Varios oradores como Zetkin, Liebknecht, Kautsky, Bernstein, se pronunciaron por el tratamiento de este tema en un congreso del partido. Finalmente vinieron las deliberaciones de Colonia. Allí Bömelburg adoptó la misma posición que Schmidt y polemizó contra los teóricos que, faltándoles comprensión práctica, plantean semejantes cuestiones.

Robert Schmidt en Colonia comparó a la huelga de masas con una soga que los mismos trabajadores se atan al cuello, mientras se le grita a la burguesía: ¡Tiren nomás! (*Gritos: ¡Muy cierto!*). Bömelburg señaló luego que el movimiento obrero necesita tranquilidad para construir sus organizaciones, mientras la cuestión de la huelga de masas lleva intranquilidad en el seno de las masas y produce divisiones.

La cuestión se siguió debatiendo especialmente por el camarada Heine en el número de septiembre de los *Sozialistische Monatshefte*.

te. Allí se refiere en forma agresiva al libro de la camarada Roland-Holst sobre la huelga general. Para mí hubiera sido mejor que no se le hubiera ido tanto la mano en ese artículo. Heine ha polemizado contra la camarada Roland-Holst de una manera que yo lamento en grado sumo (*¡muy bien!*); habla de la forma petulante en que ella sermonea a hombres como Jaurès, Bömelburg, David, etc., y afirma: esa charla abstracta sobre la huelga de masas es en el mejor de los casos una torpeza (*¡Oigan!, ¡Oigan!*). Se pueden tener esas ideas y expresarlas frente a los amigos. Pero ante el hecho de que se ha debatido tanto sobre el buen tono de las polémicas, hubiera deseado que Heine, atendiendo a su posición social, hubiera sido el primero en dar el ejemplo. Yo mismo no estoy de acuerdo con la camarada Holst. Sin embargo he leído su libro con gran interés y puedo recomendar su lectura a todos los camaradas. El libro ha sido escrito con pasión por la camarada Holst, que es una de las más excelentes mujeres que he conocido. Cuando fue lanzada la huelga general en Holanda, con la que no estaba de acuerdo, ella y su marido ofrecieron sus recursos financieros por encima de sus posibilidades económicas y realizaron tan enormes sacrificios que por ello debilitaron su situación social. Es una eximia agitadora y desarrolla un celo incansable y voluntad de sacrificio. Por eso me apenó doblemente que haya sido tratada de ese modo. (*¡Muy cierto!*) Heine, entonces, se pronuncia en la forma más dura contra la huelga de masas. Nunca me había ocurrido antes presenciar una crítica tan dura ni un ataque tan virulento contra una idea, como lo hace él. Pues bien, la táctica de Heine consiste finalmente en citar, apelando a sus conocimientos de jurista, artículo tras artículo del código penal que aumentan en gravedad hasta llegar a los artículos de alta traición y traición a la patria hasta el decreto de estado de sitio de tal modo que a cada camarada que no esté muy firme en sus convicciones, se le tiene que poner la piel de gallina una y otra vez a causa de los grandes peligros que ha de traer consigo la aplicación de la huelga de masas en Alemania. Él señala luego las horribles sentencias que han de pronunciar los tribunales, es decir, los tribunales militares, pues según su opinión, es absolutamente imposible realizar en calma un movimiento tan grande y poderoso, sobre todo ante las seguras provocaciones del adversario. Conversando con un camarada del partido sobre el artículo, él me decía que Heine, naturalmente sin quererlo, le ofrece al fiscal de estado un magnífico material para un alegato. Yo le

contesté, ningún fiscal de estado es tan tonto; precisamente no son los más tontos los que se hacen fiscales de estado. (*Heine: ¡Al menos no son tan tontos! — Stadthgen: ¡Por cierto, son los más tontos!. Risas.*) Yo estoy convencido, camarada Stadthagen, de que Ud. es más inteligente que todos los fiscales de estado juntos. (*Grandes risas.*) No, aún el más tonto de los fiscales de estado no es tan tonto; con una acusación como nos la pinta Heine fracasaría aun ante un tribunal clasista.

Pero el fundamento mismo de la deducción de Heine es falso. Yo niego decididamente que se hayan de dar las consecuencias que prevé Heine en caso de una huelga de masas. Lo que él, en caso de una huelga de masa promete como posible y probable, se puede en el fondo afirmar de cualquier huelga. (*¡Muy bien!*) Si se hubiera pedido consejo a Heine en el momento de lanzarse la huelga de mineros, hubiera tenido que desaconsejarla basándose en las mismas consideraciones. Ahora bien, en realidad la huelga de mineros no dio la menor ocasión para la intervención policial. Los mineros realizaron una huelga grandiosa, que resultó mucho más importante que las llamadas huelgas de masas en los demás países, y por cierto realizada en admirable calma. En aquella ocasión tuve que volver de Bruselas, donde asistía a una conferencia internacional, y quedé asombrado de la solemne calma que había en la zona del Ruhr. Ninguna chimenea echaba humo, mientras es común tener que cerrar las ventanillas del vagón a causa del mismo. La tierra era una verde pradera iluminada por un sol benigno. Los pueblos estaban allí, tan tranquilos como si nadie viviera en ellos. Si esto es posible en un sector de la clase trabajadora que en parte es mucho más retrasada en lo político y cultural que algunas otras, habría que preguntarse qué no podríamos lograr con medios aún mayores y una organización y disciplina mucho más desarrolladas, sin que se den las consecuencias que Heine prevé. (*Animada aprobación.*)

Y finalmente existe también un límite, a partir del cual no se puede más preguntar por los daños. Schiller dice: "Indigna es la nación que no pone todo en juego por su honor." Sí, indigna, deplorable sería también la clase trabajadora que se dejara tratar como a una canalla, que no se atreva a enfrentar a sus opresores. (*Ovación.*) ¡Ahí tenemos a Rusia, ahí está la batalla de junio, ahí está la Comunal! ¡Por el recuerdo de esos mártires, no habrías de poder pasar hambre un par de semanas, para defender vuestros más altos derechos humanos! (*Ovación, aplausos.*) ¡Conocéis mal a

la clase trabajadora alemana, si no confiáis en que ella sea capaz de tal cosa! (*Nueva ovación.*) ¿Qué hubiera dicho Heine entonces en 1880 en Wyden, cuando yo presenté la moción de borrar de nuestro programa la palabra "legal"? Esta fue aprobada en aquella oportunidad por unanimidad y sin debate. (*Heine: ¡razón había!*) Entonces tenemos razón si nosotros hacemos lo mismo la próxima vez. (*¡Muy bien! Risas.*) Nosotros no provocamos, nosotros nos defendemos. La huelga de masas no es meramente una cuestión teórica, sino también una cuestión eminentemente práctica sobre un medio de lucha que, dado el caso, puede y debe ser utilizado. Heine no tiene seguramente la intención de hacer de entrenador de los anarco-socialistas. (*Heine: ¡no!*) Pero es inevitable que Friedeberg y sus partidarios extraigan material de este proceder y griten: ver adónde se ha llegado con la socialdemocracia alemana. ¡Allí tenéis la producción de miedo en gran escala! (*Friedeberg: ¡nosotros tenemos mejor material!*) Heine no dice una sola palabra sobre cómo habremos de defendernos en caso de que seamos atacados. Él dice solamente que ese medio no sirve para nada, pero no propone ningún otro en cambio. ¿Tendremos quizás, que contemplar con sangre de horchata cómo nos dan vuelta la piel del revés? (*Aplausos animados.*)

Se dice que la huelga de masas sería un arma inútil. Pero en 1892 la huelga de masas que realizaron los belgas para luchar por el derecho al voto universal tuvo éxito, relativamente más éxito que la huelga de mineros, que consiguió una fallida modificación a la ley minera y que también fue una huelga política. En la Cámara, nuestros camaradas belgas lograron 33 mandatos sobre 140. En 1903 recurrieron otra vez a la huelga de masas para obtener en forma total el derecho al voto universal. Esta vez, sin embargo, no tuvieron ningún éxito. No quiero iniciar aquí ninguna discusión sobre la táctica de los belgas, pero también a mí me han surgido dudas sobre ella. En 1902 los mineros austríacos realizaron una huelga de masas en Mähren y Austria-Silesia. Tuvieron éxito y conquistaron la ley que regula la jornada de nueve horas de trabajo que nosotros aún no tenemos. Luego vino la así llamada huelga de solidaridad en Barcelona, una huelga puramente anarquista. Entre nosotros, en Alemania, ni los sindicatos ni los partidos piensan en realizar una así llamada huelga de solidaridad. Ese tipo de huelgas en las que, para lograr las exigencias de un determinado sector de trabajadores se hace entrar en huelga a la totalidad de los trabajadores de un gran

sector industrial, tiene que fracasar. Vino luego la huelga-manifestación en Suecia, —tampoco utilizaremos ésta en Alemania—, una huelga tal que de entrada declara: ¡Nosotros haremos una huelga de masas por tres días! Y sin embargo esa huelga no quedó sin resultados. Los suecos consiguieron al fin que la Cámara adoptara una resolución por la cual el gobierno fue encargado de elaborar en el plazo de dos años un nuevo proyecto de ley electoral. El viejo proyecto, contra el cual se dirigía la huelga, se había vuelto irrealizable. Por lo tanto, aun allí donde la huelga de masas tuvo lugar bajo condiciones que yo en Alemania nunca aprobaría, ha tenido éxito. Vino luego la huelga de masas de los trabajadores italianos a causa del asesinato a balazos de compañeros de trabajo. Fue una huelga de masas que surgió espontáneamente desde abajo, en la que 200.000 obreros abandonaron su trabajo, incluso una gran proporción de no-organizados, y que obligó al gobierno a declarar que en el futuro evitaría semejantes atentados contra los trabajadores. Ciertamente, eso no impidió que en este año tuviera lugar nuevamente una masacre similar. Por otra parte, sin embargo, esa huelga hizo aumentar nuestros votos en las elecciones que inmediatamente siguieron, de 165.000 a 316.000 votos; también en ese sentido, por tanto, no ha dejado ninguna impresión desfavorable en las masas, aunque todos los partidos burgueses estaban excitados en grado sumo a causa de la huelga de masas y votaron cerradamente contra nosotros. Finalmente la huelga de los ferroviarios en esta primavera. Yo mismo estuve en el norte de Italia como testigo. Esta huelga se ha malogrado y la culpa se le atribuye principalmente a nuestra fracción italiana, yo no sé por qué razón. Pero nadie ha pensado aún en una huelga de masas. Hace aproximadamente siete años, en el ferrocarril suizo del noreste, los trabajadores y empleados abandonaron toda actividad una noche a las 24 hs. a un punto tal que, cuando el jefe de una estación llamó a la próxima y preguntó: "¿Dónde diablos está el tren N° 12?", se le respondió: "¡Está aquí y aquí se queda!" (*Risas.*) Con esto quedaba la cuestión decidida; ellos estuvieron tres días en huelga, la dirección fue puesta de rodillas y lograron lo que querían, eso sí, apoyados por la opinión pública. Finalmente quiero recordar la huelga de masas en Rusia. Allí, donde nuestros camaradas del partido no tienen ningún tipo de derechos ni de medios de fuerza, se realizan huelgas de masas, tres y cuatro veces consecutivas en el mismo lugar y con tanta energía, que sólo puede llenarnos de admiración. Mientras tanto

las condiciones en Rusia son tan excepcionales, que esas huelgas no pueden ser utilizadas por nosotros como ejemplo. Sin embargo no es ninguna casualidad que recién desde el año 1893 esas huelgas políticas, esas huelgas de masas, sean utilizadas y por primera vez en Bélgica. El problema quedó congelado hasta 1902 y desde entonces hasta 1905 tuvieron lugar un gran número de estas huelgas de masas. Luego no es cierto cuando se dice que todas las huelgas de masas se han malogrado. Yo os pregunto a vosotros, sindicalistas: ¿Cuántas huelgas se os han malogrado cuando no teníais ninguna gran organización? Incontables, y aún hoy se pierden muchas. Pero aquí han sido puestas en escena huelgas de masas con medios totalmente insuficientes y en parte con trabajadores no-organizados. Sí, camaradas del partido, yo no les recomiendo tal cosa, nadie lo recomienda, sería una locura. Cuando se dice en honor de nosotros, los alemanes, que somos cabezas con capacidad filosófica, que amamos, como dice Heine, la teorización, esto es cierto, pero también es cierto que tenemos la virtud de organizar como ninguna otra nación. (*¡Muy bien!*) A pesar de nuestra oposición, la fuerza militar alemana es una obra maestra que hay que agradecer a esa peculiaridad germano-prusiana. También nuestra legislación sobre seguros, no obstante que tengamos que criticarle tantas cosas, como organización es magistral. Nosotros, alemanes, no damos tan fácilmente un paso que antes no hayamos reflexionado con exactitud, lo que nos ha valido el reproche de que nosotros seríamos como la infantería austríaca, que siempre se queda rengueando al final. Nosotros pensamos: antes de lanzarnos a luchas tan grandes debemos organizar a fondo, agitar y realizar un esclarecimiento político y económico, hacer que las masas se vuelvan conscientes de sí mismas y capaces de resistencia, entusiasmarlas para el momento en que debemos decirles: tienen que poner todo en juego, porque está en juego algo vital para tí como ser humano, como padre de familia, como ciudadano. (*Animados aplausos.*) No queremos —y mi resolución tampoco lo dice— empujar a las masas ciegamente a una huelga. (*Grito, Heine pregunta: ¿Y las podrán ustedes mantener controladas?*) Esto demuestra solamente que Ud. —*dirigiéndose a Heine*— no tiene ni idea de los sentimientos e instintos de las masas de trabajadores en estas cosas, pero eso no se lo tomo a mal, eso es producto de su forma de vida. (*¡Muy bien!*) Yo digo, lo que aún nos falta, hay que crearlo. (*Heine: muy cierto.*) Tal es la tendencia de mi resolución. Lo

que existe, no es aún suficiente, pero puede ser logrado. Si todos ustedes se retiran de este congreso del partido decididos a actuar en el sentido de mi resolución, y si afuera, sobre el terreno, los camaradas del partido actúan unidos en el sentido de la resolución, si la prensa del partido cumple en mucho mayor medida en que lo ha hecho hasta el momento con su deber, y si no solamente la prensa del partido, sino también la prensa de los sindicatos esclarece a las masas y les prueba que deben actuar políticamente, les demuestra qué es lo que realmente está en juego en su condición de ciudadanos, de sindicalistas; qué enorme importancia tiene por ejemplo el derecho al voto; entonces sí se crearán las condiciones para la huelga de masas, en caso de que ésta fuera necesaria. (*¡Muy bien!*) Pero cuando se dice friamente como lo hace Robert Schmidt que los sindicatos no se han de librar jamás del anarco socialismo, si se dejan llevar en esa forma fatalista por los hechos, ¿cuál ha de ser entonces el final de la canción? Que los sindicatos se vuelvan sin remedio sólo-sindicatos. (*¡Muy cierto!*) Así dice por ejemplo el camarada Brinkmann al referirse a una expresión de Kautsky en la *Neue Zeit* —de la cual yo también me dije al leerla: ésta es una peligrosa expresión, puede ser utilizada en forma equivocada— Brinkmann dice entonces en su folleto “El V Congreso Sindical en Alemania y la lucha de clases”, en el cual él cita a Kautsky: “Menos que en cualquier otro lugar hay que esperar del gobierno en Alemania algo para el proletariado. Al parlamento se le quita todo significado, toda vida”; y de esto saca las siguientes conclusiones: “Basta, en Alemania el parlamento es un pantano. El triunfo de nuestro partido en 1903, con sus tres millones de votos, nada ha cambiado de esto, solamente ha acelerado el proceso de empantanamiento. Por eso también yo considero correcto que el V Congreso Sindical no se ocupara más de cuestiones políticas y sociales. Es un hecho: por parte de la legislatura no se puede esperar a corto plazo una mejoría de nuestra situación económica. Al menos para un futuro próximo podemos contar sola y exclusivamente con nuestros sindicatos. Nuestra situación económica podremos mejorarla sólo por medio de nuestra organización y librando duras luchas económicas” (*Aprobación y ¡oigan, oigan!*). Y en la página 12 del folleto dice: “Toda la situación política y económica orienta a la clase obrera alemana hacia el movimiento sindical. Bajo las condiciones imperantes es el único medio para mejorar la situación del trabajador. La lucha de clases del presente tiene lugar en

el terreno económico; los sindicatos son los portadores de esa lucha de clases." Si él considera la actividad política como sin valor, de nada sirve que al final de su discurso pronuncie la bella frase: "Pero si alguna vez se tratare de defender los derechos políticos se puede tener la seguridad de que esos trabajadores también entonces estarán firmes cuando llegue el momento de arriesgarse a una lucha política. Si la situación es propicia, los trabajadores organizados sindicalmente sabrán luchar como caballeros, como héroes." Muy hermoso, cierto, pero cuando un hombre, que en su sindicato asume una posición autoritaria, dice como se describe arriba: en tiempo previsible no estaremos más en condiciones de lograr algo por vía política, ¡entonces, por favor! —¡puede que no sea la intención de Brinkmann!— pero el sindicalista se dirá a sí mismo: Bueno, ¡para qué seguir poniendo mi centavo para el partido político! (*¡Muy cierto!*), y los jóvenes miembros del sindicato dirán: ¡En tal caso ni siquiera me molesto en ingresar en la organización política! Ese quietismo se propaga necesariamente cada vez más a causa de la actividad totalmente unilateral de nuestros dirigentes sindicales que desembocan, casi sin quererlo, en el anarco-socialismo. Además, llamo a ustedes la atención de que, mientras el Congreso de Colonia trataba la cuestión de la huelga de masas, en una conferencia que tuvimos en Hamburgo con los presidentes de las Asociaciones Socialdemócratas y con la comisión sindical —donde debía consultarse qué habría de hacerse contra los planes para deteriorar el derecho al voto en el senado de Hamburgo—, viejos camaradas del partido y sindicalistas nos dijeron: ustedes no tienen idea de qué mal están las cosas entre una parte de nuestros jóvenes dirigentes sindicales, que hasta se burlan de nuestro partido (*¡oigan, oigan!*), del socialismo, (*¡oigan, oigan!*), del estado futuro. Ellos hasta niegan que nosotros estemos librando una lucha de clases. (*¡Oigan, oigan! Intranquilidad.*) Estimados camaradas, yo informo solamente que se dicen tales cosas, y eran viejos, buenos camaradas de la comisión sindical quienes dijeron eso. Yo me quedé simplemente petrificado, cuando oí esto. Y fue confirmado luego por redactores del *Echo* y por otros camaradas del partido presentes en la reunión. Ahora que las concepciones de Brinkmann sobre este asunto han encontrado resonancia aún en Legien, tengo que decir: ¡mantenéos en guardia, reflexionad lo que hacéis, estáis recorriendo un camino muy funesto, al final del cual encontraréis vuestra propia ruina aunque no lo queráis! (*¡Muy cierto!*)

Por supuesto, no puede ser que, como se oye a menudo, la huelga general habría de venir de repente durante la noche y sobre ella no se debe hablar una palabra. Un gran partido democrático como el nuestro no puede hacer política secreta. (*Animada aprobación.*) Debe luchar a la luz del día. (*Nueva aprobación.*) ¿Cómo habremos de tener un día a las masas en la mano, si nosotros no las hemos conquistado moral y espiritualmente, si no hemos despertado su confianza, su entusiasmo, para poder decirles: ¡ahora no hay otro camino posible, ahora hay que lanzarse a la lucha de clases y si vosotros hacéis lo que os corresponde, entonces triunfaremos! (*Animados ¡Bravo!*)

Y luego algo más: nosotros no luchamos por utopías, tampoco por exigencias de un estado futuro. Nosotros no creemos que con la huelga general podamos sacar de quicio a la sociedad burguesa, sino que nosotros luchamos por derechos reales, que representen una necesidad vital para la clase trabajadora, si es que ella aún quiere vivir y respirar políticamente. Si la cuestión de la eliminación del derecho al voto universal cobra actualidad, entonces con toda seguridad habrá sectores burgueses que, por más corruptos que sean, dirán: ¡esto no puede ser, no se puede quitar a los trabajadores un derecho del cual ellos nunca abusaron!, y nosotros sin duda también ganaremos la simpatía de tales sectores. Además, es posible desarrollar una fuerza mayor si se defiende un derecho que se posee desde hace decenios, que si se quiere conquistar un nuevo derecho. (*¡Muy cierto!*) Si yo digo: entre vosotros no hay nada más que violencia brutal, vosotros queréis quitarnos nuestros derechos, vosotros sois violentos, tiranos. Si yo puedo decir todo eso que indigna a las masas y las puede hacer estremecer, tendrían que estar diez mil demonios desatados si no ganáramos a las masas en un gran número, (*animada aprobación*) y también a los trabajadores cristianos. Tenéis razón sindicalistas de luchar contra la organización cristiana, pero cuando en el año 1899, se llevó al parlamento el proyecto de prisión, cuando los trabajadores cristianos vieron cómo también a ellos se les ponía la soga al cuello al destruirse el escaso derecho de asociación existente, en aquella ocasión, igual que nosotros, tomaron posición contra el proyecto y el Centro fue obligado a decidir tal como había hablado Bachem. Pero, ¿qué dijo Bachem? El no dijo, el Centro es el más decidido representante del derecho a la libre asociación, no, él dijo —y ese fue su argumento principal—, los trabajadores católicos están indignados por el atentado contra

el derecho de asociación; si este atentado se consuma, nosotros perderíamos a los trabajadores católicos hasta el último hombre, se irán indefectiblemente y esto no lo podemos ni lo debemos tolerar. (*¡Oigan, oigan!*). Tendrían que quitarnos alguna vez el derecho al voto universal o intentar nuevamente la eliminación del derecho de asociación. Así como los trabajadores católicos, en el caso de la huelga de los mineros, lucharon valientemente a la par de los sindicatos libres, del mismo modo lo harían si estuvieran en juego sus intereses vitales como clase trabajadora. Finalmente, la compulsión de las circunstancias y de las situaciones es más fuerte que la voluntad de no hacer nada (*¡Muy bien!*) ¿No significa el más grande, el más inaudito escándalo, que ese partido que en las elecciones parlamentarias en Prusia tenía casi la mayoría de los votos, pero también en las elecciones a la Dieta, se definió en Prusia como el más fuerte de los partidos, el Partido Socialdemócrata, —no haya alcanzado ni uno solo entre 432 mandatos, a causa del miserable, deplorable sistema electoral de las tres clases? * (*Animada aprobación.*) Aquí coincido con Bernstein, nosotros nos tendremos que hacer algún día la pregunta: ¿Ha de quedar esto siempre igual, hemos de permitir eternamente que terratenientes, curas y burguesía nos pongan el pie sobre el cuello, que abusen de su posición para deteriorar el derecho al voto en las comunas, para empeorar el derecho de asociación y de reunión? (*Animada aprobación.*) Pensad en la modificación a la ley de asociaciones del año 1896. ¿Pensad en la modificación a la ley de mineros, pensad en el proyecto para una ley sobre presidio! Yo no digo que mañana mismo será actual la cuestión de una huelga de masas, pues para eso debe haber una disposición en las masas y la disposición hay que crearla primero. Pero probablemente vengan golpes de fuerza de ese lado que levanten la indignación colectiva. De todos modos la cuestión debe ser puesta en el orden del día. En relación a esto estamos muy por detrás de la burguesía de los siglos anteriores; cuando se le quitaron sus derechos, la burguesía luchó constantemente, nosotros en cambio estamos aquí —bueno, no quiero utilizar la palabra que me viene a los labios— como gente a quienes todo resulta indiferente. (*¡Muy bien!*) Y al mismo tiempo recibimos un golpe tras otro por las espaldas. ¡A la larga esto no puede continuar así! (*Animados*

* Dreiklassenwahlrecht: derecho al voto calificado o derecho al voto triclassista.

aplausos.) Mientras Heine por un lado se proclama como un adversario de la huelga de masas, por otro lado los anarco-socialistas van más allá del punto de vista sostenido por nosotros y opinan que vamos por un camino equivocado. Friedeberg, que ha hablado en Berlín repetidas veces y extensamente sobre este tema, hizo imprimir su primer discurso y me honró también a mí con un ejemplar, con una dedicatoria muy halagadora. Dice allí, en la página tres: “Las ventajas económicas que hoy día pueden ser arrancadas al estado de clases por medio del parlamentarismo, pueden ser sustituidas con creces por la actividad propia del proletariado y su movimiento sindical, por medio del desarrollo de sus asociaciones de producción y consumo. Los momentos ideológicos en el parlamentarismo, la extensión del pensamiento socialista, el estímulo de la conciencia de clase, pueden ser logrados con mucha más fuerza por medio de la idea de la huelga general, mucho más rápidamente, más poderosamente y aplicando esa fuerza —hoy fijada en el parlamentarismo— a la educación y concientización directa de las masas populares por la palabra hablada y escrita. Nosotros no libramos una lucha política y por tanto tampoco necesitamos formas políticas de lucha. Por eso nuestras armas deben ser de naturaleza económica y psicológica.” (*¡Oigan, oigan!*) En la página 15, donde critica al partido y a su actividad, dice: “Mientras tanto, se olvidó por completo que el estado en realidad no es nada, excepto una palabra abstracta, y no otra cosa; que un estado sólo tiene sentido mientras existan oprimidos, y que en el momento en que el orden proletario mundial ocupe su lugar, en que no existan más oprimidos, el estado ha de cesar de existir. El concepto de estado y de poder del estado supone necesariamente la continuación de la dominación y la opresión. Por eso nosotros no tenemos que conquistar el poder del estado, sino conformar de tal manera el orden económico y la vida interior del proletariado, que cese toda explotación y falta de libertad.” Exactamente con las mismas palabras podría exigir un ideólogo burgués que sea elevada la vida interior del proletariado, que nos hagamos religiosamente libres y con esto avanzaremos quién sabe cuánto. (*¡Muy bien!*) Luego opina Friedeberg que el partido no estaría en condiciones de impedir atentados y continúa diciendo: “Y yo puedo asegurarles, que si las intrigas que hoy día están en marcha contra el derecho al voto para la Dieta se concretizan, el proletariado alemán será completamente impotente contra ello.” Así se les da ánimo a los proletarios para luchar. (*¡Muy bien!*

Risas.) “Al derecho al voto universal, igual y secreto no le lloraremos una sola lágrima.” (*Animados, ¡Oigan, oigan!*) “Por el contrario, alguna vez admiraremos la necedad de nuestros adversarios, su falta de táctica que, finalmente, le abrirá los ojos a la clase obrera alemana sobre el camino que el proletariado debe recorrer.” Y en la página 19: “El 99 % de las cosas que se debaten en el parlamento, son cosas que nada nos interesan, que desaparecen en el momento en que el proletariado derroca a la dominación de clase.” Completamente en contradicción con esa concepción, se queja en la página 10 sobre la justicia de clase, la justicia de clase existe, pero sólo en el parlamento puede ella ser estigmatizada; si lo hacemos en reuniones públicas, nos agarra el fiscal de estado. (*¡Muy cierto!*) Si el derecho al voto universal se va al diablo, entonces también se van el derecho de reunión y asociación, luego se van al diablo todos los demás derechos que nosotros necesitamos. (*¡Muy cierto!*) Pues si nuestros enemigos llegan alguna vez a quitarnos el derecho al voto universal, serían directamente imbéciles, si nos dejaran los restantes derechos, así fueran éstos completamente insignificantes. ¡Supongamos que alguna vez, si intentaran quitarnos el derecho al voto universal, librásemos una lucha en la que finalmente nos derrotaran! Es más que obvio que nosotros lucharíamos sin pausa en nuestras asociaciones, reuniones públicas y en la prensa; que agitaríamos a las masas y nos volveríamos así muy incómodos para nuestros adversarios. Si ellos nos quitaran el derecho fundamental, necesariamente eliminarían los demás. (*¡Muy bien!*) Una cosa depende de la otra. ¿Permitirían las clases dominantes, luego de quitar a la clase trabajadora todos los derechos, algo así como una huelga general con la finalidad de derrocar el dominio de la burguesía? Todos estos días me he estado preguntando, cómo es posible que semejante barullo, semejante contradicción, se pueda unir en la cabeza de una persona inteligente, de una excelente y bonísima persona como apenas conozco a otra. En el “Feenpalast”, Friedeberg habla de un quinto estamento —hay que leerlo para creerlo (*Grito: ¡Él no ha dicho eso!*)— Esto es tan colosalmente tonto que yo tampoco lo puedo creer. Él dice, habría que preguntarse si el partido se encuentra aún sobre la base de la lucha de clases. Marx y Engels habrían empantanado todo el movimiento con sus enseñanzas dogmáticas. Cuando yo leí esto, me pregunté: ¿Habrá leído Friedeberg toda la literatura del partido? ¿No ha leído el *Manifiesto comunista*? A la cabeza del *Manifiesto comunista* está la

frase lapidaria: “La historia de todas las sociedades hasta el momento es la historia de la lucha de clases.” Este es un descubrimiento de Marx y Engels que significa una transformación total de la concepción del mundo. En otro lugar del *Manifiesto comunista* dice: “Nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza sin embargo porque ha simplificado las contradicciones de clase y la sociedad entera se divide más y más en dos bandos enemigos, en dos grandes clases directamente enfrentadas, burguesía y proletariado.” Se demuestra allí cómo ha surgido el estado de clases. “El poder del estado moderno no es más que un comité que administra los negocios comunes a toda la clase burguesa.” De aquí se sigue que la burguesía crea al proletariado en masas cada vez mayores y lo obliga a organizarse como clase particular. “Pero esa organización de los proletarios como clase y por tanto como partido político, es destrozada a cada momento por la concurrencia entre los trabajadores mismos.”

Para ser breves: sólo se necesita leer el *Manifiesto comunista* para saber que el pretendido dogmatismo marxista constituye y debe constituir el fundamento vivo de nuestra concepción del mundo. Simplemente se le paraliza a uno el entendimiento cuando se escucha decir que nosotros hemos abandonado el principio de la lucha de clases. (*¡Muy cierto!*) Nuestro programa, que por cierto es válido hasta hoy y que no es puesto en duda por nadie, enfatiza con las siguientes frases en forma explícita nuestro carácter de partido de clase. El orador lee la cita correspondiente del Programa de Erfurt que concluye con las siguientes palabras: “La lucha de la clase trabajadora contra la explotación capitalista es necesariamente una lucha política. No puede lograr el paso de los medios de producción a la propiedad de todos sin alcanzar el poder político. Hacer de esa lucha de la clase trabajadora una lucha consciente y unitaria y señalarle su objetivo natural y necesario— esa es la tarea del Partido Socialdemócrata.” Frente a estas expresiones en los escritos fundamentales de nuestros maestros, frente a nuestro programa y la serie de monografías, escritos y artículos periodísticos ¡cómo puede afirmarse ante las masas que el partido ha abandonado el terreno de la lucha de clases!; me resulta imposible de comprender. Friedeberg se remite a Liebknecht y a las consideraciones que éste hace sobre su ensayo acerca de la posición política de la socialdemocracia cuando aclara brevemente que la concepción sostenida allí sobre el parlamentarismo era aplicable sólo a la Liga de Alemania del Norte.

Desde la fundación del Imperio Alemán él ha cambiado de posición. Se puede discutir si esto es correcto, pero luego que Liebknecht ha desmentido en esa forma clara sus viejas concepciones y ha publicado ese escrito como una pieza de archivo de un período anterior, es injusto en grado sumo —por no decir desleal— apoyarse en la autoridad de nuestro viejo, plantarse delante de los trabajadores y decir: ¡Ved, Liebknecht está de acuerdo conmigo! (*Animados aplausos.*) Ese método de lucha es directamente monstruoso. Aún más incomprensible me resulta que en la capital del Reino Alemán, en la ciudad de la inteligencia, tres mil trabajadores, entre ellos viejos camaradas del partido, acepten semejante guiso de contradicciones de la más fuerte especie con gritos y aplausos de aprobación. (*¡Muy cierto!*) Si yo alguna vez dije, ¡Demonios aquí sí que nos hemos venido al suelo espiritualmente, nuestra educación política se ha deteriorado!, tal ocurrió el día en que leí eso. (*¡Muy bien!*) Ahora bien, todo esto tiene por cierto su explicación. Yo soy un viejo que ha pasado por más de cuarenta años de vida partidaria, conozco el asunto. Como ahora con los anarco-socialistas, ocurrió también bajo la ley anti-socialista. Cuando en algún lugar se armaba una discusión y éste o aquél no estaba de acuerdo con los camaradas importantes del lugar, ése se hacía mostiano, es decir, anarquista, si bien no sabía qué era esto de anarquista. (*Risas.*) En Berlín son los localistas quienes están fastidiados porque no hacen progresos. Pero no pueden hacer progresos porque se aconseja a los trabajadores organizarse localmente, cuando una ojeada a la clase de los empresarios muestra cómo ellos se organizan cada vez más nacionalmente y aún internacionalmente. (*¡Muy cierto!*) El trabajador mismo siente instintivamente que también él debe organizarse así. Entonces, como es natural, nada pueden hacer contra los centralistas, están fastidiados contra el sindicato, fastidiados contra la dirección del partido que aparentemente no los protege y les hace zancadillas. Mientras vivía el viejo Kessler, que por cierto era un riguroso socialdemócrata a pesar de sus errores, los mantenía en sus límites, pero el viejo Kessler ha muerto, la dirección quedó vacía y allí viene ahora Friedeberg y hace oposición contra el partido y los sindicatos, y ahí nomás dicen: ¡Friedeberg es nuestro hombre! (*Grandes risas.*) Así es la psicología. Ahora bien, los camaradas en Berlín se dijeron más tarde: un momento, esto huele demasiado a anarquismo, se reunieron, buscaron sabio consejo y le dieron a su resolución una interpretación que, obvia-

mente, no la hace desaparecer, sino que complica la cosa aún más. Yo confieso abiertamente, no le doy demasiada importancia al asunto, hemos tenido muchos casos similares. En San Gallen se comenzó con la anarquía. Luego vino la "Tribuna del Pueblo" con su lucha especial contra la fracción. Luego nacieron los jóvenes. (*Risas.*) y el hecho de que Robert Schmidt hiciera hablar de él tan notoriamente proviene de que él mismo había pertenecido a ellos. Pero él ha vuelto otra vez al redil. (*Risas tumultuosas.*) Yo digo esto sólo en sentido bíblico y en el cielo hay más alegría por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos. (*Siguen las risas.*) El movimiento de los jóvenes se quebró en poco tiempo y yo creo que igualmente ha de ocurrir con el anarco-socialismo. (*A una pregunta del Presidente Singer, el orador aclara que él piensa terminar su exposición en la sesión de la mañana y que por eso en lo sucesivo ha de ser breve.*)

Quiero posponer la continuación de mi polémica con Friedeberg y únicamente hacer una observación. ¡El 99 % de los temas tratados en el parlamento no habrían de interesar a los proletarios! Entonces la libertad de asociación y de reunión, la legislación sobre coalición, la justicia de clase, la cuestión educativa, el derecho procesal penal, el régimen carcelario, el problema de los impuestos directos e indirectos, la cuestión de la flota y el problema militar, la política colonial, la política aduanera y de comercio, los maltratos en el servicio militar, la política mundial, la legislación de protección del trabajador, el seguro obrero, la libertad de profesión, la libertad de movimiento, la libertad de formar cooperativas, la higiene popular, la legislación para los pobres, las leyes para los huérfanos, las leyes comunales, las leyes sobre la vivienda— ante todas estas cuestiones y muchas otras más, viene Friedeberg y dice: ¡Ah, el 99 % de todos los temas tratados en el parlamento no tienen ningún interés para el proletariado!

Realmente, si es posible que se digan semejantes cosas y encuentre todavía aprobación entre camaradas, tenemos sobrados motivos para estar en guardia y preguntarnos si no recae en nosotros una gran parte de la culpa sobre lo que ocurre. (*¡Muy cierto!*) En los últimos años hemos teorizado sobre todo tipo de cosas y el resultado final no es una aclaración, sino siempre mayor confusión. (*Animada aprobación.*) Sobre ese terreno es que ha germinado la semilla que hoy vemos crecer. Una confusión tan completa sobre las concepciones fundamentales no ha habido

nunca en el partido como ahora. Claro, si se tratara de camaradas que recién se han iniciado en el partido, no me asombraría. Pero en parte son viejos camaradas que cultivan ese espíritu y contribuyen así a la corrupción que surge en relación con las concepciones fundamentales del partido. Se sigue de esto que nuestra tarea es de ahora en adelante trabajar mucho más enérgicamente en la formación política y el esclarecimiento de los camaradas. (*Aplausos.*) Ayer se me hicieron reproches sobre mi posición acerca de la neutralidad de los sindicatos y yo espero que Richard Fischer en sus palabras de cierre haya citado los párrafos correspondientes de mi folleto (*Grito: ¡Ha ocurrido!*) Yo nunca he propugnado la neutralidad de los sindicatos en cuestiones políticas, sino solamente he dicho que los sindicatos no se deben considerar como apéndices de un partido político, pues ellos tienen que acoger en su seno a todos los trabajadores y esa admisión no se debe hacer depender de un credo político. Los diarios y los oradores sindicales tienen siempre la obligación de decir a sus miembros: Vosotros sois trabajadores y como tales, ciudadanos, y como ciudadanos interesados en todas las cuestiones del estado y de la legislación. Si se trabaja así en el esclarecimiento de los trabajadores, me comprometo a redactar una revista sindical el año entero de tal modo que la palabra socialdemocracia no aparezca ni una sola vez y los lectores a pesar de todo se vuelvan socialdemócratas. (*Animada aprobación y risas.*) Este es el secreto, esta es la forma de hacer agitación. Si entonces la prensa del partido, simultáneamente y en mayor medida que hasta ahora, se dedica a los problemas de la organización, si en todas partes se realiza el esclarecimiento político, si también y ante todo, vuelve a hacerse honor al estudio de los escritos fundamentales del socialismo, y se realiza en forma completamente distinta que hasta ahora, entonces no será ninguna obra maestra doblar el número de miembros de nuestras asociaciones en el término de un año, el de los sindicatos elevarlo al menos en un 25 % y aumentar los lectores de nuestros órganos al menos en un 50 hasta un 100 %. De este modo obtendremos tal cantidad de medios para el esclarecimiento de los camaradas del partido y en la preparación para las duras luchas que se avecinan, en una forma tan grandiosa y también tan natural como fuere posible imaginar. En este sentido, les pido a ustedes que aprueben mi resolución y que trabajemos y luchemos en este sentido hasta lograr el triunfo total. (*Prolongada ovación.*)

Congreso del Partido Socialdemócrata alemán en Mannheim - 1906 *

Exposición de August Bebel sobre la huelga política de masas

Cuando nos separamos el año pasado en Jena, nadie sospechaba que ya este año tendríamos que volver a hablar de la huelga política de masas. Es sabido por todos ustedes cómo se ha dado esto. La forma en que fue provocada la discusión debe ser condenada enérgicamente. Ustedes saben que en base a una conversación confidencial de carácter completamente informal que tuvieron la Comisión General y la Presidencia del Partido y sobre la cual informó la Comisión General en la subsiguiente Conferencia de las Presidencias Centrales, se levantó un acta que por cierto —como lo he de probar— reproduce en parte incorrectamente los debates. Por la indiscreción de la así llamada “Unidad”, en Berlín, se llegó a desencadenar el gran debate. Yo encuentro que el título de “Unidad” en tal caso es una burla total. (*¡Muy cierto!*) Si se hubiera querido proceder lealmente, si los redactores en cuestión se consideran camaradas del partido, hubiera sido su obligación —ya que surgía de las actas claramente que en esas deliberaciones no estaba representada la presidencia del partido— preguntar a éste en primer lugar si las actas reproducían en verdad lo que se había tratado en aquella conversación confidencial. (*¡Muy cierto!*) Si ellos entonces no estaban satisfechos, podían haber hecho lo que les pareciera bien. Pero aún entonces yo hubiera debido caracterizar a la publicación como una deslealtad. (*¡Muy cierto!*) Sin embargo, aquí corresponde hablar de aquella fuerza que desea el mal pero produce un bien.

Tengo que expresar mi más grande admiración, porque en el momento en que fue publicada aquella deformación tendenciosa del Acta, una parte de la prensa del partido la aceptó sin más como verdadera y correcta y se lanzaron a una aguda crítica contra la

* Actas de las deliberaciones del Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán, que tuvo lugar en Mannheim, del 23 al 29 de setiembre de 1906, p. 227 y ss.

presidencia del partido y en especial contra mi persona. Se aceptó, sin antes verificarlo, que lo informado se basaba en la verdad. No tengo reparos en aclarar: si fuera cierto lo publicado aquella vez en "Unidad", y lo que hasta en cierto grado encuentra su confirmación en el Acta de la Comisión General, entonces no habría condenación suficientemente dura contra aquellos que se hubieran permitido tal cosa. Pues entonces nuestro proceder, y en especial el mío, no hubiera sido nada más ni nada menos que una traición al partido. Yo no puedo imaginar que una autoridad, pocos meses después de un congreso del partido, en el que fue adoptada una resolución presentada por esa misma autoridad, y que debe servir de pauta política del partido, se pueda permitir entrar en negociaciones con un sector contrario de esa política, con el fin de anular una resolución tomada por el partido. Se podría haber esperado que al menos las publicaciones del partido se hubieran preguntado si, a un hombre que ha luchado a lo largo de una vida entera por el partido se le podría imaginar capaz de cometer tamaña felonía e infamia. (*Animada aprobación.*) Si bien yo también apruebo que se use de la desconfianza, que se vigile a las autoridades del partido que tienen el poder de dirección, y a pesar de que considero la desconfianza como una cualidad democrática; sin embargo, la forma en que esta vez se ha expresado en el partido la desconfianza, es algo tan inaudito como nunca antes lo había conocido.

Nosotros en la presidencia del partido nos encontrábamos, por supuesto, en una situación muy incómoda a causa de la publicación de la así llamada "Unidad". Las negociaciones habían tenido lugar en una reunión de la Dirección Central de los Sindicatos y se habían declarado esas conversaciones como secretas. El Acta fue entregada a un número restringido de personas y a todas se les impuso la obligación de manejar el contenido de la misma en forma rigurosamente confidencial, y, finalmente, por indiscreción de un supuesto periódico del partido, son publicadas una parte de esas conversaciones que, además, son puestas bajo una falsa luz por esa publicación. La presidencia del partido, que es el acusado principal, se ve obligada a guardar silencio en base al hecho de que esas conversaciones habían sido declaradas secretas: Yo creo que nunca una dirección de partido, desde que tenemos en Alemania un Partido Socialdemócrata, ha estado en una situación tan incómoda como la nuestra en aquella ocasión. (*Muy cierto!*) Tuvimos que permitir todo tipo de ataques y

debimos limitarnos a hacer algunas rectificaciones, pero no podíamos referirnos al contenido de las conversaciones. A todo esto era evidente que, luego que se había producido la indiscreción, tanto entre los camaradas del partido como entre los miembros de los sindicatos, existía la apremiante necesidad a partir de ese momento de ver con claridad y saber con exactitud qué había sido tratado, a fin de poder formarse sobre el asunto un juicio definitivo, para luego poder adoptar una posición. Por eso fue natural que nos dirigiéramos a la Comisión General, solicitándole que, en lo que se refiere a las conversaciones entre partido y sindicato, se publicara el acta para, de este modo, posibilitar que tanto el partido en su conjunto como la opinión pública se informara sobre las conversaciones. La Comisión General rechazó esto y se consideró ligada a la Resolución de la Conferencia. Nosotros, sin embargo, no podíamos declararnos de acuerdo con esto, pues la crítica en la prensa se hizo cada vez más aguda, el descontento y la indignación de los camaradas, que expresaban decididamente su disconformidad en innumerables cartas a la presidencia del partido, eran cada vez mayores y exigían a todo trance que ésta debía preocuparse para que el Acta fuera dada a publicidad. Seguidamente pedimos a la Comisión General que preguntara a los participantes de la Conferencia respecto del asunto y les explicara la situación solicitándoles que dieran autorización para la publicación. El resultado de la votación fue que la gran mayoría de los delegados a aquella Conferencia Sindical rechazaron la publicación. A causa de esto estábamos nosotros en una situación mucho peor que antes. Y muy a pesar nuestro tomamos la decisión por ustedes conocida. Nosotros pensamos que estaban en juego más altos intereses y que era imposible disimular el asunto por más tiempo, pues necesariamente la indignación y el descontento en el partido y en los sindicatos se hizo cada vez mayor y se abrían las puertas de par en par a todo tipo de sospechas. (*Animada aprobación.*) Nosotros comprendemos que la Comisión General estuviera extremadamente irritada por la decisión de la presidencia del partido, de publicar el Acta. Pero nosotros pedimos también que los miembros de la Comisión General se coloquen por una vez en nuestra situación y se planteen la pregunta de qué habrían hecho ellos en lugar de la presidencia del partido. La Comisión General no habría adoptado en un caso semejante otra actitud que la nuestra. Discutimos extensamente sobre esa cuestión y tuvimos en cuenta todas las eventualidades

posibles, pero las razones para la publicación del Acta eran tan fuertes que nosotros creimos poder arriesgar su publicación en contradicción con la Comisión General. Yo creo que la publicación no ha provocado ningún daño. (*¡Muy bien!*) De todos modos el daño que se hubiera ocasionado de no publicarse nada, hubiera sido mucho mayor. También la Comisión General en una declaración, afirma que queda demostrado que nada ha sido dicho en la Conferencia que los delegados sindicalistas tuvieran que ocultar ante los camaradas del partido. Si este es el caso, tanto más debe encontrar en la Comisión General aprobación, y ser aceptado como inevitable, el paso que decidimos y que nos vimos obligados a dar en situación de extrema necesidad y presionados por todos lados, pues de otro modo no hubiera sido posible una discusión profunda sobre el tema. (*Animados: ¡muy bien!*) Ya he aclarado que la conversación que tuvo lugar en febrero de este año, entre la Comisión General y la presidencia del partido, fue del todo informal, tan informal que nosotros en la presidencia, al adoptar la decisión de aceptar esa invitación, ni siquiera nos pusimos de acuerdo entre nosotros sobre qué le queríamos decir a la comisión en ese encuentro. Dejamos a discreción de cada miembro de la presidencia, qué informes, conceptos o expresiones quisiera hacer a la comisión en esa conversación confidencial. No existió una intención previa de adoptar resoluciones obligatorias en ningún sentido. Eso lo ven ustedes confirmado en el Acta de la Comisión General en la página 6, donde Legien aclara repetidas veces, que la conversación sostenida el viernes sobre la posición de la Comisión General respecto a la cuestión de la huelga política de masas, fue una conversación completamente *oficiosa*, un acuerdo que no debía presionar en ningún sentido a ninguna de las partes, a la adopción de determinadas resoluciones. Nosotros tomamos la decisión de realizar esas conversaciones, cuando simultáneamente se nos planteó la necesidad de conversar sobre la situación del partido y del sindicato en la Alta-Silesia.

Esta fue la primera ocasión para una conversación y las deliberaciones llenaron un día entero. Luego vino la segunda sesión en la que sin compromiso alguno, analizamos la situación y declaramos por nuestra parte que la situación a nuestro parecer era tal, que bajo las condiciones existentes entonces, no se podía pensar de ningún modo en una huelga general, pues terminaría inevitablemente en una brillante derrota del partido. (*¡Oigan,*

oigan!) En el Acta, en las páginas 7 y 8, donde se encuentra la exposición del camarada Silberschmidt, debería estar la argumentación que desarrollé en mi exposición. Ahora bien, en esa conversación confidencial tuve la primera intervención, que según creo duró con seguridad una hora, aunque en opinión de los camaradas de la presidencia del partido, fue aún más larga. De todos modos fue una exposición cuyo contenido no puede ser reproducido exhaustivamente en una página impresa del Acta. (*¡Muy cierto!*) Entonces, si por la misma razón de espacio, la exposición de Silberschmidt no podía ni siquiera aproximativamente reproducir el contenido de mi discurso, se agrega a esto que los diversos razonamientos fueron mezclados y superpuestos de manera tal que necesariamente tenían que conducir a una imagen completamente falsa de mi pensamiento. En la Conferencia expuse mi concepción de cómo se ha de realizar una huelga de masas. Aproveché allí la ocasión para someter a una crítica a toda la situación política interna y en especial la del Reino de Prusia. Señalé expresamente que no existe duda alguna de que una huelga general en Alemania, o bien en Prusia, significaría algo distinto que en cualquier otro país del mundo, que los poderes y la organización a los cuales nosotros nos enfrentamos—de un lado la monarquía prusiana y la oligarquía terrateniente, del otro lado los barones de la industria rigurosamente organizados—, podrían contrarrestar todo intento de una huelga de masas con medios tan brutales que, si queremos dar ese paso, deberíamos estar mucho más organizados de lo que lo estamos actualmente y durante un largo período aún podríamos estarlo. Bajo tales condiciones sería imposible pensar en poner en escena una huelga de masas de tal carácter, lo más probable sería esperar que la huelga de masas fracasara y que también los provocadores ultraderechistas aprovecharan de inmediato la oportunidad para proceder a tomar medidas de excepción. En tal circunstancia sería de esperar que tales leyes de excepción encontrarán la necesaria consideración en las instituciones competentes, en el parlamento y en otros cuerpos. (*¡Muy cierto!*)

Así pues nos dijimos que sería la máxima inconsciencia si, en semejante situación diéramos un paso tal. Nosotros debemos protestar contra las expresiones de algunos camaradas del partido en la prensa, de que nosotros deberíamos haber arriesgado la huelga de masas, aún previendo que íbamos a fracasar. (*¡Muy bien!*) Ciertamente, hay momentos en la vida de los pueblos en los que

se dice: "coute que coute" [cueste lo que cueste], en los que la lucha debe ser librada hasta sus últimas consecuencias, aún previendo una derrota. Pero yo niego decididamente que en Prusia la situación en aquel momento fuera tal que se hubiera podido entrar en una lucha de ese tipo. Un general que lleva a su ejército a la batalla, sabiendo segura la destrucción del mismo, sería considerado un enfermo mental, puesto de inmediato ante un tribunal militar y fusilado en el término de 24 horas. La presidencia del partido se encuentra en una situación muy similar. Una acción semejante no sería otra cosa que una frivolidad y tendría que terminar en una terrible derrota. Yo creo que aquellos que ahora critican con más violencia a la presidencia, serían los primeros en lanzarse a criticarnos luego de la derrota. (*Animada aprobación.*) La actitud que en esta oportunidad ha adoptado una parte de la prensa partidaria contra la presidencia del partido, me impulsa necesariamente a hacer esta apreciación.

Ahora bien, es incomprensible que, al desarrollar yo estos puntos de vista, los dirigentes sindicales no solamente vieron en ellos una confirmación de sus posiciones, sino que con satisfacción sacaron aún otras conclusiones, como si yo estuviera en principio contra toda huelga de masas y contra toda propaganda por la huelga de masas.

Que esta interpretación psicológica mía de la concepción de los dirigentes sindicales es correcta, se demuestra por el hecho de que inmediatamente después de la conferencia misma surgieran conceptos de este tipo, de modo que me vi precisado a aclarar en forma terminante, que me consideraba ubicado como siempre en el mismo punto de vista sostenido en Jena y que no tenía necesidad de retractarme de ninguna de mis palabras. Es una interpretación falsa de la Resolución de Jena, hacer como si ella exigiera que en la primera oportunidad nos lanzáramos sin más a una huelga de masas. Quiero demostrar que aquellos que dicen que a las grandes palabras de Jena no han seguido los hechos, han olvidado —como quiero suponer en su honor— las deliberaciones de Jena. Ciertamente que yo hubiera esperado de su escrupulosidad que antes de pronunciar un juicio semejante, hubieran tomado el Acta de Jena en sus manos para comprobar qué es lo que dijeron Bebel y los otros. (*¡Muy cierto!*) Si esto hubiera ocurrido, no habrían encontrado en mi discurso ni una sola frase que pudiera ser interpretada de ese modo. He leído el Acta de las deliberaciones en Jena dos veces, palabra por palabra y me

asombré de cuán correcto fue el punto de vista que adoptamos allí. El hecho de que yo mismo, ya en la Conferencia, me opusiera a expresiones confusas de miembros de la Comisión General, lo aclara el mismo Silberschmidt en una observación contra Ge- yer, en la página 47 del Acta de las deliberaciones con los presidentes de sindicatos. Allí se dice: Sin embargo Bebel ha declarado que él mantiene palabra por palabra lo que dijo en Jena. Esto, sin embargo se encuentra en total contradicción con el resumen del mismo Silberschmidt en la página 7 del Acta. Yo me explico esa contradicción, como decía, a partir de ese momento psicológico que antes señalé.

Una mirada al debate sobre la huelga de masas tal como se ha dado hasta el momento, muestra que sin la aprobación de los dirigentes y miembros sindicales no puede pensarse en la posibilidad de realizar una huelga de masas. El simple hecho de que el número de camaradas organizados es de 400.000, tiene que convencer a cualquier persona inteligente, de que la interrupción del trabajo por éstos, aún cuando se sumen un cierto número de simpatizantes, tiene que quedar sin consecuencias apreciables. Es de todo punto inconcebible pretender realizar una huelga de masas sin que exista en amplios sectores de las masas la disposición general para ello. (*Animada aprobación.*) Esto lo hemos visto cuando, a mediados de agosto de este año, los dirigentes de la socialdemocracia rusa, decidieron la huelga de masas con los dos tercios de mayoría. Esa huelga de masas fracasó, sin embargo, pues la gran mayoría de los trabajadores y de las organizaciones obreras declararon que no intervendrían. Esta debería ser una notable enseñanza para aquellos que por ahí creen que en cualquier momento se puede hacer una huelga de masas (*¡Muy cierto!*)

Al mismo tiempo, sin embargo, no debe desconocerse que la situación en Rusia no es comparable con la de Alemania. Rusia es un país económica y políticamente muy atrasado. Rusia es gobernada despóticamente, el pueblo no posee los mínimos derechos políticos. Lo que el pueblo ha conquistado se lo ha quitado a la autocracia zarista pero no ha sido sancionado legalmente. La lucha en Rusia es una lucha revolucionaria, a través de la cual se trata ante todo, de conquistar las más elementales y fundamentales condiciones para una moderna vida estatal. (*¡Muy bien!*)

Es natural que los trabajadores que libran esa lucha, buscan también al mismo tiempo, mejorar su situación social. Por supues-

to, esta lucha adopta formas que nosotros no habíamos visto hasta ahora en ninguna revolución. La clase trabajadora adopta, naturalmente, el arma de la lucha de clases, pues es la única arma posible para ellos en Rusia. (*¡Muy cierto!*) En toda lucha revolucionaria se utilizan constantemente nuevos métodos que se adecúan a las estructuras económicas de los países correspondientes. Pero también en Rusia, donde la huelga de masas necesariamente ha de jugar un gran papel en la revolución, fracasa cuando las masas, en una situación determinada, no se sienten dispuestas para ella. Esto lo comprendió la socialdemocracia rusa. En Rusia se está librando la lucha por una nueva forma de estado, entre nosotros en cambio han sido logradas las condiciones previas desde hace una larga serie de años, condiciones por las cuales aún se debe luchar en aquel país. (*¡Muy cierto!*) Por eso, la situación en Rusia no se puede comparar con la de Alemania. Aunque tengamos mucho que criticar al orden de cosas imperante, nadie puede afirmar que nosotros en todos los casos tengamos que recurrir a métodos similares a los que utilizan nuestros camaradas rusos. (*¡Muy cierto!*) Nosotros tenemos en el Imperio Alemán el derecho al voto universal. A esto quiero agregar: si el camarada Maurenbrecher hace una referencia contra nuestra táctica en la lucha por el derecho al voto en Austria, es necesario decir que un hombre que quiere mantenerse en el terreno de la concepción materialista de la historia y pretende haber hecho profundos estudios históricos, debería saber que los austriacos luchan por un derecho al voto que entre nosotros es ya una realidad desde hace casi cuarenta años. Los trabajadores austriacos en este momento luchan por derecho al voto universal, igual, directo y secreto para el consejo de estado, es decir, para una institución similar a nuestra dieta. A los trabajadores austriacos no se les ha ocurrido librar la lucha por el voto universal para los parlamentos regionales utilizando la huelga de masas. Ellos se dijeron: no podemos comenzar por el techo si no hemos creado los cimientos. Por tanto, no es adecuada en absoluto la comparación con Austria. En justicia se debería esperar que un hombre que posa de político, que quiere ser un historiador, conozca esos hechos para poder dejar de lado semejantes comparaciones. (*¡Muy bien!*) Mucho tiempo antes que en Rusia, los trabajadores realizaron huelgas de masas en Bélgica, Holanda, Suecia e Italia. Pero éstas no son comparables, ni por su esencia, ni por su objetivo, con las huelgas de masas rusas. En Rusia se

trata de una gran lucha revolucionaria que se libra por la conquista de las más primitivas condiciones de vida estatal, por objetivos determinados y limitados. En 1893 en Bélgica se trató de conquistar el derecho al voto universal. La huelga de masas tuvo indudable éxito, en la medida en que fue abolido el voto clasista y fue otorgado el derecho al voto universal, aunque con el sistema plural. * Los camaradas austriacos tienen hoy en el parlamento 30 representantes mientras antes no tenían uno solo. Por el contrario, la segunda huelga de masas en Bélgica al comienzo de este siglo contra el sistema plural fracasó. Quizá porque la primera vez la burguesía belga fue sorprendida y se dejó amedrentar, pero no la segunda vez. (*Animada aprobación.*) Ocurre algo muy semejante con las huelgas de masas en Holanda, Suecia e Italia. En Italia, por ejemplo, las huelgas de masas son acontecimientos espontáneos que se explican por la naturaleza de ese pueblo. El problema es entre nosotros similar por cuanto también nosotros con la huelga de masas queremos alcanzar un objetivo concreto y limitado. No se trata por tanto de la transformación de la superestructura política de la sociedad burguesa. Por otra parte, dado que a través de la huelga de masas se trata de conquistar un derecho político, su ámbito está circunscripto a Alemania del Norte. Los dos estados alemanes del sur poseen ya el derecho al voto universal, igual, directo y secreto para los parlamentos regionales. Es entonces evidente que si los alemanes del norte recurren a la huelga de masas como recurso último para conquistar el derecho al voto en el parlamento regional, los alemanes del sur no lo harán. Ellos nos pueden apoyar sólo material y moralmente. La esperanza en una huelga de solidaridad generalizada de los alemanes del sur, estaría construida sobre la arena. Esto tenemos que decirlo si analizamos la situación fríamente y con objetividad. Y justamente en esta cuestión es imperioso un enfoque de ese tipo. No es mi opinión que se tenga que llegar necesariamente a un derramamiento de sangre en caso de una huelga de masas. Aquí mis puntos de vista divergen de otros. De todos modos no se puede decir que, porque en Rusia la revolución comenzó por una huelga de masas, igualmente entre nosotros una huelga de masas significará el comienzo de una revolución. Las cosas no se repiten de acuerdo con el mismo esquema. El pensamiento expresado repetidamente de que una huelga

* Véase Cole, IV, pp. 103-104.

de masas significa la revolución y ésta no ha de sernos ahorrada, motivó hace poco a un camarada en Maguncia, bajo la protección del camarada Dr. David, a declarar que entre nosotros no se debe pensar bajo ninguna circunstancia en una revolución sangrienta. La huelga de masas puede ciertamente servir por una vez como última arma, pero siempre sólo como medio de lucha pacífica. Ahora bien, camaradas del partido, escapa a todo cálculo precisar qué tipo de acciones pueden eventualmente derivarse de una masa descontenta. Nosotros nunca hemos declarado que queremos hacer una revolución, siempre hemos dicho que las revoluciones son hechas desde arriba, por las clases dominantes, que no acceden a los justos reclamos del pueblo. Esta concepción fue sostenida también siempre por los viejos especialistas en derecho constitucional y nosotros con ellos. Pero no está excluido que, cuando los límites del descontento en el pueblo han alcanzado el grado máximo, se puede llegar a arranques violentos. Aquellos que por allí opinan que a causa del carácter de nuestro pueblo, Alemania está a salvo para toda la eternidad de tales revoluciones, se equivocan de medio a medio. (*¡Muy bien!*) Yo no puedo por tanto afirmar lo contrario. Eso depende de las condiciones y de los estados de ánimo resultantes, que no pueden ser creados artificialmente. Así como no puede decirse que la revolución ha de tener lugar inevitablemente, tampoco puede afirmarse que en ningún caso se ha de llegar a erupciones violentas en Alemania. (*¡Muy cierto!*) Para nosotros la aplicación de la huelga de masas supone la existencia de determinadas condiciones previas. En la resolución de Jena se dice que en el caso de un atentado contra el derecho al voto universal, directo, igual y secreto, o bien al derecho de asociación, es obligación de la clase trabajadora en su conjunto aplicar todos los medios de lucha, y nosotros designamos como *uno* de esos medios al abandono masivo del trabajo. Ahora bien, no tengo el menor reparo en declarar que, si se fragua un atentado contra el derecho al voto universal, o si se ha de quitar a los trabajadores el derecho de asociación, no se plantea en absoluto la cuestión de si nosotros queremos, sino que entonces nosotros estaremos obligados. (*¡Muy bien!*) No nos dejamos quitar derechos que poseemos, de lo contrario seríamos tipos despreciables, miserables. (*Animada aprobación.*) Aquí está el punto donde no caben más regateos ni reflexiones. En tal caso tenemos que lanzarnos al fuego todos en conjunto aunque nos quedemos en el camino. (*Nuevamente animada aprobación.*) Si los enemigos

intentan esto, han de hacerse cargo de las consecuencias. En tal caso estamos nosotros obligados, hombres y mujeres que defienden sus derechos humanos, derechos sin los cuales no puede seguir existiendo un pueblo, a poner todo en juego para rechazar, cueste lo que cueste, semejante atentado. (*¡Muy bien!*) Yo tengo la firme convicción de que entonces también más allá de los marcos de la socialdemocracia alemana, más allá de los marcos de los sindicatos, la clase trabajadora en su totalidad, en la medida en que piensa y siente políticamente, en tanto posee una idea del valor de esos derechos, se sumará unánimemente a esa lucha. (*¡Muy bien!*) Es muy distinto si se trata de un derecho que recién ha de ser conquistado. Tenemos que tener bien en claro, que la fuerza para conquistar derechos que atañen a los estados particulares, se ha debilitado sensiblemente con la fundación del Imperio Alemán. Yo no creo que un camarada del sur quiera afirmar que se deba exclusivamente a nuestro partido el que ellos posean el derecho al voto universal. No, esto es consecuencia de un desarrollo histórico muy distinto, de relaciones económicas y políticas de tipo completamente distinto en los estados alemanes del sur, en especial la posición fundamentalmente distinta de los partidos burgueses entre ellos. En ninguno de esos estados fue concedido el derecho al voto universal, igual, directo y universal por presión de los socialdemócratas, sino que los partidos burgueses mismos pensaron que solamente a través de ese voto podrían alcanzar o bien conservar el poder. (*¡Muy bien!*) Que la socialdemocracia también haya ganado con ello, es una resultante muy desagradable para los partidos burgueses. Si ellos hubieran podido impedirlo, lo hubieran hecho. También en otras direcciones se hicieron extrañas digresiones en el partido; se pusieron las cosas completamente cabeza abajo cuando se actuó como si la agitación de Lassalle, hubiera provocado el derecho al voto universal para la Dieta. En una época en la que Lassalle ni siquiera había aparecido con su exigencia, existía en los círculos conservadores de Prusia, especialmente en los círculos que entonces se agrupaban alrededor de Wagener, la idea —fundada en las experiencias que los conservadores habían hecho en la época de conflictos con el sistema de votación de las tres clases—, * de conceder para Prusia el derecho al voto universal, con la esperanza de derrocar, si fuera posible, a la mayoría opositora dentro

* Dreiklassenwahlrecht: derecho al voto triclassista o derecho al voto calificado.

de esas tres clases. Esta es una verdad histórica y el mismo Bismarck fue influido por ese razonamiento. Para Bismarck, al ser creada la Dieta de la Confederación Alemana del Norte, no existía absolutamente ninguna otra posibilidad que la introducción del derecho al voto universal, igual, directo y secreto. Aunque estoy dispuesto a hacer valer en todos los aspectos nuestra influencia sobre la cosa pública, debo oponerme por otra parte con energía a semejantes falsificaciones históricas que presentan las cosas como si nosotros, en aquella oportunidad, hubiéramos ya sido quien sabe cuán poderosos y hoy, en comparación, fuéramos tan débiles. (*¡Muy bien!*)

Ahora bien, no hay duda de que a raíz de la introducción del derecho al voto universal para la dieta y a las facultades otorgadas a ésta dentro de las cuales se cuenta, por ejemplo, el gran sector de la legislación social, la legislación para el comercio y el transporte, el ejército, la marina, etc.—, ha concitado el interés de los trabajadores por la Dieta, mientras que por el parlamento regional acusaban poco o ningún interés. Liebknecht decía hace aún ocho años: "Qué nos interesa el parlamento prusiano. Dejémoslo que se pudra." Yo mismo, hace 13 años, cuando Bernstein impulsaba la participación en las elecciones al parlamento regional, lancé en Colonia una tronante filípica contra la participación en las elecciones de parlamentos regionales. Nosotros no nos hemos preocupado de los parlamentos regionales por casi 50 años. Sería una sorpresa psicológica si, con la larga tradición que nos pesa como grillos en los pies, de pronto las masas adquirieran un gran entusiasmo por la huelga de masas contra el derecho al voto triclasiista. Aunque también nuestros adversarios se alegren por mi confesión, tengo que decir, sin embargo, que no ha llegado aún el momento en el que nosotros pudiéramos realizar una huelga de masas para conseguir el derecho al voto universal en Prusia. Ahora bien, se ha dicho: "Vosotros habéis hablado antes de otro modo. En Sajonia y en Prusia se planificó muchas veces la huelga de masas." Según Silberschmidt yo habría manifestado tales concepciones en aquella conferencia. Esto es un desagradable malentendido. En Hamburgo se organizaron un gran número de reuniones de protesta contra las nuevas modificaciones al derecho al voto, aprobadas en mayo del año pasado, pero que, para desagradable sorpresa de la dirección local del partido, tuvieron una asistencia extraordinariamente floja. Ante el atentado al derecho al voto por parte del senado, no hubo al comienzo en el proletariado hamburgués ningún estado de ánimo

propicio para oponérsele. La presidencia del partido escribió a Hamburgo que estaría dispuesta a consultar con los camaradas de allí qué se podría hacer en tal situación. Aquí debo hacer una rectificación. En una polémica que yo tuve con el *Echo* en la primavera pasada, afirmé que en aquella oportunidad, la sugerencia para la adopción de otras medidas en Hamburgo provino de la presidencia del partido, antes de que los camaradas de Hamburgo hubieran pensado en ponerse en contacto, lo que ellos debían hacer aquel domingo. Este resultó ser un error. Ya el 22 de mayo, la dirección del partido en Hamburgo había considerado el problema y decidido que los tres representantes socialdemócratas de Hamburgo en el parlamento, Metzger, Dietz y yo, fueran a Hamburgo para discutir los próximos pasos a realizar respecto del asunto. Entretanto, sin embargo, la carta de la presidencia del partido estaba en camino pero llegó recién el martes. Por tanto, corresponde sin duda a los camaradas de Hamburgo la prioridad en la iniciativa. Ahora bien, en aquella reunión se conversó también sobre la huelga de masas; pero ninguna voz declaró querer lanzarse a la misma. Todos estábamos convencidos de que hubiera sido una locura pensar en una huelga de masas en Hamburgo en ese momento. Se agregó a esto que las modificaciones del Senado no tenían, como es sabido, la intención de quitar a los trabajadores el derecho al voto en forma total, sino que tenía por finalidad promulgar otro sistema para impedir en lo posible la pretendida influencia exagerada de la socialdemocracia bajo el viejo sistema del derecho al voto de acuerdo con el censo. Luego, ni entonces ni posteriormente se pensó en una huelga de masas en Hamburgo. Exactamente lo mismo ocurrió en Sajonia. Allí, la presidencia del partido fue invitada repetidamente a presenciar las conferencias de los delegados del partido de Sajonia sobre la lucha por el derecho al voto. Por diversas razones no tomé parte en ninguna de esas conferencias, puedo decir sin embargo, en base a los informes de mis camaradas de presidencia, que en contraposición con Hamburgo, una minoría de delegados dentro de la socialdemocracia de Sajonia, estaba *por* la realización de huelgas de masas, mientras que la gran mayoría, y entre ellos también los representantes de la presidencia del partido, se pronunciaron en forma enérgica contra la huelga de masas bajo las condiciones entonces existentes. Si a pesar de todo, la huelga hubiera tenido lugar, la presidencia del Partido habría sido la última en pronunciarse públicamente contra ella. En un caso semejante, la presidencia, a pesar de su convicción en contra,

está obligada a apoyarla. Deben creer ustedes a la presidencia del partido capaz de tal sentimiento de solidaridad, de lo contrario sería lo mejor —más vale hoy que mañana— mandarla al mismísimo diablo. (*Risas y aprobación.*) Pero no es cierto que el problema de la huelga de masas hubiera sido considerado en Prusia, en círculos dignos de mención. La totalidad de los 78 diputados estuvieron en aquella oportunidad reunidos. Pero tal problema no fue traído a debate por nadie. Tampoco en la comisión de control, que estuvo reunida en enero en Berlín, se nos acercó nadie con la propuesta; ninguna organización en Prusia nos hizo llegar moción alguna en tal sentido, ni siquiera una carta con la expresión de un tal deseo ha llegado a la presidencia. Yo puedo aclarar, además, que todos los pasos que fueron consultados en la ocasión fueron convenidos en total coincidencia con los representantes de la dirección del partido en Berlín, pues como ustedes saben, de acuerdo con la resolución del congreso del partido en Prusia, del año 1904, le fueron encomendados a la dirección del partido en el Gran-Berlín, la gestión de los asuntos para Prusia, por tanto era ésta la que, en primer lugar, estaba llamada a decir la palabra decisiva. Por cierto que en el curso de la discusión se habló de la huelga de masas, pero ninguna de las partes sostuvo seriamente esa idea [...]

Ninguno de nosotros piensa en anular las Resoluciones de Jena o limitarlas de algún modo. Ninguna palabra de la Resolución de Jena corresponde a la concepción que han expresado los adversarios de la táctica de la presidencia. Tampoco retiré una sola palabra de mi discurso en aquella ocasión. Yo quisiera aquí solamente subrayar un pasaje característico. Luego que hablé de las diversas huelgas de masas en los diversos países, me refiero a Alemania y entonces digo: Nosotros los alemanes no damos tan fácilmente un paso que antes no hayamos reflexionado exactamente, lo que nos ha traído el reproche de que nosotros seríamos como el soldado de infantería austriaco, que siempre renguea a la zaga. Nosotros somos de la opinión: antes de lanzarnos a tan grandes combates, debemos organizarnos cuidadosamente, agitar, crear claridad política y económica, hacer a la masa consciente de sí misma y capaz de resistencia y entusiasmarla para el momento en que nosotros tengamos que decirle: "Tienes que arriesgarlo todo pues está en juego una cuestión vital para tí como ser humano, como padre de familia, como ciudadano."

Si bien es cierto que yo en Jena me pronuncié con gran entusiasmo por la huelga de masas como medio eventual de lucha, sin em-

bargo no se puede deducir de ninguna palabra que yo me hubiera pronunciado por una huelga de masas ya para el próximo año. Justamente porque se trata para nosotros de la transformación de la totalidad de las relaciones políticas en Alemania, de la obtención de derechos muy específicos, para los cuales ha de ser puesta en escena la huelga de masas, y porque nosotros, en interés de todos, debemos aspirar a mantener una manifestación semejante completamente en nuestras manos—, exigimos que en una medida aún mayor se agite y se esclarezca, para que en el momento dado, tengamos en nuestras manos las masas disciplinadas —que han de arrastrar consigo a las indisciplinadas— a fin de que no se hagan tonterías. (*¡Muy cierto!*) Yo declaro a ustedes, en nombre de toda la presidencia del partido y de la comisión de control, que nosotros hemos consultado sobre el tema, que nos basamos en que la huelga de masas es *necesaria* por cierto, pero no nos dejamos *azuzar* para entrar en una huelga de masas contra nuestra convicción, viniere esto de quien viniere. (*Animados aplausos.*) Yo considero a la huelga de masas como la *última ratio*, el último pero pacífico instrumento de nuestro partido, como un medio de lucha que nosotros debemos aplicar con toda fuerza, disciplina y autocontrol, a fin de darle la forma que nosotros querramos, en interés del partido y del pueblo. (*¡Muy bien!*) Esto no podemos arriesgarlo aún con nuestra organización actual. Querer ser optimistas en esto, lo considero un error. Debemos desplegar nuestra actividad en todas las direcciones. El estímulo de Jena ya ha producido en el corto período de un año, hermosos triunfos. Pero la agitación y la organización debe desarrollarse de manera muy diferente, y cuando esto ocurra, ya vamos a ver, qué más podemos hacer.

En la prensa adversaria, y en primer lugar en el *Franckfurter Zeitung*, se me ha atribuido que, en la cuestión de la huelga de masas he vacilado entre una y otra posición; y que ya en Bremen me habría pronunciado en contra de ella. Esto, sencillamente, no es verdad. En Amsterdam votamos todos por la resolución sobre la huelga de masas, sin contar que, hasta un nuevo debate en el próximo congreso del partido, este problema debería ser profundamente discutido en la prensa y en las reuniones.

Surge ahora la pregunta: ¿qué posición tienen nuestros sindicalistas sobre la huelga de masas? Todos ustedes saben que durante los debates que tuvimos el año pasado en Jena, se hizo referencia repetidas veces a la Resolución de Colonia y se opinó que aquella

resolución está en contradicción con la de Jena. Yo no quiero extenderme más aquí sobre este problema. Quisiera sin embargo dejar constancia, y lo hago con placer, que, a pesar de que se dijeron muchas cosas desagradables en las exposiciones de los diversos oradores acerca del partido en la Conferencia de Presidentes de Sindicatos en Berlín, aquellas deliberaciones han mostrado en general que, a pesar de todo, nos hemos *aproximado* más significativamente que lo que parecía ser posible en Jena. (*¡Muy bien!*) Sobre esto no puede haber duda alguna. Especialmente ha sido para mí una gran satisfacción, al leer en la intervención del camarada Bömelburg en aquella conferencia, su opinión de que, si se tratara alguna vez de cuestionar el derecho de asociación, imprescindible tanto para los trabajadores como para los sindicatos, en tal caso los sindicatos ni siquiera esperarían la iniciativa del partido, sino que ellos deberían actuar por sí mismos y aplicar la huelga de masas. Esta es una coincidencia muy satisfactoria. Leyendo las actas he visto también, que un decidido adversario de la huelga de masas dijo en aquella reunión: "Yo he notado en mí mismo que uno, poco a poco, se comienza a acostumar a la idea de la huelga de masas". Esto demuestra que a través de las discusiones en Colonia y Jena y luego en la prensa, un gran número de camaradas reflexionaron más profundamente y que los resultados de su reflexión se diferencian en forma notable de sus anteriores razonamientos. Me parece que no hay dudas de que nosotros debemos ganar a los sindicatos para la idea de la huelga de masas. Igualmente el que la huelga de masas no sea realizable sin la intervención de los sindicatos. (*¡Muy bien!*) Por otra parte, precisamente en los sectores sindicales, a través de una serie de expresiones en artículos y discursos y sobre todo en las deliberaciones de la conferencia sindical en esta primavera, ha surgido la idea de que el Partido Socialdemócrata estaría inclinado a jugar con la huelga de masas. Esa opinión es alimentada, por ejemplo, con resoluciones como la de Nieder-Barnimer, que logra lo más maravilloso que se puede lograr en ese sentido. ¡Camaradas del partido! ¿No sabe acaso la sección electoral Nieder-Barnimer, que ha adoptado esa resolución por mayoría, qué es lo que el partido ha decidido para Prusia respecto a las manifestaciones callejeras? ¿No sabe él acaso que si nosotros, de acuerdo con el texto de esa resolución, realizamos manifestaciones callejeras y esto conduce a un baño de sangre sin que tengamos la garantía de salir de ese baño de sangre como vencedores [...] En la resolución no se habla me-

ramente de manifestaciones, sino directamente en plural, de huelga de masas. Se describe a la huelga de masas como un medio de agitación aplicable a cada instante. Hoy hacemos una huelga de masas, mañana otra y pasado mañana de nuevo otra. Semejante concepción debemos rechazarla enérgicamente. Yo sólo puedo recomendar a la conferencia del partido que rechace todas las resoluciones que han sido presentadas sobre este tema y que acepte la resolución que *nosotros* les hemos propuesto. Yo noto además que la gran mayoría de esas resoluciones en este momento ya están obviadas. Pues ellas plantean que no se debe abandonar el instrumento de la huelga de masas. A esto se llegó por causa de la publicación en "Unidad", que despertó la impresión de que en la presidencia del partido existía la idea de abandonar la Resolución de Jena.

Aún debo pronunciarme en pocas palabras contra una resolución que redactaron los camaradas de Mühlhausen. La resolución lleva el número 64 y se refiere al peligro que existe de que en la gran lucha de liberación en Rusia pudiera surgir en el gobierno prusiano el deseo de enviar tropas prusianas a Rusia para asfixiar la revolución con ayuda de sangre alemana. El camarada Maurenbrecher ha expresado el mismo pensamiento en un artículo. También en el extranjero estaba muy extendida esa opinión. Desde los más diversos sectores entre los camaradas rusos me han llegado preguntas de si es cierto que Alemania tiene la intención de intervenir y cuál sería en ese caso el comportamiento de los socialdemócratas alemanes. A esto yo he respondido: no es posible pensar que Alemania pudiera intervenir. Aunque se tenga una opinión muy mala sobre la orientación de nuestra política exterior, es necesario decirlo, una intervención es impensable. El canciller mismo ha aprovechado la primera oportunidad para aclarar en la dieta que esos rumores eran falsos, que en Alemania-Prusia no hay nadie que piense en ocupar Rusia. No se puede negar que el corazón del Emperador alemán, del gobierno y de la burguesía, está de parte del zar. Por supuesto, en todos esos círculos se desea que la revolución rusa sea derrotada; pero hasta llegar a los hechos y hacer marchar tropas alemanas sobre Rusia, hay aún una gran distancia. (*¡Muy cierto!*) Se tomaba como ejemplo el año 1792. Pero en aquella época toda Europa era enemiga de la revolución francesa. Entonces se pudo crear una coalición europea, en aquella oportunidad se podía pensar en asfixiar a la revolución en sangre.

Y sin embargo el intento fracasó.

Las situaciones de 1792 y 1906 son totalmente distintas. Hoy no existe ninguna coalición europea que pudiera estar dispuesta a ser movilizadada contra Rusia; en la actualidad Alemania está aislada en razón de su política exterior. La prensa austríaca de todos los partidos ha protestado de inmediato en forma enérgica de que se pudiera pensar en semejante intervención. La intervención de Alemania sobre Rusia significaría una guerra europea. (*¡Muy cierto!*) ¿Qué otra cosa han propuesto los camaradas de Mühlhausen que la misma huelga general que Nieuwenhuis proponía en el Congreso de Zürich para el caso de que estallara una guerra? Sí, camaradas, pocos de ustedes han vivido una gran guerra. Ustedes no tienen una idea de la situación existente en 1870 al comienzo de la guerra. Entre tanto, por supuesto, somos mucho más fuertes; pero también los instrumentos de fuerza de la parte contraria han crecido enormemente. (*¡Muy cierto!*) Sobre todo el equipamiento militar se ha transformado por completo. ¿Quién cree que, en un momento de enorme excitación, en que las masas son sacudidas por una fiebre hasta lo más hondo y profundo, en que el peligro de una guerra monstruosa, con sus miserias horribles está ante nuestros ojos; quién cree que en semejantes momentos sería posible poner en escena una huelga de masas? (*¡Muy cierto!*) Esta es una idea infantil. En el momento de desatarse una guerra semejante, marchan bajo las armas en Alemania desde el primer día unos 5 millones de hombres, entre los cuales varios cientos de miles de camaradas del partido. ¡La nación entera está bajo las armas! Terrible miseria, desocupación general, hambre, paro de fábricas, baja en la bolsa de valores —¿puede imaginarse que en semejante momento, en el que cada cuál piensa sólo en sí mismo, puede ponerse en escena una huelga de masas? (*¡Muy bien!*) Si una dirección de partido fuera tan frívola de organizar para esa ocasión una huelga de masas, sería decretado junto con la movilización el estado de guerra sobre toda Alemania y entonces no decidirían los tribunales civiles sino los militares. Yo he escuchado ya agitar la campanilla, de que en los lugares competentes se está sopeando desde hace tiempo la idea de deparar a los dirigentes de la socialdemocracia alemana el mismo destino que en 1870 a los miembros de nuestro comité del partido, y yo considero esto como probable pues en los círculos gubernamentales se cree que la socialdemocracia puede ser tan necia como para adoptar semejante resolución. Si ustedes creen que en un caso semejante nues-

tros enemigos tendrían algún tipo de tolerancia, están ustedes en un error; yo considero también inconcebible que en una situación semejante se espere tal cosa de ellos. Precisamente entre nosotros es distinto que en otros países. Alemania es un estado como no lo ha de haber por segunda vez. Se puede tomar esto como un cumplido, pero es la verdad y nosotros tenemos que tener la verdad ante los ojos y proceder de acuerdo con ella (*¡Muy bien!*) Yo puedo solamente pedirles que rechacen también la Resolución de Mühlhausen. Acepten la resolución que nosotros hemos propuesto, con ello estará trazado el camino sobre el cual el partido llegará triunfante a la meta que se ha propuesto. (*Ovación.*)

Resumen del discurso de Karl Legien pronunciado en el Congreso del Partido Socialdemócrata en Mannheim

[...] Ahora vayamos al tema de la *huelga política de masas*. Si alguna vez ha quedado demostrado que es poco práctico, para un partido rodeado de enemigos, que quiere avanzar, decidir las formas de lucha por anticipado, esa demostración ha sido ofrecida por lo que hemos vivido a partir de Jena. Allí Bebel recomendó la huelga política de masas. Su resolución fue aceptada con entusiasmo, ¿y qué ocurre hoy? Casi la mitad del discurso de Bebel fue una defensa contra los ataques que se hicieron contra él y la presidencia del partido. Este es el resultado de aferrarse a un medio de lucha sin estar seguro de que ha de poder ser utilizado inmediatamente. Quizá Bebel comprenda hoy que mi ponencia en Jena de tachar esa frase no fue del todo infundada. Yo declaré en aquella ocasión que esa frase era una concesión al anarco-socialismo. Bebel debiera haber comprendido ahora, cuánta razón tenía yo entonces. Los anarco-socialistas, efectivamente, tomaron la Resolución de Jena como una concesión, como un crédito concedido a la huelga general propagandizada por ellos. Cuando vieron que sus esperanzas no se cumplían, dirigieron sus ataques no contra la comisión general, a la que ya habían calificado de institución inútil y a sus dirigentes

de tipos miserables y cobardes, sino contra la presidencia del partido y particularmente contra Bebel. En la publicación de la "Unidad", que fue confirmada por todo los representantes de las organizaciones locales, se dice: "Si son ciertas las declaraciones de Silberschmidt en relación a la exposición del camarada Bebel en una sesión de la comisión general con la presidencia del partido, entonces esto significa un cambio en las convicciones de Bebel desde el Congreso de Jena, de lo cual no lo hubiéramos creído capaz. O bien la clase trabajadora alemana ha sido engañada ya en el Congreso de Jena, o bien el poder de la comisión general, basado en la resolución del Congreso Sindical de Colonia, es tan grande, que puede hacer ilusorias a posteriori las resoluciones del partido y puede estafar a la clase trabajadora alemana. Los dirigentes de las organizaciones que firman, declaran ante esto del modo más enérgico que, sin tener en cuenta aquellos acuerdos, seguirán propagandizando fervorosamente la huelga general o bien la huelga de masas, como está formulado en el programa de la Asociación Libre de Sindicatos Alemanes y considera su obligación, como lo han hecho hasta ahora, continuar explicando al proletariado en toda ocasión propicia el significado de ese método de lucha: En otro lugar continúan diciendo: "En un partido tan grande como el nuestro no debe ser practicada una política secreta, y contra ella debemos luchar abiertamente, tal como lo hizo Bebel, por ejemplo, en Jena, el 22 de septiembre de 1905. Y el 16 de febrero ocurre lo diametralmente opuesto, expuesto por el mismo Bebel. Tesis 1: La presidencia del partido no tiene la intención de propagandizar la huelga política de masas, sino que tratará de impedir la en tanto le sea posible." Al final dice: "De aquí se puede ver que ya desde hace mucho tiempo se ha abusado en la peor forma de la confianza del proletariado organizado y consideramos nuestra obligación denunciarlo. Así se hace también comprensible el que, desde hace un buen tiempo, en los periódicos del partido —por lo demás tan radicales— sopla un viento muy distinto al que se sentía hasta poco antes del Congreso de Colonia. ¡Trabajadores de Alemania! Si alguna vez tuvieron un significado las palabras inspiradas, ahora más que nunca sería oportuno recordar el proverbio: ¡Cuidado con vuestros tribunales!" Los anarco-socialistas no consiguieron lo que querían, de ahí los ataques. Lo que hizo la presidencia del partido no es otra cosa que lo que Bebel expresó en su fundamentación a la Resolución de Jena.

Por eso los anarco-socialistas no consiguieron lo que querían. Pero se ve que ellos consideraron la Resolución de Jena como un crédito otorgado a la huelga general. Ahora bien, puede decirse sin lugar a dudas que esta gente está fuera del Partido. Pero también por las declaraciones en la prensa del partido, se podría tener la impresión como si estuviéramos al borde del desencadenamiento de una huelga política de masas, como si fuera especialmente necesario recurrir a ese medio para lograr el derecho al voto universal en Prusia. También esos órganos de prensa se vieron defraudados en sus esperanzas, pues habían llevado demasiado lejos sus expectativas. Si se lee la Resolución de Jena con tranquilidad y objetivamente, se tiene en realidad la impresión de que la frase sobre la huelga política de masas, está allí metida como por la fuerza. Contra todas las tradiciones del Partido Socialdemócrata Alemán, aquí se ha definido previamente un medio de lucha. Hasta ahora teníamos por costumbre no dar a conocer a nuestros adversarios, qué es lo que en determinado momento haríamos. Esta desviación de la tradición ha afectado desagradablemente a muchos camaradas. Se agrega que nosotros en Alemania hemos sido educados por más de dos decenios en la concepción que Auer formuló diciendo: "huelga general es disparate general". ¿Y ahora tendremos que cambiar de improviso nuestra opinión? Entre la huelga de masas propuesta en Jena y la huelga general como se predica en los congresos internacionales, especialmente en Francia, no existen en realidad grandes diferencias. ¿Hemos de arrojar por la borda lo que hemos considerado justo por decenios, lo que nos enseñaron nuestros primeros dirigentes? (Grito: ¿Y por qué no?) No cualquiera puede cambiar sus opiniones de un día para otro. Eso se puede pretender de otros, no de nosotros. Finalmente durante 10 años se ha enseñado en el partido que las revoluciones en el mejor sentido no son más válidas. Siempre se dijo: nosotros prosperamos mejor sobre el terreno de la legalidad. Se ha dicho una y otra vez: no podemos ejercer ninguna resistencia violenta. Cuando nosotros, entonces, para las elecciones de 1903 obtuvimos el mayor número de votos y formamos la segunda fracción por su fuerza en la dieta, nuestra influencia debía haberse reflejado en la legislación, pero sin embargo, el hecho de que en apariencia tengamos tan poca influencia, dio motivos a una parte de nuestros camaradas para decir, así no va más, hay que cambiar de tono. Además, vinieron los acontecimientos de la revolución rusa y

todo esto aclara por qué se buscaron otras formas de lucha y se consideró necesario reconocer como una de ellas, a través de una resolución, a la huelga política de masas. Se ha hecho referencia a los éxitos de las huelgas de masas en distintos países. En Italia la huelga de masas no tuvo ningún éxito, en Holanda fracasó. La consecuencia fue la adopción de leyes anti-huelga. Y una huelga como conocimos en Suecia la podemos realizar en Alemania todos los días. Las condiciones en Austria no son del todo comparables con las de Alemania. Allí existen las disputas entre nacionalidades, el propio gobierno quiere cambiar el derecho al voto y se podría casi decir que la socialdemocracia actúa con el beneplácito del gobierno. En Austria hoy día se visualiza a la clase trabajadora directamente como la salvadora del estado. Los trabajadores no se encuentran en una oposición tan aguda con el gobierno y con una parte de las clases dominantes, como ocurre en Prusia. A pesar de eso, si ustedes preguntaran a nuestros representantes austríacos, qué ocurriría si se llegara a la huelga política de masas, recibirán la misma respuesta que a mí me dieron: "¡Derramamiento de sangre!" Si se cuenta ya con esta eventualidad allí donde se tiene el derecho a la calle, que nosotros aún tenemos que luchar por ganarlo, ¿cómo se quieren hacer comparaciones entre los acontecimientos en esos países y los que se dan entre nosotros? Y si entonces se trae a colación el argumento de Rusia y se dice que allí ha sido utilizada por primera vez la huelga política de masas como instrumento de lucha revolucionario, esto no es exacto. Las primeras luchas en Rusia fueron por el salario, tal como las realizamos nosotros en Alemania con diversos resultados. Se presentaron exigencias para el mejoramiento de la situación de los trabajadores. Se luchó por esas exigencias. Más tarde ya no fueron simples abandonos del trabajo para lograr determinadas exigencias, sino explosiones revolucionarias. Entonces el pueblo ruso se jugó entero por su libertad. ¿Cómo es posible afirmar, que aquello que tuvo lugar allí, puede ocurrir del mismo modo en Alemania? Yo coincidí totalmente con Bebel, que se equivoca aquél que piensa que no se llegará en Alemania o en Prusia a un período revolucionario como en Rusia. Yo estoy convencido de que nosotros vamos a entrar en un tal período. Llegará la hora en la que deberemos poner todo en juego para conservar los derechos o adquirir otros nuevos. Pero no se debe decir: cuando llegue la hora ha de ocurrir esto o aquello; llegada la hora se toman las decisiones rá-

pidamente, las masas entonces, si se encuentran a la cabeza dirigidas por conservadores, decidirán por sobre las cabezas de los dirigentes. Entonces se acabaron las resoluciones sobre la huelga política de masas, la huelga política de masas está aquí. ¿Creen ustedes que nuestras masas, formadas política y sindicalmente, se mantendrán en las fábricas? (*Animada aprobación.*)

También existe en Alemania finalmente, una concepción muy distinta sobre la huelga política de masas, como el camarada Bebel en su exposición ha expresado una vez más; se trata de que la huelga política de masas para el logro de objetivos políticos determinados, puede ser realizada sin que asuma el carácter de una explosión revolucionaria. Esta es la concepción dominante que parece imponerse desde hace algún tiempo. Últimamente vemos que se suman las voces que consideran a la huelga política de masas, en cierta medida, como el comienzo de la revolución. Es verdad que Bebel dijo hoy, que si esa concepción es correcta o no, él lo quería dejar de lado, de todos modos sería torpe hablar sobre el tema. Yo considero sin embargo mucho más torpe si se le dice al adversario qué instrumento de lucha se quiere utilizar en una determinada ocasión. Si se considera torpe expresar semejante opinión, entonces no se debería ni siquiera plantear la cuestión, pues de todos modos no hay unanimidad alguna sobre la cuestión de si la huelga de masas se ha de realizar en un tiempo previsible. Si se investiga la posibilidad de realización y los efectos de una huelga de masas, se puede partir de dos suposiciones: o bien se trata de paralizar por medio de la huelga política de masas todo el mecanismo del estado, para obligar a las clases dominantes a ceder ante las exigencias del proletariado, o bien se considera una huelga política de masas como una manifestación pública para mostrar qué grado de masividad hoy en día respalda las reivindicaciones del proletariado. Todos coincidimos en que, al menos en la situación actual, no estamos en condiciones de llevar a cabo una manifestación de ese tipo. Para paralizar la maquinaria del estado necesitamos en primer lugar de la organización de los trabajadores del estado y éstos, especialmente los ferroviarios, nos faltan en la organización. ¿Y se cree realmente que, luego que nos hemos preocupado por decenios —quisiera remarcarlo en forma especial— de organizar a los ferroviarios sin éxito, luego que durante decenios enteros les hemos explicado y mostrado cómo serían fomentados sus intereses económicos por medio de la organización—, se cree realmente que ahora esa gente se ha de dejar ganar para nuestro mo-

mentario como es el caso de los localistas y los nombrados grupos sindicales en Italia, Holanda y Francia. (*¡Muy bien!*) El partido debería estarnos agradecidos que nosotros hayamos prevenido a los camaradas sindicalistas de no abandonar el trabajo de hormiga cotidiano por las veleidades de la huelga general anarquista. Como disculpa para aquellos que se han opuesto a la resolución del Congreso Sindical yo puedo sólo suponer que ellos, o bien no han leído la Resolución de Colonia o bien no han comprendido qué es lo que ésta pretendía en principio. Si la prensa del partido, en lugar de agredir a los dirigentes sindicales y al congreso en la forma como lo hicieron, hubieran más vale examinado las razones que llevaron al Congreso Sindical a adoptar aquella resolución, estoy convencido de que entonces nos hubiéramos ahorrado estas discusiones que yo, más que ningún otro, hubiera querido evitar. (*¡Muy bien!*) ¿Pues qué es lo que se saca de esta discusión sobre la huelga política de masas a la cual nos han obligado? ¿Qué significa, pues, discutir? Discutir significa ponerse de acuerdo si un medio de lucha propuesto es aplicable o no. En una discusión tal, nosotros, por supuesto, debemos llegar a exponer nuestras debilidades. (*¡Muy cierto!*) Eso es lo que he hecho hoy precisamente. Yo he señalado ante todo el mundo cuán débiles somos en realidad, qué débil es aún nuestra organización, cuán poco estamos nosotros en condiciones, en la situación actual, de aplicar este medio de lucha. ¿Es esto útil para el partido? No. La discusión sobre la huelga política de masas, que se nos recomienda tanto, tiene sus dos caras. (*¡Muy bien!*)

Desgraciadamente, las cosas se han desarrollado de tal modo que la participación en esta discusión no puede ya echar a perder prácticamente nada más. Nuestros adversarios saben ahora de todos modos cuáles son nuestras debilidades y saben que en la situación actual no tienen nada que temer de nosotros. Este es el éxito logrado por aquellos que recomendaron la discusión. Por esa razón yo había propuesto en Jena, tachar la frase correspondiente. Hubiera podido ser suprimida sin que se cambiara nada de nuestras posiciones y ese tachado hubiera sido de gran utilidad, pues entonces la Resolución de Colonia y de Jena hubieran coincidido a la perfección. Yo me veo precisado a citar a ustedes algunos párrafos de ambas resoluciones, para demostrar la justicia de la afirmación que hago, para motivar a ustedes a aceptar la propuesta de modificación de la Resolución de Bebel hecha por mí. En la Resolución de Colonia se dice: "El Quinto Congreso

los sindicatos, impulsar con sus mejores esfuerzos el perfeccionamiento de todas las leyes sobre las cuales se basa su existencia y sin las cuales no estarían en condiciones de cumplir con sus tareas y combatir con toda decisión todos los intentos de recortar los derechos populares actualmente vigentes." Esto coincide con una parte de la Resolución de Jena que dice: "De acuerdo con esto, el congreso del partido declara que especialmente en el caso de un atentado contra el derecho al voto universal, igual, directo y secreto o al derecho de asociación, es obligación de la clase obrera en su totalidad, de utilizar decididamente cualquier medio que resulte adecuado para defenderse." Estas dos frases dejan abierta la cuestión de qué ha de ocurrir en el momento decisivo. (*¡Muy bien!*) En ambas domina el pensamiento de que si se llega al momento decisivo, aplicaremos entonces de cualquier modo el instrumento de lucha de la huelga política de masa. Ahora bien, aquí viene la frase de la cual yo antes decía que ella, contra todas las tradiciones del partido de no fijar un medio de lucha con anticipación, es introducida casi por la fuerza en la resolución. Si no hubiera sido introducida allí, no habrían diferencias de opinión entre los representantes del partido y de los sindicatos. Puesto que no solamente depende del texto de la resolución, sino también de su fundamentación. Y ahora escuchen ustedes por favor lo que expresó Bömelburg como expositor sobre esta cuestión. Él dijo: "No es necesario eludir un debate sobre la huelga política de masas para la ampliación o la conservación de los derechos del pueblo, pero yo lo estimaría como un error decisivo si se la quisiera fijar a priori como nuevo método de lucha contra la reacción. La táctica en la lucha contra la patronal y la reacción no se puede determinar a placer con antelación, sino que ha de orientarse de acuerdo con las circunstancias. (*¡Muy bien!*) Yo he expresado en mi resolución, que los sindicatos tienen la obligación de combatir decididamente todo intento de la reacción de recortar los derechos del pueblo, pero qué medios han de ser utilizados en esa lucha, esto lo podemos tranquilamente dejar para que el futuro lo decida. Cometeríamos un error si quisiéramos fijar cualquier tipo de principios para las luchas del futuro, pues primero, no se puede decidir la táctica con antelación y, segundo, la huelga política de masas es un medio para cuya aplicación es necesario ser extremadamente cauteloso." En otro lugar se dice: "A pesar de ello no tenemos hoy ningún motivo para decir que tales medios no han de ser utilizados; en tales

asuntos se decide en cada caso." Y en otro lugar: "Los trabajadores conocen sus derechos humanos y ninguna reacción será capaz de arrancar ese pensamiento del seno del pueblo. Si se nos quisiera pisotear de tal modo encontraríamos entonces otros medios para librar con éxito la lucha contra la reacción. (*¡Muy bien!*) Si cuidamos que las organizaciones se vuelvan más y más fuertes, de tal modo que los trabajadores sean educados como educadores de clase conscientes, entonces podremos mirar hacia el futuro con ánimo sereno. En tal caso, cuando sea necesario luchar se nos encontrará en nuestros puestos de combate y la clase obrera —esto nadie podrá impedirlo— triunfará y alcanzará los objetivos que se ha propuesto. (*Animados aplausos.*)" En estas argumentaciones no hay ni vestigios de pesimismo o de desconfianza en sus propias fuerzas. Así hablan dirigentes sindicales de los cuales hay camaradas en el partido que se permiten calificar de gente estúpida. Son palabras que no deberían olvidar todos aquellos que han dirigido semejantes ataques contra los dirigentes sindicales. Luego dijo Bömelburg en sus palabras finales: "En la resolución no hay nada que diga que el congreso está de una vez por todas contra la huelga política de masas. Se dice solamente que no queremos estar adheridos a una sola táctica. La cuestión de si, eventualmente, se quiere utilizar en un momento determinado la huelga política de masas, queda abierta en la resolución. Por tanto, ésta no está en contradicción con la Resolución de Amsterdam". Estas palabras dicen con meridiana claridad, que la Resolución del Congreso de Colonia no debía oponerse a la huelga política de masas. Además decía Bömelburg en Jena: "Mientras se trate de medidas contra el deterioro del derecho al voto o del derecho de asociación o de la defensa de otras libertades políticas, existe unidad en todo el partido y los miembros de los sindicatos libres pertenecen a ese partido. Estoy convencido de que en los sindicatos libres pocas personas están organizadas que no se declaren partidarias del Partido Socialdemócrata. El partido entero está de acuerdo que en un tal caso, la misma clase trabajadora no ha de retroceder ante la aplicación de los medios más extremos. Las opiniones difieren solamente en lo referente a la fijación previa de los medios de lucha." En la misma forma declaré yo en Jena, al final de los debates, en una declaración personal, que no pensaba que la Resolución de Jena estuviera de algún modo en contradicción con la Resolución del Congreso Sindical de Colonia. La diferencia consiste en que, en la Resolución de Jena, el medio de lucha es fijado previamente, mientras que

en la Resolución de Colonia la cuestión queda totalmente abierta. Yo puedo aclararles a ustedes además, que en las consultas sobre la Resolución que sostuvo la Comisión General con el camarada Bömelburg, fue expresamente aclarado que nosotros no teníamos la intención de colocarnos con esa resolución en contra de la huelga política de masas. La tercera parte de nuestra resolución, que trata de la huelga general anarquista, y de la cual yo decía que por su adopción el partido nos debería en realidad estar agradecido, ha sido tomada casi textualmente de la Resolución de Amsterdam. En Colonia se dice: "El Congreso [...] advierte a los trabajadores de no dejarse apartar, a causa de la adopción y difusión de tales ideas, del trabajo cotidiano y del fortalecimiento de la organización de los trabajadores." Y en Amsterdam el Congreso prevenía a los trabajadores de: "no dejarse arrastrar por la propaganda realizada por los anarquistas en favor de la huelga general, realizada con la intención de apartarlos de las importantes luchas cotidianas a librar por medio de la acción sindical, política y cooperativista." Si la Resolución de Colonia dejó completamente abierta la cuestión de la aplicación de la huelga general, coincide entonces en un todo con las concepciones del Congreso Internacional en Londres en 1896 así como con las del Congreso de París de 1900. También la cuestión fue dejada abierta en la Resolución citada en Jena, que fue presentada al Congreso de Zürich de 1893. Por tanto, no existe absolutamente nada que reprochar a la Resolución de Colonia. Pero una cosa está clara: ni en Amsterdam, ni en Jena se dijo en la Resolución nada acerca de que, luego de su aceptación, habría que propagandizar la huelga política de masas. ¿Dónde está eso escrito? En la Resolución de Bebel se dice: "Para que la aplicación de este medio de lucha, sin embargo, sea posible y en lo posible efectivo, es inevitablemente necesaria la más grande ampliación de la organización política y sindical de la clase trabajadora y la enseñanza y esclarecimiento constantes de las masas a través de la prensa obrera y la agitación oral y escrita." ¡Esclarecimiento de las masas trabajadoras, pero no propagandizar la huelga de masas! Y así es que puedo comprender a Bebel muy bien cuando, en la Sesión del 16 de Febrero nos declaraba: Yo he rechazado terminantemente los muchos pedidos que se me han hecho a partir de Jena, de hablar sobre la huelga política de masas, de hacer propaganda. (*¡Oigan, oigan!*) Las Resoluciones de Jena han sido interpretadas de tal modo sólo precisamente por una parte de los camaradas del partido, particularmente las redac-

ciones de las publicaciones del partido, como si después de la Resolución de Jena fuera obligatorio propagandizar la huelga política de masas. (*¡Muy bien!*) Y si ustedes, camaradas del partido, reprochan a los representantes sindicales, que ellos a partir de Jena no hicieron propaganda por la huelga política de masas, en tal caso tienen ustedes que dirigir esos reproches al camarada Bebel, que rechazó terminantemente una tal propaganda. Lo que es bueno para quienes propugnaron la aceptación de ese medio de lucha en la resolución. (*¡Muy cierto!*) Si aquel que propuso esta ponencia, declara que él no asiste a ninguna reunión donde se ha de hablar sobre la huelga política de masas, entonces, por favor, ahórrense ustedes los reproches contra los representantes de los sindicatos.

Si nosotros ahora comparamos ambas Resoluciones, la de Colonia y la de Jena, debemos llegar a convencernos de que existe una total coincidencia entre partido y sindicatos. Sería una necesidad decir hoy que nosotros queremos tachar ese medio de lucha de la Resolución de Jena. No es en absoluto necesario pues la discusión, tal como se ha ido orientando hasta ahora, la actitud altamente razonable que ha adoptado especialmente el *Vorwärts* en sus artículos actualmente, demuestra que nosotros en la concepción acerca de la aplicabilidad de ese medio de lucha, estamos totalmente de acuerdo. (*¡Muy bien!*) Nosotros nos oponemos solamente a que se actúe como si ese medio de lucha fuera a ser puesto en práctica en las próximas cuatro semanas. (*Gritos.*) Sí señores, si ustedes leen el *Leipziger Volkszeitung* después de Jena, parecería realmente como si debiera ocurrir la cosa de un momento a otro! ¡Qué me voy a poner a citar mucho de allí! Si yo quisiera leerles a ustedes editoriales enteros del *Leipziger Volkszeitung*, se podría decir simplemente: en otro artículo se decía algo completamente distinto. (*Risas.*) Ustedes tienen que contar pues con nuestra comprensión y nuestros sentimientos... y seguía la cosa como si la cuestión debiera desencadenarse de inmediato. Pero es algo muy distinto lo que debe ocurrir. Yo deseo que en el congreso del partido se exprese que realmente existe esa concepción unitaria sobre la aplicación de la huelga política de masas. También se podría decir: ¿Por qué no habéis aclarado antes que existe esa unanimidad? Sencillamente, no lo hemos hecho porque consideramos la discusión sobre la huelga política de masas como inútil, porque ella sólo podría documentar ante todo el mundo nuestra debilidad. Ahora bien, siendo que de otro lado ha quedado suficientemente com-

probado a través de la discusión cuán débiles somos, hoy día no existen más motivos para no publicar esa declaración. Y yo opino que nosotros, por medio de la adopción de mi corrección —que espero que sea aprobada luego de mi fundamentación por el camarada Bebel, la Presidencia del Partido y la Comisión de Control— documentaremos hacia afuera que el partido y el sindicato están completamente unidos. Yo digo documentar hacia afuera, pues internamente no hay diferencias entre nosotros. Las diferencias que se muestran son de naturaleza ínfima. Disputas sobre palabras, nada más. Ya lo he dicho: querido Umbreit, escribe tú tranquilamente 7 artículos y deja en cambio a Kautsky que escriba los otros 10 artículos, todo quedará, de cualquier modo, igual como era antes. (*Risas y ¡Muy bien!*) Partido y sindicatos están juntos porque son las mismas personas las que impulsan en ambos el movimiento. Cómo podríamos entonces dividirnos. Yo no puedo con una parte de mi persona estar con el partido y con la otra en contra. Yo tengo sólo una boca y una mente, una convicción. Se trata simplemente de una disputa entre literatos. Uno encuentra la oración del otro incorrecta y entonces le da duro. Se lanzan artículos por el mundo que a uno le ponen los pelos de punta. (*Risas.*) Entre partido y sindicatos no hay diferencias tampoco en esa cuestión especial. Nosotros estamos de acuerdo en que, en el momento dado, hay que aplicar todos los medios de que disponemos. Si se llega a la huelga de masas, los sindicatos estarán a la cabeza. (*¡Bravo!*) Sería un absurdo si entonces quisiéramos declarar: no, nosotros estamos contra la huelga política de masas. Hemos aclarado repetidamente, en consultas restringidas con la presidencia del partido y en otros lugares, que se puede contar con seguridad con nosotros en tal circunstancia. Ahora se trata finalmente de documentar hacia afuera esa unidad, y eso ha de ocurrir con la aceptación de mi corrección. En tal caso es posible que la Resolución Bebel sea aceptada unánimemente y que el Congreso del partido demuestre con ello que cuando se trata de los más sagrados derechos de la clase trabajadora, estamos de acuerdo en librar la lucha con todos los medios de que disponemos y entonces también habremos de alcanzar el triunfo esperado. (*Animados aplausos.*)

Resolución y proyectos sobre la cuestión
de la huelga de masas en caso de guerra

En nombre de la *Presidencia del Partido Socialdemócrata Alemán*, el camarada *Bebel* ha presentado la siguiente resolución:

"Las guerras entre estados que se basan en el sistema económico capitalista, son una lógica consecuencia de las luchas por la competencia en el mercado mundial; pues cada estado se ve impedido no sólo a asegurarse sus mercados, sino también a conquistar nuevos, por lo cual juegan un papel principal la dominación de pueblos extranjeros y las conquistas territoriales. Las guerras son favorecidas por los prejuicios de un pueblo contra el otro, sistemáticamente alimentados en interés de las clases dominantes entre los pueblos cultos. Las guerras responden entonces a la esencia del capitalismo; van a cesar recién cuando sea suprimido el sistema económico capitalista o cuando la magnitud de los sacrificios humanos y financieros exigidos por el desarrollo técnico-militar y la indignación de los pueblos a causa del armamentismo empuje a la supresión de ese sistema. La clase obrera en especial, de la cual salen preferentemente los soldados es la que más ha de sufrir los sacrificios materiales, es la enemiga natural de las guerras, pues éstas están en contradicción con sus objetivos: creación de un orden económico basado en el socialismo que realiza la solidaridad entre los pueblos. El congreso considera por eso como una obligación de todos los trabajadores y especialmente de sus representantes en los parlamentos, combatir el armamentismo en el mar y la tierra, señalando el carácter de clase de la sociedad burguesa, y los móviles para el mantenimiento de las oposiciones nacionales y negando los medios para ello. El congreso ve en la organización democrática del ejército, que incluya a todos los aptos para el servicio militar, una garantía esencial para que las guerras de

* Congreso Socialista Internacional en Stuttgart del 18 al 24 de agosto de 1907, Berlín 1907, p. 85 y ss.

agresión se hagan imposibles y se facilite la superación de las contradicciones entre las naciones. Si una guerra amenaza estallar, los trabajadores y sus representantes en los países participantes están obligados a poner todo de su parte a fin de que, aplicando los medios que consideren más apropiados, impidan que se desate la guerra o bien, en caso de que comience una aboguen por su rápida finalización."

La *mayoría de la delegación francesa* propone la repetición de las resoluciones contra el militarismo y el imperialismo:

"El militarismo debe ser considerado sólo como el armamento sin cometer un crimen contra esa nación, contra su clase trabajadora bajo el yugo de la clase capitalista. Es necesario recordar a la clase trabajadora de todos los países, que un gobierno no puede amenazar la independencia de naciones extranjeras sin cometer un crimen contra esa nación, contra su clase trabajadora, así como contra la clase trabajadora internacional. La nación amenazada y la clase trabajadora tienen la obligación imperiosa de preservar su independencia y autonomía contra esos ataques y tiene derecho al apoyo de la clase trabajadora de todo el mundo. Esa política de defensa, así como el antimilitarismo de los partidos socialistas, obliga a exigir el desarme militar de la burguesía y el equipamiento de la clase trabajadora a través de la introducción del servicio militar generalizado del pueblo. Ante la revolución rusa, la extrema opresión del zarismo y de los imperios vecinos, que quieren prestarle ayuda, ante las interminables conquistas y saqueos capitalistas y coloniales, se reclama del Secretariado Internacional y de la Conferencia Interparlamentaria, que se realicen los preparativos para que, en caso de la amenaza de un conflicto internacional, se tomen todas las medidas apropiadas para impedirlo. La prevención y el impedimento de la guerra debe llevarse a cabo por medio de acciones socialistas nacionales e internacionales con todos los medios, desde la intervención parlamentaria, la agitación pública, hasta la huelga de masas y la insurrección. En cada 1º de Mayo se realizarán concentraciones de los proletarios y socialistas de todas las naciones para expresar esa solidaridad."

La *minoría de la delegación francesa* propone la siguiente resolución:

“Considerando que el militarismo, como lo han demostrado todos los conflictos, es la consecuencia natural e inevitable del régimen capitalista; considerando además que por medio de la concentración de todos los esfuerzos de la clase trabajadora, la cuestión del militarismo recibe la consideración que merece; considerando, por otro lado, que determinados medios aplicados contra el militarismo desde la deserción y la huelga militar hasta la revolución dificultan la propaganda y el proselitismo para el socialismo y de ese modo retardan el momento en el cual el proletariado habrá de estar suficientemente organizado y bastante fuerte como para, a través de la revolución social, poner fin al capitalismo y a todas las guerras, el congreso declara que el mejor medio contra el militarismo y por la paz, si no ha de ser una utopía y un peligro, debe consistir en que los trabajadores del mundo entero se organicen como socialistas y que mientras tanto, por medio de reducciones del servicio militar, del rechazo de todos los créditos para el ejército, la marina y las colonias, de la propaganda por la generalización del pueblo armado, logren que las guerras internacionales, en lo posible, se vuelvan imposibles; en caso de la amenaza de un conflicto, es por cierto tarea del Secretariado Internacional reunirse de acuerdo con sus estatutos y tomar todas las medidas necesarias.”

León Troclet propone en nombre del Partido Obrero Belga la adopción de la Resolución de Bebel ampliada con las propuestas de los camaradas franceses, proponiendo el siguiente agregado:

“El Congreso de Stuttgart no quiere con esto limitar la elección de los medios a utilizar. Solamente las circunstancias de tiempo y lugar y especialmente el poder real del proletariado en el momento decisivo, puede decidir sobre la cuestión de la posibilidad de una intervención y dar para la elección de los medios a utilizar, la correcta indicación.”

La *Federación Socialdemócrata de Gran Bretaña* se limita a exigir la elaboración de las reglas de discusión en caso de darse una crisis.

Hervé, finalmente, propone la siguiente resolución:

“Considerando que es indiferente para el proletariado bajo qué marca nacional o de gobierno es explotado por los capitalistas; considerando, que los intereses de la clase trabajadora se contraponen exclusivamente a los intereses del capitalismo internacional, el congreso rechaza el patriotismo burgués y de gobierno, que sustenta la afirmación mentirosa de la existencia de una comunidad de intereses de todos los habitantes de un país. Declara que es obligación de los socialistas de todos los países unirse en el derrocamiento de ese sistema para hacer surgir y defender un régimen socialista. Ante las intrigas diplomáticas que amenazan desde diversos lugares a la paz europea, el Congreso llama a todos los camaradas a responder cualquier declaración de guerra, venga de donde viniere, con la huelga militar y con la insurrección.”

Los delegados rusos y polaco, Rosa Luxemburg, Lenin y Martov han propuesto las siguientes enmiendas a la Resolución de Bebel:

I. Al primer párrafo de la Resolución de Bebel hay que darle la siguiente redacción:

“El Congreso confirma nuevamente las resoluciones de los anteriores congresos contra el militarismo y el Imperialismo.”

Sigue el primer párrafo de la Resolución de Bebel y a continuación el siguiente agregado:

“Esas guerras se producen con necesidad natural a causa de la permanente carrera armamentista del militarismo, que es el instrumento principal para la dominación de clase burguesa y para subyugar económica y políticamente a la clase trabajadora.”

II. Al segundo párrafo de la Resolución de Bebel hay que agregar el siguiente:

“Para, a través de esto, apartar a las masas del proletariado de sus tareas específicas de clase, así como de las obligaciones de la solidaridad internacional de clase.”

III. Al párrafo quinto de la Resolución de Bebel deben seguir las siguientes palabras:

"Así como actuar en el sentido de que la juventud de la clase trabajadora será educada en el espíritu de su hermandad entre los pueblos y del socialismo, y será formada sistemáticamente con conciencia de clase, de modo tal que las clases dominantes no se atrevan a utilizarla como instrumento para consolidar su dominio de clase contra el proletariado en lucha."

IV. Al último párrafo de la Resolución de Bebel, debe dársele la siguiente redacción:

"Si amenaza el estallido de la guerra, en los países participantes los trabajadores y sus representantes parlamentarios están obligados a poner todo de su parte para impedir el estallido de la guerra con los medios adecuados, que de acuerdo con la agudización de la lucha de clases y de la situación política general naturalmente cambian y se acrecientan. En caso de que la guerra estalle de todos modos, están obligados a abogar por su pronta finalización y tratar con todas sus fuerzas de que, aprovechando la crisis económica y política producida por la guerra, sean sacudidos los sectores populares y se acelere el derrocamiento de la dominación de clase capitalista."

KARL KAUTSKY

LA ACCIÓN DE MASAS

¹ Scipio Sighele (1868-1913), sociólogo italiano discípulo de Enrico Ferri. En su principal obra, *Folla delinquente* [La multitud delincuente], publicada en 1891, intenta demostrar que el principio spenceriano de que los caracteres del agregado son determinados por los caracteres de las unidades que lo componen, tiene una validez relativa y no se aplica a aquellos agregados humanos *heterógenos e inorgánicos*. En este último tipo de agregados, representados especialmente por fenómenos del tipo de las turbas, multitudes, etc., se aplicarían las leyes de una nueva disciplina científica a la que denominó "psicología colectiva". Así, la psicología colectiva parte del criterio fundamental de que "en todo conjunto de individuos, reunido bajo ciertas condiciones, el sentimiento se adiciona y el pensamiento se excluye, tendiendo a surgir en el conjunto caracteres distintos de los que existían en cada individuo, por la combinación de lo que en ellos existe como fondo común, próximo al instinto" (cf. José Ingenieros, *Sociología Argentina*, Buenos Aires, Losada, 1946, pp. 91-92).

² Gustave Le Bon (1841-1931), sociólogo francés que desarrolló y popularizó las teorías de Tarde sobre la psicología de la multitud y la formación de públicos. Como señala Martindale, la mayor parte de la obra de Le Bon "está envuelta en una sofocante atmósfera ideológica (*La teoría sociológica*, Madrid, Aguilar, 1968, p. 366). Su horror por las razas inferiores, la chusma, los públicos populares, la democracia y el socialismo, expresa la reacción que provocó en determinados sectores de la intelectualidad europea los fenómenos de "americanización" de la población trabajadora provocados por la expansión del maquinismo industrial. Resulta interesante indagar las conexiones entre el pensamiento de Le Bon y los ensayos de Freud sobre los fenómenos de comportamiento colectivo. Véase al respecto, el libro de León Rozitchner, *Freud y los límites del individualismo burgués*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, pp. 282-503.

³ Cf. Pedro Kropotkin, *Historia de la Revolución Francesa*, Buenos Aires, Editorial Tupac, 1944.

⁴ Alfred Espinas (1844-1922), uno de los principales representantes en Francia de la corriente organicista. En *Las sociedades animales* (1877) se esforzó por demostrar que todo ser vivo, en cuanto "agrupación de células o de otros elementos orgánicos", es ya una sociedad. Puede verse una recuperación desde el marxismo de ciertas concepciones de Espinas referidas a la noción de conciencia colectiva en el libro de Plejánov, *Las cuestiones fundamentales del marxismo*, en *Obras escogidas*, Buenos Aires,

Quetzal, 1964, t. I, pp. 396-397. Según Plejánov, este "gran adversario de los socialistas actuales", parte de la tesis puramente materialista de que en la historia de la humanidad la *práctica* precede siempre a la *teoría*. Espinas examina en sus *Orígenes de la tecnología* (1896) la influencia de la técnica sobre el desarrollo de la ideología.

⁵ El juicio de Kautsky sobre el carácter de la resistencia popular española a la invasión napoleónica es absolutamente parcial y extraño a las pautas interpretativas del materialismo histórico. Si bien es cierto que la "guerra de independencia" tenía un costado reaccionario y fanático en cuanto intentaba de hecho restaurar el "viejo orden" contra el nuevo representado por Napoleón, expresaba también, como es lógico que ocurra en un movimiento que moviliza a grandes masas de la población, la voluntad de cambio que emergía en el seno de la sociedad española. Como dice Marx, reflejaba el heroico vigor de un pueblo que ha despertado de pronto de un letargo prolongado y a quien una sacudida eléctrica ha puesto en estado de febril actividad. El juicio de Marx respecto al contenido del movimiento independentista es más comprensivo y da cuentas con bastante precisión del papel desempeñado por "la minoría activa e influyente, para la que el alzamiento popular contra la invasión francesa era la señal de la regeneración política y social de España". (Marx-Engels, *La revolución española*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s/f., p. 18 y ss.)

⁶ Se refiere a las guerras austro-prusiana (1866) y franco-prusiana (1870) ganadas ambas por los ejércitos de Prusia y que permitieron a Bismarck llevar a cabo la unificación de Alemania de manera reaccionaria, es decir desde arriba y manteniendo el viejo aparato del estado *junker*.

ANTON PANNEKOEK
ACCIONES DE MASA Y REVOLUCIÓN

¹ Se trata de la insurrección de los campesinos tirolese, encabezados por Andreas Hofer, y de la guerra de liberación contra las tropas napoleónicas en 1809.

² Con la designación de "bloque azul-negro" se hace referencia a la coalición de fuerzas conservadoras que luchaban por imponer un régimen clerical-campesino basado en la proscripción de los socialdemócratas alemanes. Véase al respecto el artículo de Parvus, *Golpe de estado y huelga política de masas*, en la primera parte de este cuaderno.

³ Se refiere a la guerra colonialista llevada a cabo por España contra los marroquíes, utilizando el pretexto de la construcción del ferrocarril Melilla-Desulam, desde 1910 hasta 1914.

⁴ Se refiere al Congreso Socialista Internacional de Copenhague, reunido desde el 28 de agosto hasta el 3 de setiembre de 1910 y la solución propugnada por Keir Hardie (delegado inglés) y Vaillant (delegado francés) para frenar una eventual guerra mundial. La propuesta, que exhortaba al proletariado a realizar una huelga general en las industrias de armamento, las minas y los transportes, tropezó con la oposición de los delegados alemanes y fue rechazada por una fuerte mayoría.

⁵ La frase es de Marx, en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

⁶ El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart se celebró del 18 al 24 de agosto de 1907. La Resolución que menciona Pannekoek versa sobre el problema de la guerra y dice: "El Congreso declara: Ante una guerra inminente, es deber de la clase obrera en los países involucrados, así como de sus representantes en el parlamento con la ayuda del Buró Internacional, fuerza de acción y de coordinación, hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra con todos los medios que les parezcan más apropiados y que varían naturalmente según la situación de la lucha de clases y la situación política general.

"No obstante, en el caso de que la guerra estallara, tienen el deber de intervenir para hacerla cesar prontamente y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar las capas más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista."

KARL KAUTSKY
LA NUEVA TÁCTICA

¹ Lassalle escribió la tragedia *Franz von Sickingen* entre 1858 y 1859. Se basó en materiales históricos sobre la insurrección de los caballeros suavos y renanos ocurrida en 1522, cuyos líderes fueron Franz von Sickingen y el humanista Ulrich von Hutten. Lassalle envió su obra ya impresa a Marx, el 6 de marzo de 1859, adjuntándole un manuscrito en el que explica la esencia de la "idea trágica" que sirvió de fondo para su drama. A este texto se refiere, asimismo, en su carta a Engels del 21 de marzo. Marx y Engels le hacen conocer sus juicios, separadamente, en dos cartas del 19 de abril y del 18 de mayo de 1859, respectivamente. Como respuesta a sus críticas, Lassalle remite a ambos, el 29 de mayo, un extenso escrito de 30 carillas. Es a este escrito, sin duda, que se refiere la frase citada por Kautsky. Como señalan los anotadores de la recopilación de escritos de Marx y Engels sobre literatura y arte, "al elegir como tema para su drama la insurrección de Sickingen-Hutten, Lassalle quiso señalar, en la suerte corrida por ésta, el contenido trágico objetivo, propio, según el autor no sólo de esa insurrección, sino en general, de *cualquier* situación revolucionaria. A su juicio, dicho contenido trágico consiste en la contradicción existente entre los fines revolucionarios y la táctica oportunista de los jefes. Al pasar a la acción, éstos buscan forzosamente el compromiso con lo existente, al que están ligados en forma inconsciente y que tiene a su favor la fuerza de la estabilidad y el hábito. Cuando —al pasar a la acción— los líderes de la revolución se convierten en "políticos reales", con la consiguiente separación de la masa, culminan las causas que, según Lassalle, llevaron al fracaso la insurrección de Sickingen en el siglo XVI, así como la revolución alemana de 1848-1849. La posibilidad de tal transformación constituye para Lassalle el principal peligro de la futura revolución alemana. De ahí que para formular sus juicios históricos, Lassalle no tome como punto de partida el análisis de las relaciones de clase, sino un esquema idealista. Atribuía la mayor importancia a la capacidad que los jefes revolucionarios pudieran tener para enfrentar con suficiente

decisión el orden existente, para ganarse a las masas, que en la revolución desempeñan un papel auxiliar pasivo. El idealismo de Lassalle y su afinidad con las ideas del bonapartismo se reflejan en este enfoque de la táctica revolucionaria". Como anotan correctamente los compiladores, "la interpretación errónea de Lassalle respecto de la guerra campesina está estrechamente ligada a su concepción, según la cual, con excepción del proletariado combatiente, todas las demás clases sociales forman una 'masa reaccionaria única'. (C. Marx/F. Engels, *Sobre el arte*, Buenos Aires, Ediciones Estudio, 1967, comp. Mijail Lifschits, anotadores Vigodski y Fridlender, pp. 45-58.)

² Contienda producida en 1899-1902 entre los ingleses y los bóeres, que eran colonos descendientes de holandeses e instalados en Africa del Sur. A pesar de la tenaz resistencia de los colonos y de su sistema de guerrilla que mantuvo en jaque durante varios años a ejércitos muy superiores en número, la República de Transvaal fue finalmente derrotada y obligada a firmar un acuerdo (mayo de 1902) que liquidaba su autonomía y la convertía en una colonia inglesa.

³ A fines de setiembre de 1911 Italia declaró la guerra al imperio otomano con el objetivo de apropiarse de Tripoli y la Cirenaica, en la actual Libia. La guerra concluyó un año después con el triunfo de las pretensiones italianas. La guerra desató en el interior de Italia una ola de chovinismo imperialista que penetró en todos los sectores de la población, aún de la clase obrera.

⁴ Karl Kautsky, *Die Klassengegensätze im Zeitalter der Französischen Revolution*, Hannover, 1889.

⁵ Se refiere a una corriente opositora surgida en el seno del Partido Socialdemócrata alemán a fines de la década del 80 y que protestaba por la pasividad y oportunismo de la fracción parlamentaria socialdemócrata. Interpretaban las concepciones de Marx, en especial las del *Manifiesto comunista* de manera unilateral haciendo abstracción de las condiciones prácticas de la lucha política. En el fondo, era una corriente radical pequeñoburguesa, que reaccionaba moralmente contra las prácticas oportunistas de la socialdemocracia ("Lo peor que produjo la ley contra los socialistas —decían— es que trajo la corrupción en el partido"), pero que a la vez apuntaba centralmente contra el grupo de revolucionarios dirigido por August Bebel.

⁶ Segundo Congreso de la Internacional Socialista realizado en Bruselas del 16 al 23 de agosto de 1891. Domela Nieuwenhuis (1846-1919), pastor protestante convertido a las ideas socialistas. Fundador en 1881 de la Liga Socialdemócrata y ardiente defensor de los intereses de los trabajadores. La experiencia como diputado entre los años 1888 y 1891 lo convirtió en convencido adversario del parlamentarismo, y lo condujo cada vez más a posiciones que luego caracterizarían al movimiento sindicalista. Los trabajadores debían rechazar las prácticas parlamentarias, establecer su propia organización y luchar por su emancipación mediante la acción directa en el terreno social. Rompió finalmente con el movimiento obrero marxista en el Congreso de Londres de la Segunda Internacional, de 1896.

⁷ Véase en español *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, Buenos Aires, Editorial Lautaro, 1947.

<i>Advertencia</i>	7
Karl Kautsky <i>La acción de masas</i>	13
Anton Pannekoek <i>Acciones de masa y revolución</i>	47
Karl Kautsky <i>La nueva táctica</i>	81
<i>Apéndice documental</i>	123
Congreso Socialista Internacional de París (1900)	125
Congreso Socialista Internacional de Amsterdam (1904)	126
Congreso Sindical de Colonia (1905)	136
Exposición de Theodor Bömelburg	137
Congreso del SDP de Jena (1905)	146
Extracto del informe de Bebel sobre la huelga política de masas	148
Congreso del SDP de Mannheim (1906)	171
Discurso de Karl Legien en el Congreso del SDP de Mannheim	189
Congreso Socialista Internacional de Stuttgart (1907)	204
<i>Notas del editor</i>	209

Se terminó de imprimir en
Impresiones Schmidel, Cosquín 1172, Bs. As.,
el 27 de febrero de 1976,
en una tirada de 4000 ejemplares